

Juan Camayo y Rubio

*Antología de escritores
extranjeros y castellanos*

Segunda edición, reformada



Granada. Editorial Urania

R 16820

ANTOLOGÍA UNIVERSAL

COLECCIÓN DE MODELOS

ÉXTRANJEROS Y CASTELLANOS

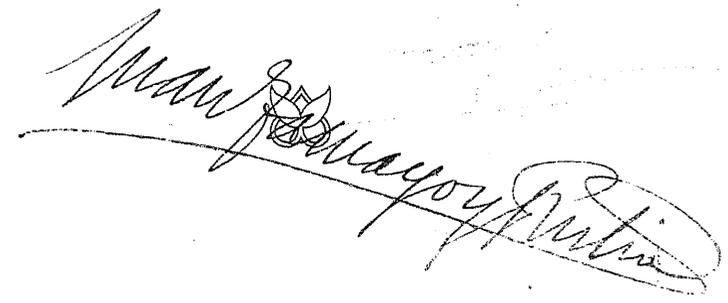
(SEGUNDA EDICIÓN, REFORMADA)

POR

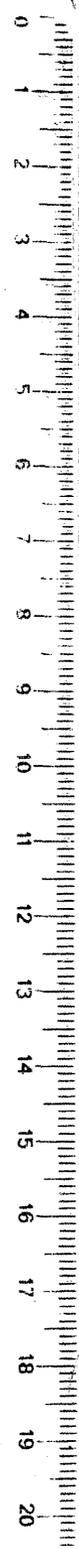
JUAN TAMAYO Y RUBIO

Licenciado en Filosofía y Letras, ex Auxiliar temporal
en la Universidad de Granada

y Catedrático de Lengua y Literatura, por oposición,
en el Instituto de Jaén



GRANADA
EDITORIAL URANIA
Manuel Paso, 2
1922



2 400 40



R 16820

ANTOLOGÍA UNIVERSAL

COLECCIÓN DE MODELOS

EXTRANJEROS Y CASTELLANOS

(SEGUNDA EDICIÓN, REFORMADA)

POR

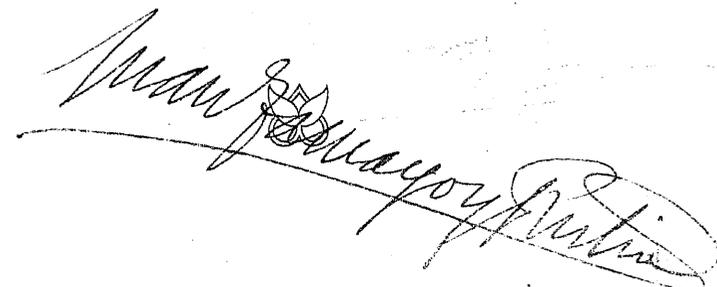
JUAN TAMAYO Y RUBIO

Licenciado en Filosofía y Letras, ex Auxiliar temporal

en la Universidad de Granada

y Catedrático de Lengua y Literatura, por oposición,

en el Instituto de Jaén



GRANADA
EDITORIAL URANIA
Manuel Paso, 2
1922



PRIMERA PARTE

Los grandes literatos extranjeros

ES PROPIEDAD

I. - LITERATURA INDIA

VYASA (?).—MAHABHARATA

Argumento.—Este poema es la historia de la dinastía de los Panduidas. Pandú tiene cinco hijos de sus dos esposas Kunti y Madri; en realidad, y aunque todos lo ignoren, son de ascendencia divina. Uno de ellos, Arjuna (el brillante), conquista a Draupadí venciendo en un torneo de arco, y después de vivir todos ellos varios años en las selvas, en donde ejercitan sus fuerzas y practican sus virtudes, logran reconquistar su reino, venciendo a los Koravas. Después, en la ascensión al país de la paz infinita, mueren cuatro panduidas y Draupadí. Yudhistira (el animoso) llega al cielo, en el cual no quiere entrar hasta que no permite Indra que entre su fiel perro, que le ha acompañado hasta allí. En el cielo no ve a sus hermanos ni a Draupadí, y al saber que están en los infiernos baja a reunirse con ellos. Indra hace que vuelvan al cielo y a su estado verdadero de seres divinos.

El Rey de Anga, Lomapad glorioso,
a un brahmán ofendió, no dando en pago
de un sacrificio lo que dar debiera:
irritados entonces los brahmanes,
salieron todos de su reino: el humo
del holocausto al cielo no subía:

Indra negaba la fecunda lluvia,
y la miseria al pueblo devoraba.
Lomapad, consternado, saber quiso
el parecer de los varones doctos,
y los llamó a consejo, y preguntóles
qué medio hallaban de aplacar la ira
del dios que lanza el rayo y amontona
en el cielo del agua los raudales.
Mil sentencias se dieron; mas al cabo
el más prudente de los sabios dijo:
—Escucha ¡oh Rey! Mientras Brahmán no haya
que sacrificio en este suelo ofrezca,
Indra no saciará la sed, abriendo
el líquido tesoro de las nubes.
Los brahmanes, movidos del enojo,
al sacrificio no se prestan; oye,
para cumplir el venerando rito,
cómo hallar sólo sacerdotes puedes.
En la fértil orilla del Kausiki,
en lo esquivo y recóndito del bosque,
del trato humano lejos, su vivienda
Vifandak tiene, el hijo de Kasyapa,
Brahmán austero y penitente. Vive
en el yermo con él, su único hijo,
el piadoso mancebo Risyaringa.
No vió a más hombre que a su padre nunca;
sólo frutas silvestres, hierbas sólo
y licor sólo que entre rocas mana,
alimento le dieron y bebida.
Tan inocente y puro es el mancebo,
que de lo que es mujer no tiene idea.
Manda, pues, Rey, que una doncella hermosa
vaya al bosque, le hable, y con hechizos
de amor, cautivo a la ciudad le traiga.
No bien sus pies en tus sedientos campos

la huella estampen, no lo dudes, Indra
dará propicio el suspirado riego.—
Así habló el sabio, y su atinado aviso
agradó mucho al Rey. Dinero y honras
prometió Lomapad a la doncella
que hábil trajese al candoroso joven;
pero todas miraban con espanto
de Vifandak la maldición terrible,
y exclamaban:—¡Oh, Príncipe! perdona,
no llega a tal extremo nuestra audacia.
En tanto, iban mostrándose tan fieras
la sequía y el hambre, que perdieron
toda esperanza el Rey y sus vasallos;
cuando Santa, del Rey única hija,
virgen por su beldad maravillosa,
modestamente se acercó a su padre
y así le habló:—Si quieres, padre mío,
yo he de intentar que venga a nuestra tierra
el joven que no vió seres humanos.—
Con gran contento el Rey escuchó a Santa,
y al instante dispuso que una nave
se aprestara, de flores y verdura
cubierta por doquier, como retiro
feraz de bienhadados penitentes.
Peregrinando en ella con su hija,
fué contra la corriente del Kausiki,
hasta llegar al prado y a la selva,
mansión de Vifandak el solitario.
Con discretos consejos de su padre
para tan ardua empresa apercebida,
Santa desembarcó, y entró en la choza
do el mancebo por dicha estaba solo.
—¿Dime, *muni*, le dijo, si te place
la penitencia aquí? ¿Vives alegre
en esta soledad? ¿Tienes en ella

abundancia de frutos y raíces?

—Tengo, contestó el joven; mas ¿quién eres que como llama refulgente luces?

Bebe del agua mía: te suplico que mis flores aceptes y mis frutos.

—Allá en mi soledad, replicó Santa, al otro lado de los altos montes, nacen flores más bellas y olorosas; son los frutos más dulces, y es más clara y más salubre el agua de las fuentes.

—¡Oh, huésped celestial! dijo el mancebo, algún ser superior eres sin duda:

yo me postro a tus plantas y te adoro como adorar debemos a los dioses.

—¡Ah, no! tú eres mejor, tú eres perfecto y adorarme no debes: yo rechazo

la no fundada adoración: permíteme

que te dé paz como se da en mi patria...

(Traducción de Don Juan Valera.)

Elección de esposo de Draupadí

En tanto sonaban las diversas voces de los habladores brahmanes, Arjuna estuvo inmóvil cerca del arco como una montaña; y después de haber paseado alrededor saludó inclinando la cabeza con respeto al propicio dios Siva, a Vixnú y a Krexna. Y orando mentalmente tomó el arma y la preparó como no había sido posible, aún con el mayor esfuerzo, a los príncipes Kratha, Sunitha, Vakra, Radheya, Duryoghána y Zalyazalva, hombres ilustres versados en la ciencia del arco.

Arjuna, como Vari e Indra, orgulloso entre los valientes, sobresaliente en pulcritud, habiéndose preparado ejecutó la difícil hazaña en el intervalo de un

abrir y cerrar de ojos. Cogió las flechas contadas en la mitad de diez y acertó en el blanco, que cayó a tierra con estrépito, rápidamente, perfectamente atravesado.

En aquel momento se oyó en el aire un extraño ruido y una inmensa aclamación estalló en el centro del concurso mientras el dios Siva derramaba flores divinas sobre la cabeza del príncipe, matador de enemigos. Millares de brahmanes rasgaron las vestiduras y desconcertados exhalaban lamentos de dolor; y en tanto caían en todas direcciones lluvias de flores. Cien músicos tocaban sus mágicos instrumentos y multitudes de magadhas y de sutas cantaban armoniosamente.

Drupadas, matador de enemigos, viendo a Arjuna regocijado deseó para los guerreros el apoyo del príncipe, y mientras se acrecentaba el ruido grande de las aclamaciones, Yudhistira, el mayor de los defensores del derecho, se retiró prontamente a su casa acompañado de dos hombres de las castas superiores.

Draupadí, viendo el blanco atravesado, contempló al príncipe semejante a Indra, y tomando el vestido blanco con guirnalda de cinta, marchó sonriente hacia Arjuna, el valiente hijo de Kuntí: y éste tomando a Draupadí, por haber vencido en el anfiteatro, después de haber sido honrado por los regenerados (hombres de las tres primeras castas) después de haber meditado los hechos, dió orden de salir del lugar de la lucha llevando consigo a su gentil esposa.

(Traducción de B. T. Z.)

VALMIKI. — RAMÁYANA

Argumento.—El héroe de este poema es Rama, hijo de un rey, en el que ha encarnado el espíritu divino. Rama, casado con Sita, se retira a los bosques, acompañado por su esposa y por su her-

mano Laksmana y lucha con varios monstruos. Sita es robada por el demonio Râvana; ella arroja hábilmente sus joyas por el camino por el cual es conducida, y el rey de los monos, Sugrivá, encuentra por ello la pista del raptor. Rama y su hermano, con la ayuda de Sugrivá y de los monos, que construyen un puente o calzada para unir la isla de Lanka (Ceylán) con el continente, consiguen libertar a Sita matando Rama a Râvana, después de un combate ininterrumpido de siete días y siete noches. El héroe duda de su esposa y permite que ésta se arroje entre las llamas, pero los dioses lo impiden y revelan a Rama su condición divina; éste les pide que torne la vida a los monos que habían perecido en el asedio de Lanka.

Combate entre Rama y Râvana

En aquel momento, Râvana tomó una lanza espantosa, que era el terror de todas las criaturas y tenía el filo de diamante. Al ver aquella arma que centelleaba, el Raguhida, levantando su arco, envió contra ella sus dardos más agudos que la alcanzaron y la cortaron en medio de su vuelo.

Pero la gran pica del Râkshasa inutilizó las flechas que le disparaba su rival. El Raguhida entonces se sintió poseído de cólera y empuñó la pica de hierro de Indra. Apenas hubo levantado con mano vigorosa aquella arma de innumerables campanillas, el cielo se iluminó. Tiró la pica para que destrozara la gran lanza del Rey de los Yatavas, y en efecto, aquella lanza rota en varios pedazos, cayó, quedando extinguidos sus fulgores y destruido su poder.

A continuación, Rama hizo sucumbir los corceles de Râvana y a este mismo lo hirió con tres flechas en el pecho y con otras tres en medio de la frente. Después, riendo irónicamente dijo a Râvana: «En castigo de haber tenido cautiva a mi esposa, vas a perder la vida, tú que eres el más vil de los Râkshasas!... Has

alardeado de valor con mujeres indefensas; te has portado como hombre depravado y piensas: «Soy un héroe...» No duermo de día ni de noche, noctívago de acciones criminales. No puedo reposar hasta que te haya arrancado la vida... ¡Que aquí, pues, hoy mismo, de tu cuerpo acribillado con mis dardos y tendido sin vida, las aves del cielo extraigan tus entrañas, como Garuda devora las serpientes!»

Entonces Rama abrumó con sus flechas a Râvana, a quien los monos lanzaron al mismo tiempo lluvias de piedras. Râvana contestó. Rama cortó una de las cabezas de Râvana. Pero inmediatamente sobre los hombros de Râvana surgió otra cabeza que Rama derribó igualmente. Una tercera cabeza le nació en el acto, la cual también cayó como las otras bajo las flechas del Raguhida. Pero mientras más cabezas le cortaba, otras le nacían: así Rama le cortó un centenar de cabezas, una tras otra: no por eso se extinguió la vida del monarca de los Râkshasas.

A su vez Râvana hostilizaba a Rama con una diversidad de flechas.

La escena de aquel tumultuoso y formidable combate se desarrolló unas veces en el cielo y otras en la Tierra y duró siete días sin cesar en una hora ni en un minuto.

Rama en aquel trance tomó un dardo que Brahma había fabricado en otro tiempo en favor de Indra; ese dardo, en su parte emplumada tenía el viento, y en su punta el fuego y el sol. Brahma había hecho que en el centro de ese dardo se sentaran las divinidades que representan el terror: tenía, además, la forma de la muerte.

Rama blandió con toda su fuerza su arco, e hirviendo de coraje, lanzó a Râvana aquel dardo terrible que cayó sobre el demonio y le horadó el corazón: de se-

guida, cumplido su objeto, por sí mismo el dardo volvió a su aljaba.

Ravana, extinguido su esplendor, aniquilada su fogueidad, exhalada su alma, se desplomó desde su carro sobre la tierra.

PANCHATANTRA

El asno disfrazado

Había en Hastinapura un tintorero que había venido sirviéndose de un asno durante muchos años para transportar pesados fardos: el pobre animal, ya viejo y débil, era incapaz de prestar ningún servicio.

Su dueño reconocía que sería una vileza matarlo; pero no podía tenerlo en su poder puesto que para nada le servía. Entonces lo vistió con una piel de tigre y lo dejó en medio de un campo de trigo próximo a un bosque. Los propietarios del campo, al verlo desde distancia, creyeron que era un tigre y huyeron a todo escape.

El asno comía trigo y pasaba felices los días.

Pero un campesino encargado de cuidar los trigos se cubrió con un traje hecho de tela gris, se armó con un arco y permaneció, en forma de cuadrúpedo, alejado del sitio en que estaba el asno.

Este lo vio desde lejos, creyó que era una hembra de su misma especie y se puso a rebuznar de alegría.

Al oírlo, el hombre comprendió lo que ya se había figurado, que el señor tigre no era más que un asno.

Le disparó y lo mató.

A pillo, pillo y medio.

El brahmán que rompió el bote

Vivía en cierta ciudad un brahmán llamado Svabhavakripana, el cual tenía un bote que había llenado con la harina que de limosna le habían dado y le había sobrado de la comida. Colgó este bote de un clavo en la pared, puso su cama debajo de él, y con la mirada fija siempre allí, no cesaba de contemplarle. Una noche, acostado ya el hombre, pensó: Tengo ya el bote lleno de harina: si sobreviniera una carestía, podría sacar de él cien monedas de plata, con las cuales puedo comprar un par de cabras. Y como éstas paren cada seis meses, reuniré un ganado. Con las cabras compraré muchas vacas; con las vacas, búfalas, y con las búfalas, yeguas. Parirán las yeguas, y tendré muchos caballos, de cuya venta sacaré abundancia de oro. Con el oro me haré una casa de cuatro salas. Entonces cualquier brahmán vendrá a mi casa y me dará en matrimonio a su hija hermosa y rica, la cual me habrá elegido por marido. Tendré un hijo de ella, y a quien le pondré el nombre de Somazarman. Cuando él pueda ya saltar sobre mis rodillas, cogiendo yo un libro me sentaré detrás de la caballeriza y estudiaré. Entonces Somazarman que me verá, desasiéndose de su madre por el deseo de montar en mis rodillas, vendrá cerca de mí, aproximándose a los cascos de los caballos. Yo entonces, enfadado, diré a mi brahmán: «Coje este niño». Ella, ocupada en los quehaceres de su casa, no oír mis palabras. Yo me levantaré entonces y le daré un puntapié. Tan embargado estaba el hombre en esta meditación, que dió un puntapié y rompió el bote; le cayó encima la harina, y quedó todo blanco. Por esto digo yo:

«Quién conciba un proyecto irrealizable e imposi-

ble, se queda blanco en la cama como el padre de Somazarman.»

(Traducción de Don José Alemany.)

II. - LITERATURA GRIEGA

HOMERO.—ILIADA

Argumento.—Las primeras palabras de la Iliada fijan el tema que Homero se propone cantar: «De Aquiles de Peleo canto, ¡oh diosal, la cólera fatal...»

En el Canto I aparece ya el motivo de la cólera de Aquiles. Agamenón, el jefe de los griegos en el sitio de Troya, le arrebató a su esclava Briseida y Aquiles se retira de la lucha. Ésta es cada vez más enconada en derredor de Ilión; el valor de los helenos—Ulises, Ajax, Diómedes—apenas puede oponerse a la furia de los troyanos, que llegan hasta intentar quemar las naves aqueas. Los dioses intervienen en los combates: Minerva en favor de los helenos; Venus en el de los troyanos. La bellísima Helena parece a todos digna de que mueran por ella tantos hombres «porque es tan hermosa que se parece a las diosas inmortales». (Canto III).

Patroclo, revestido con las armas de Aquiles, atemoriza a los troyanos, pero muere a manos del héroe Héctor. Vulcano forja una nueva armadura para Aquiles, que quiere vengar a su amigo; y Héctor—tras despedirse de su esposa Andrómaca en un pasaje lleno de sentimiento y de gracia—muere a manos de Aquiles en un combate en que los dioses lo hacen todo.

El poema termina con los funerales de Héctor, cuyo cuerpo logra rescatar Príamo, su padre, en un pasaje que tiene acentos del patético más conmovedor.

CANTO VI.—Despedida de Héctor y Andrómaca

...Héctor, que presuroso de su alcázar
salió para volverse, por el mismo
camino que viniere, recorría
las anchurosas calles. Y la inmensa
ciudad atravesando, ya llegaba
junto a la puerta Escea, que salida
daba a la gran llanura, cuando triste

a encontrarle corrió su tierna esposa,
Andrómaca
. y a encontrarle
entonces vino acompañada sólo
de la nodriza, que arrimado al seno
a Astianacte llevaba. Era este niño
de Héctor única prole, y parecía
un lucero

. Cuando el héroe
al niño vió, se sonrió en silencio;
y Andrómaca, acercándose afligida,
lágrimas derramaba. Y al esposo
asiendo de la mano y por su nombre
llamándole, decía acongojada:

«¡Infeliz! Tu valor ha de perderte:
»ni tienes compasión del tierno infante,
»ni de esta desgraciada, que muy pronto
»en viudez quedará; porque los griegos,
»cargando todos sobre tí, la vida
»fieros te quitarán

Respondió el héroe a su afligida esposa:
«Nada de cuanto dices se me oculta,
»pero temo también lo que dirían
»contra mí los troyanos y troyanas,
»si cual cobarde de la lid huyera.

»Ni lo permite mi valor, que siempre
»intrépido he sabido presentarme
»en la liza, y al frente de los teucros
»pelear animoso por la gloria
»de mi padre y la mía

Así decía, y alargó la mano
para tomar en brazos al infante;
pero asustado el niño, sobre el pecho
de la nodriza se arrojó gritando;
por que al ver la armadura refulgente

y la crin de caballo que terrible
sobre la alta cimera tremolaba,
se llenó de pavor. Su tierno padre
y su madre amorosa se reían
y el héroe se quitó de la cabeza
el casco reluciente, y en el suelo
poniéndole, en sus brazos al infante
tomó y acarició

. y en manos de su esposa
al niño puso; y la doliente madre,
mezclando con sus lágrimas la risa
le recibió en el seno, que fragancia
despedía suave: Al ver su lloro,
enterneciéndose el héroe, y con la mano
la acarició y la dijo estas palabras:

«¡Consuelo de mi vida! no afligido
tu corazón esté, que hombre ninguno
podrá lanzarme a la región del Orco
antes del día que la dura Parca
me tenga prefijado. Y cuando llegue,
fuerza será morir; porque hasta ahora
ningún hombre cobarde o valeroso
el rigor evitó de su destino
desde que entró en la vida. A nuestro alcázar
vuelve ahora a entender en las labores
del telar y la rueca, y las cautivas
cuiden de los domésticos afanes;
que de Troya los fuertes campeones
a la defensa de la patria ahora
todos atenderán, y yo el primero».

Así dijo, y en tanto que él alzaba
del suelo el morrión, hacia el palacio
se encaminó su esposa, la cabeza
volviendo a cada paso, y abundantes
lágrimas derramaba...

CANTO XXII.—Muerte de Héctor

. Como suele
el águila que vuela en las alturas,
atravesando arrebolada nube
para coger la tierna corderilla
o la tímida liebre, a la llanura
rápida descender, así, empuñada
la espada cortadora, contra Aquiles
Héctor marchaba. Adelantóse el Griego,
y de terrible cólera llenando
su corazón, con el brillante escudo
cubrió su pecho todo, y ondeaba
en la cimera del luciente yelmo
el penacho, agitadas blandamente
las crines de oro que flexibles hizo
el Dios Vulcano. Cual brillante marcha
en noche oscura entre los otros astros
la estrella matutina, que de todas
cuantas ostenta el azulado cielo
es la más refulgente y más hermosa,
así lucía la brillante punta
de la terrible lanza que en su diestra
para mal del Troyano ya blandía
Aquiles, observando cuidadoso
por qué parte del cuerpo fácilmente
podía herirle. De las ricas armas
todo estaba cubierto que a Patroclo
ya cadáver quitara; y solamente
un poco descubierto se veía,
en el paraje que del hombro el cuello
divide, la garganta; y es el sitio
por do la vida de los hombres pronto
sale del cuerpo. Con su fuerza toda

allí, pues, le clavó la aguda pica
sonriéndose Aquiles, y la punta,
atravesando el vigoroso cuello,
por la nuca salió; mas la garganta
no le quiso cortar para que hablase
unas breves palabras todavía...

(Traducción de Hermosilla.)

ODISEA

Argumento.—Canta las aventuras del prudente Ulises, «fecundo en recursos», uno de los héroes griegos que asistieron al sitio de Troya, desde que esta ciudad fué tomada hasta que consigue volver a su patria, Ítaca. Mientras su hijo Telémaco, protegido por Minerva, le busca inútilmente, Ulises sufre los rigores de la cólera de Neptuno. Por fin, después de ponerle en libertad la ninfa Calipso por orden de los dioses, y de escapar de las manos del Cíclope (canto IX), y del poder de la mágica Circe (Canto X), consigue llegar al país de los feacios, siendo conducido por Nausícaa a la presencia de su padre el rey Alcinoo (Canto VI). Al final de su larga peregrinación, encuentra su palacio invadido por los pretendientes de su fiel esposa Penélope, a los cuales mata, después de haberlos vencido en el manejo del arco, recobrando así las dulzuras de la vida familiar y el trono de Ítaca.

CANTO VI.—Llegada de Ulises al país de los feacios

...Entretanto el divinal Ulises se lavaba en el río, quitando de su cuerpo el sarro del mar que le cubría la espalda y los anchurosos hombros, y se limpiaba la cabeza de la espuma que en ella dejara el mar estéril. Mas después que, ya lavado, se ungió con el pingüe aceite y se puso los vestidos que la doncella, libre aún, le entregara; Minerva, hija de Júpiter, hizo que apareciese más alto y más grueso, y que de su cabeza colgaran ensortijados cabellos que a flores de jacinto semejaban. Y así como el hombre experto, a quien

Vulcano y Palas Minerva han enseñado artes de toda especie, cerca de oro la plata y hace lindos trabajos, de semejante modo Minerva difundió la gracia por la cabeza y los hombros de Ulises. Éste, apartándose un poco se sentó en la ribera del mar y resplandecía por su gracia y hermosura. Admiróse la doncella y dijo a las esclavas de hermosas trenzas:

239. «Oid, esclavas de niveos brazos, lo que os voy a decir: no sin la voluntad de los dioses que habitan el Olimpo, viene ese hombre a los deiformes feacios. Al principio se me ofreció como un ser despreciable, pero ahora se asemeja a los dioses que poseen el anchuroso cielo. ¡Ojalá a tal varón pudiera llamársele mi marido, viviendo acá; ojalá le pluguiera quedarse con nosotros! Mas, oh esclavas, dadle de comer y de beber al forastero».

247. Así habló. Ellas le escucharon y obedecieron, llevando al héroe alimentos y bebida. Y el paciente divinal Ulises bebió y comió ávidamente, pues hacía mucho tiempo que estaba en ayunas.

251. Entonces Nausícaa, la de los niveos brazos, ordenó otras cosas: puso en el hermoso carro la ropa bien plegada, unció las mulas de fuertes cascos, montó ella misma y, llamando a Ulises, exhortóle de semejante modo:

255. «Levántate ya, oh forastero, y partamos para la población; a fin de que te guíe a la casa de mi discreto padre, donde te puedo asegurar que verás a los más ilustres de todos los feacios. Pero obra de esta manera, ya que no me pareces falto de juicio: mientras vayamos por el campo por terrenos cultivados por el hombre, anda ligeramente con las esclavas detrás del carro y yo te enseñaré el camino por donde se sube a la ciudad, que está cercada por alto y torreado muro y tiene a uno y otro lado un hermoso

puerto de boca estrecha adonde son conducidas las corvas embarcaciones, pues hay estancias seguras para todas. Cabe a un magnífico templo de Neptuno se halla el ágora, labrada con piedras de acarreo profundamente hundidas: allí guardan los aparejos de las negras naves, las gúmenas y los cables y aguzan los remos; pues los feacios no se cuidan de arcos ni de aljabas, sino de mastiles y de remos y de navíos bien proporcionados con los cuales atraviesan alegres el espumoso mar.

(Traducción de D. Luis Segalá.)

CANTO XXII.—Matanza de los pretendientes

1 A la hora desnudóse de sus harapos el ingenioso Ulises, saltó al grande umbral con el arco y la aljaba repleta de veloces flechas y, derramándolas delante de sus pies, habló de esta guisa a los pretendientes:

5 «Ya este certamen fatigoso está acabado; ahora apuntaré a otro blanco adonde jamás tiró varón alguno, y he de ver si lo acierto por concederme tal gloria el dios Apolo.»

8 Dijo, y enderezó la amarga saeta hacia Antínoo. Levantaba éste una bella copa de oro, de dos asas, y tenía ya en las manos para beber el vino, sin que la idea de la muerte preocupase su espíritu: ¿quién pensara que, entre tantos convidados, un solo hombre, por valiente que fuera, había de darle tan mala muerte y negro hado? Pues Ulises, acertándole en la garganta, hirióle con la flecha y la punta asomó por la tierna cerviz. Desplomóse Antínoo, al recibir la herida, cayósele la copa de las manos, y brotó de sus narices un espeso chorro de humana sangre. Seguidamente empujó la mesa, dándole con el pie, y espar-

ció las viandas por el suelo, donde el pan y la carne asada se mancharon. Al verle caído, los pretendientes levantaron un gran tumulto dentro del palacio; dejaron las sillas y, moviéndose por la sala, recorrieron con los ojos las bien labradas paredes; pero no había ni un escudo siquiera, ni una fuerte lanza de que echar mano. E increparon a Ulises con airadas voces:

27 «¡Oh forastero! Mal haces en disparar el arco contra los hombres. Pero ya no te hallarás en otros certámenes: ahora te aguarda una terrible muerte. Quitaste la vida a un varón que era el más señalado de los jóvenes de Ítaca, y por ello te comerán aquí mismo los buitres.»

31 Así hablaban, figurándose que había muerto a aquel hombre involuntariamente. No pensaban los muy simples que la ruina pendiera sobre ellos. Pero, encarándoles la torva faz, les dijo el ingenioso Ulises:

35 «¡Ah perros! No creíais que volviere del pueblo troyano a mi morada y me arruinábais la casa, forzábais las mujeres esclavas y, estando yo vivo, pretendíais a mi esposa; sin temer a los dioses que habitan el vasto cielo, ni recelar venganza alguna de parte de los hombres. Ya pende la ruina sobre vosotros todos.»

42 Así se expresó. Todos se sintieron poseídos del pálido temor y cada uno buscaba a donde huiría para librarse de una muerte espantosa. Y Eurímaco fué el único que le contestó diciendo:

45 «Si eres en verdad Ulises itacense, que has vuelto, te asiste la razón al hablar de este modo de cuanto hacían los aqueos: pues se han cometido muchas iniquidades en el palacio y en el campo. Pero yace en tierra quien fué el culpable de todas estas cosas, Antínoo; el cual promovió dichas acciones, no

porque tuviera necesidad o deseo de casarse, sino por haber concebido otros designios que el Saturnio no llevó al cabo, es a saber, para reinar sobre el pueblo de la bien construída Ítaca, matando a tu hijo con asechanzas. Ya lo ha pagado con su vida, como era justo; mas tú perdona a tus conciudadanos, que nosotros, para aplacarte públicamente, te resarciremos de cuanto se ha comido y bebido en el palacio, estimándolo en el valor de veinte bueyes por cabeza y te daremos bronce y oro hasta que tu corazón se satisfaga; pues antes no se te puede reprochar que estés irritado.»

(Traducción de D. Luis Segalá.)

TIRTEO.—ODA IV

¿Hasta cuándo en vil ocio? ¿Tan sufridos
será, mancebos, que la Grecia os vea?
¿cuándo alzaréis los ánimos caídos?

Ya la comarca toda que os rodea
tiene Mavorte, ¿y la quietud infame
pensáis ilusos que guardada os sea?

A las armas volad, la trompa clame;
quien no combata hasta dejar la vida,
que sufra la deshonra y vil se llame.

A la lid por la patria y la querida
esposa, y por los hijos salga el fuerte,
y alcance así la gloria merecida.

¿Por qué a los hados temerá? ¿La muerte
no va doquiera al decretado instante?
¿Cómo alejar la inevitable suerte?

Al campo, al campo, empuñe la pesante
lanza, y junte valor bajo el escudo
y al trabarse la lid entre delante.

Morir no huya: del morir ¿quién pudo,

si ya de un Numen inmortal descienda,
al destino escapar fiero y sañudo?

¿Cuántos, huyendo la marcial contienda
y el silbo de los dardos, de su techo
hollaron el umbral la muerte horrenda?

Muere el cobarde sin algún derecho
de popular amor: murió el valiente,
y el pueblo gime en lágrimas deshecho.

Si de la lid se salva, reverente
le acata semidiós; y él sobresale
descollando cual torre entre su gente,
y en hazañas y ardor un pueblo vale.

(Traducción de D. José del Castillo.)

ANACREONTE.—ODAS

Al vivir sin envidia

No de Giges las riquezas,
el Rey de los sardios, pido,
no busco el oro escondido,
ni le envidio las grandezas
al tirano aborrecido;
que sólo pongo cuidado
en andar acompañado
de finísimos olores,
y en que de rosas y flores
ande el cuello coronado.
Del día presente y ligero,
pues que tan presto se va,
cuidar solamente quiero
porque del día venidero
Dios sabe lo que será:
luego importa que bebamos,
que a Baco en brindis llamemos,

que las sienes coronemos
primero que aborrezcamos,
muriendo lo que queremos.

(Traducción de D. Francisco de Quevedo.)

SAFO.—A SU AMADO

Igual parece a los eternos dioses
quien logra verse frente a tí sentado:
¡feliz si goza tu palabra suave,
suave tu risal

A mí en el pecho el corazón se oprime
sólo en mirarte: ni la voz acierta
de mi garganta a prorrumpir; y rota
calla la lengua.

Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
presto discurre; los inciertos ojos
vagan sin rumbo: los oídos hacen
ronco zumbido.

Cúbrome toda de sudor helado:
pálida quedo cual marchita yerba;
y ya sin fuerzas, sin aliento inerte,
muerta parezco.

(Traducción de D. M. Menéndez y Pelayo.)

PÍNDARO.—A Megacles de Atenas

De Acmeón el gran vástago canto,
que corceles maneja robusto;
a la espléndida Atenas es justo
de mí canto por base poner.

Qué familia, qué patria más noble
ostentar pueda Grecia no veo,
que la ilustre ciudad de Erceteo,
cuya fama se extiende doquier.

Construyeron sus hijos a Apolo
rico templo en la diva Pitona,
la de Jove preciosa corona,
que en Olimpia supieron ganar.

Y de Cirro las dos; y las cinco
que en el Istmo adornaron las frentes
¡oh Megacles! de tí y tus parientes
hoy me mueven la lira a pulsar.

Al saber tu reciente victoria
me inundó celestial regocijo:
de mirar solamente me aflijo
que la envidia te sigue tenaz.

Pero enseña la triste experiencia,
que aun en medio a la dicha más pura,
viene siempre fatal desventura
a turbar de los hombres la paz.

(Traducción de Montes de Oca.)

ESQUILO.—Prometeo encadenado

Argumento.—Por orden de Júpiter, y aunque mal de su grado, Vulcano asistido del Poder y de la Fuerza, sujeta con férreas ligaduras a Prometeo. Acuden a consolarle las Ninfas Oceánidas y después el Océano mismo que promete interceder por él aunque Prometeo le hace desistir. La aparición de Io, que conversa con Prometeo y con las Ninfas (que constituyen el coro), hace que éste refiera la historia de aquella, perseguida por los celos de Juno, y la suya propia afirmando que si bien sufre un castigo impuesto por Júpiter, por haber robado el fuego al cielo para proporcionárselo a los hombres, más adelante alguien le libertará (alusión a Hércules) y Júpiter será arrojado de su trono en el Olimpo por alguien más fuerte que él. Júpiter, que lo escucha, envía a su mensajero, Mercurio, para que Prometeo le diga el nombre de su enemigo; Prometeo se niega y prefiere sufrir los tormentos más horribles seguro de que por su cualidad de dios es inmortal. La obra termina saltando en pedazos por la furia de Júpiter la roca a la que está sujeto Prometeo.

HERMES.—A tí, embaidor, lleno de hiel; pecador contra los dioses, que entregas sus honores a los seres de un día; a tí, ladrón del fuego, a tí es a quien me dirijo. Padre manda que digas qué bodas son esas por las cuales ha de caer del imperio. Y esto sin enigmas, antes explicándolo. No me obligues a segundo viaje, Prometeo, que bien ves que no es con estos modos como Zeus se ablanda.

PROMETEO.—Gravemente hablado está el discurso y lleno de arrogancia, como del ministro de los dioses. Nuevos sois, como nuevos mandáis, y creéis habitar fortalezas que el dolor no ha de asaltar nunca. Pues ¿no sé yo de dos tiranos que han caído de ella? Y todavía he de ver al tercero, al que ahora manda, y bien pronto, y con mayor ignominia. ¿Parécete que tiemblo a los nuevos dioses; que menguado he de bajarme a ellos? Muy lejos de eso. Vuelve pies atrás por el camino que viniste, pues nada de lo que quieres averiguar has de saber.

H.—Con esos fieros te acarreaste ya esta desgracia.

P.—Ten por cierto que no trocaría yo mi desdicha por tu servil oficio; que juzgo por mejor servir a esta roca que no ser dócil mensajero de Zeus tu padre. Así es razón que con ultrajes se responda a quien nos ultraja.

.

CHORO.—Paréceme que Hermes no habla fuera de propósito, pues que te exhorta a deponer la pertinacia y seguir la sabia cordura. Escúchale; que es vergonzoso para un sabio aferrarse en su falta.

P.—Ese ha vociferado su embajada a quien ya la sabía. Pero en que un enemigo padezca malamente bajo el poder de su enemigo, no hay afrenta. ¡Caiga,

pues, sobre mí el afilado rizo del fuego; conmuévase el éther con el estampido del trueno y el huracán de los vientos desatados; que la tormenta sacuda la tierra en la raíz misma de sus hondos cimientos; que invadan las olas del mar con bárbara furia los celestes caminos de los astros; que arrastre mi cuerpo el irresistible torbellino de la Necesidad hasta el fondo del negro Tártaro! ¡Como quiera, no podría darme muerte!

H.—¡Esas son las palabras y razones que es posible oír de los mentecatos! ¿Qué le falta a tu demencia? ¿Por ventura, a tratarte mejor se calmarían tus furores? Pero a lo menos vosotras que os doléis de sus miserias, alejaos de estos lugares al punto. El horrendo rugir del trueno os dejaría atónitas...

(Vánse Hermes y las Oceánidas).

P.—Ya las palabras son obras. La tierra se agita, y el eco del trueno ruge en sus hondas entrañas; y las inflamadas vueltas del rayo fulguran en el aire, y el polvo se levanta en revuelto torbellino; y los ímpetus todos de los vientos se desatan, y en encontrados soplos se chocan con porfiada pelea; y el mar y el aire se encuentran y se confunden. Contra mí, a no dudar, y de parte de Zeus, viene esta furia poniendo espanto. ¡Oh deidad veneranda de mi madre! ¡Oh éther, que haces girar la luz común para todos, viéndome estás cuán sin justicia padezco!

(Traducción de D. Segundo Brieva.)

SÓFOCLES.—Edipo Rey

Argumento.—Una terrible peste azota a Tebas, ciudad regida por Edipo. Los horóscopos exigen el castigo del matador del anterior rey, Layo, pero un adivino señala como culpable a Edipo; éste, al fin, advierte el crimen a que le ha arrastrado la fatalidad; comprende que es hijo de Layo y de Yocasta, que ordenaron su

muerte ante el temor de que pudiera cumplirse la profecía de que el recién nacido fuera con el tiempo el matador de su padre. Pero Edipo, recogido por un pastor, crece en el palacio del rey de Corinto y el terrible horóscopo se cumple. Edipo mata a un desconocido en una disputa; era Layo. Después, por haber acertado el enigma de la esfinge, azote de Tebas, llega a ser rey de esta ciudad y marido de Yocasta su madre. Al conocer la trágica verdad Yocasta pone fin a sus días y Edipo quiebra sus ojos. En la última escena recomienda a Creón sus hijos Eteocles y Polínice, para que cuide de ellos durante su minoría y se aleja, errante, con sus hijas Ifigenia y Antígona.

EDIPO Y EL ADIVINO TIRESIAS

EDIPO.—¿Sufriré más tiempo ultrajes parecidos?... Vas a perecer... huye en seguida, y sal de estos lugares para siempre.

TIRESIAS.—No hubiese venido si tú no me hubieses mandado llamar.

E.—Si hubiese podido imaginar qué palabras tan insensatas saldrían de tu boca, me hubiese apresurado muchísimo menos en llamarte a mi lado.

T.—Te parezco insensato, pero bien prudente parecía a los ojos de los que te dieron la vida.

E.—¿Qué hacen? ¿Espera... a qué mortales debo el nacimiento?

T.—Este día iluminará tu nacimiento y tu pérdida.

E.—¡Ah! es demasiado prolongar discursos solapados y oscuros.

T.—¿No eras en otro tiempo tan hábil para penetrar los enigmas?

E.—Insúltame ahora por las dotes que han constituido mi gloria.

T.—Esas mismas dotes son las que te han perdido.

E.—¿Qué me importa mi pérdida si he salvado a esta ciudad?

T.—Me retiro, pues. Tú, niño, guíame.

E.—Que te saque de aquí, ya que difundes a tu paso la turbulencia y el desorden: cuando estés lejos de aquí terminarás de importunarnos.

T.—Salgo, pero al partir diré, sin tener temor de tu presencia, todo cuanto deseo, porque no puedes perjudicarme. Te anuncio, pues, que ese asesino que buscas desde hace mucho tiempo, que amenazas y quieres castigar por la muerte de Layo, pasa aquí como un extranjero, admitido en el número de nuestros ciudadanos, pero muy pronto verán que es verdadero hijo de Tebas, y que este cambio no será para él un motivo de alegría; porque ahora ve el sol y dejará de verlo; es rico y será pobre; tanteando con su bastón el camino pasará a una tierra extranjera. Será padre y hermano de sus hijos, esposo e hijo de la que le dió el ser, asesino de su padre y marido de su madre. Vuélvete ahora y medita acerca de lo que acabo de decirte, y si puedes demostrar que soy un falsario, di que no conozco nada del arte de la adivinación. (Tiresias se marcha y Edipo vuelve al palacio).

EURÍPIDES.—MEDEA

Argumento.—Medea, la hechicera de Tesalia, que ha ayudado a Jasón en la conquista del vellocino de oro, es repudiada por éste a su regreso a Grecia, para unirse con la hija del rey de Corinto. Medea finge conformidad mientras medita su venganza, y decide no sacrificar a su esposo, sino a los seres que a éste son más queridos. Envía a su rival un peplo como regalo de boda, pero al vestirlo ésta parece abrasada; además, da muerte a sus dos hijos, de quienes era padre Jasón, sacrificando el amor maternal a su inextinguible odio. Después desaparece en un carro tirado por dragones para buscar en Atenas un refugio.

MEDEA.—Largamente replicaría a cuanto acabas de decir si el padre Júpiter no conociera los beneficios que de mí has recibido, y tu negra ingratitud. El des-

tino no podía permitir que despreciándome, tú y tu real cónyuge viviérais felices, insultándome ambos, ni tampoco que Creonte, que te dió la mano de su hija, me desterrara de aquí impune. Si te agrada, llámame, pues, leona o Scyla, que habita en la costa Tirrhena, pues te he herido en el corazón como merecías.

JASÓN.—Tú también sufres y participas de mis males.

MEDEA.—Puedes estar seguro de ello: sin embargo es dolor que me agrada porque no te ries.

JASÓN.—¡Oh, hijos!, ¡qué madre tan perversa os tocó en suerte!

MEDEA.—¡Oh, hijos, cómo habéis muerto por culpa de vuestro padre!

JASÓN.—Pero seguramente no le mató mi diestral

MEDEA.—No tu diestra, pero sí tu injusticia y tu segundo matrimonio.

JASÓN.—¿Y te resolviste a asesinarlos para vengarte de mi enlace?

MEDEA.—¿Es acaso leve desdicha para una mujer?

JASÓN.—Sí, si es modesta, pero para tí todo es grave.

MEDEA.—Ya murieron: bastante será tu tormento.

JASÓN.—Dioses hay vengadores, que te castigarán.

MEDEA.—Ellos saben a quién ha de imputarse.

JASÓN.—De seguro conocen a fondo tu abominable corazón.

MEDEA.—Te odio y me burlo de tus palabras amargas.

JASÓN.—Y yo de las tuyas: fácil es nuestra separación.

MEDEA.—¿Conque eso dices? ¿Qué haré yo ahora? También lo deseo ardientemente.

JASÓN.—Déjame sepultarlos y llorarlos.

MEDEA.—De ningún modo: yo los enterraré y los

llevaré al bosque sagrado de Juno, diosa de Acra, para que ninguno de sus enemigos los insulte removiendo su sepulcro; en este país de Sísifo instituiré fiestas solemnes y sacrificios para lo futuro, en expiación de tan impío asesinato. Yo iré a la tierra de Erechteo, y habitaré con Egeo, el hijo de Pandión. Tú, que eres perverso, tendrás mala muerte, aunque justa, y los restos de la nave *Argos* herirán tu cabeza, ya que has sido testigo del amargo fin de mis bodas.

JASÓN.—Acabe contigo la Furia vengadora de tus hijos asesinados, y la justicia castigue tu crimen.

MEDEA.—¿Qué Dios, qué divinidad podrá escucharte, cuando eres perjuro y traidor a quienes te dieron hospitalidad?

JASÓN.—Fuera, fuera de aquí, malvada, asesino de tus hijos.

MEDEA.—Vete al palacio y entierra a tu esposa.

JASÓN.—Allá voy, huérfano de mis dos hijos.

MEDEA.—Aún no has gemido bastante; la vejez te aguarda.

JASÓN.—¡Oh, hijos muy amados!

MEDEA.—De su madre, no de tí.

JASÓN.—Y sin embargo, los mataste.

MEDEA.—Para ofenderte.

JASÓN.—¡Ay de mí, desventurado! Sólo deseo besar mis hijos queridos.

MEDEA.—Ahora los llamas, ahora deseas verlos, y antes los rechazabas.

JASÓN.—Concédeme, por los dioses, que toque siquiera sus infantiles cuerpos.

MEDEA.—No: vanos son tus ruegos.

ARISTÓFANES.—LAS NUBES

Argumento.— «Las nubes» es una ingeniosa pero injusta burla de Sócrates, confundiendo con un vulgar sofista a su mayor enemigo. El labrador Estrepsiades va en busca de Sócrates, a quien encuentra rodeado de sus discípulos; quiere aprender a hablar con elocuencia y a defender el pro y el contra de todas las cuestiones para pagar a los acreedores y usureros con palabras tan sólo; pero el rudo Estrepsiades no es un discípulo con aptitud, y Sócrates le pide que le envíe a su hijo, el cual hace tan grandes progresos que discute con su padre, le golpea y hasta quiere demostrar que es por ello digno de alabanza. Estrepsiades, indignado, prende fuego a la vivienda de Sócrates. El título de la comedia procede de que Sócrates niega la existencia de los dioses paganos y finge adorar a las nubes.

ESTREPSIADES.—(*Saliendo precipitadamente*).

¡Ay! ¡Ay! Vecinos, parientes, ciudadanos, socorredme con todas vuestras fuerzas! ¡Me apalean! ¡Ay, mis mandíbulas! ¡Infame! ¿no ves que es a tu padre a quien maltratas?

FIDÍPIDES.—Lo confieso, padre mío.

E.—¿Oís? Confiesa que me maltrata.

F.—Sin duda.

E.—¡Perversol ¡parricidal ¡horador de murallas!

F.—Dime otra vez esas injurias, y añade otras; ¿sabes que tengo el mayor gusto en escucharlas?

E.—¡Infame!

F.—Me estás cubriendo de rosas.

E.—Maltratas a tu padre.

F.—Y, por Júpiter, he de demostrar que tengo razón en pegarte.

E.—¡Perversísimo! ¿Acaso puede nunca haber razón para pegar a su padre?

F.—Yo te lo demostraré y te convenceré con mis palabras.

E.—¿Que me convencerás?

F.—Hasta la evidencia y muy fácilmente. Elige cuál de los dos razonamientos he de emplear.

E.—¿Cuáles razonamientos?

F.—El fuerte o el débil.

E.—A la verdad, querido mío, daré por bien empleados mis afanes para enseñarte a contradecir la justicia, si consigues persuadirme que es bueno y justo que los hijos golpeen a sus padres.

F.—Pues creo que te persuadiré de tal manera, que en cuanto me hayas oído no tendrás nada que replicarme.

E.—Tengo ganas de oírte.

CHORO.—Creo que el corazón de los jóvenes palpita impaciente por escuchar lo que va a decir. Y si logra demostrar que obró justamente al perpetrar tal crimen, no doy un comino por la piel de los viejos. Ahora, gran inventor y removedor de palabras, busca argumentos convenientes para justificar tu causa.

F.—¡Qué grato es vivir entre cosas nuevas e ingeniosas y poder despreciar las leyes establecidas! Cuando me ocupaba sólo en la equitación, no podía pronunciar tres palabras seguidas sin equivocarme, pero desde que este hombre me ha hecho abandonar mis aficiones predilectas, y me he acostumbrado a los pensamientos sutiles, a los discursos y a las meditaciones, me siento capaz de probar que he obrado bien maltratando a mi padre.

DEMÓSTENES.—Discurso de la Corona

La rivalidad de Esquines y Demóstenes se manifestó con motivo de la embajada a Filipo y, más tarde, por haber propuesto Ctesifón que se premiara públicamente a Demóstenes con una corona de oro, a lo cual se opuso Esquines, que acusa a Ctesifón

por creer ilegal su propuesta. El proceso tardó varios años en resolverse, a consecuencia de los trastornos políticos de Grecia. Al fin triunfó Demóstenes, que defiende la simpática tesis de que no hay que juzgar por el éxito el valor de las acciones humanas.

Primeramente ruego, atenienses, a todos los dioses y diosas, que os inspiren hacia mi en esta causa la misma benevolencia que he tenido siempre hacia vosotros y hacia toda la República, y que no haciendo caso de mi adversario, me dejéis en libertad de defenderme, siguiendo el orden que tenga por conveniente. Mayormente que no es mi posición la misma que la de mi adversario. Él arriesga sólo un poco de reputación sucumbiendo en su demanda: yo, perder vuestra benevolencia, que para mí es lo más terrible y además... pero no quiero anticipar nada funesto en el principio de mi discurso. Él, siendo acusado, ha hablado mal de mí, cosa que naturalmente gusta más que oír elogios; así me ha dejado sólo la parte odiosa, pues para defenderme tendré que hablar muchas veces de mí mismo, pero procuraré hacerlo con toda la circunspección posible. Comprendéis bien, atenienses, que aun cuando suena el nombre de Ctesifón en la acusación de Esquines, el punto de mira soy yo, y así me defenderé confiando en vuestra imparcialidad y en que cumpliréis con vuestro deber. Si Esquines se hubiese limitado al punto jurídico de la acusación, sin entrar en el terreno de mi vida privada y pública, yo empezaría mi discurso por la parte legal del decreto de Ctesifón: pero puesto que me ha calumniado en muchas cosas, es preciso desvanecer antes la mala impresión que puede haber hecho en vuestro ánimo.

Os diré primeramente que ha sido una gran felicidad para Filipo encontrar la Grecia tan dividida en-

tre sí, y tan llena de hombres venales de quienes se ha servido, engañando a unos, regalando a otros, y corrompiendo a todos. En tal estado, e ignorando los demás griegos las intenciones de Filipo, ¿qué debía hacer nuestra república, o qué debía hacer yo que la dirigía pues quiero toda la responsabilidad? ¿Debía por ventura colocarse tras los tésalos y dólopes, y renegando de su dignidad y de la gloria de sus antepasados, ayudarles a avasallar a la Grecia? o ya que no hiciese esto, previendo mucho tiempo antes lo que había de suceder, ¿dejarle y contemporizar con él? Yo pregunto al severo censor de mis actos, ¿de qué parte debía colocarse la república? de aquellos que cooperaron con Filipo a las desgracias de la Grecia como los de Tesalia, o de los que estuvieron neutrales por conveniencia propia, como los árcades, mesenios y argivos? Si Filipo hubiera respetado a todos estos, dejándoles su independencia y sus leyes, y maltratado sólo a los que le hubiesen resistido, habría alguna razón para condenar nuestra conducta; pero si ha sucedido al revés, si nosotros hemos sido los mejor librados, ¿no es evidente que vosotros siguiendo mis consejos habéis obrado mejor que los demás?

Díme, Esquimes, qué debía hacer nuestra república al ver que Filipo aspiraba a toda la Grecia? ¿Qué debía aconsejar yo en Atenas, que había siempre combatido por el honor, por la gloria y por la supremacía; que había gastado más dinero y empleado más hombres que los demás griegos por sus estados respectivos, al ver que Filipo por este imperio o primacía sacrificaba un ojo, la clavícula, una mano, un pie y cualquiera otra parte del cuerpo, con tal que con lo restante pudiese llegar a dominar y vivir con gloria? No era decente que un hombre educado en Pella, pueblo entonces pequeño y oscuro, llevase sus aspi-

raciones hasta querer mandar a toda Grecia, y que Atenas llena de monumentos y de escritos que atestiguan el valor de nuestros padres, le entregase cobarde la libertad de la misma Grecia. Vosotros comprendisteis desde luego vuestro deber y obrásteis en consecuencia, proponiéndoos yo lo que creía mejor...

Aunque supuesto que todos hubiesen previsto de antemano que era una temeridad resistir, y que tú Esquines, hubieses enronquecido gritando que nos perdíamos, no debíamos obrar de otra manera conforme a las tradiciones gloriosas de nuestros mayores. Ahora, por fin, no puede culpárenos por descuido, y lo sucedido es obra de la Providencia; pero si a pie juntillas nos hubiésemos entregado a Filipo sin oponerle ninguna resistencia, ¿quién no te hubiera escupido a la cara? a tí digo, no a la república ni a mí. ¿Qué rubor nos hubiera causado el ver que otros quizás hubieran tomado las armas para defender nuestra libertad, cuando nuestra república siempre las tomó para asegurar la de los demás? ¿Cuántos disgustos podíamos ahorrarnos cediendo a las proposiciones, al parecer favorables a nosotros, hechas por los mismos tebanos, o los lacedemonios, o los persas, pero impuestas a la fuerza? Pero como siempre se consideró poco conforme a nuestras costumbres patrias y a nuestro honor el aceptar condiciones humillantes, fueron rechazadas. Y de ahí vienen los elogios que tributáis a los que obraron de este modo, como Temístocles, que prefirió abandonar la ciudad y trasladar a sus habitantes a frágiles leños, y los que apedrearon a Círcilo y a su mujer porque aconsejaban ceder a los persas. Aquellos hombres sabían que nacemos para la patria, y que siendo ella libre, debe preferirse la muerte...

Dos cualidades debe tener un buen ciudadano, de-

cisión y valor para defender la independencia y dignidad de la patria, y buena voluntad en todas las ocasiones y actos. Esta está en el carácter, lo demás depende de otros. Que a mí no me han faltado jamás, os lo pruebo, citándoos cuando fuí reclamado para ser entregado, cuando me obligaron a comparecer ante el tribunal de los Anficiones, cuando me amenazaron, cuando desencadenaron como fieras a estos infames contra mí. Desde un principio me propuse seguir los más sanos principios en política, conservar y aumentar el honor, la gloria y el poder de la patria. No voy dando vueltas por la plaza alegre y triunfante, tomando la mano a estos y aquellos, y comunicándoles noticias favorables de otros, que comunicarán a su vez; ni oigo con terror y la cabeza baja las de nuestra república como estos impíos que alaban los sucesos prósperos que van unidos con la desgracia de los griegos, y dicen que se ha de procurar que duren siempre.

Que no les déis oídos, oh dioses todos, antes bien, inspiradles mejores sentimientos, y si son incorregibles, perezcan por tierra y por mar ellos solos, y a los demás dadnos seguridad y un pronto término a los temores que nos sobresaltan.

(Traducción de D. J. Díaz.)

PLATÓN.—FEDÓN

El último día y el último discurso de Sócrates

Dispuestas así todas las cosas por la naturaleza, cuando los muertos llegan al lugar a que les ha conducido su guía, se les somete a un juicio, para saber si su vida en este mundo ha sido santa y justa o no.

Los que no han sido ni enteramente criminales ni absolutamente inocentes, son enviados al Aqueronte, y desde allí son conducidos en barcas a la laguna Aquerusia, donde habitan sufriendo castigos proporcionados a sus faltas, hasta que, libres de ellos, reciben la recompensa debida a sus buenas acciones. Los que se consideran incurables a causa de lo grande de sus faltas y que han cometido muchos y numerosos sacrilegios, asesinatos inícuos y contra ley, u otros crímenes semejantes, el fatal destino, haciendo justicia, los precipita en el Tártaro de donde no saldrán jamás. Pero los que sólo han cometido faltas que pueden expiarse, aunque sean muy grandes, como haber cometido violencias contra su padre o su madre, o haber quitado la vida a alguno en el furor de la cólera, aunque hayan hecho por ello penitencia durante toda su vida, son sin remedio precipitados también en el Tártaro, pero transcurrido un año, las olas los arrojan y echan los homicidas al Cocito, y los parricidas al Puriflegeton, que los arrastrará hasta la laguna Aquerusia. Allí dan grandes gritos, y llaman a los que fueron asesinados y a todos aquellos contra quien cometieron violencias, y los conjuran para que los dejen pasar la laguna, y ruegan se les reciba allí. Si los ofendidos ceden y se compadecen, aquellos pasan y se ven libres de todos los males; y si no ceden, son de nuevo precipitados en el Tártaro, que los vuelve a arrojar a los otros ríos hasta que hayan conseguido el perdón de los ofendidos, porque tal ha sido la sentencia dictada por los jueces. Pero los que han justificado haber pasado su vida en la santidad, dejan estos lugares terrestres como una prisión y son recibidos en lo alto, en esa tierra pura, donde habitan. Y lo mismo sucede con los que han sido purificados por la filosofía, los cuales viven por toda la

eternidad sin cuerpo, y son recibidos en estancias aún más admirables. No es fácil que os haga una descripción de esta felicidad, ni el poco tiempo que me resta me lo permite. Pero lo que acabo de deciros basta, mi querido Simmias, para haceros ver que debemos trabajar toda nuestra vida en adquirir la virtud y sabiduría, porque el precio es magnífico y la esperanza grande.

ARISTÓTELES.—POÉTICA

CAPÍTULO IV.—Del instinto de imitación

Pero de dos causas, y éstas muy naturales, parece que tuviese origen la poesía: una es la imitación, que nace juntamente con cualquier hombre desde niño, y por ella somos diferentes de los otros animales; lo uno, porque somos aptísimos para imitar; y lo otro, porque imitando adquirimos las primeras disciplinas, y porque todos recibimos gusto en las imitaciones, de lo cual es argumento lo que cada día sucede, porque las cosas que nosotros mismos mirándolas recibimos pena, cuando miramos sus imágenes perfectamente imitadas de los artífices, nos causan sumo placer (como es de ver en las pinturas de las fieras más horribles y cuerpos muertos) y esto nace, de que el aprender es cosa dulcísima, no sólo para los filósofos, sino para todos los hombres, aunque en esto sean poco parecidos. Y si los que miran las imágenes reciben contento, por aquel accidente que sucede de aprehender lo que hay en ellas, mientras las consideran, y de sacar la conclusión de lo que es una de aquellas cosas (por ejemplo, el que éste es aquél) porque cuando sucediese, que el que mira la imagen nunca

hubiese visto lo que representa, no recibiría placer por la imitación, pero recibiríale por el artificio, o por los colores, o por otra causa semejante.

(Traducción de D. Alonso Ordóñez.)

HERODOTO. — LAS NUEVE MUSAS

DEL LIBRO VII

Con esta seguridad en la fe de Jerges, continuó Demarato: «Pues que mandáis, señor, que hable francamente, y os diga la verdad, yo os la diré de manera que no daré lugar a que después de esto me cojáis en mentira. La Grecia, señor, es una nación criada siempre sin lujo y con pobreza, pero hecha a la virtud, fruto de la sabiduría y de la severa disciplina. Con la misma virtud que practica, remedia su pobreza y se defiende de la servidumbre. El elogio debo darle a todos los griegos que moran en la región y países dóricos; pero no hablaré ahora de todos ellos, sino solamente de los Lacedemonios. Y en primer lugar digo, que de ningún modo cabe que den oídos a nuestras pretensiones, encaminadas a quitar la libertad a la Grecia; de suerte, que aunque todos los demás griegos os presten vasallaje, ellos solos saldrán a recibirlos con las armas en la mano. Ni os toméis el trabajo de preguntarme acerca del número de ellos para salirlos al encuentro, porque tened por sabido que si constare su ejército de mil hombres, con mil os darán la batalla, si menos fueren, con menos os la darán, y si fueren más, serán más los que las presenten».

Al oírle, púsose Jerges a reír:—«Demarato, le replica, ¿qué absurdo es ese que dices? Vamos al caso: ¿no aseguras haber sido rey de esos valientes? Pre-

gúntote ahora: ¿quisieras tú sólo apostártelas tú aquí mano a mano contra diez hombres juntos? Y en verdad que si la disciplina civil y el buen orden entre vosotros es en todo como me lo pintas, pide el honor y el decoro de la corona que tú, rey de esos héroes, puedas habértelas con doblado número de enemigos. Bien pudiera ser que sujetos a las órdenes de un soberano, como entre nosotros se usa, por miedo de él, sacasen esfuerzo de necesidad, y obligados con el látigo, embistiesen pocos contra muchos más; pero sueltos como están y dejada su elección a su arbitrio, no es posible que hagan uno ni otro: antes bien, soy de sentir, que cuando fuese igual el número de entrambos, no se atreverían los griegos a entrar con los persas solos en batalla».

A este discurso respondió Demarato:—. Libres sí lo son, pero no libres sin freno, pues soberano tienen en la ley de la patria, a la cual temen mucho más que no a vos vuestros vasallos. Hacen sin falta lo que ella les manda, siempre lo mismo: no volver las espaldas estando en acción, a ninguna muchedumbre de armados, sino vencer o morir sin dejar su puesto. Pero ya os parecen absurdas mis razones; hago ánimo en adelante de no hablaros más sobre ello; lo que ahora dije, lo dije precisado. Deseo, señor, que todo os salga a medida de vuestros deseos.

De la respuesta de Demarato, hizo burla Jerges, y tomándolo a risa no dió muestra ninguna de enojo, sino que le envió enhorabuena y con mucha paz.

(Traducción de B. Pou.)

TEÓCRITO.—Las Siracusanas

GORGÓ, EUNOE, PRAXINOE, UNA VIEJA, DOS HOMBRES,
UNA CANTATRIZ.

- G. ¿Praxinoe está en casa?
E. ¡Oh mi querida
Gorgo, cuán tarde llegas! La señora
en casa se halla y eres bien venida.
P. Es milagro que llegues aún ahora.—
Dale un sillón a la visita, Eunoe,
y la blanda almohada sin demora.
E. Ahí está.
P. Toma asiento.
G. ¡Ay Praxinoe!
Para llegar aquí ¡cuánto trabajo!
Deja que mi alma valerosa loe.
Que entre la turba, sin morir me traje
de carrozas, y botas y armaduras:
larga es la calle y vives muy abajo.
P. ¿Qué quieres? Condenóme a estas alturas,
y me ha puesto no casa sino cueva,
ese hombre con su envidia y sus locuras.
Siempre a capricho contrariarme lleva,
y no quiere que seas mi vecina,
ni que contigo a murmurar me atreva.
G. No discurras así, Venus divina,
de tu esposo: que el niño está delante,
mira, mujer, a verte cuál se inclina.
P. Zopirito, mi bien, nada te espante.
No hablo de tu papá.
G. ¡Por la gran Diosa!
¡Qué bien entiende el avisado infantil!
Es muy bueno tu padre.

- P. Escucha hermosa:
Ese padre tan bueno el otro día
(*Y un día y siempre son la misma cosa*)
nitro a comprarme fué a la droguería
y colorote; y con sus trece codos,
sólo nos trajo sal, por vida mía.
G. No me admiro, por cierto, iguales modos
tiene mi Dioclídes, del dinero
eterna perdición; así son todos.
Cinco pieles ayer, no de carnero,
sino de perro viejo y pestilente,
compró por siete dracmas a un tendero.
Mas al palacio ven del Rey potente:
ponte la falda y el mantón que ajusta
la linda hebilla de metal luciente.
Salir a ver a Adónis más me gusta:
una fiesta magnífica prepara,
según me dicen, nuestra Reina augusta.
P. Es rico cuanto el rico nos depara.
Tú que algo viste ya de tanto brillo
cuéntame lo que pasa Gorgo cara.
G. Que vayamos a verlo es más sencillo;
para quien vive ocioso siempre es fiesta.
P. ¡Eunoe! Trae la jarra y el lebrillo.
Llévalo a la mitad.—¡Oh, cuán molesta!
Déjalo ahí otra vez.—El lecho blando
agrada hasta las gatas. ¡Ea! Apresta
el agua que pedí; lo estoy mandando
hace dos horas. ¡Agua! Más aprisa
muévete.—Al fin, la traje.—Vela echando,
que es la cosa primera y más precisa.—
¡Oh, no tanta, infeliz! ¡Tente verdugo!
Me has empapado toda la camisa.—
Ya me lavé como a los dioses plugo.
¿Del armario mayor do están las llaves?

- G. Tráelas mientras el rostro yo me enjugo.
Qué bien te queda ese jubón, no sabes,
y el brochel Por el paño, puesto fuera
del telar, ¿cuánto diste?
- P. ¡Ay, no acabes,
Oh Gorgol, que acordarme no quisiera:
más de una mina o dos de plata pura
y mi trabajo: puse el alma entera.
- G. Pero salió a tu gusto, y tu hermosura
realza.
- P. Dices bien—Dame ahora el manto
y el sombrerillo ponme con finura.
No he de llevarte, hijito. Huy, huyes, qué espanto
¡Muerde el caballo! Nada hará tu enojo,
Así pudiera sofocarte el llanto.
No quiero que después resultes cojo.—
Vamos.—Frigia, divierte al inocente:
haz a la perra entrar, corre el cerrojo...

(Traducción de Montes de Oca.)

LUCIANO.—DIÁLOGO XVIII

MENIPO Y MERCURIO

MENIPO.—¿Dónde están, Mercurio, los hombres
hermosos y las mujeres bellas? Sírveme de guía, pues-
to que soy recién venido.

MERCURIO.—No tengo lugar, Menipo; pero mira
hacia allá, a la derecha: allí están Jacintho, Narciso,
Nireo, Aquiles, Tyro, Helena, Leda, y, en fin, todas
las bellezas de otros tiempos.

MENIPO.—No veo más que huesos y cráneos despo-
jados de carne y todos iguales.

MERCURIO.—Pues las bellezas que todos los poetas

admiran son esos huesos, de los cuales tú parece que
haces desprecio.

MENIPO.—Muéstrame a Helena, que ya no podré
distinguir-la.

MERCURIO.—Este cráneo es Helena.

MENIPO.—¿Y por esto se armaron mil naves de todos
los puntos de la Grecia y murieron tantos griegos y
tantos bárbaros, y fueron destruidas tantas ciudades?

MERCURIO.—Es que tú no viste, Menipo, a esa mu-
jer viva; seguramente hubieras dicho también que era
muy natural.

«sufrir por tal mujer tantos desastres.»

Si vemos una flor seca y ya descolorida nos parece
fea; pero cuando está floreciente y con todo su color,
es hermosísima.

MENIPO.—Pues eso es, oh, Mercurio!, lo que a mí
me admira; que no comprendiesen los Aqueos que su-
frían tantos trabajos por una cosa tan efímera y que
tan fácilmente había de marchitarse.

MERCURIO.—No tengo tiempo, Menipo, de filosofar
contigo. Busca un sitio donde mejor te parezca y
échate. Yo voy por otro muerto.

(Traducción de D. Cristóbal Vidal y J. Delgado.)

III. - LATINA

PLAUTO.—AULULARIA

Argumento.—El viejo Euclión tiene una hija, Fedra, y un te-
soro, una marmita repleta de monedas de oro que da nombre a
la comedia. Euclión cuida de su hija, pero mucho más de la mar-
mita para la que ningún sitio considera seguro. Todo le parece
sospechoso al avaro, incluso la solicitud de Megadoro que quie-
re unirse en matrimonio con Fedra. Al fin se concierta la boda,
no sin sentimiento del sobrino de Megadoro, Lycónides. Un es-
clavo de éste, Estófilo, roba la marmita a Euclión, el cual se la-

menta desesperadamente. Falta el final del quinto acto de la comedia, pero puede deducirse de su desarrollo que termina con la boda de Fedra y del joven Lycónides.

ACTO II. ESCENA II.—EUCLIÓN, MEGADORO

EUCLIÓN.—(*Sin ver a Megadoro.*) Me daba el corazón que mi salida de casa iba a ser infructuosa; por esto me ausenté de tan mala gana. No se ha presentado ninguno de mis compañeros de curia, ni el jefe de ella que debía hacernos la tal distribución de dinero. Ahora me vuelvo a toda prisa a mi casa; porque, aunque mi cuerpo se halla aquí, mi alma la tengo allí. (*Señalando su casa.*)

MEGADORO.—Te deseo salud y dicha, amigo Euclión.

E.—Que los dioses te protejan, Megadoro.

M.—Qué tal?... Como vá esa salud, amigo mío?

E.—(*Aparte.*) Cuando un rico saluda afectuosamente a un pobre es con algún motivo... Este sabe ya sin duda que yo tengo dinero, y por eso me saluda tan cariñosamente.

M.—Con que, qué dices?... lo pasas bien?

E.—Por Pólux! no muy bien por lo que hace a los cuartos.

M.—No obstante, si tienes tranquilidad de alma, tienes cuanto se necesita para pasarlo bien.

E.—(*Aparte.*) Por vida de Hércules! la vieja le ha dado ya algún indicio acerca de mi tesoro: esto es claro como la luz del día: maldita vieja! ya le cortaré yo la lengua y le arrancaré los ojos.

M.—Pero qué estás ahí hablando a solas?

E.—Me lamento de mi pobreza, amigo mío. Tengo una hija ya moza, pero que no tiene dote; y por lo

tanto no es fácil colocarla bien; y por otro lado tampoco he de entregarla al primero que se presente...

M.—Cállate Euclión; ten buen ánimo. *Ya se la dotará:* yo te ayudaré. Habla, dí lo que necesitas, mándame cuanto quieras.

E.—(*Aparte.*) Cuando éste ofrece, es que quiere algo en este mismo instante: es decir, que le veo con la boca abierta para devorar mi tesoro. Lleva la piedra en una mano, y me enseña el pan con la otra. No me fío del rico que se muestra tan zalamero con un pobre: algún perjuicio va a imponerme cuando tan benignamente me larga la mano. Ah! Conozco bien a estos pólipos: cuando llegan a agarrar no sueltan la presa.

M.—Sírvete prestarme atención un ligero momento, amigo Euclión. Tengo que hablarte unas palabras sobre un asunto de interés común para ambos.

E.—(*Aparte.*) Ay! desgraciado de mí! Me han robado mi tesoro, y ahora querrá éste de seguro, entrar conmigo en arreglos. Corro, pues, a revisar mi caso. (*Márchase apresuradamente.*)

M.—Pero adónde vas tan de prisa?

E.—Vuelvo, vuelvo a seguida. Tengo una cosa que ver ahí dentro. (*Entrase en su casa.*)

M.—(*Solo.*) Creo, a fe mía, que tan luego como le hable de su hija para que me la dé en matrimonio, se va a creer que me burlo de él; y en verdad que entre toda la pobretería no se encuentra un hombre más mezquino que éste.

E.—(*Aparte saliendo de la casa.*) Gracias a los dioses, todo se ha salvado... todo, si no se ha perdido algo. Buen susto he llevado antes de entrar; iba más muerto que vivo. (*Alto.*) Héme ya aquí de vuelta, Megadoro, y dispuesto a escucharte.

M.—Gracias, Euclión. Te ruego, pues, que des inmediata contestación a lo que voy a preguntarte.

E.—Con tal que no me preguntes cosa a la que no me sea dado responder.

M.—Dime: ¿qué concepto tienes de la gente de que yo desciendo?

E.—Bueno.

M.—¿Y de mi probidad?

E.—Bueno.

M.—¿Y de mis acciones?

E.—Ni bueno ni malo.

M.—¿Sabes tú mi edad?

E.—Sé que eres tan rico en años como en dinero.

M.—Pues yo, por mi parte, te he considerado siempre, y te considero en la actualidad como un hombre de bien.

E.—(Aparte). ¡Nada! que ha olido mi dinero. (Alto). ¿Y qué me quieres ahora?

TERENCIO.—LOS HERMANOS

Argumento.—Ctesifón y Esquino son educados, el primero por Demea, su padre, el segundo por Mición, su tío. El rigor y la severidad de Demea hacen de Ctesifón un hipócrita; la blandura y suavidad de Mición hacen de Esquino un muchacho sincero, noble y atrevido. Ctesifón está prendado de Calidia, esclava, que está en poder de un mercader, el cual, conocedor de los sentimientos del joven no quiere cederla sino por alto precio; pero el audaz Esquino pone fin a la disputa raptando a Calidia. La aventura indigna a Demea y a Sostrata, prometida de Esquino, a quien inculpan del hecho; pero éste contrae matrimonio con Sostrata y al fin Demea, que se quejaba a su hermano, enterado de todo, ha de reconocer el fracaso de su procedimiento educativo.

ESCENA VIII.—DEMEA, MICIÓN

DEMEA.—¡Oh, a buen tiempo en tu misma busca vengo!

MICIÓN.—¿De qué estás triste?

D.—¿Donde Esquino está de por medio, me preguntas de qué estoy triste?

M.—(Aparte). ¿No lo decía yo?... (Alto). ¿Qué ha hecho Esquino?

D.—¿Qué ha hecho? Que ni tiene vergüenza de nada, ni temor a nada, ni temor a nadie, ni hace cuenta que ha de estar sujeto a ley ninguna. Porque, sin hablar de sus pasadas picardías, ¿qué piensas que ha hecho ahora?

M.—¿Qué es ello?

D.—Ha quebrado puertas, y ha entrado por fuerza en casa ajena, y al dueño de ella, y a toda su familia los ha maltratado hasta dejarlos por muertos: ha quitado por fuerza una mujer de quien él estaba enamorado: todos a voces dicen haber sido muy mal hecho. ¿Cuántos piensan, Mición, que me lo han dicho viniendo? No se habla de otro en toda la ciudad. Y si compararse puede, ¿no ve a su hermano cuán solícito está en su hacienda, y cómo se está en su granja reglado y moderado y cómo no hace nada de esto? Lo que a él le digo, Mición, a tí te lo digo: que tú le dejas perderse.

M.—La cosa más injusta del mundo es un hombre necio, porque nada tiene por bueno, salvo lo que él hace.

D.—¿A qué viene eso?

M.—A que tú, Demea, no eres en esto buen juez.

Y si tú y yo no hicimos travesuras semejantes fué porque la pobreza no nos dió lugar de hacerlas. ¿Y tú ahora alábaste de lo que dejaste de hacer por necesidad? Esto es injusto; porque si tuviéramos con qué también lo hiciéramos. Y tú, si fueses cuerdo, a tu hijo lo dejarías ahora hacer todo esto; que a su edad es lícito, y no le darías ocasión de es-

perar a que estés bajo de tierra, para hacerlo entonces, cuando ya no le esté bien.

D.—¡Oh soberano Júpiter! ¡Tú, hombre, vas a volverme loco! ¿Que no es maldad que un mozuelo haga estas cosas?

M.—¡Ah! Óyeme; no me rompas más sobre esto la cabeza. Tú ya me diste tu hijo por hijo adoptivo: ya él quedó por mío. Si él en algo yerra, Demea, a mi daño lo yerra, y de ello a mí me tocará la mayor parte. ¿Gasta? ¿Debe? ¿Lleva perfumes? De mi hacienda lo hace... ¿Ha quebrado puertas? Se harán otras. ¿Ha rasgado ropa? La zurciremos. Gracias a los dioses, hay de qué, y hasta ahora no me da mucha pena. Finalmente, o déjame hacer, o busca cualquier árbitro; que ya te probaré que en esto mucho más lo yerras tú que yo.

(Traducción de P. Simón Abril)

LUCRECIO.—Naturaleza de las cosas

DEL LIBRO II

Así como los niños temerosos se recelan de todo por la noche así nosotros, tímidos de día, nos asustamos de lo mismo a veces que despavorir suele a los muchachos; preciso es que nosotros desterremos estas tinieblas y estos sobresaltos, no con los rayos de la luz del día, sino pensando en la naturaleza.

Sígueme siempre tú, y escucha ahora cuál es el movimiento con que engendran y a los cuerpos destruyen los principios de la materia, y cuál es el impulso y cuál la rapidez que hacen que vuelen por el espacio inmenso sin descanso.

Porque seguramente la materia no es una masa inmóvil, pues que vemos disminuirse un cuerpo, y de continuo manando se consume a la larga, y el tiempo nos lo roba de la vista; se conserva sin pérdida la *suma*. Empobreciendo a un cuerpo, los principios van a enriquecer otro, y envejecen los unos para que otros reflorezcan; ni en un sitio se paran; de este modo el Universo se renueva siempre, y se prestan la vida los mortales; crecen unas especies y se acaban, y en poco tiempo las generaciones se mudan, y la antorcha de la vida cual ágiles cursores se transmiten.

Si piensas tú que los principios pueden cesar, y que cesando engendran nuevos impulsos, la verdad de tí se aleja; pues movidos en medio del vacío los principios, es fuerza que obedezcan o a su gravedad misma o al impulso quizá de causa externa; desde arriba precipitados, pues, encuentran otros, que a un lado los apartan de repente; no es maravilla, porque son pesados, durísimos y sólidos, y nada les pone estorbo alguno por su espalda.

(Traducción de D. José Marchena.)

CICERÓN.—Primera Catilinaria

¿Hasta cuándo has de abusar de nuestra paciencia, Catilina? ¿Cuándo nos veremos libres de tus sediciosos intentos? ¿A qué extremos se arrojará tu desenfadada audacia? ¿No te arredran ni la nocturna guar-

día del Palatino, ni la diurna vigilancia en la ciudad, ni la alarma del pueblo, ni el acuerdo de todos los hombres honrados, ni este fortísimo lugar donde el Senado se reúne, ni las frases y semblantes de todos los senadores? ¿No comprendes que tus designios están descubiertos? ¿No ves tu conjuración fracasada por conocerla ya todos? ¿Imaginas que alguno de nosotros ignora lo que has hecho anoche y antes de anoche: dónde estuviste, a quiénes convocaste y qué resolviste? ¡Oh, qué tiempos! ¡Qué costumbres! ¡El Senado sabe esto, lo ve el Cónsul, y, sin embargo, Catilina vive! ¿Que digo vive? Hasta viene al Senado, y toma parte en sus acuerdos, mientras con la mirada anota los que de nosotros designa a la muerte. ¡Y nosotros, varones fuertes, creemos satisfacer a la República previendo las consecuencias de su furor y de su espada! Ha tiempo, Catilina, que por orden del Cónsul, debiste ser llevado al suplicio para sufrir la misma suerte que contra todos nosotros, también desde hace tiempo, maquinabas...

Deseo, padres conscriptos, ser clemente; deseo también en peligro tan extremo de la República, no parecer débil, pero ya condeno mi inacción, mi falta de energía. Hay acampado en Italia, en los desfiladeros de Etruria, un ejército dispuesto contra la República: crece día por día el número de los enemigos: el general de ese ejército, el jefe de los enemigos está dentro de la ciudad, y hasta le vemos dentro del Senado maquinando sin cesar algún daño interno a la República. Si ahora ordenara que te prendieran y mataran, Catilina, creo que nadie me tachase de cruel, y temo que los buenos ciudadanos me juzgaran tarde. Pero lo que ha tiempo debí hacer, por importantes motivos no lo realizo todavía. Morirás Catilina, cuando no se pueda encontrar ninguno tan malo, tan

perverso, tan semejante a tí, que no confiase la justicia de tu castigo. Mientras quede alguien que se atreva a defenderte, vivirás; pero vivirás como ahora vives, rodeado de muchos y seguros vigilantes, para que no puedas moverte contra la República, y sin que lo adviertas, habrá, como hasta ahora, muchos ojos que miren cuanto hagas y muchos oídos que escuchen cuanto digas.

¿A qué esperar más, Catilina, si las tinieblas de la noche no ocultan las nefandas juntas, ni las paredes de una casa particular contienen los clamores de la conjuración? ¿Si todo se sabe, si se publica todo? Cambia de propósito, créeme; no pienses en muertes y en incendios. Cogido como estás por todas partes, tus designios son para nosotros claros como la luz del día, y te lo voy a demostrar. ¿Recuerdas que el 21 de Octubre dije en el Senado que un día fijo, seis antes de las kalendas de Noviembre, se alzaría en armas C. Malio, secuaz y ministro de tu audacia? ¿Me equivoqué, Catilina, no sólo en un hecho tan atroz, tan increíble, sino en lo que es más de admirar, en el día? Dije también en el Senado que habías fijado el quinto día antes de dichas kalendas para matar a los más ilustres ciudadanos, muchos de los cuales se ausentaron de Roma, no tanto por salvar la vida como por impedir la realización de tus intentos. ¿Negarás acaso que aquel mismo día, cercado por las guardias que mi diligencia te había puesto, ningún movimiento pudiste hacer contra la República, y decías que, aun cuando los demás se habían ido, con matarme a mí, que había quedado, te dabas por satisfecho? ¿Qué más? Cuando confiabas apoderarte de Preneste sorprendiéndola con un ataque nocturno el mismo día de las kalendas de Noviembre, ¿no advertiste las precauciones por mí tomadas para asegurar aquella co-

lonia con guardias y centinelas? Nada haces, nada intentas, nada piensas que yo no oiga o vea o sepa con certeza...

Márchate, pues, Catilina, para bien de la República, para desdicha y perdición tuya y de cuantos son tus cómplices en toda clase de maldades y en el parricidio, ¡márchate a comenzar esa guerra impía y maldita! Y tú, Júpiter, cuyo culto estableció Rómulo bajo los mismos auspicios que esta ciudad, a quien llamamos Stator, por ser guardador de Roma y de su imperio, alejarás a éste y a sus cómplices de tus aras y de los otros templos, de las casas y de las murallas; librarás de sus atentados la vida y los bienes de todos los ciudadanos, y a los perseguidores de los hombres honrados, enemigos de la patria, ladrones de Italia, en criminal asociación unidos para realizar maldades, los condenarás en vida y muerte a eternos suplicios.

(Traducción de D. Juan Bautista Calvo.)

DE LA VEJEZ.—Pruebas acerca de la inmortalidad del alma: consuelos de la muerte

Nadie me podrá nunca hacer creer, oh Escipión, que tu padre Paulo, o tus dos abuelos Paulo y Escipión Africano, o el padre de Africano, o el tío y otros muchos varones excelentes, que no es necesario nombrar ahora, acometieran tan grandes empresas, que duran en la memoria de la posteridad, si no vieran con los ojos del alma que les había de alcanzar a ellos también esta gloriosa memoria.

¿Juzgas, por ventura (por alabarme un poco como es propio de los viejos) que hubiera yo emprendido tantos trabajos de día y noche, en paz y en guerra, si hubiera de acabar mi gloria en los mismos términos

que la vida? ¿No me hubiera sido mejor para esto vivir una vida quieta y sosegada sin empeño ni trabajo ninguno? Pero no sé de qué modo, levantándose el ánimo, miraba siempre a la posteridad, como si hubiese de vivir cuando saliese de esta vida: por cierto que si no fuera verdad que las almas son inmortales, no se empeñara tanto por la gloria inmortal de cualquiera hombre muy bueno. ¿Y qué diremos de que el hombre muy sabio muere con mucha resignación y el necio de muy mala gana? ¿No os parece que el ánimo que ve más y con más penetración, ve que se parte a mejor estado, y que esto no lo ve el que tiene embotado el juicio? Muchísimo deseo tengo de ver a vuestros padres, a quienes traté y estimé mucho; y no solamente tengo ardentísimos deseos de ver a los que he conocido, sino a aquellos también de quienes he oído hablar, o yo mismo he leído y escrito. Al cual término, encaminándome yo, nadie me haría fácilmente volver atrás, ni me fundiría de nuevo, como a Pelias. Y si algún dios me concediera volverme de esta edad a la de niño otra vez, y llorar en la cuna, lo resistiría mucho, pues no quiero desde el fin de la carrera volverme otra vez al principio.

(Traducción de D. Manuel de Valbuena.)

VIRGILIO.—ENEIDA

Argumento.—Empieza el poema refiriendo cómo Eneas, el héroe troyano y sus compañeros, perseguidos por la furia del mar, logran arribar a Cartago; allí Eneas refiere a la reina Dido la ruina de Troya y sus desventuras desde que fué por los griegos arrojado de su patria. Eneas, con sus compañeros, marchan de Cartago, y Dido, herida de amor por él, se da muerte en una patética escena. Hasta el libro VII—después de visitar los Campos Elíseos y ver a su padre Anquises que vaticina los destinos de Roma—no llega Eneas al Lacio. Allí el rey de los latinos le con-

cede la mano de su hija Lavinia, pero Eneas ha de luchar con Turno que también aspiraba a ella. Después de larga serie de luchas, Eneas, dando muerte a Turno en combate singular, consigue unirse en matrimonio con Lavinia y consolidar su poder en el Lacio.

CAPÍTULO IV.—Muerte de Dido

Mas aterrada Dido y temblorosa
ante el horrible comenzado intento,
los ojos revolviendo ensangrentados,
por el horror manchadas las mejillas,
pálida ante la muerte ya cercana,
al interior camina del palacio.

Sube furiosa a la elevada pira,
y allí el acero dárdano desnuda,
no para tal destino fabricado.

Y cuando ve las ilíacas vestes
y el conocido tálamo, un momento
pensativa detiéndose, y llorosa;
y al fin sobre aquel lecho se reclina,
y estas palabras últimas pronuncia:
—«Dulces reliquias cuando Dios y el hado
así lo permitieron; esta vida
recibid, y libradme de estos males.
He vivido, y el curso que la suerte
trazara a mi existencia, consumado:
ahora pasará mi augusta imagen
al hondo Averno.—Yo, ciudad preclara
edifiqué, y alzados ví sus muros;
vengué a mi esposo y castigué a mi hermano.

«¡Ah! feliz en verdad, asaz felice,
si jamás de los teucros los bajeles
a nuestras costas arribado hubieran,»—
dijo, y besando el lecho, así prosigue.

—«¿Moriré no vengada? Mas muramos:

conviene así pasar al negro abismo.
Que estas llamas devore con sus ojos
desde alta mar el pérfido troyano,
e impresa lleve la cruel desgracia
de mi muerte fatal.» Dijo, y al punto
atravesada por el duro acero
la ven caer sus fieles servidores,
bañadas viendo en espumosa sangre
las manos y la espada.—

(Traducción de D. Luis Herrera.)

LIBRO XII.—Combate de Turno y Eneas

...su asta fulminante
Vibra Eneas, propicio punto cata
Con ojos, y arrójala distante,
Y entero en ella su poder desata.
No con ímpetu suele semejante
Piedra que de ballesta se arrebatá
Terrífica zumbar; ni así encendido,
Estalla el rayo en hórrido estampido.

Fiero estrago llevando, el hierro crudo
Vuela a guisa de negro torbellino,
Y por lo bajo rompe del escudo
Hasta el séptimo cerco diamantino;
Y el halda abriendo a la loriga, pudo
Crujiente en medio al muslo hacer camino,
Al fiero golpe, que de acción le priva,
Turno enorme de hinojos se derriba.

Alzándose, en doliente vocerío
Los Rútulos prorrumpen: gime el viento
Y tiembla en torno el monte, y a porfía
Vuelven los altos bosques el lamento.
El, hincado, la diestra dirigía
Y miradas de humilde sentimiento

A Eneas: «He mi suerte merecido,
Y nada», exclama, «para mí te pido».
«¡Vencistel todo en mí te pertenece;
Me han visto los Ausonios prosternado
Tender las palmas. Si piedad merece
Un padre (fuélo Anquises) desdichado,
La ancianidad de Dauno compadece,
Y vivo, o muerto, cual te venga en grado,
Este hijo tu piedad le restituya,
¡Oh! cese tu rencor; ¡Lavinia es tuya!»
Paróse armado el héroe encrudecido,
Y revolviendo los ardientes ojos
La diestra reprimió: ya del rendido
El discurso amansaba sus enojos,
Cuando el infausto talabarte oído
De Palante asomar, ricos despojos
Que echó sobre sus hombros Turno ufano,
Muerto el mancebo, y con sangrienta mano.
Han resaltado las que al cinto lleva
Lucientes inequívocas labores.
Conforme Eneas las miradas ceba
En aquel monumento de dolores
Insanables, la cólera renueva,
Y clama así, terrible en sus furoros:
«¿Con tan queridas prendas te atavías,
Y escapar de mis manos presumías?
«Palante es quien te hiere; sí, Palante
Quien te inmola, y se venga en tu culpada
Sangrel» Dice, y al pecho que delante
Tiene, encamina la fulmínea espada
Enardecido. Turno en ese instante
A manos siente de la muerte helada
Sus miembros desatarse, y gemebundo
Su espíritu indignado huye al profundo.

(Traducción de D. Miguel Antonio Caro.)

GEÓRGICAS.—DEL LIBRO II

Muy otro el sacro olivo,
nada pide al cultivo,
nada a la corva hoz, nada le debe
al rastrillo tenaz, como ya en firme
haya arraigado y vientos sobrelleve.
Si la azada la mueve,
la tierra suficiente jugo luego
ofrece al olivar; y si la reja,
rico le para de copiosos frutos:
tal el árbol se nutre que agradables
rinde a la paz sus fértiles tributos.

Y todos los frutales,
cuando son troncos vigorosos sienten,
y las fuerzas conocen que en sí llevan,
con orgulloso brío, en muestra ufana,
a los astros se elevan,
no socorridos ya de industria humana.

(Traducción de D. Miguel Antonio Caro.)

ÉGLOGA PRIMERA.—MELIBEO Y TÍTIRO

MELIBEO Pues dí, ¿cuál fué la causa que movido
a Roma te llevó?
TÍTIRO Fué libertarme;
lo cual, aunque algo tarde, he conseguido.
Que al fin la libertad quiso mirarme
después de luengo tiempo, y ya sembrado
de canas la cabeza, pudo hallarme
después que Galatea me ha dejado,
y soy de la Amarilis prisionero,
y vivo a su querer todo entregado;
que en cuanto duró aquel imperio fiero

en mí de Galatea, yo confieso
que ni curé de mí ni del dinero.

Llevaba yo a la villa mucho queso,
vendía al sacrificio algún cordero;
mas no volvía rico yo por eso.

M. Y esto fué aquel semblante lastimero
que tanto en Galatea me espantaba,
esto por qué llamaba al cielo fiero;
esto por qué tristísima dejaba
la fruta sin coger en su cercado
pues, Títiro, su bien, ausente estaba.

Tú, Títiro, te habías ausentado;
los pinos y las fuentes te llamaban,
las yerbas y las flores deste prado.

T. ¿Qué pude? Que mil males me cercaban,
y allí para salir de servidumbre
los cielos más dispuestos se mostraban.

Que allí ví, Melíbeo, aquella cumbre,
aquel divino mozo por quien uno
mí altar en cada mes enciende lumbre.

Allí primero dél que de otro alguno
oí: «Paced, vaqueros, libremente,
paced, como solía cada uno».

(Paráfrasis del V. P. Mtro. Fray Luis de León.)

HORACIO

ODA XIV. — Contra la guerra civil

O NAVIS, REFERENT IN MARE TE NOVI

¿Qué nuevas esperanzas
al mar te lleva? ¡Torna,
torna, atrevida nave,
a la nativa costal

Aun ves de la pasada
tormentas mil memorias,
¿y ya a correr fortuna
segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
aleves tu derrota,
do tarde los peligros
avisará la sonda,

Ah! Vuelve, que aun es tiempo
mientras el mar las conchas
de la ribera, halaga
con apacibles olas.

Presto, erizando cerros,
vendrá a batir las rocas,
y náufragas reliquias
hará a Neptuno alfombras.

De flámulas de seda
la presumida pompa,
no arredra los insultos
de tempestad sonora.

¿Qué valen contra el curso
tirano de las ondas,
las barras y leones
de tu dorada popa?

¿Qué tu nombre famoso
en reinos de la aurora
y donde al sol recibe
su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas
segura de sí propia,
desafiaba al viento
otra arrogante prora.

Y ya padrón infausto,
que al navegante asombra,
en un desnudo escollo
está cubierta de ovas.

¿Qué? no me oyes? El rumbo
no tuerces? ¿Orgullosa
descoges nuevas velas,
y sin parar te engolfas?

¿No ves, oh malhadada,
que ya el cielo se entolda,
y las nubes bramando,
relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana
que hinchada se alborota,
ni el vendaval te asusta
que silba en las maromas?

Vuelve: objeto querido
en mi inquietud ansiosa;
vuelve a la amiga playa
antes que el sol se esconda.

(Traducción de Andrés Bello.)

SÁTIRA IX. — Describe el poeta la insoportable
charlatanería de un conocido a quien encontró

Pensando en bagatelas, como suelo,
por la calle Sagrada iba yo un día
en ellas embebido,
cuando topé con cierto entrometido
a quien sólo de nombre conocía.

Cogiéndome la mano con anhelo,
«¿Cómo estás, dice, mi querido amigo?»
«Bien, como ves, le digo,
y siempre deseando complacerte.»
Siguió, y viéndolo yo de aquella suerte,
«¿tengo algo en que servirte?» le pregunto,
y él me responde al punto:
«no, tratarte es tan sólo mi deseo,
porque las letras yo también poseo.»
«Celébrolo, replico;
recomendación es.» Mi majadero,
muy quieto, y yo aburrido
por escapar, el paso ora acelero,
ora me estoy parado,
y luego a mi criado
hago como que digo algo al oído.
El sudor por los pelos me salía,
y entre dientes decía:
«Ah, Bolano feliz, que esto no pasas!»
Mi hombre en tanto charlaba lo infinito,
hablábame de calles y de casas;
y como yo cerraba mi piquito,
«ya observo, dice, que escapar deseas,
pero no serás tú quien esto veas;
doquier que vayas, pienso acompañarte.»
«Pero ¿para qué quieres molestarte?
respondo: yo a ver voy a cierto amigo
que del Tíber al otro lado mora
junto al jardín del César; y contigo
no tiene relación». — «Pues bien, ahora
por nada tengo precisión ni antojo,
acompañote pues, nunca fuí flojo».
En tal estado agacho mis orejas,
como el asno que lleva mucha carga,
y él sigue así su retahila larga:

«Si es que la vanidad no me deslumbra,
no hallaré extraordinario
que al fin me estimes como a Visco o Vario;
porque ¿a hacer muchos versos, quién me excede?
¿quién conmigo en bailar competir puede?
y en esto de cantar, yo no aseguro
que al mismísimo Hermógenes no apuro».
Aquí yo atajo a mi hablador diciendo:
«Y ¿tienes madre, deudos, u otra cosa,
que se interese en vida tan preciosa?»
«No, ninguno, responde, me ha quedado,
uno tras otro, a todos he enterrado».
«¡Felices! dije; y ¡sólo yo resisto!
entiérrame también, y quedo listo...»

(Traducción de D. Javier de Burgos).

EPÍSTOLA A LOS PISONES

...Elegid, oh escritores, un asunto
igual a vuestras fuerzas; y prudentes
ensayad largo tiempo cuanta carga
sostengan vuestros hombros, cual rehusen;
que el que su empresa con su alcance mide
abunda en orden, claridad, facundia.
Más del orden el mérito y encanto
alcanzará en mi juicio, hábil poeta
que diga desde luego lo oportuno,
para otro tiempo y ocasión más propia
reservando sagaz lo conveniente,
que elegir sepa y desechar con tino.

Coordinar con acierto las palabras
arte pide y esmero; y al estilo
lustre y gracia darás, si las enlazas
con tan astuta unión que como nuevas
resplandezcan las voces más comunes.

Y si expresar acaso te es forzoso
cosas antes tal vez no conocidas,
con prudente mesura inventa voces
del rudo, antiguo Lacio no escuchadas;
que si sacarlas logras cristalinas
con leve alteración de fuente griega,
crédito adquirirán luego que nazcan.
Pues qué ¿a Virgilio negarán y a Vario
lo que a Cecilio y a Plauto otorgó Roma?
¿O mirará con ceño que yo propio
con mi humilde caudal, si alguno junto,
aumente el común fondo? ¿Y no lo hicieron
Ennio y Catón, con peregrinas voces
la patria lengua enriqueciendo un día?
Siempre lícito fué, o será siempre,
con el sello corriente acuñar voces.

(Traducción de Martínez de la Rosa.)

OVIDIO.—METAMÓRFOSIS

LIBRO I

Deseo decir de formas ya mudadas
en nuevos cuerpos; Dioses, ayudadme,
pues fueron por vosotros transformadas.

Para lo cual el verso prolongadme
del principio del mundo al de mi intento,
y con alientos sacros animadme.

Antes que el mar, la tierra y firmamento,
que todo lo contiene, se criase,
faltaba a la natura su ornamento.

Cosa no había que en sí diferenciase
de otra, que un semblante se notaba
doquiera que la vista se emplease.

Caos aquel abismo se llamaba

por ser la confusión de tal grandeza,
que indivisa y sin orden se hallaba.

No era más que peso de rudeza
do estaban discordantes las simientes
que concordó después Naturaleza.

No había rayos del sol resplandecientes,
ni la reciente luna reparaba,
creciendo sus dos cuerpos diferentes.

Ni la pesada tierra se fundaba
sobre su mismo peso, ni Océano
los brazos por sus playas alargaba.

Que adonde estaba ella, allí el insano
mar furibundo estaba, e indomable
también se hallaba el aire allí liviano.

Por do la tierra era vana, inestable,
sin luz el aire; el agua no tenía
manera de poder ser navegable.

Cada cual de su forma carecía,
que lo uno a lo otro se estorbaba,
porque un cuerpo contrarios contenía.

Lo frío y lo caliente peleaba,
lo húmedo y lo seco, blando y duro,
lo pesado y sin peso se encontraba.

La cual contrariedad y estado obscuro
Dios, y mejor Natura, redujeron
a otro más perfecto y más seguro.

(Traducción de Pedro Sanchez de Viana)

TRISTES.—Elegía primera

Parte, pequeño libro: lo permitol
irás a la ciudad, donde tu dueño
no puede ¡y bien le pesal acompañarte;
parte, mas sin adornos, como debe
ir un proscrito; que en la desgracia adopta

el traje que conviene a un desgraciado...

Encontrarás alguno que lamente
mi ausencia suspirando, y que no logre
terminar la lectura de estos versos
sin que el llanto humedezca sus mejillas;
que por temor a lenguas maldicientes,
la suerte no se muestra tan propicia
que puedas esperar grandes aplausos.

En los tiempos felices de mi vida,
con deleite amoroso contemplaba
el título de un libro de mis versos
en sed ardiente de ilustrar mi nombre:
hoy con no aborrecerlos solamente
harto hago ya, porque mi ingenio en ellos
de mi triste destierro fué la causa.

Pero tú, a quien los hados no lo impiden,
ve en mi lugar, contemplarás a Roma.
¡Ojalá, oh libro, que ocupar tu puesto
me permitieran los propicios dioses!

No creas que has de entrar cual peregrino
en tan grande ciudad, y que su pueblo
tu nombre desconozca como extraño,
ni te haga falta título; cualquiera
conocerá en lo triste que eres mío.

Entra de oculto; mis antiguos versos
podrán hacerte en mi pesar gran daño;
del público no logran la acogida
que en los tiempos antiguos; si hay alguno
que no quiera leerte por ser mío,
dile que su atención fije en el nombre,
que no enseñe yo en tí de amar el arte:
si pena merecí por el delito
de haber hecho tal obra, la he pagado.

(Traducción de D. Marcelino de Aragón Azlor, Duque de Villahermosa).

SALUSTIO.—La conjuración de Catilina

Pero después que reconocido todo, mandó Petreyo dar la señal con las trompetas, dispone que las cohortes se vayan poco a poco adelantando. Lo mismo hace el ejército enemigo. Ya que llegaron a tiro los Ferentarios, trábase la batalla con grandísima vocería, dejan las armas arrojadas, y viénese a la espada. Los veteranos, acordándose de su valor antiguo, estrechan de cerca a los enemigos. Estos resisten con igual valor, y así se pelea con grandísimo empeño de ambas partes. Entretanto Catilina con los más desbarrazados andaba en el primer escuadrón, socorriendo a los que lo necesitaban, substituyendo sanos en lugar de heridos, acudiendo a todo, peleando mucho por sí mismo, e hiriendo frecuentemente al enemigo. En suma, hacía a un mismo tiempo los oficios de buen general y de soldado valeroso. Cuando Petreyo, al revés de lo que tenía creído, vió que Catilina resistía con tanto esfuerzo, hace que la cohorte Pretoria, rompa por medio de los enemigos: con lo que desordenándolos, mata a cuantos le hacían frente, y acomete después por ambas partes a los de los lados. Danlio y el Fesulano caen peleando entre los primeros. Catilina luego que vió deshecho su ejército, y que le habían dejado con muy pocos, acordándose de su nobleza, y de su antiguo estado, métese por lo más espeso de los enemigos, donde peleando cayó atravesado de heridas.

Acabada la batalla, se echó de ver cuanta determinación y esfuerzo había en el ejército de Catilina; porque casi el mismo sitio que cada soldado ocupó al darse la batalla, cubría después con su cadáver; sólo aquellos pocos que desordenó la cohorte Preto-

ría rompiendo por medio de ellos, murieron algo separados; pero todos haciendo cara al enemigo. Catilina fué hallado entre los muertos, lejos de los suyos, que aun respiraba y mantenía en su rostro aquella fiereza que había tenido vivo. Últimamente, de todo aquel ejército, ni en la batalla ni en el alcance se hizo siquiera un ciudadano prisionero; de tal suerte habían todos mirado tan poco por sus vidas, como por las de sus enemigos. Ni la victoria fué para el ejército del pueblo romano alegre o poco costosa; porque los más valerosos, o habían muerto en la batalla o habían sido gravemente heridos; y muchos que salieron de los reales por curiosidad, o por despojar a los enemigos, se encontraban entre los cadáveres, unos con el amigo, otros con el huésped o el pariente, y hubo algunos que aun a sus enemigos conocieron. De esta suerte la alegría y la tristeza, el gozo y los llantos, iban alternando por todo el ejército.

(Traducción del infante D. Gabriel.)

TITO LIVIO.—DÉCADAS

Sitio de Sagunto

Habiendo entrado Aníbal con formidable ejército en su territorio, taló el campo y atacó la ciudad por tres puntos a la vez. Un ángulo de la muralla, avanzaba en un valle más llano y más descubierto que el terreno inmediato: por este lado se propuso colocar sus manteletes, a cuyo abrigo podría acercarse el ariete a las murallas; pero tanto como favorecía el terreno lejos de los muros el transporte de los manteletes, así encontraron obstáculos cuando quisieron usarlos. Dominábales una torre inmensa; el muro, por lo mismo que aquel era el lado débil de la plaza, era

mucho más grueso y elevado; en fin, allí era donde habían de ser mayores los trabajos y peligros, y donde lo más escogido de la juventud hacía esfuerzos más grandes. Al principio, lluvia de dardos alejó a los asaltantes, sin que los trabajadores pudiesen encontrar ni sombra de seguridad. Muy pronto no se limitaron a lanzar dardos desde lo alto de la torre y de las murallas; llevóse el atrevimiento hasta lanzarse sobre los guardias y los trabajos enemigos, y en aquellos repentinos combates, los saguntinos no perdían más gente que los cartagineses; y un día, en que Aníbal se acercó demasiado y sin bastante precaución a las murallas, cayó herido en un muslo por un dardo, y tal espanto y confusión se promovió en derredor suyo, que estuvieron a punto de abandonar las obras y los manteletes.

Durante algunos días quedó el sitio reducido a bloqueo, esperándose a que Aníbal curase de su herida; pero si hubo tregua de combates en este intervalo, continuaron las obras de fortificación. Así, pues, el ataque comenzó de nuevo con mayor brío, y a pesar de las dificultades del terreno, por muchos puntos avanzaron los arietes. El ejército de los cartagineses era muy numeroso, calculándose en ciento cincuenta mil hombres.

Los sitiados, para defenderlo y vigilarlo todo, vieron obligados a desparramar sus fuerzas, y ya no podían resistir porque batidas incesantemente las murallas, estaban quebrantadas en muchos puntos. En un lado, una ancha brecha había abierto la ciudad; a consecuencia de ello, tres torres y la muralla que las unía habíanse derrumbado con terrible ruido, y los cartagineses se creyeron dueños de la ciudad por aquella brecha, por la que los dos bandos marcharon uno contra otro, como si los dos estuviesen defendi-

dos por los parapetos. Por lo demás, nada hay parecido a esas confusas peleas a que dan ocasión en los sitios los ataques imprevistos. Aquí, dos ejércitos se presentaban formados en batalla, como en una llanura, en los escombros de la muralla y las casas situadas a poca distancia. Por un lado la esperanza y por otro la desesperación, enardecían los pechos.

(Traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.)

TÁCITO.—ANALES

LIBRO VI.—Muerte de Tiberio

Habíanle faltado ya a Tiberio el cuerpo y las fuerzas, mas no la disimulación. Mostraba la fuerza y vehemencia acostumbrada en el ánimo y en las palabras, y muchas veces, con un fingido regocijo, procuraba encubrir el manifiesto desfallecimiento y la flaqueza del sujeto. Con esto, finalmente, después de haber mudado muchos lugares, paró en el cabo de Mineso, en la quinta que fué ya de Lucio Lúculo. Conocióse su cercana muerte de esta manera: Caricles, famoso médico, aunque no curaba al príncipe, acostumbraba a darle de ordinario advertimiento para su salud. Éste, tomando licencia como para irse a sus negocios, so color de besarle la mano, le tocó el pulso. Cayó en ello Tiberio, y por ventura enfadado de esto, por disimular su enojo, mandó cubrir la mesa de más viandas que lo acostumbrado, como para favorecer y honrar al médico, a quien tenía por amigo. Con todo esto, Caricles aseguró a Macrón que le iba faltando el espíritu y que no viviría dos días. De este aviso resultó el comenzar a solicitar de palabra a los presentes, y con correos o diligencia a los legados y a los ejércitos. A los diez y seis de Marzo, con un

desmayo que le sobrevino, se creyó que había acabado la vida, y ya comenzaba Cayo César a salir con gran acompañamiento de los que venían a dar el parabién para introducirse en el imperio, cuando de improviso se supo que Tiberio había cobrado la habla y la vista y que a gran priesa pedía la vianda. Amedrantedos todos y esparcidos, unos procuraban volver a componer el rostro conforme a las pasadas muestras de tristeza y otros disimular el caso. Enmudeció Calígula, y caído de tan altas esperanzas, comenzaba ya a temer a su propia persona. Sólo Macrón, sin ninguna alteración ordenó que aquel viejo fuese ahogado con echarle encima cantidad de ropa, mandando salir antes a todos de su aposento. Ese fin tuvo Tiberio a los setenta y ocho años de edad.

Fué hijo de Nerón y descendiente por ambos lados de la familia Claudia, aunque su madre fué primero adoptada en la Livia y después en la Julia. En la primera juventud estuvieron sus cosas en duda; porque a más de haber seguido a sus padres en el destierro, cuando después entró a ser entenado de Augusto, contrastó con muchos émulos mientras vivieron Marcelo Agripa y después Cayo y Lucio, césares; y su hermano Druso era también más amado de la ciudad.

(Traducción de D. Carlos Coloma.)

IV.—LITERATURA HEBREA

ANTIGUO TESTAMENTO

CAPÍTULO XXV.—El Levítico

Santificaréis pues el año cincuenta; proclamaréis libertad por la tierra para todos sus habitantes; tal júbilo será para vosotros, que volveréis cada uno a

su posesión y cada uno a su familia volveréis. Cuando tal júbilo, prosigue la narración, tengáis vosotros el año cincuenta, no sembraréis ni cortaréis sus espontáneos frutos, ni vendimiaréis siquiera sus primeras ofrendas; que júbilo será el santo para vosotros, y del campo comeréis lo que él produzca. En el año del júbilo aqueste volverá cada uno a su posesión... No aflija nadie a su conciudadano; sino reverencie cada uno a Dios... Y no digáis: ¿qué comeremos el año séptimo, si no sembramos ni recogemos sus frutos? Pues yo mandaré mi bendición a vosotros el año sexto y dará fruto para tres años, y con eso sembraréis al octavo y comeréis de lo añejo hasta el año noveno, hasta que venga lo nuevo. Ninguna tierra se venderá para siempre, porque la tierra es mía; vosotros no sois más que peregrinos y advenedizos conmigo; y así en toda tierra que poseáis cabe redención... El que vendiere, sepa que no vende más que hasta el año del jubileo; cuantos más años faltaren para él, más subirá el precio; cuando menos tiempo se contare, tanto menos valdrá la compra. El que vendiere por necesidad, puede redimir la finca de por sí, si tuviere antes del jubileo para ello, o quisiera algún pariente suyo redimirla; si no la retendrá el comprador hasta el año del jubileo: pues en este año toda venta vuelve a su antiguo comprador.

• (Traducción de D. A. García Blanco.)

DAVID.—SALMO CXXXVI

Super flumina Babilonis, etc.

En la ribera undosa
del babilonio río
los fatigados miembros reclinamos,

y allí con faz llorosa
junto a su margen frío
con lágrimas sus ondas aumentamos.
Entonces de los ramos
de los silvestres sauces suspendimos
las cítaras y arpas, do solía
alentar sus enojos algún día
alegre el corazón, cuando vivimos
en tí, Jerusalem; mas la memoria
de tu asolado imperio,
y el duro cautiverio
en que trocamos hoy la antigua gloria,
nos despojó del regocijo y canto
para entregarnos al afán y al llanto.

Allí, por más tristeza
la escuadra victoriosa,
que nos condujo en miserables prisiones,
templada su fiereza,
nos preguntó piadosa
por nuestras dulces rimas y canciones,
y con blandas razones
nos animaba a repetir alguna,
mas respondimos con ajeno intento:
«¿Cómo dará señal de algún contento
quien se ve reducido a tal fortuna?
¿Cómo cantar podremos himnos santos
en región extranjera,
do la deidad primera
es ofendida? ¿Entre enemigos tantos
de aquel Señor, a cuya gloria aspira
nuestro piadoso canto y nuestra lira?»
Sacra ciudad que adoro,
si acaso olvidare
este dolor, que tu memoria pide,
si al cántico sonoro

y al plectro me aplicare,
antes mi diestra el movimiento olvide;
la lengua, que divide
de la voz el acento y la cadencia,
se pame y hiele, a mi garganta asida,
si a todo canto alegre, preferida
no fuere mi tristeza por tu ausencia,
solo fijando en la memoria mía
tus muros encumbrados,
que yacen hoy postrados,
y las felices horas de alegría
que en tí perdí, que en tí gocé primero,
y alguna vez recuperar espero.

Pues fuiste el ofendido,
acuérdate, indignado,
Señor, del impío y bárbaro idumeo,
cuando cayó rendido
tu pueblo, y el osado
contrario obtuvo su marcial trofeo;
que en odio del hebreo
instigaba sus huestes y decía:
«Asolad, asolad desde el cimientto
sus homenajes». ¡Oh, rencor sangriento!
Dichoso el que a tus ojos algún día
fiera Babel, con semejante estrago
y merecida pena,
ha de vengar la ajena,
el que ha de dar a tu soberbia pago,
y quebrantar con furias semejantes
en las peñas tus míseros infantes.

(Paráfrasis de D. Juan de Jáuregui).

JEREMÍAS.—TRENOS

Recuerda qué es de nosotros;
Ihowad y mira nuestro estrago.
Nuestra herencia es de enemigos;
nuestros hogares de extraños.
Huérfanos fuimos, sin padre;
nuestras madres enviudaron.
Por plata el agua bebimos;
la leña a precio compramos.
Nuestra cerviz grava el peso;
y en el dolor no hay descanso.
A Egipto y Siria corrimos;
para buscar pan y hartarnos.
Nuestros padres hundió el crimen;
y sus maldades cargamos.
Nos señorean los siervos;
no hay quien libre de sus manos.
Pan en medio del desierto
pedimos con hondo llanto.
Con el hambre nuestras pieles,
como al horno, se inflamaron.
De Sión a las mujeres
afligieron inhumanos.
Y de Judáh en las ciudades
las doncellas marchitaron.
Con su poder a los príncipes
en horcas viles colgaron;
Y en la deshonra escandecen
los rostros de los ancianos.
Jóvenes mueven tahonas;
garzones relaja el palo.
No hay ancianos en las puertas
ni jóvenes en saraos.

Sólo hay tristeza en el pecho
y es luto el placer de antaño.
De nuestra sien la corona
cayó ¡ay de nos! que pecamos.
Todo el corazón amarga;
nuestros ojos se anublaron...
De Sión el monte anidan
las raposas... ¡devastado!
Y tú, Ihowah, para siempre
en tu solio soberano...
¿Nos olvidarás por siempre?..
¿Nos desdenarás al cabo?
¡Vuélvenos a tí gozosos;
renueva tu antiguo pacto!..
¡Qué!.. si en repudio nos tienes
¿será tu enojo tan largo?...

(Traducción de D. J. Amador de los Ríos.)

V. - ITALIANA

DANTE.—LA DIVINA COMEDIA

Argumento.—Dante, perdido en una selva oscura, amenazado por tres espantables monstruos, halla a Virgilio, que desde aquel instante le sirve de guía. Acompañado del poeta latino visita el Infierno y el Purgatorio, y, por último, abandonando a Virgilio, después de atravesar un muro de abrasadoras llamas para acercarse a Beatriz, recorre con ésta las celestes regiones del Paraíso. En esta extraordinaria peregrinación, con arte admirable para que no desaparezca la unidad de la obra, se intercalan episodios de los cuales tal vez sea el de más honda y delicada poesía el de los amores de Francesca de Rimini (atrayerente tema tratado después en el teatro por Silvio Pellico y últimamente por d'Annunzio) y el de más intenso horror trágico el de la muerte del conde Ugolino. El Infierno es la parte del poema cuya lectura produce más perdurable huella. La imaginación de Dante sabe trazar cuadros de enorme atrevimiento y fuerza expresiva adecuados sólo para la inspiración gigantesca de un Miguel Angel; por ejemplo, la des-

cripción del castigo de los avaros. En los nueve círculos en que divide el Infierno coloca hábilmente a personajes legendarios e históricos y a contemporáneos suyos con rápidas y seguras pinceladas.

CANTO XXXII.—EL CONDE UGOLINO

Contempla en mí al que fué conde Ugolino
y en este al Arzobispo, aquel Ruggiero
que puso atroz desdicha en mi camino.

Cómo por su mal alma fuí primero
preso y después a muerte reducido
que sabrás por la fama considero.

Pero no puedes nunca haber oído
la cruda muerte que me dió esta hiena:
oye y sabrás por qué le tengo asido.

Breve agujero dentro del almena
que del hambre nombró mi fin oscuro,
y en la cual otros pagarán su pena,

Me había mostrado ya el resplandor puro
de algunas lunas, cuando un sueño impío
el velo desgarróme del futuro,

Parecía este jefe y mentor mío
lobo y lobeznos hacia el monte echando
que alza entre Luca y Pisa el bulto umbrío.

Detrás venía sanguinoso bando
de famélicas perras que azuzaba
Lamfranco con Sismondi y con Gualando.

Breve correr a un tiempo fatigaba
a hijos y padre y con agudos dientes
la trailla feroz los traspasaba.

Despertéme al sentir ayes dolientes;
también soñando en tan horrendas horas
pan pedían mis hijos inocentes.

Cruel eres si lágrimas demoras
al dolor fiero que esto me anunciaba.

¿De qué sueles llorar si ahora no lloras?

Despiertos eran, la hora se pasaba
en que solían darnos alimento,
y por su sueño cada cual dudaba.

Cuando a mis pies la entrada clavar siento
del torreón, cruel, miré aterrado
de mis hijos el rostro macilento:

Mas no lloré: quedé petrificado,
ellos sí, sollozaban; y Anselmito
me preguntó:—¿Qué tienes, padre amado?

Ni llanto, ni respuesta dí a aquel grito;
así el día y la noche fué corriendo
hasta que un nuevo sol lució maldito.

Cuando la luz la sombra iba rompiendo,
y del hambre los signos inhumanos
en sus tiernos semblantes fuí adviertiendo.

Mordíme de dolor entrambas manos.
De hambre feroz señal creyendo aquella,
se alzaron a la vez los tres hermanos,

Diciéndome:—Si el hambre te atropella
sírrete de nosotros. Tú nos diste
esa mísera carne, come de ella.

Cesé por no agravar su suerte triste,
mudos pasamos este y otro día,
¡ay! ¿Por qué dura tierra no te abriste?

Alumbró el cuarto la prisión sombría,
Gado tieso a mis pies cayó diciendo:
—Padre, ¿por qué no ayudas mi agonía?

Luego murió, y como me estás viendo,
del quinto al sexto día, uno por uno,
ví caer a los tres. Yo con tremendo

furor mi rostro al de los tres reuno,
los llamé muertos dos eternos días.
Luego más que el dolor pudo el ayuno.

(Traducción de D. Ceferino Suárez Bravo.)

PETRARCA.—CANCIÓN XI.—In vita de M. Laura

Aguas claras y puras,
en cuyo limpio seno
ví la beldad mayor que el mundo encierra;
florestas y frescuras,
bosques de álamos llenos,
morada de los dioses de esta tierra;
oid la nueva guerra
en que amor me ha metido:
y vos, ninfas divinas,
que en aguas cristalinas
gozáis helado y transparente nido,
salid fuera a escucharme
mientras mi mal no acaba de matarme.

Si el rigor de mi suerte
ya tiene definido
que en lágrimas de amor mi vida acabe,
por premio de mi muerte
séame concedido
un don, que en mí la haga menos grave:
si en la ventura cabe
dé un vivir tan cansado,
que el cuerpo frío mudo
de la vida desnudo
aquí entre flores quede sepultado,
y en esta fuente pura
alcance su holganza más segura;
que yo espero algún día,
según amor me advierte,
que vuelva por aquí Cintia gozosa;
y la nueva alegría
de mi sabida muerte
la haga menos grave, y más hermosa:

y ya no rigurosa,
de un piadoso celo
y compasión llevada,
sobre mi tierra helada
enjugará a los ojos con su velo;
y a ver esto cumplido
quedará aquí mi espíritu escondido.

A la sombra olorosa
de aquel árbol sentada,
ninfa de aquesta fuente parecía:
y una rama hermosa
de jazmines nevada
a dar sobre sus hombros descendía:
y allí flores llovía
cual nieve por la sierra,
unas a los cabellos,
que el sol es menos que ellos,
iban otras al agua, otras a tierra;
y ella entre tantas flores,
por todas partes derramando amores...

(Traducción de D. Bernado de Balbuena.)

SONETO

¿Dónde cogió el amor, o de qué vena
el oro fino de su trenza hermosa?
¿En qué espinas halló la tierna rosa
del rostro, o en qué prados la azucena?
¿Dónde las blancas perlas con que enfrena
la voz suave honesta y amorosa?
¿Dónde la frente bella y espaciosa
más que el primer albor pura y serena?
¿De cuál esfera en la celeste cumbre
eligió el dulce canto que destila
al pecho ansioso regalada calma?

¿Y de qué sol tomó la ardiente lumbre,
de aquellos ojos que la paz tranquila
para siempre arrojaron de mi alma?

(Traducción de D. Alberto Lista.)

BOCCACCIO.—EL COCINERO

Habéis podido oír, decir o visto vosotros mismos, que micer Conrado, ciudadano de Florencia, fué siempre hombre muy gastador, liberal, magnánimo, aficionado a perros y pájaros, sin hablar de sus demás aficiones. Un día, en la caza del halcón, se apoderó de una grulla, cerca de un pueblecito llamado Perelota, y como la viese tierna y gorda, ordenó que fuese entregada a su cocinero para que la asara y se la sirviera en la cena. Habéis de saber que el cocinero, veneciano de origen y llamado Chichibio, era un tonto en toda la extensión de la palabra. Toma, pues, la grulla y la asa lo mejor que sabe. Estaba ya casi cocida y exhalaba un olorcito muy agradable, cuando una mujer del barrio nombrada Brunetta, de la que estaba enamorado Chichibio, entró en la cocina. El agradable humillo que se desprendía del ave que acababa de salir del asador, da ganas a aquella mujer de probarla, de suerte que no titubea en pedir un muslo al cocinero. Éste se burla de ella y le dice cantando: «*No le tendréis, señora Brunetta, no le tendréis*». «Si no me dáis la pierna, os juro no otorgaros el más pequeño favor». Después de una empeñada discusión, Chichibio, que no quería desagradar a su adorado tormento, corta el muslo y se lo da. Aquel día había gran número de convidados a la mesa de su amo. La grulla fué servida con un solo muslo. Uno de los convidados, el primero en notarlo, demostró su sorpresa; entonces Conrado manda llamar a su cocinero y

le pregunta dónde está la otra pierna. El veneciano, embustero por naturaleza, contestó con el mayor descaro que las grullas sólo tenían una pierna. «¿Acaso crees tú que no he visto más grullas que ésta?»—«Lo que acabo de deciros, señor, es la pura verdad; y si lo dudáis, me obligo a probároslo con las que están vivas». Todos se rieron de semejante respuesta; mas Conrado, no queriendo que pasara adelante la cosa por respeto a las personas extrañas que había en la mesa, contentóse con contestar a aquel zopenco: «Ya que te empeñas, picaronazo, en demostrarme lo que no he visto ni oído decir en mi vida, veremos si mañana mantendrás tu palabra; pero te juro que si no lo haces te acordarás por mucho tiempo de tu imbecilidad y tu obstinación. No quiero que por ahora se hable más de esto: retírate».

Al día siguiente micer Conrado, quien no había podido cerrar los ojos en toda la noche, levántase apenas despuntó el alba, muy resentido de su cocinero. Monta a caballo, ordena al muy taimado que suba en otro y le siga, dirigiéndose hacia un riachuelo a cuya orilla veíanse siempre grullas en aquella hora. «Vamos a ver, decíale en el camino de vez en cuando y con acento despechado, vamos a ver cual de los dos tiene razón.» Notando el veneciano que su amo no se había apaciguado todavía, y que iba a encontrarse confundido buscaba inútilmente un medio para disculparse. De buena gana habría huído si no le faltara valor para tanto; tal miedo le causaban las amenazas del gentil hombre. Por otra parte, ¿cómo huir yendo su amo mejor montado que él? Así, pues, miraba des-pavorido por todos lados, antojándosele cuanto veía otras tantas grullas que se sostenían con dos patas. Ya cerca del riachuelo, fué el primero en divisar una docena de grullas que todas se mantenían sobre un

pie, según costumbre cuando duermen. En seguida las enseña a su amo, diciéndole: «Ved cómo lo que os decía anoche es la pura verdad; observad aquellas grullas; todas no tienen más que una pierna.»—«Voy a probarte que tienen dos, repuso micer Conrado, espera un poco.» Y habiéndose aproximado a las aves, empezó a gritar: «¡Hu, hu, hul A semejante grito despiertan las grullas, alargan la otra pierna y vuelan a toda prisa. «Vamos, tunante, dijo entonces el gentil hombre; las grullas ¿tienen una o dos patas? ¿Qué dices ahora?»—«Pero señor, repuso Chichibio, que no sabía como salir del atolladero; vos no gritásteis anoche ¡hu, hu, hul Si lo hubiérais hecho, la grulla habría alargado la otra pata, lo mismo que éstas.» Respuesta tan ingeniosa agradó mucho a micer Conrado, de suerte que se desarmó su cólera. No pudiendo contener la risa: «Tienes razón, Chichibio, le contestó; en verdad que debiera haber hecho lo que tú dices. Ve, te perdono, pero no reincidas.» De manera que con una réplica chistosísima, el cocinero esquivó el castigo e hizo las paces con su amo.

(Traducción anónima.)

TASSO.—LA JERURALÉN LIBERTADA

Argumento.—El asunto de este poema lo constituyen las hazañas de los cruzados que al mando de Godofredo de Bouillón, conquistaron Jerusalén y el Santo Sepulcro. Para impedir el triunfo de las armas cristianas los espíritus infernales acuden a toda clase de medios y envían a la encantadora Armida para que seduzca a los principales jefes de los cruzados, lo que en parte consigue originando discordias entre éstos.

Los sitiados son ayudados por Solimán y los sitiadores por San Miguel que derrota a los monstruos del infierno, con lo cual se prepara el asalto a la ciudad haciendo rogativas y prácticas religiosas. Herido Godofredo es curado maravillosamente, pero

los poderes infernales continúan oponiéndose al triunfo de los cristianos encantando una selva en la cual estos encontraban los medios para reparar las torres de ataque.

Deshecho el encanto son por fin vencidos los enemigos y también un ejército egipcio y sus principales jefes Saladino, Solimán y otros, pero también perecen valerosos guerreros cristianos.

Después de esta victoria, Godofredo, antes de que se ponga el sol y sin quitarse las vestiduras ensangrentadas, llega al sepulcro de Cristo, cuelga en él sus armas y cumple el voto, terminando así el poema.

CANTO XXII

Muerto el jefe Emireno, el sol aclara del bárbaro el estrago asaz distinto. Godofredo persiguiéndole, repara allí a Altamoro en pie, de sangre tinto. Con medio yelmo y medio alfanje para golpes de lanzas mil de que está cinto; mas grita aquél: «Cesad, y prisionero tú date a mí: Yo soy Buillón, guerrero.»

El valiente, que a signo vergonzoso no rindió nunca el alma denodada, al escuchar el nombre que famoso corre del Indo a la región helada, responde: «Haré lo que ordenaste; honroso es darme a tí (y entregale su espada): Mas tu victoria en fin sobre Altamoro no será pobre ni de honor ni de oro.

«Mi riqueza y sus joyas el cuidado te ofrecerá de la consorte mía.» Y Buillon replicó: «No Dios me ha dado propensa el alma a la codicia impía. Guarda el oro del índico tu estado y cuanto Persia en sus entrañas cría; pues precio por las vidas no pretendo; que lidio en Asia yo; no compro y vendo.

Dice, y de él a sus guardias da la cura, y a los vencidos sigue, que tardíos a su campo se acogen con presura. ¡Defensa inútil a los francos bríos! Ganan éstos de pronto la llanura; corre de tienda en tienda sangre a ríos; arde el botín; de un rojo lago en torno nada la pompa y barbaresco adorno.

Así vence Buillón; y aún lucen tanto los resplandores puros de aquel día, que al feliz conquistado muro santo a sus campeones victoriosos guía. Sin deponer ni el sanguinoso manto, de ellos al templo marcha en compañía; y aquí cuelga sus armas; y devoto adora el gran Sepulcro y cumple el voto.

(Traducción del Conde de Cheste.)

Aminta.—ACTO IV

ERGASTO, SILVIA, DAFNE, CORO

- E. Traigo tan lleno de piedad el pecho, y tan lleno de horror, que no oigo o veo cosa alguna doquiera que me vuelva, que todo no me espante o me congoje.
- C. ¿Con qué puede venir ¡ay Dios! agora este pastor, que muestra tal turbación en el semblante y lengua?
- E. Traigo la nueva triste de la muerte de Aminta. (S.) ¡Ay, lo que dice!
- D. Comienza ya la dolorosa historia.
- E. Yo estaba en lo más alto del collado, donde mis redes hoy tendido había,

cuando bien cerca ví pasar a Aminta,
muy trocado en el rostro y movimiento
del que antes era, muy turbado y triste.
Tras él partí corriendo, y en efecto
lo alcancé y lo detuve, el cual me dijo:
«Yo quiero, Ergasto, que un placer me hagas,
y es que conmigo vengas por testigo
de cierta acción; mas quiero que me obligues
antes tu fe con juramento estrecho
de estarte a un lado, y no moverte un paso
a impedir el efecto de mi intento.»
Y (¿quién pensara tan extraño caso
ni tan ciego furor?) hice, cual quiso,
mil conjuros horribles, convocando
a Pan, a Páles, Priapo y Pomona
y a la nocturna Ecátes. Luego anduvo,
y me llevó por lo fragoso y agro
del collado, por cuestras y barrancos
incultos, sin camino o senda alguna,
do pende al cabo un precipicio a un valle.
Aquí nos detuvimos; yo mirando
al fondo, estremecíme de improviso,
y al punto atrás me retiré; y el mozo
hizo alguna señal como de risa,
y serenó su rostro, el cual afecto
fué el motivo mayor de asegurarme.
Después hablóme así: «Mira que cuentas
lo que vieras, a ninfas y pastores.»
Luego dijo, mirando al hondo valle:
«Si yo a mi voluntad hallar pudiera
prontos así de los hambrientos lobos
el vientre y los colmillos, como tengo
este despeñadero, bien quisiera
morir la muerte que murió mi vida.
Quisiera que estos miembros miserables

fuesen despedazados,
¡Ay tristes! como fueron
Aquellos de mi Silvia delicados;
mas, puesto que no puedo,
y ya que a mi deseo
el cielo niega las voraces fieras,
quiero seguir camino diferente
para morir. Yo seguiré otra vía,
la cual será a lo menos
la más breve, sino la que debía.
Ea, Silvia, yo te sigo,
yo voy a acompañarte,
si tú no me desdeñas;
y muriera contento si entendiera
al menos con certeza que seguirte
no fuese disgustarte y que tus iras
se hubiesen acabado con la vida.
Ea, Silvia, ya te sigo.»
Esto dicho, de encima del barranco
precipitóse, vuelta la cabeza
hacia lo hondo, y yo quedéme helado.

(Traducción de D. Juan de Jaúregui.)

MAQUIAVELO.—EL PRÍNCIPE

CAPÍTULO XVIII.—De cómo los príncipes deben cumplir sus promesas.

Cada cual comprende cuán laudable es en un príncipe cumplir sus promesas y vivir con integridad y no con astucia. Sin embargo, la experiencia nos enseña que en nuestro tiempo no han realizado grandes cosas sino aquellos príncipes que de sus promesas han hecho poco caso, y que han sabido con astucia en-

gañar a los demás hombres, y que siempre han superado a aquellos que se habían fiado en su lealtad. Debéis saber que hay dos maneras de combatir; una con las leyes, otra con la fuerza; la primera es propia de los hombres, la segunda de las fieras; pero como la primera pocas veces basta, precisa recurrir a la segunda. Es, pues, a un príncipe necesario saber ser alternativamente fiera y hombre; esto es lo mismo que encubiertamente enseñaban los antiguos escritores, los cuales decían que Aquiles y muchos otros príncipes, habían sido dados a criar al centauro Chirón, que les guardó bajo su disciplina, para significar que así como el preceptor era medio hombre y medio irracional, los príncipes debían participar de las dos naturalezas, por no poder ser duradera en ellos una sin otra. Necesitando, pues, un príncipe tener algo de fiera, debe imitar a la raposa y al león, porque el león no se defiende de los lazos, ni la zorra del lobo. Aquellos que imitan solamente al león, se equivocan grandemente.

Un príncipe prudente no puede ni debe, pues, cumplir sus promesas, cuando tal observancia le perjudica, y han pasado las circunstancias que le hicieran prometer; si los hombres fuesen buenos todos, no lo sería este precepto: pero como no lo son, y no han de cumplirse sus promesas, tampoco tú a cumplirlas vienes obligado, ni te faltarán jamás razones para justificar su inobservancia. Mil ejemplos modernos pudiera presentar para demostrar cuántas paces, cuántas promesas han quedado nulas por infidelidad de los príncipes, y cuán mejor éxito han alcanzado los que mejor han sabido imitar a la zorra. Pero es preciso saberla imitar bien, y saber bien fingir y disimular; que, por lo demás, los hombres son tan necios y obedecen tanto a las necesidades presentes, que al

engañador jamás le faltará alguno que engañar se deje.

(Traducción de D. Antonio Zozaya.)

MANZONI.—LOS NOVIOS

Argumento.—Lucía y Lorenzo, jóvenes campesinos, van a contraer matrimonio; pero el párroco, D. Abundio, se niega a bendecir su unión amedrentado por las amenazas de los esbirros de D. Rodrigo, poderoso caballero que quiere impedir la boda. Después de una infructuosa tentativa de matrimonio por sorpresa, los novios, que en la justicia no encuentran amparo, huyen aconsejados por un capuchino, el P. Cristóbal. Lucía se refugia en un convento de monjas; Lorenzo va a Milán, pero allí inadvertidamente se encuentra mezclado entre los alborotadores que ocasionan los trastornos populares de 1628 y tiene que buscar refugio en Venecia. Lucía es arrebatada del convento por un amigo de Don Rodrigo; pero su raptor—cierto poderoso caballero de desordenadas costumbres—se arrepiente y pone en libertad a la joven que, protegida por el Cardenal Arzobispo Federico Borromeo, marcha a Milán. Allí va a buscarla Lorenzo en 1630, cuando el terrible azote de la peste que diezaba a sus habitantes, mataba a Don Rodrigo y hería de muerte al P. Cristóbal, el cual consigue que al fin le una con Lucía, para siempre, el antes temeroso y amedrentado D. Abundio.

DEL CAPÍTULO XXXIV

Entrando Lorenzo en la calle, aceleraba el paso, procurando no mirar aquellos estorbos, sino cuando era necesario para no dar con ellos, cuando su vista vagarosa tropezó en un objeto de una compasión que excitaba a contemplarle, por lo cual se paró casi contra su voluntad. Bajaba del umbral de una de aquellas puertas y se dirigía a los carros una mujer, cuyo rostro, al paso que anunciaba juventud ofrecía rastros de una hermosura no destruída, pero alterada

por los rigores de una profunda aflicción y una mortal languidez, de aquella hermosura suave, pero majestuosa, que brillaba en el suelo de la Lombardía. Caminaba con fatiga, mas no con abandono; lágrimas no salían de sus ojos, pero en ellos se veían las señales de haberlas derramado sin consuelo. Notábase en su dolor un no sé qué de sublime y de profundo, que indicaba un alma capaz de arrostrarle; pero no era sólo su aspecto lo que en tanta suma de males excitaba tan particularmente la conmiseración y reanimaba en su favor este sentimiento ya casi embotado en los corazones. Tenía en los brazos una niña de unos nueve años de edad, muerta, pero compuesta con esmero, el cabello dividido en la frente, el traje blanco, cual si estuviera ataviada para una fiesta de largo tiempo prometida como premio.

Teníala, no tendida, sino sentada en el brazo izquierdo, arimada a su pecho, como si estuviese viva, sino que solo una manecita blanca como la cera colgaba de un lado sin movimiento, descansando la cabeza sobre el hombro de la madre con un abandono distinto del sueño; he dicho de la madre, pues aun cuando la semejanza de los rostros no hubiera acreditado que lo era, lo habría dado a conocer el dolor que expresaba en el suyo.

Se acerca a la mujer un zafio sepulturero en acto de quitarle de los brazos aquel peso querido, con una especie de involuntaria irresolución y desacostumbrado respeto; pero retirándose la mujer algún tanto, sin manifestar sin embargo ni desprecio ni enfado: «No, dijo: no la toquéis ahora; quiero colocarla en el carro yo misma; tomad»: diciendo esto, abrió la mano, enseñó un bolsillo y lo dejó caer en la que le alargó el monato, prosiguiendo en estos términos: «Prometedme que ni una hilacha le quitaréis de lo que tiene

encima, ni permitiréis que otro la toque, enterrándola así como se halla».

Púsose el monato la mano al pecho, y luego, apresurado y casi obsequioso, no tanto por la inesperada propina, como por un sentimiento de conmiseración para él nuevo, se esmeró en hacer un poco de lugar en un carro, donde poner a la niña difunta. Después de dar a ésta la mujer un beso en la frente, la colocó en aquel sitio como en una cama; compuso bien su ropilla, tendió sobre ella un lienzo blanco, y dijo: «¡Adiós, Cecilia! ¡Descansa en paz! También nosotros iremos esta noche para no separarnos nunca. Ruega, en tanto, por nosotros, que yo rogaré por tí y por los demás» y vuelta luego al sepulturero añadió: «cuando esta tarde volváis a pasar por aquí, subiréis por mí y no por mí sola».

(Traducción de J. N. Gallego.)

LEOPARDI. — CANTO NOCTURNO DEL PASTOR ERRANTE DE ASIA

¿Qué haces luna en el cielo, dí, qué haces;
oh silenciosa luna?
Sales de noche, y vas desde que naces
contemplando desiertos y te escondes.
¿No estás aún saciada
de recorrer la sempiterna vía?
¿Aún no desdeñas y mirar te agrada
estos montes y valles todavía?
A tu vida asemeja
la vida del pastor; sale al primero
albor de la mañana,
mueve el rebaño por el campo, y mira
rebaños, fuentes, hierbas, y rendido
reposa por la noche sosegada,

y ya no espera nada.
Díme, luna, ¿de qué su vida sirve
al pastor, y a vosotros vuestra vida
de qué sirve? ¿Do tiende en su carrera
mi vagar lento y breve
y tu curso infinito por la esfera?

Canoso anciano, enfermo,
mal vestido, descalzo,
con carga pesadísima en los hombros,
por valles y por montes,
y agudas rocas y anchos arenales,
azotados del viento y la borrasca,
con tiempo abrasador y cuando hiela,
corre aquí, cruza, anhela,
atraviesa torrentes y pantanos,
cae, se alza y más y más ya se apresura,
sin tregua ni reposo,
herido, ensangrentado, hasta que llega
allí, donde el camino
y tanto fatigar se dirigía;
abismo horrible, inmenso,
donde al precipitarse todo olvida:
tal es, virgínea luna,
la triste imagen de la humana vida.

Al dolor nace el hombre,
y es peligro de muerte el nacimiento,
prueba tormento y pena
desde el primer aliento,
y apenas ha venido,
progenitor y madre
le quieren consolar de haber nacido;
luego, conforme crece,
entrambos le sostienen de continuo.
Con actos y palabras
se afanan en cuidarle, se disputan

en consolarle del humano estado;
más precioso cuidado
a su prole los padres no tributan.
¿Por qué dar a la luz del claro cielo
y por qué dar la vida
a quien después es fuerza dar consuelo?
¿Si es vivir desventura
para qué tanto dura?
Tal es, intacta luna,
el estado infeliz de los mortales;
mas tú mortal no eres
y no te cuidas de lamentos tales...

(Traducción de D. José Alcalá Galiano.)

CARDUCCI.—EL BUEY

Te amo, piadoso Buey: gentil sentimiento
de vigor y de paz das a mi corazón:
¡Cuán solemne, como un monumento eres!
¡A los campos ampliamente fértiles asombra tu mar-
[cha tranquila
Bajo el yugo arrodillándote con satisfacción suave,
al vivo trabajo del hombre prestas tu fuerza.
Él te da gritos y te aguijonea, y contestando a tu es-
[cozor,
vuelves hacia él tus pacientes ojos pidiendo compa-
[sión.
De tus anchos hocicos, negros y húmedos, se eleva
de tu aliento suave humo; y en el tranquilo aire se
[esparce,
como un himno feliz, tu bajo y suave mugido.
En la reposada dulzura de tus ojos tranquilos
de esmeralda, grandes y aun reflejantes, habita
todo el divino silencio verdoso de la llanura.

(Traducción de la de Mr. Sewall).

AMICIS.—CORAZÓN

El Carbonero y el señor

Lunes 7

No hubiera dicho nunca Garrón, seguramente, lo que dijo ayer por la mañana Carlos Nobis a Beti. Carlos es muy orgulloso porque su padre es un gran señor: un señor alto, con barba negra muy serio, que va casi todos los días para acompañar a su hijo. Ayer por la mañana, Nobis se peleó con Beti, uno de los más pequeños, hijo de un carbonero, y no sabiendo ya qué replicarle, porque no tenía razón le dijo alto:—Tu padre es un andrajoso.—Beti se puso muy encarnado y no dijo nada, pero se le saltaron las lágrimas y cuando fué a su casa se lo contó a su padre: y el carbonero, hombre pequeño y muy negro, fué a la lección de la tarde con el muchacho de la mano, a dar las quejas al maestro. Mientras las daba, y como todos estábamos callados, el padre de Nobis que le estaba quitando la capa a su hijo como acostumbraba, desde el umbral de la puerta oyó pronunciar su nombre y entró a pedir explicaciones.

—Es este señor, respondió el maestro, que ha venido a quejarse porque su hijo de usted, Carlos, dijo a su niño,—«Tu padre es un andrajoso».

El padre de Nobis arrugó la frente y se puso algo encarnado. Después preguntó a su hijo:—¿Has dicho esa palabra?

El hijo de pie, en medio de la escuela, con la cabeza baja delante del pequeño Beti, no respondió. Entonces el padre lo agarró de un brazo, le hizo avanzar más enfrente de Beti, hasta el punto de que casi se tocaban, y le dijo:—Pídele perdón.

El carbonero quiso interponerse, diciendo:—No, no; pero el señor no lo consintió, y volvió a decir a

su hijo:—Pídele perdón. Repite mis palabras; «Yo te pido perdón de la palabra injuriosa, insensata, inno- ble, que dije contra tu padre, al cual el mío tiene mu- cho honor en estrechar su mano».

El carbonero hizo ademán resuelto de decir:—No quiero.—El señor no lo consintió, y su hijo dijo len- tamente con voz cortada, sin alzar los ojos del suelo: —¡Yo te pido perdón... de la palabra injuriosa..., in- sensata..., innoble..., que dije contra tu padre, al cual el mío... tiene mucho honor en estrechar su mano!

Entonces el señor dió la mano al carbonero, que se la estrechó con fuerza, y después de un empujón re- pentino, echó a su hijo entre los brazos de Carlos Nobis.—Hágame el favor de ponerlos juntos, dijo el caballero al maestro.—Este puso a Beti en el banco de Nobis.—Cuando estuvieron en su sitio, el padre de Carlos saludó y salió.

El carbonero se quedó un momento pensativo, mi- rando a los dos muchachos reunidos; después se acer- có al banco y miró a Nobis con expresión de cariño y de remordimiento, como si quisiera decirle algo, pero no dijo nada; alargó la mano para hacerle una caricia, pero tampoco se atrevió contentándose con tocarle la frente con sus toscos dedos. Después se acercó a la puerta, y volviéndose aún una vez más para mirarlo, desapareció.—Acordaos bien de lo que habéis visto, dijo el maestro, esta es la mejor lección del año.

(Traducción de H. Giner de los Ríos.)

VI. - FRANCESA

CANCIÓN DE ROLDÁN

Argumento.—Carlomagno con su ejército ha conquistado la península ibérica, y Marsilio, rey pagano de Zaragoza, se declara feudatario suyo y promete convertirse a la religión cristiana. El

ejército francés se retira y la retaguardia, mandada por Roldán, es atacada por los soldados de Marsilio. Roldán no quiere pedir socorro, haciendo resonar su cuerno y lucha denodadamente; llegan al enemigo refuerzos y Roldán demanda auxilio por fin; pero Carlomagno llega a tiempo tan solo de contemplar los cadáveres de sus mejores caballeros; Oliveros ha muerto; también el Arzobispo Turpín; igualmente Roldán, el héroe. La furia del emperador de la barba florida derrota por completo a Marsilio, apoderándose de Zaragoza, y castiga al traidor Ganelón.

Roldán sintió que entonces su vista desmayaba. En pie se puso, todo su ánimo esforzaba,—pero había perdido el color de la cara.—Un oscuro peñasco delante de él se alza;—por rencor y por duelo diez golpes sobre él lanza:—aunque el acero gime, ni se mella ni salta.—¡Ah, favor, clama el conde—María, Virgen santa!—Gran desdicha es la tuya, Durandal, buena espada—que ya no has de servirme, quedarás olvidada—tú que ganarme hiciste tantas, tantas batallas—y conquistar lograste regiones y comarcas—que tiene el buen rey Carlos el de la barba cana.—Por hombre que a otro huya nunca seas llevada,—pues un buen caballero consigo te llevaba:—jamás tan buen vasallo hubo en toda la Francia».—Roldán sobre una roca de sardónica daba:—aunque el acero gime, ni se mella ni salta.—Viendo que no podía romper su buena espada—el buen conde, gimiendo, comienza a lamentarla.—«Ah, Durandal la fuerte, cómo eres clara y blanca;—si contra el sol te ponen, qué hermosos rayos lanzas...

Con ella gané todos países y comarcas—en donde reina Carlos el de la barba blanca.—Así me duele tanto dejar aquesta espada;—mejor morir quisiera que a paganos dejarla.—No permita Dios padre tal afrenta a la Francia.»

Otra piedra más dura Roldán después hería—los golpes que pegaba no sé yo quién los diga.—Ni se

quebra ni salta la piedra, aun cuando gima,—contra el cielo saltaba, por el aire subía.—Cuando el conde ya ha visto que no la rompería—dulcemente la plañe, vedlo que la decía:—«¡Ah, Durandal, mi espada bella eres y santísima,—que en tus doradas guardas tienes muchas reliquias,—un diente de San Pedro y la sangre divina—de San Basilio, pelo de San Dionisio y tiras—de tela de un vestido de la Virgen María.—No es justo que paganos de tu acero se sirvan,—pues sólo de cristianos mereces ser servida—y no de ningún hombre capaz de cobardía,—pues que con tí he ganado tierras vastas y ricas—cuantas tiene y disfruta imperio y señoría—el emperador Carlos de la barba florida».—Roldán, esto diciendo, la muerte ya sentía—que desde la cabeza a pecho descendía.

(Traducción de F. N. L.)

CORNEILLE.—EL CID

Argumento.—Jimena y Rodrigo se aman, pero surge entre ellos un obstáculo; el anciano padre del Cid es afrentado por el de Jimena, y Rodrigo da muerte al ofensor. Jimena lucha entre el deseo de vengar a su padre y el amor hacia Rodrigo; pide al Rey que castigue a éste y no quiere matarle cuando el Cid está pronto a morir a sus manos para expiar el daño hecho. Por fin, promete Jimena ser esposa del caballero que venza en un encuentro con Rodrigo; don Sancho reta a éste y luchan; pero de nuevo en Jimena triunfa su amor hacia el Cid sobre su odio al matador de su padre y, después de terrible impaciencia, el Cid vencedor una vez más, es de nuevo el prometido de Jimena por determinación del monarca.

ACTO III.—ESCENA IV

EL CID DON RODRIGO, DOÑA JIMENA, ELVIRA

RODRIGO.—Por mucho que en favor mío amor te hable, tu generosidad debe igualar a la mía, y no es igualarla, créeme, Jimena, pedir a brazos ajenos que

venguen a un padre. Mi mano sólo ha sabido vengar la ofensa del mío. Sólo tu mano debe tomar venganza del tuyo.

JIMENA.—¡Cruell! ¿A qué obstinarte en ello? ¡Sin mi ayuda te vengaste y ahora quieres darme la tuya! Seguiré tu ejemplo: tengo demasiado valor para sufrir que mi gloria se comparta contigo. Mi padre, mi honor; nada quieren deber a los arranques de tu amor y de tu desesperación.

R.—¡Riguroso punto de honor! ¡Ay de mí! ¿Conque no he de conseguir esta gracia? En nombre de tu padre muerto, en nombre de nuestra amistad, castígame por venganza... o por compasión al menos. A tu desgraciado amante le costará menos pena morir por tu mano que vivir con tu odio.

J.—No te odio.

R.—Debes odiarme.

J.—No puedo.

R.—Tampoco temes a la maledicencia, a la murmuración? Cuando se sepa mi crimen y que tu amor persiste ¿qué no dirán de tí la envidia y la impostura? Redúcelas al silencio, salva tu fama, sin más dilación, mátame.

J.—Más brillará mi gloria dejándote vivir. Quiero que la voz de la más negra envidia levante al cielo mi fama y plañe mis dolores, sabiendo que te adoro y que te persigo. Vete, no muestres más a mi excesivo dolor lo que tengo que perder, aunque lo amo tanto. Oculta tu marcha en lo umbrío de la noche. Peligro corre mi honor, si te vieran salir de aquí. La peor ocasión que la maledicencia puede hallar es saber que he sufrido tu presencia aquí. No dejes lugar a que mi virtud sea atacada.

R.—¡Oh, muera yo!...

J.—Vete.

R.—¿Qué resuelves?

J.—A pesar de las hermosas llamas que devoran mi cólera, yo haré cuanto pueda por vengar a mi padre, pero a pesar del rigor de un deber tan crudo, mi único deseo es no poder lograrlo.

R.—¡Oh, milagro de amor!

J.—¡Oh, colmo de miserias!

R.—¡Cuántos males y llantos nos cuestan nuestros padres!

J.—Rodrigo ¡quién lo hubiera creído!

R.—Jimena ¡quién lo hubiera dicho!

J.—¡Que nuestra dicha estuviese tan cercana y se perdiera tan pronto!...

R.—¡Y que tan cerca del puerto, de súbito, naufragase nuestra esperanza!

J.—¡Ah, mortales dolores!

R.—¡Ah, lamentos inútiles!

J.—Vete, vete, no quiero escucharte.

R.—Adiós. Voy a arrastrar una vida moribunda hasta que me sea arrebatada por tu demanda.

J.—Si lo consigo, te juro por mi fe que no te sobreviviré ni un instante. Adiós. Sal con precaución, que nadie te vea...

(Traducción de F. Navarro Ledesma.)

MOLIÈRE.—EL AVARO

Argumento.—Harpagón, viejo avaro, proyecta contraer matrimonio con Mariana, de quien está enamorado su hijo Cleante. Elisa, hija de Harpagón, a quien éste quiere casar con el rico Anselmo, ama a Valerio, fingido mayordomo del avaro. Todos conspiran contra Harpagón cuando La Flecha, criado de Cleante, encuentra la razón más poderosa para convencerle robándole una cajita que tenía escondida en el jardín, siendo acusado del robo Valerio por el cocinero Santiago. Pero al fin se descubre el enredo y Harpagón, para recobrar su tesoro consiente en que se efectúen las bodas de sus hijos con Valerio y Mariana, cuyo padre resulta ser el rico Anselmo.

ACTO I.—ESCENA V

HARPAGÓN, ELISA Y CLEANTE, (*estos dos hablando en el fondo del teatro*).

HARPAGÓN.—(*Se cree solo*). No obstante tengo mis dudas, si he acertado en haber sepultado en el jardín los diez mil duros que me devolvieron ayer. Diez mil duros en oro dentro de mi casa, es una suma demasiado... (*Aparte apareciendo Elisa y Cleante*). ¡Oh, cielo! ¿me habré hecho traición a mí mismo? La imaginación me ha arrebatado haciéndome hablar demasiado alto. (*A Elisa y a Cleante*). ¿Qué es eso?

CLEANTE.—Nada, padre mío.

H.—¿Hace mucho tiempo que estáis ahí?

ELISA.—Acabamos de llegar.

H.—¿Habéis oído?

C.—¿Qué, padre mío?

H.—Eso.

E.—¿Qué?

H.—Lo que acabo de decir.

C.—No.

H.—Sí, sí.

E.—Usted perdonará.

H.—Yo comprendo bien que me habéis oído algunas palabras. Hablaba entre mí, del gran trabajo que hay en el día de hallar dinero; y decía que es bien dichoso quien puede tener en su casa diez mil duros.

C.—Temíamos de aproximarnos a usted de miedo de no interrumpirle.

H.—Os he hecho esta explicación, para que no os equivoquéis, imaginando que soy yo quien tiene los diez mil escudos.

C.—No entramos, señor, en los negocios de usted. Ojalá Dios tuviese los diez mil duros.

E.—Yo no creo que...

H.—Ese sería un gran negocio para mí.

E.—Esas son unas cosas...

H.—Demasiado lo necesito.

C.—Yo pienso que...

H.—Eso me acomodaría mucho.

E.—Usted es...

H.—Y entonces no me quejaría como lo hago, de que los tiempos son muy miserables.

C.—Padre mío, por Dios, usted no tiene por qué quejarse, pues se sabe que tiene sobrados bienes.

H.—¿Cómo? ¿yo tengo bastantes bienes? Mienten los que lo dicen. Nada hay más falso; y sólo los pícaros hacen correr esas voces.

E.—No se acalore usted.

H.—Es bien extraño que mis propios hijos me sean traidores y enemigos.

C.—¿Es ser enemigo decir a usted que tiene muchas riquezas?

H.—Sí: esos discursos y los gastos que hacéis serán causa de que un día de estos vengan a mi casa a cortarme la cabeza, en la creencia de que me hallo cosido de doblones.

C.—¿Cuál es el grande gasto que hago?

H.—¿Cuál? ahí es nada el escandaloso y suntuoso equipaje que lleváis. Ayer me quejaba yo a vuestra hermana; pero este es asunto perdido: con lo que lleváis desde los pies a la cabeza, hay para hacer la fortuna de uno. Os lo he dicho mil veces, hijo mío; todas vuestras cosas me disgustan mucho: habéis dado en la flaqueza de parecer un marqués, y para ir así vestido, es forzoso que me robes.

BOILEAU.—Arte poética.—CANTO III

Cuanto más breve expóngase el asunto:
sea de la escena el sitio único y fijo:
deja estrechar mil años en un día
al impaciente Ibero; que en los actos
de sus fogosos dramas saca al héroe
niño al primero, al último caduco:
pero, según razón, sea entre nosotros
la acción con arte tal distribuída,
que en un sitio, en un día, un hecho solo,
tenga hasta el fin el auditorio atento.
Jamás cosa increíble se presente,
que ni aun lo cierto siempre es verosímil.
portento absurdo a recrear no alcanza,
ni a interesar lo que razón repugna.

Dése a la narración lo que a la vista
se fija lo que vemos: pero hay cosas
que el oído las sufre, y no los ojos.

Crezca así el nudo de una en otra escena
que ya en su colmo fácil se desate:
nada con más vigor hiere la mente,
que cuando en medio de un tejido enlace
la verdad cual relámpago saliendo,
da a todo aspecto nuevo y no previsto.

(Traducción de D. J. Bautista Arriaza.)

BALZAC.—EUGENIA GRANDET

Argumento.—Esta novela está incluida entre las *Escenas de la vida de provincias*. La acción se desarrolla en Saumur, en casa del mezquino Grandet poseedor de inmensa fortuna. Un hermano suyo que se ha arruinado en París le envía su hijo Carlos antes de poner fin a su vida violentamente. Eugenia Grandet, hija del avaro, consuela y cuida a su primo con el que pronto la unen

vínculos de afecto. Pero Carlos marcha a las Indias en busca de la fortuna y Eugenia nada vuelve a saber de él; sin embargo, en la triste y monótona vida de la joven perdura el recuerdo de los días pasados; un día recibe una carta; Carlos, después de siete años regresa; pero olvidadizo y ambicioso regresa para enlazarse con una joven de aristocrática familia por lo que espera consaguir una encumbrada posición social.

.....Eugenia llamó a Nanón.

—¿Qué desea usted, señorita?

—Nanón, ¿tendremos la crema para el mediodía?

—¡Ah! Para el mediodía, sí—respondió la anciana criada.

—Pues bien: hazle el café muy cargado, porque yo he oído decir a los señores de Grassins que en París se toma el café muy cargado. Ponle mucho.

—¿Y dónde quiere usted que lo busque?

—Cómpralo.

—¿Y si me encuentro al señor?

—No te lo encontrarás; ha ido a los prados.

—Pues voy en seguida. Pero el señor Fessard, al darme ayer la bujía, me preguntó si teníamos en casa a los tres Reyes Magos. Todo el pueblo va a hablar de nuestros despilfarros.

—Si tu padre llega a notar algo, es capaz de pegarnos—dijo la señora Grandet.

—Pues bien: si nos pega, recibiremos sus golpes de rodillas.

La señora Grandet, al oír semejante respuesta, levantó los ojos al cielo. Nanón se puso su cofia y salió. Eugenia sacó un mantel limpio, se fué a buscar algunos racimos de uvas que casualmente había colgados del techo del granero, recorrió de puntillas el pasillo para no despertar a su primo y no pudo resistir el deseo de escuchar a su puerta la respiración rítmica que se escapaba del pecho de Carlos.

—La desgracia vela su sueño—se dijo Eugenia.

Después, la joven cogió las hojas más verdes de la parra, arregló el racimo con tanto arte como pudiera hacerlo un hábil repostero, y lo llevó triunfalmente sobre la mesa; entró luego a saco en la cocina y se apoderó de las peras contadas por su padre, disponiéndolas en forma de pirámide. Eugenia iba y venía, trotaba y saltaba y hubiera querido desvalijar la casa de su padre; pero no tenía las llaves. Nanón volvió con dos huevos frescos y Eugenia, al verlos, sintió deseos de saltarle al cuello para abrazarla.

—El colono de la Landa los tenía en un cesto; se los pedí y me los ha dado por congraciarse conmigo.

Después de dos horas de cuidado, durante las cuales Eugenia dejó veinte veces la labor para ir a ver cómo hervía el café, para escuchar los ruidos que hacía su primo al levantarse, la joven logró prepararle un almuerzo sencillo y poco costoso, pero que derogaba terriblemente las inveteradas costumbres de la casa. La comida del mediodía se hacía en aquella casa de pie. Cada cual tomaba un poco de pan, una fruta o manteca y bebía un vaso de vino. Al ver la mesa colocada al lado del fuego y uno de los sillones puesto delante del cubierto de su primo; al contemplar los dos platos de frutas, la huevera, la botella de vino blanco, el pan y el azúcar colocada en un platillo, Eugenia tembló de pies a cabeza sólo de pensar en las miradas que le dirigiría su padre si acertaba a entrar en aquel momento; así es que la joven miraba sin cesar al reloj, para calcular si su primo tendría tiempo de almorzar antes de que volviese el avaro.

—No tengas cuidado, Eugenia; si viene tu padre le diré que todo eso es cosa mía—dijo la señora Grandet.

Eugenia no pudo contener las lágrimas.

—¡Oh, mamá, qué buena eres!—exclamó Eugenia.
—Ahora veo que no te he querido todo lo que debiera.

(Traducción de D. J. Alvarez Pastor.)

DAUDET.—EL POQUITA COSA

Argumento.—Esta *Historia de un niño*, contiene numerosos rasgos biográficos del autor, sobre todo en su primera parte, que es casi por completo real; en la segunda parte abunda lo imaginado; afortunadamente Daudet no tuvo que abandonar la literatura para comerciar en porcelana.

Daniel Eyssete, que de niño es llamado cariñosamente *Poquita cosa*, cuenta su niñez, su infancia en Lyon y cómo hubo de ganarse la vida a los 16 años como ayo de un colegio, de donde tuvo que salir al fin no sin jugarle a su enemigo, el inspector Viot, una mala pasada. Daniel marcha a París y allí vive con su hermano Jaime, dedicado a la literatura; publica un poema, *Comedia pastoral*, que sólo le proporciona una aventura amorosa que le lleva a hacerse actor; pero es por poco tiempo, pues Jaime, que muere algo después, le lleva de nuevo consigo, y *Poquita cosa* abandona la literatura para casarse con Camila, a quien ama, dedicándose a vender porcelana y cristales.

Las llaves del señor Viot

Al llegar al colegio, los niños estaban en la clase. Subimos a mi zahurda y el mozo se echó mi baúl al hombro y se marchó. Yo permanecí algunos instantes más en aquel aposento glacial, contemplando las paredes desnudas y sucias, el pupitre negro y recortado y a través de la angosta ventana los plátanos del patio, cuyas ramas estaban cubiertas de nieve... Dí un último adiós a todas estas cosas.

En tal momento, oí una voz de trueno que regañaba en una de las clases: era la del abate Germán, que reanimó mi corazón e hizo asomar algunas lágrimas a mis párpados.

Luego bajé lentamente mirando a mi alrededor, cual

si hubiere querido llevarme impresa en las pupilas las imágenes todas de aquellos parajes que nunca más había de volver a ver. De esta suerte atravesé los largos corredores llenos de ventanas enrejadas: allí se me aparecieron por primera vez los ojos negros. ¡Que Dios os proteja, queridos ojos negros!... Pasé también por delante del gabinete del Director, provisto de la doble mampara misteriosa; algunos pasos más allá, me encontré frente al aposento del señor Viot. De súbito me detuve... ¡Oh delicia! las llaves, las terribles llaves colgaban de la cerradura, meciéndose apenas a impulsos del viento. Contemplé por un instante aquellas formidables llaves; contemplélas con una especie de terror sagrado y luego cruzó por mi mente una idea de venganza. Con mano traidora y sacrílega las saqué de la cerradura y escondiéndomelas debajo de la levita, bajé los escalones de cuatro en cuatro.

Al extremo del patio de los medianos había un pozo muy hondo: hacia allí me encaminé con paso acelerado... El patio a tales horas estaba enteramente desierto; la bruja de los espejuelos aún no había tirado la cortina. Todo favorecía, pues, la perpetración del crimen que proyectaba. Saqué las llaves, las miserables llaves que tanto me hicieron sufrir y las arrojé dentro del pozo con todas mis fuerzas... ¡Trin! ¡trin!... ¡trin!... Las ví rodar, rebotando por las paredes, hasta sumergirse pesadamente en el agua que se cerró tras ellas. Perpetrado el delito, me alejé sonriendo.

En el vestíbulo, cuando iba a salir del colegio, la última persona de la casa que había de encontrar, era el Sr. Viot, pero un Sr. Viot como no lo hubiese visto ni imaginado nunca, un Sr. Viot sin las llaves, azorado, huraño, corriendo sin rumbo de uno a otro lado. Al pasar junto a mí, me contempló por un momento lleno de angustia. El desgraciado tenía comezón de

preguntarme si las había visto. Pero sin duda no se atrevió... En tanto el portero, asomando el cuerpo por el ojo de la escalera, le gritaba:—«Señor Viot, no las encuentro.» Oí al hombre de las llaves murmurar entre dientes:—«¡Dónde estarán, Dios mío!» Y le ví partir como una flecha.

(Traducción de D. J. Roca y Roca.)

JULIO VERNE.—DE LA TIERRA A LA LUNA

Argumento.—En esta novela se propone Julio Verne resolver el problema de la comunicación de los habitantes de la tierra con los de otros planetas, y lo primero que hace es ver la manera de llegar a la Luna. Supone una reunión de sabios en los Estados Unidos, cuyo presidente, Barbicane, propone la construcción de un gran cañón, el cual disparará una bala hueca, dentro de la cual se instalarán él, un francés y el capitán Nicholl, que siempre fué enemigo del proyecto. Con este motivo resuelve Julio Verne una porción de cuestiones necesarias para la realización de la empresa, que continúa en una segunda parte titulada *Alrededor de la Luna*, título fundado en la situación en que quedó la monstruosa bala convertida en satélite, hasta que atraída por un bólido vuelve nuevamente a la Tierra, cayendo en el mar Pacífico y siendo recogidos los viajeros por un barco que sale en su busca, terminando la novela con un banquete nacional dado en honor de los expedicionarios, al que asistieron todos los habitantes de la Unión, instalados a lo largo de las vías férreas y que recorrían aquellos en tren.

CAPÍTULO XXV.—Últimos pormenores

Quedaba aún la importante cuestión de los víveres, pues era preciso prepararse para el caso en que se llegase a una comarca de la luna absolutamente estéril. Barbicane se lo arregló de modo que reunió víveres para un año. Pero debemos advertir, para que nadie se haga cruces ni ponga en cuarentena lo que decimos, que los víveres consistieron en conservas de

carnes y legumbres, reducidas a su menor volumen posible bajo la acción de la prensa hidráulica, y que contenían una gran cantidad de elementos nutritivos; verdad es que no eran muy variados, pero en una expedición era preciso no andarse con dengues ni zalamerías. Había también una reserva de aguardiente que se elevaba a unos 50 galones y agua nada más que para dos meses, pues según las últimas observaciones de los astrónomos, nadie podía poner en duda la presencia de cierta cantidad de agua en la superficie de la Luna. En cuanto a los víveres, insensatez hubiera sido creer que habitantes de la Tierra no habían de encontrar allí arriba con qué alimentarse. Acerca del particular Miguel Ardan no abrigaba la menor duda. Si la hubiese abrigado, no hubiera pensado siquiera en emprender el viaje.

—Por otra parte, dijo un día a sus amigos, no quedaremos completamente abandonados de nuestros camaradas de la Tierra y ellos procurarán no olvidarnos.

—No, jamás, respondió J. T. Maston.

—¿Cómo entendéis eso?, preguntó Nicholl.

—Muy sencillamente, respondió Ardan. ¿No quedará siempre aquí el columbiad? ¡Pues bien! Cuantas veces la Luna se presente en condiciones favorables del cénit, ya que no de perigeo, es decir, una vez al año a poca diferencia, ¿no se nos podrán enviar granadas cargadas de víveres, que nosotros recibiremos en día fijo?

—¡Hurrah! ¡hurrah!, exclamó J. T. Maston, como hombre a quien se ha ocurrido una idea; ¡muy bien dicho! ¡No, en verdad, queridos amigos, no os olvidaremos!

—¡Cuento con ello! Así, pues, ya lo veis, tendremos regularmente noticias del globo, y por lo que a nos-

otros toca, muy torpes hemos de ser para no hallar medio de ponernos en comunicación con nuestros buenos amigos de la Tierra.

Había en estas palabras tal confianza, que Miguel Ardan, con su resuelto continente y su soberbio aplomo, hubiera arrastrado en pos de sí a todo el Gun-Club. Lo que él decía parecía sencillo, elemental, fácil, de un éxito asegurado, y necesario hubiera sido tener un apego mezquino a este miserable globo terráqueo para no seguir a los tres viajeros en su expedición lunar.

V. Hugo.—HERNANI

Argumento.—Doña Sol de Silva es amada por su tío el noble castellano Don Ruy Gómez, por el rey de España Carlos I y por el proscrito Hernani; aunque doña Sol ama al último y está a punto de compartir con él los azares de su vida, va a contraer matrimonio con el primero. Hernani se presenta en el castillo de Ruy Gómez, y éste, para salvar a su huésped de las iras del rey, no vacila en esconderle y aun permite que Carlos I le arrebatase a doña Sol. Hernani entrega a su salvador su bocina y le jura estar dispuesto a despojarse de la vida cuando este se lo indique. Carlos I es elegido en Aquisgran emperador de Alemania; es descubierta una conspiración dirigida por Hernani el cual resulta ser el noble don Juan de Aragón; el emperador perdona a los conjurados y dispone el matrimonio de doña Sol y el antiguo proscrito. Pero cuando don Juan de Aragón lo olvida todo ante su felicidad, el sonido del cuerno que entregó a Ruy Gómez le recuerda que antes se ha llamado Hernani. Ruy Gómez aparece para exigir el cumplimiento de la promesa y le entrega un pomo con veneno; de él bebe doña Sol sin que puedan impedirlo, y después Hernani, y ambos mueren. Ruy Gómez, al presenciar la muerte de su sobrina no quiere tampoco vivir más.

ACTO V. ESCENA III.—HERNANI, DOÑA SOL

HERNANI.—¡Ah! ¿Quién no lo olvidaría todo al encanto de tu voz? Tu palabra es un canto angelical; como a la luz crepuscular de una tarde de verano, ve

deslizarse el viajero las márgenes floridas de un río, vaga mi pensamiento por tus melancolías.

D.^a SOL.—Este silencio es harto lúgubre, y demasiado profundo este sosiego. Dime, amor mío, ¿no querías ver en el fondo una estrella? ¿No quisieras que una voz de la noche tierna y amorosa se alzara de repente y cantara?

H.—¡Ah caprichosa! Ahora mismo huías de la luz y de los cantos.

D.^a S.—Del baile. Pero un pájaro que cantara en el campo, un ruiseñor perdido en las sombras, allá en una enramada, o alguna flauta a lo lejos... La música es dulce, desliza en el alma armonía y amor... despierta mil voces que resuenan en el alma. ¡Oh! Sería delicioso. *(Oyese el són lejano de un cuerno.)*

H.—¡Ah!

D.^a S.—¡Mi deseo fué oído!

H.—*(Aparte; estremeciéndose)*.—¡Desdichada!

D.^a S.—Un ángel me ha oído; sin duda tu ángel bueno.

H.—Sí, mi ángel bueno. *(Con amargura.—Aparte.)* ¡Todavía!

D.^a S.—Don Juan, he reconocido el són de esa bocina.

H.—¿Sí?

D.^a S.—Esta serenata la has dispuesto tú ¿verdad?

H.—Tú lo has dicho.

D.^a S.—¡Qué baile tan fastidioso! ¡Oh! ¡Cuánto prefiero el tóque de una bocina en el fondo de los bosques! Y más siendo la tuya... es como tu voz.

(Oyese otra vez el mismo són.)

H.—*(Aparte.)*—¡Ah! El tigre aulla y reclama su presa.

D.^a S.—Don Juan, ese sonido, llena de alegría el corazón.

H.—¡Llámame Hernani; llámame Hernani! ¡Aún me persigue ese nombre fatal!

D.^a S.—*(Temblando.)*—¿Qué tienes?

H.—¡El viejo!

D.^a S.—¡Dios mío! Me espanta tu mirada. ¿Qué tienes?

H.—El viejo que se ríe en las tinieblas. ¿No lo ves?

D.^a S.—¿Desvarías, bien mío? ¿Quién es ese viejo?

H.—¡El viejo!

D.^a S.—Te ruego de rodillas que calmes mi inquietud. ¿Qué secreto es ese que te turba? ¿Qué tienes?

H.—¡Se lo juré!

D.^a S.—¿Se lo juraste?

(Sigue todos sus movimientos con ansiedad. Detiéndese él de golpe y se pasa la mano por la frente.)

H.—*(Aparte.)*—¿Qué le iba a decir? *(Alto.)* ¿Yo? Nada. ¿De qué te hablaba?

D.^a S.—Me has dicho...

H.—No, no... estaba turbado... Me siento mal... pero no te inquietes.

D.^a S.—¿Necesitas algo? ¿Qué traigo? Ordéname. *(Vuelve a sonar el cuerno.)*

H.—*(Aparte.)*—No desiste... ¡mi juramento! *(Buscándose el puñal.)* Nada. ¡Ah!

D.^a S.—¿Te sientes peor? ¿Qué tienes?

H.—Una... una herida antigua, que parecía cerrada y se renueva.

(Versión de Cecilio Navarro.)

LOS MISERABLES

Argumento —El protagonista de la novela es Juan Valjean, un expresidiario, que ha pagado con abrumadora pena levisimo delito. Reintegrado de nuevo a la vida social, en todas partes halla osquedades y celos y su corazón endurecido se inclina al mal; pero el admirable ejemplo de un buen obispo, Monseñor Bienvenido, despierta en él tesoros de sacrificio y de bondad. Con el

nombre supuesto de señor Magdalena consigue enriquecerse por su trabajo honrado, pero la policía le busca por un delito cometido a poco de salir del presidio; el robo impremeditado de una moneda de dos francos, insignificante en sí, pero gravísimo en un reincidente. El señor Magdalena, después de una terrible crisis, relatada en el capítulo *Una tempestad dentro de un cráneo*, se delata a sí mismo para salvar a un inocente a quien acusaban de ser Juan Valjean. El presidiario logra escaparse y bajo el nombre de Urbano Fauchelevent vive con Cosette, huérfana a la que ha adoptado, aunque bajo la amenaza del implacable inspector de policía Javert y del bandido Thenardier. Juan Valjean, en los desórdenes de 1832 salva la vida a su perseguidor Javert y a Mario, que ama y es amado de Cosette, con la cual se casa; pero la felicidad de este hogar es inaccesible para el expresidiario. Thenardier, por acusarle ante Mario justifica todas sus acciones y Juan Valjean logra, antes de morir, una felicidad inesperada.

LIBRO VII.—III. Una tempestad dentro de un cráneo

Así como los diamantes se encuentran en las profundidades de la tierra, las verdades sólo se encuentran en las profundidades del pensamiento; Juan Valjean creía que después de descender a dichas profundidades, después de haber andado a tientas en lo más espeso de la obscuridad, acababa de encontrar un diamante, esto es, una verdad, que la tenía en la mano y que le deslumbraba.

—¡Sí, eso es! He dado en lo cierto. He encontrado la solución. Me precisaba decidirme y ya estoy decidido. Esperemos, no retrocedamos, que así conviene, no a mi interés, sino al interés general. Me quedo siendo el señor Magdalena. ¡Desgraciado del que se llama Juan Valjean! Ese no soy yo. No conozco a ese hombre; que se arregle como pueda, que eso no me importa.

Se miró a un espejo que estaba colocado encima de la chimenea y dijo:

—Me consuela haber adoptado esta resolución. Ya soy otro.

Dió algunos pasos y se paró de repente.

—No debo vacilar ante ninguna de las consecuencias de la resolución tomada. Algunos hilos me atan todavía a Juan Valjean y es preciso romperlos. En este mismo cuarto hay objetos que me acusan, testigos mudos que deben desaparecer.

Metió la mano en el bolsillo, sacó una cartera, la abrió y tomó de dentro de ella una llavecita. Introdujo esta llave en una cerradura, cuyo agujero apenas se veía por estar oculto en las sombras más oscuras del papel que cubría la pared; abrió un escondrijo, un armario pequeño, colocado entre el ángulo de ésta y el cañón de la chimenea. En aquel cajón solo había unos andrajos; un saco azul, un pantalón viejo, un morral y un garrote. Los que vieron a Juan Valjean en la época que pasó por Digne, en Octubre de 1815, reconocerían aquel traje miserable.

Lo conservaba, lo mismo que los candeleros de plata, para no olvidar nunca su punto de partida: pero ocultaba lo que procedía del presidio y dejaba a la vista los candeleros que pertenecieron al obispo.

Dirigió una mirada furtiva a la puerta, como temiendo que la abriese alguno, y luego, con rápido y brusco movimiento, sin mirar siquiera aquellos objetos que tantos años guardaba religiosamente, los cogió y los arrojó al fuego de la chimenea.

Cerró el escondrijo, y redoblando sus ya inútiles precauciones, porque quedó vacío, puso un mueble pesado para atrancar la puerta.

Al cabo de algunos segundos, la habitación y la pared de enfrente se iluminaron con resplandor rojizo y tembloroso. Todo ardía; el garrote chisporroteaba y despedía chispas hasta el medio del cuarto; al consti-

mirse el morral con los harapos que contenía, dejó al descubierto un objeto que brillaba en la ceniza. Era una moneda de plata, sin duda la pieza de dos francos que robó al saboyano.

Pero Juan Valjean no miraba al fuego, y continuaba paseando por la habitación. De pronto se fijó en los dos candeleros de plata, que al resplandor de las llamas relucían vagamente sobre la chimenea.

—¡Ah!—exclamó—; aún está ahí Juan Valjean, hay que destruir eso también.

Cogió los dos candeleros. Había bastante fuego para desfigurarlos y convertirlos en una barra. Se inclinó sobre la chimenea y se calentó un instante.

—¡Qué agradable calor!—dijo—. Removió las brasas con uno de los candeleros.

En aquel instante le pareció oír una voz que gritaba desde su interior:

—¡Juan Valjean! ¡Juan Valjean!

Se le erizó el pelo y se quedó como el hombre que oye algo terrible.

MISTRAL.—MIREYA

Argumento.—En la granja de las Almezas encuentran acogida maese Ambrosio y su hijo Vicente, cesteros. Mireya, hija de maese Ramón, el granjero, se enamora de Vicente y los jóvenes descubren su mutua inclinación en la escena de la deshojadura (Canto II). Mireya rechaza las pretensiones de Hilario el pastor, Verán el yegüerizo y Elzear el boyero, pero éste insulta a Vicente, por quien es vencido en noble lucha y a quien después hiere a traición. Elzear muere en el Ródano de misteriosa manera (Canto V) y Vicente es curado por la bruja Taven a cuya caverna acude con Mireya (Canto VI). Maese Ambrosio expone las pretensiones de su hijo y maese Ramón las rechaza indignado; Mireya, desesperada, huye, yendo a pedir ayuda a las Santas Marías, patronas de Provenza, atravesando el Ródano y la inmensa llanura de la Crau de Arlés, pero llega a la iglesia herida de muerte; allí la en-

cuentran sus padres y Vicente que no quiere separarse de ella, y en el arrebato de su dolor exclama, «Cavad en la arena mojada un sólo lecho de muerte para entrambos. Poned encima un montón de piedras a fin de que jamás las olas puedan separarnos». (Canto XII).

CANTO II.—La deshojadura

—¡Vicente! ¡Vicente!, exclamó Mireya desde las verdes calles de árboles, ¡pasas muy de prisa! Vicente al momento volvió la cabeza hacia la plantación, y divisó a la muchacha posada sobre una morera como una alegre cogojuda, y voló hacia ella gozoso.—¿Va bien la deshojadura, Mireya?, le dijo al llegar. Todo se deshoja poco a poco, contestó la niña.—¿Queréis que os ayude?—Sí. Y en tanto que ella reía desde arriba a carcajadas como una loquilla, Vicente, dando con el pie sobre el trébol, se encaramó en el árbol más diestro que un lirón.—Ved, Mireya, que maese Ramón no tiene otra hija: deshojad las ramas bajas, y yo alcanzaré las cimas, dijo a la muchacha. Y ella, deshojando el árbol con su manecita dijo a Vicente:—Esto de tener compañía para el trabajo quita el mal humor: ¡cuando una está sola le viene tal pesadez!—Ved aquí lo que siempre me enoja, respondió el muchacho. Cuando estamos allá en la choza donde oímos sólo el estruendo del Ródano tormentoso que enguye el escajo, ¡algunas veces me da un fastidio! En estío no tanto, porque entonces hacemos la caminata con mi madre de alquería en alquería. ¡Mas cuando el acebo se llena de bayas y los días se hacen fríos y las veladas largas; cuando cerca del rescoldo, mientras en el picaporte silva o maúlla algún duende, sin luz y con muy pocas palabras me es preciso aguardar el sueño a solas con mi padre!...—¿Pues y tu madre?, interrumpió la niña, ¿dónde está?—¡Está muerta! dijo el mu-

chacho, y permaneció un instante silencioso. Luego continuó:—Cuando mi hermana Vicentita era más niña, estaba con nosotros en la cabaña y aquello daba gusto...—Pues qué, ¿tienes una hermana?, preguntó Mireya.—Sí, dijo el cestero, y hacendosa y hábil para todo... ¡ojalá no lo fuese tanto! porque tuvo que ir con los segadores a Fuente del Rey, que está allá abajo en la tierra de Belcaire, y tanto agradó su habilidad y buen modo, que por sirvienta la tomaron y sirvienta se ha quedado.—¿Se te parece tu hermanita? dijo Mireya.—¿A quién, a mí? contestó el cestero, ¡mucho le falta! Ella es rubia y yo soy, ya lo véis, negro como un gorgojo. Pero a quien se parece más bien es a vos, Mireya. Vuestras cabezas vivas y despiertas, vuestras cabelleras abundantes como las hojas del mirto, no se diría sino que son gemelas. ¡Mas para atar la clara tela de vuestra gorrita, mucho mejor que ella tenéis la cinta! Mi hermana no es fea ni descuidada; pero tú, Mireya, ¡cuánto más hermosa eres! Aquí, Mireya, soltando de pronto la rama a medio deshojar: ¡Oh! exclamó, pícaro Vicente.

(Traducción de D. C. Barallat.)

VII. - PORTUGUESA

CAMOENS.—LOS LUSIADAS

Argumento.—Acordada la expedición a las Indias orientales, salen los portugueses en 1497 conducidos por Vasco de Gama, favoreciendo la expedición Venus y Marte y oponiéndose Baco, dominador que fué de la India y celoso de las futuras hazañas de los lusitanos. Después de vencer varios peligros llegan a Meliude, a cuyo rey refiere Gama los hechos ilustres de los descendientes de Luso (de aquí el nombre del poema), hasta la salida de Gama, con lo cual Camoens eleva el asunto y crea la epopeya portuguesa. Continúan el viaje y después de aplacar los dioses protecto-

res las tempestades que les mueve Baco, llegan a Calecut en el Malabar, de cuyo gobierno y riquezas se enteran por un moro llamado Monzaide. Después de narrar al Catüal (Gobernador de Calecut) las glorias portuguesas y de vencer nuevos peligros, regresan a su patria, pero en una isla deliciosa son festejados por Tetis y las Ninfas y les predicen las futuras hazañas que sus descendientes han de realizar, terminando el poema con el feliz arribo a Lisboa.

CANTO VIII

Vimos que el Catüal se detenía
en la primer figura que hay pintada,
que en la diestra por signo un ramo erguía,
blanca barba luciendo dilatada.
Saber quien es, y la razón quería
de por qué lleva la señal narrada;
y dice Pablo, cuya voz discreta
el Mauritano al indio le interpreta.

«Estos varones todos que parecen
tan fieros a la vista en sus aspectos,
más fieros y más bravos aparecen
de su esfuerzo y valor por los efectos:
antiguos son, y aun ora resplandecen
grandes entre los hombres más perfectos:
Luso es esté que ves, por quien la fama
a nuestro reino Lusitania llama.

»Fué hijo, o compañero del Tebano
de quien se cuenta el conquistar contino:
parece que a parar al suelo Hispano,
siguiendo el curso de sus armas vino.
Del Guadiana y del Duero el campo ufano,
ya Elisio dicho, tanto le convino,
que nombre allí dejar quiso a los nuegos,
y sepultura a sus cansados huesos.

»El ramo que le ves como divisa,
el verde tirso fué de Baco usado,

el cual a nuestra edad muestra y avisa
que fué su hijo o compañero amado.
Ese otro que del Tajo el suelo pisa,
después de haber tan largo mar surcado,
muros perpetuos a su orilla eleva
y a Palas templo, de su amor en prueba,

»Es Ulises quien labra santa casa
al Numen que le da lengua fecunda;
que si en Asia a la grande Troya abrasa,
en Europa a Lisboa insigne funda».
«¿Quién es ese otro acá que el campo arrasa,
con presencia entre muertes furibunda,
y destroza legiones cien guerreras
que las águilas llevan por banderas?»

Dice el gentil; y le responde Gama:
«Ese que ves, pastor fué de ganado:
Viriato sabe el mundo que se llama,
en espada más diestro que en cayado:
de Roma a oscurecer llegó la fama
vencedor invencible y celebrado;
con él no alcanzan, ni tener pudieron,
los modos que con Pirro antes tuvieron.

«Con fuerza no, con maña vergonzosa,
le quitaron la vida: ¿qué os espanta?
si la gente, aun la grande y generosa,
la ley, a veces, de virtud quebranta.
Contra su patria ese otro, que orgullosa
le trata, con nosotros se levanta:
y cierto escoge bien con quien se alzase,
para que eternamente se ilustrase...

Gama así con acentos no prolijos
los hechos cuenta que, con varía tinta,
claros, perfectos, del pincel son hijos
del artífice docto que allí pinta.
El Catúal los ojos prestos, fijos

tiene en la historia vívida y distinta,
mil veces preguntando y mil oyendo
las gustosas batallas que está viendo.

(Traducción del conde de Chestre.)

A. GARRET.—FRAY LUIS DE SOUSA

Argumento.—Don Juan de Portugal, noble caballero portugués, casado con doña Magdalena de Villena, toma parte en la expedición a Africa en tiempo de don Sebastián (1578) y desaparece en la batalla de Alcazarquivir. Creyéndole muerto doña Magdalena, se casa con don Manuel de Sousa, de cuyo matrimonio nace una hija, María, modelo de bondad y de candor. Pasados algunos años se presenta un peregrino, que es el mismo don Juan que había conseguido salvar la vida; pero enterado del nuevo matrimonio de su esposa, promete pasar por muerto, renunciando a su amor para no turbar la dicha del nuevo hogar, y Manuel, enterado de quien es el peregrino ingresa en el convento de Santo Domingo de Belén con el nombre de Fray Luis de Sousa, y Magdalena en el del Sacramento de Lisboa, y María muere de dolor al conocer su desgracia.

ACTO II.—ESCENA ÚLTIMA

MAGDALENA, JORGE, PEREGRINO

JORGE.—(*Cortando la conversación*). Buen viejo, dijísteis que traíais un recado a esta dama: dadlo, que tenéis precisión de descansar.

PEREGRINO.—(*Sonriendo amargamente*). ¿Queréis acordarme que estoy abusando de la paciencia con que me han escuchado? Hicísteis bien, padre; ya me iba olvidando... tal vez me olvidase del todo del mensaje a que vine... ¡estoy tan viejo y cambiado!

MAGDALENA.—Dejad, dejad, no importa; me alegro de oiros; me diréis el recado cuando queráis... luego... mañana...

P.—Hoy ha de ser. Hace tres días que no duermo; ni descansó esta cabeza ni pararon estos pies día ni noche, para llegar aquí hoy, para daros mi recado... y morir después; porque juré, hace hoy un año, cuando me libertaron, sobre la piedra santa del Sepulcro de Cristo...

M.—¿Erais cautivo en Jerusalén?

P.—Era; ¿no os dije que viví allí veinte años?

M.—Sí, mas...

P.—Mas el juramento que dí fué que, antes de cumplir un año, estaría delante de vos y os diría de parte de quién me mandó...

M.—(Aterrada). ¿Y quién os mandó, hombre?

P.—Un hombre fué, un hombre honrado a quien únicamente debí la libertad... a *nadie* más. Juré cumplir su voluntad, y vine.

M.—¿Cómo se llama?

P.—Jamás le oímos su nombre ni el de su familia.

M.—En fin, os dijo...

P.—Sus palabras las traigo escritas en el corazón con las lágrimas de sangre que le ví llorar, que muchas veces me cayeron en estas manos y corrieron por estas mejillas. ¡Nadie lo consolaba sino yo... y Dios! Ved si se me olvidarían sus palabras.

J.—Hombre, acabad.

P.—Ahora acabo. Sufrid, que él también sufrió mucho. Aquí están sus palabras: «Id a doña Magdalena de Vilhena y decidle que un hombre que la quiso muchísimo... aquí está vivo... por su mal... y de aquí no puede salir ni mandarle hasta ahora, noticias suyas desde hace veinte años que lo trajeron cautivo.

M.—(Con ansiedad). ¡Dios tenga misericordia de mí! Y ese hombre, ese hombre... ¡Jesús! ese hombre era... ¡lo llevaron allí, de dónde!... ¿de África?

P.—Sí.

M.—¿Cautivo?

P.—Sí.

M.—¿Portugués?—¿Cautivo de la batalla de?...

P.—De Alcacer-Kebir.

M.—(Aterrada). ¡Dios mío... Dios mío! ¿Por qué no se abre la tierra debajo de mis pies?... ¿Por qué no caen estas paredes y me sepultan?...

J.—Callad, Magdalena; la misericordia de Dios es infinita; esperad. Yo dudo... yo no creo... estas no son cosas que se creen enseguida. (Reflexiona). ¡Oh! inspiración divina... (al peregrino). ¿Conocéis bien a ese hombre?

P.—Como a mí mismo.

J.—Si lo viéseis con otros trajes, con menos años, ¿lo conoceríais?

P.—Como si me viese en un espejo.

J.—Fijaos en estos retratos y decidme si alguno de ellos es vuestro mandatario.

P.—(Sin titubear apunta para el retrato de D. Juan). Es aquel.

M.—(Con espanto). ¡Hija mía!... ¡hija mía!, ¡mi hijal...! ¡Estoy... estás... perdidas, deshonradas... infames!... ¡Hija mía, hija mía! (Huye despavorida).

J.—¡Peregrino, peregrino! ¿quién eres?

P.—(En medio de la sala con aspecto severo apunta con el bordón para el retrato de D. Juan de Portugal). Nadie.

(Fr. Jorge cae postrado en el suelo con los brazos extendidos).

HERCULANO.—EURICO EL PRESBITERO

Argumento.—Eurico, joven godo, se enamora profundamente de Hermengarda, hija de Favila, pero es despreciado por éste y se hace sacerdote. Los musulmanes invaden la península; un jinete negro hace prodigios de valor en la batalla del Guadalete: es

Eurico el presbítero. Los árabes se desbordan como arrollador torrente hacia el Norte; Abdalazis asalta un convento de monjas y se apodera de Hermengarda que, aunque no había profesado se encontraba en él; un guerrero valeroso, con algunos auxiliares la salva en un atrevido intento: es Eurico el presbítero. El hermano de Hermengarda, Pelayo, triunfa en Covadonga. Hermengarda confiesa su amor hacia Eurico, pero éste después de dar muerte a los traidores D. Opas y D. Julián, se hace matar por el enemigo, y la hija de Favila pierde la razón al conocer el estado sacerdotal del valeroso jinete negro.

DEL CAPÍTULO XIX

Hacia la mitad de la tarde, del numeroso y brillante ejército árabe apenas algunos millares de jinetes huían despavoridos y desalentados ante los foragidos de las Asturias, que los perseguían sin descanso más allá de Cangas de Onís.

En el momento en que Pelagio, en su fingida fuga, llegaba al vasto portal de la gruta, salía de ella el jinete negro. El joven jefe le vió y se estremeció. Eurico tenía hundidas las mejillas, pálido y trastornado el semblante, y en todo su aspecto había una tan singular expresión de tranquilidad que causaba terror. Mientras los cristianos defendieron la entrada, él permaneció quieto y como indiferente al combate; mas luego que los árabes, acometidos ya por la espalda, principiaron a retroceder, y que Pelagio pudo combatir en la llanura, Eurico, abriéndose camino con el frankisk, desapareció en medio de los enemigos. Desde aquel momento, en vano le buscó el duque de Cantabria: ni él, ni nadie más le vió.

Era casi al ponerse el sol. Siguiendo la corriente del Deva, a poco más de dos millas de las laderas del Auseba, extendíase en aquella época espeso bosque de robles, en medio del cual se abría un ancho claro, donde sobre dos peñascos verticales se alzaba un

tercero: era, probablemente, un ara céltica. Enfrente del tosco puente de groseras piedras lanzado sobre el río, una senda estrecha y tortuosa atravesaba la selva y, pasando por el claro, continuaba por entre los otros vecinos, dirigiéndose en sus revueltas hacia la parte de la Gallecia.

Cuatro jinetes todos desmontados caminaban unos tras otros por aquel estrecho atajo. Por sus trajes y armas conocíase que eran tres cristianos y uno sarraceno. Al llegar al claro, paróse de repente el último y volviéndose con fruncido ceño a uno de los tres, dijo:

—«Nazareno, nos ofreciste salvarnos si te seguíamos; fiámonos de tí, porque no tenías necesidad de vendernos: estábamos ya en las manos de los soldados de Pelagio, y a una señal tuya cesaron de acosarnos. Pero el silencio tenaz que has guardado me inspira graves sospechas. ¿Quién eres, pues? Preciso es que seas sincero como nosotros. Sabe que tienes ante tí a Mugueiz, el Emir de la caballería árabe; a Juliano, el Conde de Septum, y a Oppas, el Obispo de Híspalis.»

—«Lo sabía:—respondió el jinete—por eso os he traído aquí. ¿Quieres saber quién soy yo? ¡Un soldado y un sacerdote de Cristol!»

—«¿Aquí!...—interrumpió el Emir llevando la mano al puño del alfanje y mirando alrededor.—¿Y con qué objeto?»

—«A tí que no eras nuestro hermano por la cuna, y que has combatido lealmente con nosotros, enemigos de tu fe; a tí, que nos oprimes porque nos venciste con valor y a la luz del día, fué para enseñarte un camino que te lleve a salvo a las tiendas de tus soldados. ¡Es por allí!... A éstos, que vendieron la tierra de la Patria, que escupieron el altar de su Dios, sin atre-

verse a renegar de él francamente; que ganaron en las tinieblas la victoria maldita de su perfidia, es para enseñarles el camino del infierno!... ¡Id, miserables, y seguidlo!»

Y casi al mismo tiempo dos pesados golpes de frankisk abollaron profundamente los yelmos de Oppas y Juliano. En el mismo momento brillaron tres aceros más.

¡Uno contra tres! Era un combate silencioso y tremendo. El guerrero de la Cruz parecía despreciar a Mugeiz: sus golpes resonaban sólo en las armaduras de los Godos. Primero el viejo Oppas y después Juliano, cayeron.

Retrocediendo entonces el guerrero cristiano, exclamó:

—«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pueda la sangre del mártir redimir el crimen del Presbítero!»

Y arrojando el frankisk, llevó las manos al capace de bronce y lo lanzó lejos de sí.

Mugeiz, ciego de cólera, vibró la espada; crujió el cráneo de su adversario, y un chorro de sangre salpicó el rostro del sarraceno.

Como cae el abeto solitario de la cuesta al pasar el huracán, así el guerrero misterioso del Krysus cayó para no levantarse jamás!...

(Traducción de D. S. Rodríguez-Bermejo.)

EÇA DE QUEIROZ

EPISTOLARIO DE FADRIQUE MENDES

IV.—A madame S.

Paris, Febrero.

Mi querida amiga:—El español se llama D. Ramón Covarrubia, habita en el pasaje Saulnier, 12, y como es aragonés, y por tanto sobrio, creo que con diez

francos por lección quedará plenamente satisfecho. Pero si su hijo sabe ya el castellano indispensable para entender el Romancero, Don Quijote, algunos de los «picarescos», veinte páginas de Quevedo, dos comedias de Lope de Vega, alguna que otra novela de Galdós, que es cuanto debe leerse de literatura española, ¿para qué desea, mi sensata amiga, que pronuncie ese castellano que sabe, con el acento, el sabor y la sal de un madrileño nacido sobre las mismas piedras de la calle Mayor? Así, el dulce Raúl va a desperdiciar el tiempo que la sociedad le señaló para adquirir ideas y nociones (y la sociedad a un rapaz de su fortuna, de su nombre y de su belleza apenas le conceden para ese abastecimiento intelectual siete años: de los once a los diez y ocho.) ¿Y en qué? En el lujo de apurar hasta una perfección superfin y superflua el nuevo instrumento de adquirir nociones e ideas. Porque las lenguas, mi querida amiga, apenas son otra cosa que instrumentos de saber, como instrumento de trabajo. Consumir vida y energía en el aprendizaje de pronunciarlas tan genuina y puramente que parezca que se nació en ambiente de cada una de ellas, y que por su medio se pidió el primer pan y el primer agua de la vida, es hacer lo que el labrador que en vez de contentarse con cavar la tierra con un simple hierro en el extremo de un simple palo, se dedicase durante los meses en que la huerta debe ser labrada a embutir emblemas en el hierro y a tallar hojas y flores en el palo. Con un hortelano así, tan minuciosamente ocupado en embellecer y perfeccionar la azada, ¿cómo estarían ahora, señora mía, sus pomares de la Turena?...

Conviene más a la juventud y aun a la vejez saber, por medio de las seis cuerdas de una guitarra, desahogar el alma de las cosas confusas y sin nombre

que en ella se agitan, que poder, en todas las mudanzas del mundo, pedir con exactitud, pan y queso en sueco, holandés, griego, búlgaro o polaco.

¿Y será realmente indispensable, aún para proveer a través del mundo estas necesidades vitales del estómago y del alma, surcar durante años, llevado por la mano dura de los maestros, «los descampados y atolladeros de las gramáticas y de las pronunciaciones, como decía el viejo Milton?» Yo tuve una adorable tía que hablaba únicamente el portugués o más bien el *miñolo* (1) y que recorrió toda Europa con desahogo y confortablemente. Esta señora risueña, pero dispéptica, comía únicamente huevos que sólo conocía por su nombre nacional y secular de «ovos» Para ella *huevos*, *œufs*, *eggs*, *das ei* eran sonidos de la Naturaleza animal, poco diferente del canto de las ranas o del estallar de la madera. Pues cuando en Londres, en Berlín, en París, en Moscov, deseaba sus huevos, esta expeditiva señora llamaba al criado del hotel, clavaba en él sus ojos penetrantes e inteligentes, agachábase gravemente hacia la alfombra, imitaba con el vuelo lento de sus faldas ahuecadas a una gallina clueca, y gritaba *¡ki-ki-ri-ki! ¡ko-ko-ri-ki! ¡ko-ro-ko-ko!* Jamás, en ninguna ciudad o región inteligente del Universo, mi tía dejó de comer huevos, ¡y muy frescos!

Beso sus manos, benévola amiga.—FADRIQUE.

(Traducción de Juan José Morato.)

(1) Dialecto hablado en las riberas del Miño. (N. del T.)

VIII. - INGLESA

SHAKESPEARE.—OTELO

Argumento.—Otelo, esforzado y valiente guerrero moro, defensor de Venecia contra los turcos, se casa con Desdémona, que está profundamente enamorada de su esposo, pero Rodrigo que ama a ésta y Yago que aspira al cargo de teniente concedido por Otelo a Casio, se unen para conseguir sus aspiraciones. Yago emborracha a Casio, quien falta a sus deberes militares, por lo cual es destituido por Otelo, y al mismo tiempo enciende en éste el tormento de los celos, insinuándole que Desdémona ama a Casio, lo que aparentemente confirma el interés que tiene por su reposición en el cargo de teniente, y el ser inconsciente poseedor de un pañuelo, primera ofrenda de amor de Otelo a Desdémona, hechos todos arteramente preparados por el astuto Yago. De esta manera aviva la llama de los celos en Otelo, quien excitado por los consejos de aquel, acuerda la muerte de Casio que intenta realizar Rodrigo, y él mismo ahoga a la inocente Desdémona en el lecho nupcial, después de una interesante escena en que la hace injustas acusaciones. La intervención de Emilia, dama de Desdémona e instrumento inconsciente de su esposo Yago, hace que todo se aclare, y entonces Otelo atenta contra su vida y muere junto a su esposa, no sin herir antes a Yago, que será juzgado por Casio, nombrado Gobernador de Chipre, lugar en donde se desarrollan estos últimos sucesos.

ACTO V.—ESCENA II

Una alcoba en el castillo.—Desdémona en el lecho dormida.—Una lámpara encendida.

OTELO Y DESDÉMONA

- O. ¡Como el del cielo mi dolor, que hiere allí donde más ama!—Se despierta.
D. ¿Quién? Otelo, ¿eres tú?
O. Sí, Desdémona.

- D. ¿Vienes, señor, al lecho?
O. ¿Has rezado esta noche, Desdémona?
D. Sí, señor.
O. Si recuerdas algún crimen
que el cielo no te tenga perdonado,
solicita su gracia en este instante.
D. ¿Qué implican tus palabras, dueño mío?
O. Nada: reza y acaba: mientras tanto
yo pasearé. Sin preparar no quiero
tu espíritu matar, no, ¡Dios me libre!
¡No te quisiera yo matar el alma!
D. ¿Hablas tú de matar?
O. Sí.
D. Pues entonces
De mí tened misericordia, cielos.
O. Con todo el corazón Amén te digo
D. Si eso dices, acaso no me mates.
O. ¡Hum!
D. Pero me haces temblar. Cuando tus ojos
así giran, fatal es su mirada.
Por qué tiemblo no sé: culpa ninguna
me reconozco, mas temblar me siento.
O. En tus pecados piensa.
D. Son amores
que a tí me atraen.
O. ¡Sí! ¡Por eso mueres!
D. Es muerte atroz que por amor se mate.
¡Ay Dios! ¿Por qué te muerdes así el labio?
Saña feroz tu entero ser agita,
tristes presagios... mas espero, espero
que no son contra mí.
O. Silencio y oye.
D. Sí, sí, ¿qué pasa?
O. Regalaste a Casio
aquel pañuelo predilecto mío

- que yo te dí.
D. Lo juro por mi alma:
no es verdad: que aquí venga y atestigüe.
O. En tu lecho de muerte estás, ¡cuidado
alma gentil, cuidado! ¡No perjures!
D. ¿Y en este instante he morir?
O. Sí, pronto.
Francamente confiesa, pues, tu culpa.
De negar lo que sé con juramentos
la convicción ni mata ni sofoca
que me obliga a lanzar hondos gemidos.
Es preciso que mueras.
D. Pues entonces
de mí tened ¡oh Dios! misericordia.
O. Amén te digo yo.
D. ¡Tú también tenla!
No te ofendí jamás en esta vida.
A Casio nunca amé: sólo el cariño
le tuve yo que el cielo nos permite:
jamás prenda le dí.
O. ¡Viven los cielos!
Mi pañuelo yo he visto entre sus manos.
¡Oh perjura! Mi pecho petrificas
y lograrás que asesinato llame
lo que quise que fuera sacrificio.
El pañuelo ví yo.
D. Lo halló sin duda.
Jamás lo regalé. Que venga al punto
y la verdad confiese.
O. Ha confesado.
D. ¿Qué, señor?
O. Que pagaste sus favores.
D. ¿Indignamente?
O. Sí.
D. Que lo repita.

- O. El noble Yago ya selló su boca.
D. ¡Oh, mis temores hablan! Dime, ¿ha muerto?
O. Si vidas todos sus cabellos fueran
mi venganza feroz las devorara.
D. ¡Vendido fué, gran Dios, y yo perdida
O. Aparta infame ¿y ante mí lo lloras?
D. Sepárame de tí, mas no me mates.
O. ¡Infame, quítal
D. Mátame mañana,
pero esta noche no.
O. Si forcejeas...
D. Media hora no más.
O. Ya no es posible.
D. Deja que rece una oración.
O. Es tarde.

(*La ahoga*).

(Traducción de D. Guillermo Macpersón.)

HAMLET

Argumento. Horacio, amigo de Hamlet, príncipe de Dinamarca ha visto la sombra de su padre el rey muerto. La sombra habla a Hamlet y le dice que fué envenenado por su hermano el actual rey y marido de la reina Gertrudis. Hamlet se propone tomar venganza, pero su temperamento es más apto para meditar que para la acción; llegan unos cómicos y hace representar una historia semejante a la que la sombra le ha referido, y por la turbación de Claudio, el rey, conoce ser cierta; pero vacila, y en una ocasión en que está decidido a matar a Claudio desiste por haberle hallado orando, pues quiere que muera en el momento de pecar para que no se salve su alma. A los reyes les preocupa el aspecto de Hamlet y le creen loco; en una conversación que éste tiene con la reina ve moverse un tapiz, hiere con su espada y mata al cortesano Polonio, padre de su amada la dulce Ofelia, la cual pierde la razón y muere después. Su hermano Laertes quiere vengarse de acuerdo con el rey, y simulan un asalto a espada entre Hamlet y Laertes; el arma de éste está envenenada; el rey, además, ha vertido veneno en una copa, pero de ella bebe la reina y muere. Laertes hiere a Hamlet, pero éste antes de morir con la espada de Laertes, mata a éste y al rey usurpador.

ACTO III.—ESCENA IV

HAMLET.—Existir o no existir, esta es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo: sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, u oponer los brazos a este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo; porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga.

¿Quién si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con sólo un puñal? ¿Quién podría tolerar tanta opresión, su- dando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la muerte (aquel país desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir a buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace cobardes a todos: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mu-

dan camino, no se ejecutan, y se reducen a designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

(Traducción de D. L. Fernández de Moratín.)

MILTON.—EL PARAÍSO PERDIDO

Argumento.—El asunto del poema es la desobediencia de Adán y la pérdida del Paraíso. Después de una lucha entre los ángeles fieles a Dios y los rebeldes, éstos caen en el Infierno en donde Satán los reúne y les habla de un nuevo ser creado a semejanza de Dios. Satán, para inducir a pecado al hombre pasa las puertas del Infierno guardadas por el Pecado y la Muerte, y guiado por el Caos llega a la vista del mundo, toma la forma de un ángel y logra que Uriel, regente de la esfera del Sol, le indique dónde está la Tierra que busca. A pesar de las advertencias del Arcángel San Rafael y después de una lucha entre los ángeles rebeldes y los sumisos a Dios en la que éstos triunfan, Eva come de la fruta prohibida e induce a Adán, que también peca. Entonces el Pecado y la Muerte pasan al mundo y Satán regresa al Infierno orgulloso de su triunfo. El Hijo de Dios pide al Padre clemencia para los que han pecado, éste accede, pero no permite a nuestros primeros padres seguir viviendo en el Paraíso. San Miguel, que baja a cumplir la orden de Dios, lleva a Adán a una altura, desde la cual le hace ver para su consuelo y confianza en lo porvenir, toda la historia de la humanidad hasta su redención por obra del Mesías. El ángel lleva a nuestros primeros padres hasta las puertas del Paraíso y se queda guardándolas con su espada de fuego.

Libro primero

Del primer hombre la desobediencia
canto, y la fatal fruta del vedado
árbol, cuyo bocado,
desterrando del mundo la inocencia,
dió entrada a los dolores y a la muerte,
y nos hizo perder el paraíso;
hasta que el hijo del Eterno quiso,

lleno de amor, bajar a nuestro suelo,
hacerse hombre, y volver con brazo fuerte,
a abrir las puertas del cerrado cielo.

Asísteme piadosa,
¡oh túl verdad divina; y encendida,
única Musa digna de mi canto,
que de Oreb en la cima, en la escondida
cumbre del Sinaí, la venturosa
alma del Pastor santo,
te dignaste alumbrar con tu luz pura,
a fin que a la escogida
nación, la prodigiosa historia diera,
la narración segura,
del modo con que el orbe, a la primera
voz de su Criador obedeciendo,
de repente salió del caos horrendo:
o, si más de Sión, la alta colina
te deleita, o la fuente peregrina
de Silóe, cuyo curso arrebatado
de su divino templo al pie fluyendo,
te inspire como oráculo sagrado,
dígnate desde allí animar mi acento,
supuesto que cantar osado intento
cosas sublimes, nuevas, celestiales,
no cantadas aún por los mortales.

(Traducción de D. Juan Escoiquiz.)

Satanás y sus ejércitos

Apenas acabó, cuando a la orilla
el fiero capitán se fué acercando.
De temple celestial, ancho y macizo,
era el redondo escudo que pendía
de sus robustos hombros, semejante
en su circunferencia al orbe lleno

de la luna, mirado por la tarde
a través de algún óptico instrumento,
tal cual con firme vista desde lo alto
de Fesol, o en Valdarno le observaba
el inventor Etrusco, y descubría
tierras, ríos y montes en su globo.
El más gigante pino de Noruega
en los montes; cortado para mastil
de una grande almiranta, un junco leve
se ha comparado con la lanza grave
en que apoyaba sus molestos pasos,
(no cuales algún día dió en el cielo)
por la flamante arena, mientras el ígneo
muro y la ardiente bóveda le herían
con fuego abrasador por todas partes.
Empero él lo sufría, y procediendo
hasta el vecino golfo, allí parado
llamó a sus tercios de ángeles que yacen
rendidos al terror y agonizantes
sobre la hirviente onda; tan espesos
como las secas hojas que en otoño
cubren de Valumbrosa las corrientes,
de los frondosos árboles caídas,
o como cuando Orión con turbulento
soplo azota las playas erithreas,
nadan sobre las ondas livianas
algas sobre las ondas que sorbieron
un día a Faraón con su robusta
caballería de Memphis, cuando airadas
las rescatadas tribus perseguían,
mientras seguras de la opuesta orilla
vieron ellas hundirse sus jinetes,
yelmos, banderas, carros y caballos;
tan espesos cubrían los rebeldes
espíritus el lago, al fiero asombro

de la mudanza súbita rendidos.
Llamólos, pues, y a la gran voz los huecos
senos del hondo infierno resonaron.

(Traducción de Jovellanos).

BYRON.—LA GADITANA

No me habléis del Norte frío,
no me habléis de inglesas damas;
no habéis visto, no habéis visto
a la gentil gaditana.

No es cerúlea su pupila,
ni son sus crenchas doradas;
mas sus ojos negros vencen
oro y azul, rosa y nácar.

Como el audaz Prometeo,
robó a los cielos la llama
que en oscuros lampos arde
tras sus sedosas pestañas;
y al caer sus sueltos bucles
en negrísima cascada,
se ensortijan y se enroscan
para acariciar su espalda...

Si la doncella española
os da el corazón y el alma,
no temáis que os la arrebaten
traición, peligro o desgracia.
Cuando huestes enemigas
se aproximan, no la espantan,
y esgrime, si cae su amante,
el hierro de la venganza.

Cuando, al ocaso, el bolero
con donoso ademán baila,
o fabulosos romances
dice al son de la guitarra;

cuando, al rayo de la luna,
cuentas del rosario pasa,
o al sonar las oraciones
el santo coro acompaña.

Sin rendirle el albedrío,
nadie puede contemplarla;
y ella, a la pasión ardiente,
corresponde enamorada.
Luengas tierras he corrido;
hermosuras vi afamadas:
¡ninguna cual la trigueña
y ojinegra gaditana!

(Traducción de D. Teodoro Llorente.)

MELODÍAS HEBRAICAS

Avanza brillante de belleza como la noche de climas sin nubes y de los cielos estrellados; cuanto tienen de encantadoras la sombra y la luz, se reúne en su rostro y en sus ojos; dichosa alianza que produce esa dulce claridad que el cielo rehúsa al resplandor del día.

Una sombra más, una irradiación menos, habrían alterado la gracia inefable que rodea a cada trenza de su negra cabellera y que derrama mágico embeleso en su semblante. La serenidad de sus rasgos expresa cuán puros son sus pensamientos.

La sonrisa y el rubor que animan sus mejillas y su dulce frente, recuerdan tan sólo días pasados en la virtud; un alma en paz con la tierra y un corazón lleno de inocente amor.

¡Oh! ¡Llorad sobre los que lloran en las riberas de los ríos de Babilonia, sobre aquellos para quienes los templos están desiertos y la patria es un sueño! ¡Llorad sobre el arpa rota de Judá! Gemid... Allí donde

habitaba su Dios, habitan hoy los que no tienen un Dios.

¿Dónde lavará Israel sus ensangrentados pies?
¿Dónde los dulces cantos de Sión le servirán de consuelo?
¿Cuándo la melodía de Judá regocijará los corazones que saltaban de alegría a sus celestes sonos?

Tribus errantes, corazones desolados, ¿dónde os refugiareis para hallar reposo? La paloma tiene su nido, el zorro su guarida, los pueblos su patria... Israel, sólo tiene la tumba.

En las riberas del Jordán vagan los camellos del árabe; sobre las colinas de Sión oran los sacerdotes de los falsos dioses; los adoradores de Baal doblan la rodilla sobre la roca del Sináí... Y en ese paraje... en ese mismo paraje ¡oh gran Dios! tu rayo duerme en silencio.

En ese paraje, donde tu dedo quemó la tabla de piedra, donde tu sombra brilló sobre tu pueblo, donde tu gloria se vistió de ardientes llamas, no volverás a mostrarte más para herir de muerte a aquel que te contemple.

¡Oh, resplandezca tu mirada en tu relámpago!
¡Arranca la lanza a la mano rota del opresor!
¿Cuánto tiempo aún será hollada la tierra por la planta de los tiranos?
¿Cuánto tiempo aún estará tu templo sin culto, ¡oh! Dios mío?

SCOTT.—QUINTÍN DURWARD

Argumento.—Quintín Durward es un joven escocés más rico de pergaminos que de caudales, que llega a Francia en donde, sin proponérselo, se encuentra formando parte de la guardia escocesa del monarca Luis XI. En el palacio de éste ha buscado un refugio la condesa Isabel de Troye, que ha incurrido en el desagrado de Carlos el Temerario, duque de Borgoña; Luis XI la envía a Lieja, en donde ha de acogerse bajo la protección del obispo, y el jefe de la escolta es Quintín Durward. Este, salvando

numerosos riesgos, consigue llegar al término del viaje, pero Lieja se insurrecciona, y el obispo es asesinado por el bandido llamado el *Jabalí*. Durward consigue escapar y la condesa Isabel cae en poder del Duque de Borgoña; éste y el rey Luis ponen sitio a Lieja y prometen la mano de Isabel al que consiga matar al *Jabalí*. Quintín Durward está a punto de conseguirlo, pero abandona la lucha para salvar a la hija de uno de sus amigos; pero el tío de Quintín, el *Balafré* termina la obra de su sobrino y el joven contrae matrimonio con la Condesa, de quien estaba enamorado.

CAPÍTULO XXXVII.—La salida

Guillermo de la Mark, que continuaba avanzando por enmedio de aquella escena infernal, acababa de pasar la puerta de una capilla, particularmente venerada, cuando los gritos de ¡*Francia!* ¡*Francia!* ¡*Borgoña!* ¡*Borgoña!*, le hicieron comprender que parte de los asaltantes llegaban por el otro extremo de la angosta calle en que se encontraba, y que, por consiguiente, se le había cortado la retirada.

—Conrado, dijo a su teniente: ponte a la cabeza de nuestra gente y carga vigorosamente a esos bribones que se nos vienen encima, abriéndote paso, si puedes. En cuanto a mí todo se acabó; el *Jabalí* está en la agonía; sin embargo, todavía soy capaz de enviar a los infiernos delante de mí a algunos de esos aventureros escoceses.

El teniente obedeció, y a la cabeza de los lansquenetes que quedaban, se precipitó hacia el extremo de la calle para cargar a los borgoñones y abrirse paso por enmedio de ellos. Cinco o seis de los más bravos permanecieron, sin embargo, con su jefe, resueltos a correr su suerte e hicieron frente a los arqueros que no eran más en número.

—*Jabalí!* *Jabalí!*, exclamó el malvado pero intrépido Guillermo. ¡Hola, caballeros de Escocia! ¿quién de vosotros quiere ganar una corona de conde? ¿Eres tú,

mozalbete? Pues antes de conquistarla es menester matar al *Jabalí* de las Ardenas.

Quintín no entendió bien estas palabras al través de la visera del casco de la Marck, pero no pudo engañarse sobre el movimiento que las acompañara, porque apenas había tenido tiempo para advertir a su tío y a sus camaradas que se tuvieran atrás, si eran caballeros, cuando Guillermo cayó sobre él de un salto de tigre, haciendo voltear su maza para herirlo con toda la fuerza que le diera su mismo arranque. Pero Durward tan ligero en sus movimientos como perspicaz de vista, dió un salto de lado y esquivó un choque que le hubiera sido fatal. Entonces se acercaron como el lobo y el perro de pastor. Sus compañeros, de una y otra parte, permanecían inmóviles espectadores del combate, porque el *Balafré* gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Dejadlos! ¡Dejadlos a ellos dos! Aunque fuera el mismo Wallase, no temería por mí sobrino.

—Su confianza no fué defraudada. Los golpes de Guillermo, reducidos a la desesperación, caían como los del martillo sobre el yunque; pero gracias a su agilidad y a su destreza en el manejo de la espada, el joven arquero sabía a la vez evitarlos y devolverlos con la punta de su arma, menos ruidosa pero más peligrosa a buen seguro. Y la manejó también y con tal éxito, que las fuerzas de su adversario comenzaron a agotarse y su sangre a chorrear en el suelo. Sin embargo, sostenido por su valor y su cólera, el salvaje *Jabalí* de las Ardenas combatía siempre con el mismo arrojo, y la victoria de Quintín parecía dudosa y alejada, cuando la voz de una mujer que lo llamaba por su nombre se dejó oír a su espalda, diciendo:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Por el amor de la Santísima Virgen!

(Traducción de Cecilio Navarro.)

DICKENS.—OLIVERIO TWIST

Argumento.—De una mujer desconocida, que muere después, nace un niño que en el Hospicio recibe el nombre de Oliverio Twist. Oliverio sale pronto del Hospicio, para entrar en casa de un mercader de ataúdes, pero pronto marcha a Londres y cae en manos de una cuadrilla de rateros dirigida por el judío Fagin; pero Oliverio no llega a convertirse en un criminal y los actos delictivos en que sus compañeros y el ladrón Sikes quieren mezclarle sirven solo para que sea protegido por el señor Brunlow primero, y después, por la familia Maylié. Entre estos protectores disfruta Oliverio de paz y tranquilidad interrumpida por las persecuciones de que es objeto por los citados y por el señor Monks. Al fin se descubre la identidad de Oliverio y cesando las persecuciones que padece puede disfrutar de una paz duradera.

El comedor de los niños era una gran sala, al extremo de la cual veíase una enorme caldera, junto a la que, ayudado por dos mujeres, el jefe del hospicio, cubierto con un gran delantal, repartía los puches a la hora de comer. Cada niño recibía una pequeña escudilla llena, pero nunca más, excepto los días de fiesta, en que se les daba sobre esto dos onzas de pan. Por lo que hace a las escudillas, no era necesario lavarlas, pues los niños las pulimentaban con sus cucharas hasta dejarlas brillantes, y al terminar esta operación, que nunca era larga, por ser las cucharas tan grandes como las escudillas, quedábanse contemplando la caldera con ojos tan ávidos que parecían devorarla con sus miradas. Los chicos tienen por lo regular un apetito excelente: Oliverio y sus compañeros sufrieron durante tres meses la torturas de una lenta consunción, y el hambre concluyó por extrañarles, hasta el punto que un muchacho, grande ya por sus años, y poco conforme con semejante existencia, dió a entender a sus compañeros, que si no le

aumentaban la razón diaria, acabaría por devorar una noche al niño con quien se acostaba, que era muy joven y débil.

Al hablar así, tenía los ojos extraviados y la faz hambrienta; sus compañeros le creyeron, y en consecuencia procedióse a deliberar, resolviéndose al fin que se echarían suertes para saber quién iría aquella misma noche a la hora de cenar a pedir al jefe una ración más que la de costumbre. La suerte recayó en Oliverio Twist.

Llegada la noche, los niños ocuparon sus puestos; el jefe del establecimiento, con su traje de cocinero, se hallaba delante de la caldera; sirviéronse los puches; pronuncióse un largo *benedicite*, y poco después terminó la cena. Entonces los chicos comenzaron a cuchichear haciendo señas a Oliverio, y los que estaban más cerca le empujaron por el codo. Por niño que fuese, el hambre le había exasperado, haciéndole indiferente a todo el exceso de la miseria: dejó, pues, su puesto, y adelantándose con la escudilla en una mano y la cuchara en la otra, dijo, asustado de su propia temeridad:

—Hacedme el favor de dar un poco más si gustáis.

El jefe, hombre grueso y rechoncho, se puso pálido: estupefacto por la sorpresa, miró varias veces al pequeño rebelde, y apoyándose después sobre la caldera, quedóse mudo de estupor. Las mujeres que le ayudaban estaban embargadas por el asombro, y los niños por el temor.

—¿Qué decís? dijo al fin el jefe con voz alterada.

—Que quisiera un poco más, si gustáis, contestó Oliverio.

El jefe dirigió su cuchara a la cabeza de Oliverio, estrechóle después entre sus brazos, y llamó a gritos al bedel.

El consejo se hallaba en sesión solemne cuando Bumble, fuera de sí, se precipitó en el salón, y dirigiéndose al presidente, le dijo:

— Señor Limbkihs, dispensad si os interrumpo: sabed que Oliverio Twist ha pedido más.

El asombro fué general; pintábase el horror en todos los semblantes.

— ¿Qué ha pedido más? murmuró el señor Limbkihs: calmaos, Bumble, y contestadme claramente. ¿Queréis decir que ha pedido más ración después de comer la señalada por el reglamento?

— Sí, señor; replicó Bumble.

— Ese niño se hará ahorcar, dijo el señor del chaleco blanco; sí, ese niño se hará ahorcar.

(Traducción de E. Leopoldo de Verneuil.)

IX.-ALEMANA

GOETHE.—FAUSTO

Argumento.—Mefistófeles se propone guiar por el camino del mal al doctor Fausto. Este que ha consagrado su vida a la ciencia y experimenta inexplicables anhelos, encuentra ante sí en dos ocasiones a Mefistófeles, y la segunda de ellas hacen un pacto firmado por la sangre del Doctor, y le promete su alma por un momento de felicidad perfecta. Después de varias escenas fantásticas Fausto conoce a Margarita de la cual se enamora, y ella, al fin le corresponde. El Doctor, ayudado por Mefistófeles, mata a Valentín, hermano de su amada, y después quiere librar a esta que se encuentra en la cárcel, pero Margarita muere y sube su alma a las celestes regiones, mientras Fausto queda en poder de su inexorable compañero: con esto termina la primera parte del poema. En la segunda Fausto y Mefistófeles hacen notables prodigios en el palacio del Emperador. Fausto se enamora de Helena, que representa la belleza clásica; después, envejecido y ciego le atormenta la zozobra, hasta que al morir, rescatada su alma por los ángeles, sube a unirse con la de Margarita.

Gabinete de estudio.—FAUSTO Y MEFISTÓFELES

- M. Decídete: acepta el pacto,
y verás, al punto mismo,
a donde llego y alcanzo.
Vas a gozar lo que nadie
gozar pudo, ni aun soñándolo.
- F. ¿Qué podrás, qué podrás darme?
¿Qué entiendes tú, pobre diablo,
qué entiendes de la insaciable
sed del espíritu humano?
¿Qué podrás darme? Manjares,
que pronto cansan al labio;
oro, que cual vivo azogue
escapa de nuestras manos;
lucha en que jamás vencemos;
juego en que nunca ganamos;
hermosuras, que al vecino
sonríen en nuestros brazos;
gloria, placer de los Dioses,
que pasa como un relámpago.
Muéstrame el árbol que viste
cada día nuevos ramos,
y el dulce fruto que en ellos
se pudre antes de tocarlo.
- M. Te daré cuanto apetezcas;
el empeño no es tan arduo.
Ya es hora; ven; el banquete
está servido ¡a saciarnos!
- F. Si en el lecho deleitoso
logro un punto de descanso,
tuyo soy. Si satisfecho
de mí mismo un día me hallo,
y complacido me rindo

a tus deleites y engaños,
sea aquel mi último instante.
Díme, ¿aceptas ese trato?

M.
F.

Aceptado: aprieta.

Aprieta.

Si algún día, embelesado,
al momento fugitivo
digo: «ten el vuelo raudo,»
échame al cuello la sogá,
abre el abismo a mi paso,
doble a muerto la campana,
párese el vital horario,
todo para mí concluya,
y comience tu reinado.

M.

Piénsalo bien: algún día
podré quizás recordártelo,

F.

Recuérdalo cuando gustes:
lo que prometo lo pago.
Ser esclavo tuyo, o de otro,
¿que importa, si siempre esclavo
he de ser?

M.

Pues da comienzo
el festín del Doctor Fausto,
y el mismo Diablo en persona
a servirle va los platos.

Mas... por la vida o la muerte,
no estorbarán tres o cuatro
renglones.

F.

¿Juzgas, pedante,
firma y sello necesarios?
Ni de caballero entiendes,
ni de palabras y tratos.
Una dije, y para siempre
quedé por ella obligado.

Pide, Espíritu maligno,
¿quieres papel, bronce o mármol?
¿Tomo el buril o la pluma?
Escoge: eres dueño y árbitro.

M.

¿Qué tienes? ¿Porqué te exaltas?
Cualquier papel, un retazo
basta, y una sola gota
de sangre para firmarlo.

F.

Si quieres, sea.

M.

Es la sangre
jugo precioso y extraño.

F.

No temas que el pacto rompa:
todas las fuerzas del ánimo
rindo, entrego y comprometo,
al admitirlo y firmarlo.
Tanto voló mi arrogancia,
que en tus filas ahora marchó.

Al caer la tarde

MARGARITA

El deseo ya me abrasa
de conocer al galán;
por su porte y ademán
parece de buena casa.
Eso no se oculta, no;
en el rostro va estampado,
y no fuera tan osado,
a no ser hombre de pro... (Vase)

MEFISTÓFELES

Viene: Huyamos al instante.

F.

¡Huyamos! No volveré.

M.

Esta cajita encontré,
mírala, pesa bastante.
Dejémosla en este armario,
y por quien soy te aseguro
que producirá el conjuro

el efecto necesario.
Baratijas son el don,
para obtener otras luego:
el juego, al fin, siempre el juego,
y las niñas, niñas son.

F.
M.

—No me atrevo...

¡Belcebú
te confundal! ¿Qué la engaño
piensas, o quieres, tacaño
quedarte las joyas tú?
Renuncia, pues, al placer,
con que tu ilusión halagas,
y de ese modo no me hagas
tiempo y trabajo perder.
Más no da tu gentileza
en extremos tan villanos:
por mí, lávome las manos
y me rasco la cabeza...
(Pone el estuche en el armario y
rueda la llave).

(Vanse)

M.

(con una luz en la mano).

¡Qué calor! ¡Qué bochorno!
Abriré.

(abriendo la ventana).

¡Me parecía
que la noche estaba fría,
y esto abrasa como horno!
Mas ¿qué tengo? ¿Qué me pasa?
Siento un hondo escalofrío...
¡Quisiera que ya, Dios mío,
mi madre estuviera en casa!
¡Ay! la angustia me sofoca;
inquieta, turbada estoy.
¡Bah! ¡Cuán aprensiva soy!

¡Cuán aprensiva y cuán local
(Comienza a desnudarse y a
cantar).

Hubo en Thulé un rey amante,
que a su amada fué constante
hasta el día que murió;
ella, en el último instante,
su copa de oro le dió.

El buen rey, desde aquel día
sólo en la copa bebía,
fiel al recuerdo tenaz,
y al beber, humedecía
una lágrima su faz.

Llegó el momento postrero,
y a su hijo el reino entero
cedióle como era ley;
sólo negó al heredero
la copa el constante rey.

En la torre que el mar besa
por orden del rey expresa,
—tan próximo ve su fin—
la corte en la regia mesa,
gozó el último festín.

El postrer sorbo el anciano
moribundo soberano
apuró sin vacilar,
y con enérgica mano
arrojó la copa al mar.

Con mirada de agonía,
la copa que al mar caía,
fijo y ávido siguió;
vió cómo el mar la sorbía,
y los párpados cerró...

(Abre el armario para guardar
los vestidos y ve el estuche).

¿Quién ha puesto en el armario
este cofrecillo? Abierta
no he dejado yo la puerta...
¡Vaya! ¡Es lance extraordinario!
¿Qué contendrá? No lo sé;
a mi madre alguien lo dió
quizás en prenda. ¡Si yo
pudiera abrir! Probaré.
Cuelga aquí una llave de oro
de una cintita de seda...
¿Me atrevo? ¡Entra bien, ya rueda;
ya está abiertol... ¡Qué tesoro!
¡Joyas son!... Riqueza igual
no ví; lucirlas podría
en el más solemne día
la dama más principal.
Turbada, aturdida estoy;
¿quién será su dueño, quién?
Veré si me sienta bien
el collar

(Poniéndosele al espejo).

¡Otra ya soy!

Si, a lo menos, fueran míos
los zarcillos... Porque es cosa
bien pobre un rostro de rosa
sin ajenos atavíos.
De juventud y beldad
los hombres ya no hacen caso;
si te echan flores al paso,
es por lástima y piedad.

¿Para qué ser bella quieres?
Hoy solo existe un tesoro,
y ese tesoro es el oro;
¡el oro! ¡Pobres mujeres!...

(Traducción de D. Teodoro Llorente.)

SCHILLER.—MARÍA ESTUARDO

Argumento.—María Estuardo, reina de Escocia, es prisionera de la reina de Inglaterra Isabel; aquella, que representa al partido católico, ha sido condenada a muerte por el Parlamento, acusada de haber instigado a algunos servidores a asesinar a Isabel. María aguarda su liberación del conde de Leicester, que la ama; pero éste, favorito de Isabel, temeroso de su cólera, impide que el audaz Mortimer, enamorado de María, la salve. Después de una borrascosa entrevista entre las dos reinas, triunfa en Isabel el odio del cortesano Burleigh sobre la compasión de Talbot y la vacilación de Leicester, y firma la sentencia de su prisionera, fingiendo hacerlo en contra de su voluntad. Esta, después de patéticas escenas, es conducida al patíbulo. Talbot, aunque tarde, consigue descubrir la inocencia de María Estuardo, e Isabel sufre el abandono del Conde de Leicester que, aterrado, embarca para Francia.

ACTO V.—ESCENA IX

Dichos.—ANA KENNEDY y las demás sirvientas de la reina entran con muestras de terror; detrás de ellas el sherif empuñando una varilla blanca; a su espalda y fuera de la puerta algunos hombres armados.

MARÍA.—¿Qué tienes, Ana?... Sí; llegó el momento; el sherif viene para conducirnos a la muerte, y fuerza es separarnos... ¡adiós! adiós!... *(Sus sirvientas la abrazan con vivísimo dolor. A Melvil).* Vos, digno amigo, y mi fiel Kennedy, me acompañaréis en este trance supremo. Milord no me rehusará esta satisfacción.

BURLEIGH.—No está en mi poder concedéroslo.

M.—¡Cómo!... ¿Podréis rehusarme tan leve favor? Respetad mi sexo. ¿Quién me prestaría este último servicio? No puede querer mi hermana la Reina que se ofenda mi sexo en mi persona, y que los hombres pongan en ella la grosera mano.

B.—No debe subir al cadalso con vos mujer alguna... Sus gritos... Sus gemidos...

M.—No gemirá; respondo de la entereza de mi Kennedy... Sed bondadoso para conmigo, milord; ¡oh! no me separéis, en el postrer instante, de mi fiel nodriza, de la que hasta ahora me ha cuidado; me recibió en sus brazos al nacer, y me conducirá a morir.

PAULETO.—(A Burleigh). Permitídselo.

B.—Sea.

M.—Ahora, ya nada tengo que pedir en este mundo. (*Toma el crucifijo y lo besa*). Salvador mío, Redentor mío, tú que extendiste los brazos sobre la cruz, extendiéndolos hoy para recibirme. (*Va a salir, cuando sus miradas se encuentran con las de Leicester, quien turbado por las palabras de María ha osado contemplarla. Al ver a Leicester, María se estremece y se doblan sus rodillas; próxima a caer, Leicester la sostiene y la recibe en sus brazos. Ella le mira breve rato, solemnemente y en silencio, y Leicester no puede sostener aquella mirada; por fin ella dice*). Cumplís vuestra palabra, conde de Leicester; me prometisteis el apoyo de vuestro brazo para salir de la prisión y me lo prestáis. (*Queda anonadado. María con acento más cariñoso*). Sí, Leicester; y no solo debíais darme la libertad, sino que habíais de encarecer para mí su valor inestimable. Apoyada en vuestro brazo, feliz con vuestro amor, hubiera empezado para mí una nueva existencia. Cuando voy a dejar este mundo, y a convertirme en celestial espíritu, al cual no seducirá humano deseo, bien puedo confesar sin rubor y sin vergüenza mi flaqueza que he dominado. Adiós, y si os fuere posible, sed dichoso. Osásteis aspirar a la mano de dos reinas; desdeñásteis, hicisteis traición a un corazón tierno y amante, para ganar otro orgulloso; caed a las plantas de Isa-

bel, y ruego a Dios que tal recompensa no se convierta en vuestro castigo. Adiós; nada me queda en este mundo.

(Se adelanta precedida del sherif y acompañada de Melvil y de su nodriza. Burleigh y Pauleto, detrás. Los demás la siguen con los ojos hasta que sale, y después se alejan por las otras puertas).

ESCENA X

LEICESTER, solo.

LEICESTER.—¡Y vivo todavía! ¡y soporto la vida! ¡Cómo no se han derrumbado sobre mí estas pesadas bóvedas! ¡Cómo no se abre a mis pies el abismo, para tragar al más miserable de los miserables! ¡Oh! ¡Cuánto he perdido! ¡Qué perla he desdeñado! ¡De qué celestial ventura me privé! Se aleja, semejante a un ángel de luz, y me abandona en las garras de la desesperación de los réprobos. ¿Qué se hizo de mi entereza, de aquella entereza con que me prometí ahogar la voz de mi corazón y ver cómo rodaba su cabeza, sin pestañear siquiera? ¿Resucitó a su aspecto mi vergüenza, que creí extinguida? Acaso al morir prenderá mi alma en los lazos del amor... ¡Ah! ¡Condenado!... Inútil es que te entregues a femenil piedad; la dicha del amor no ha de hallarse jamás en tu camino; reviste tu pecho de férrea armadura y sea tu frente como la roca. Si no quieres perder el precio de tu deshonor, ve, ve hasta el fin; enmudezca tu compasión, séquense tus ojos como piedras... quiero verla caer... quiero ser testigo... (*Se dirige con paso firme hacia la puerta por donde salió María, y después se detiene en mitad del camino*). ¡En vano!... ¡en vano!... ¡Horror infernal se apodera de mí!... ¡No puedo contemplar este atroz espectáculo... no puedo verla morir!... Oigamos ¿Qué?... Están ya abajo... Bajo mis

plantas se prepara la horrible ejecución... Oigo voces... Salgamos, salgamos de esta mansión del terror y la muerte. (*Intenta huir por otra puerta, pero la encuentra cerrada y vuelve*) ¿Qué?... Un dios me encadena a este suelo. ¿Me veré forzado a oír lo que me da horror de ver?... ¡La voz del deán... la exhorta.. Ella le interrumpe... Oigamos... Ruega en alta voz y con firme acento... Todo calla, todo; oigo tan sólo gemidos... lloran las mujeres... la desnudan... retiran la silla... Se arrodilla sobre el almohadón... coloca su cabeza!...

(Pronuncia estas últimas palabras con angustia creciente, se detiene después, y de repente, víctima de violenta emoción cae sin sentido. En el mismo instante suena debajo rumor confuso de voces que dura largo rato).

(Traducción de D. José Ixart.)

LESSING.—DRAMATURGIA HAMBURGUESA

XL.—De las tragedias españolas

Aunque a Lope de Vega se le considera como el creador del teatro español, no se le debe acusar de haber sido el que introdujo en dicho teatro la mezcla de dos elementos distintos, *amalgamando la farsa con el drama*. Tan acostumbrado a eso estaba ya el pueblo, que todo lo que el poeta pudo hacer fué ajustar sus obras a ese gusto. En el poema didáctico de que he hablado antes, el *Nuevo arte de hacer comedias*, se lamenta grandemente de su condescendencia. Convencido de que le sería imposible tener éxito entre sus contemporáneos sujetándose a los preceptos y a los modelos de los antiguos, trató por lo menos de poner límites a la irregularidad: tal es la idea

fundamental de su poema. Creía que, por muy bárbaro que fuese el gusto de la nación, debía, no obstante, tener sus reglas, y que atenerse, aun cuando no fuera más que a seguir fielmente esos principios, era mejor que no seguir regla alguna. Una obra dramática que no se sujeta a las reglas clásicas, necesita, no obstante, si ha de agradar, amoldarse a ciertas reglas. No consultando más que el gusto nacional, propúsose fijar las reglas que de él podían deducirse: y de ese modo fué como quedó consagrada la alianza entre lo serio y lo cómico.

«En vuestras comedias, dice Lope, podéis sacar a la escena hasta reyes. He oído decir, sin embargo, que nuestro sabio monarca (Felipe II) ha censurado esa licencia, ya porque la creyese completamente contraria a los verdaderos principios, ya porque pensase que podría menoscabarse la majestad real viéndola mezclada con el humilde pueblo. Convengo también en que eso equivaldría a volver a la comedia antigua, que sacó los dioses a la escena, como lo vemos en el *Anfitrión* de Plauto; y sé igualmente que Plutarco, al hablar de Menandro, no prodiga muchas alabanzas a la comedia antigua. Confieso, por tanto, que me cuesta trabajo dar mi aprobación a nuestra manera de ser. Pero puesto que en España nos apartamos tanto de las leyes del arte, forzoso será que los sabios sellen los labios cuando se trate de ese punto. Verdad es que de la confusión de lo cómico con lo trágico, de la alianza entre Terencio y Séneca, resulta un monstruo que se llama el Minotauro de Parsifal: pero lo cierto es que esa alternativa nos agrada, que nadie quiere ver más que piezas semiserias y semicómicas, y que la misma naturaleza nos enseña que esa diversidad forma parte de su belleza.»

Las últimas palabras del párrafo anterior son las que me han llevado a citarlo.

¿Es cierto que la misma naturaleza nos da el ejemplo de poner en contacto lo bajo con lo sublime, lo burlesco con lo serio, lo alegre con lo triste? Parece que así es efectivamente. Pues en ese caso, Lope de Vega ha hecho más de lo que se proponía: no sólo ha encontrado medio de defender el teatro de su país del defecto que se le acusa, sino que ha probado que no es tal, porque jamás podrá considerarse como defecto lo que es imitación de la naturaleza.

LXIII.—Del teatro francés.—Humorada

No hay nación que haya tenido tan completo desconocimiento de las reglas del drama antiguo como la francesa. Algunas ligeras observaciones que hace Aristóteles acerca de la mejor organización del drama, los franceses las han tomado por leyes esenciales; y en cambio, con mil restricciones e interpretaciones, han quitado toda su fuerza a las leyes esenciales, de tal modo que, una vez así comprendidos, su aplicación tenía que producir necesariamente obras que habían de estar muy lejos de alcanzar la potencia de efecto que fué precisamente lo que se propusiera el filósofo al dictar sus reglas.....

HEJNE.—EL REGRESO

IV

Cruzo llorando la floresta umbría:
el tordo entre las ramas
canta con dulce voz:—¿Por qué tan triste,
tan triste está tu alma?
—Te lo dirán las negras golondrinas,

las negras golondrinas tus hermanas;
ellas que hicieron sus pequeños nidos
en los balcones de mi dulce amada.»—

XXI

Dí, ¿cómo puedes descansar tranquila
sabiendo que yo aun vivo?
Mi cólera dormida se despierta
y destrozará mi yugo necesito.
¿Oíste alguna vez la canción vieja?
Era un amante muerto;
él buscó a media noche a su adorada,
y la arrastró a su tumba torvo y fiero.
Créeme, niña del semblante hermoso,
hermoso cual ninguno,
aún vivo y soy más fuerte que entre todos,
todos los muertos juntos.

XXXI

Los dos se amaban, mas ninguno quiso
confesar a su amante su pasión,
y cual dos enemigos se miraban
cercanos ambos a morir de amor.
Al fin se separaron; ya tan sólo
alguna vez veíanse en sus sueños;
mucho tiempo después murieron ambos,
y apenas si ellos mismos lo supieron.

(Traducción de D. José J. Herrero.)

X. - ESCANDINAVA

IBSEN.—UNA CASA DE MUÑECA

Argumento.—Helmer ha sido nombrado director de un Banco; pasaron los años de escasez e intranquilidad. Pero en este momento la intranquilidad es muy viva para su esposa Nora, que tuvo, en ocasión de una grave enfermedad de Helmer, para hacer un viaje al mediodía que había de devolverle la salud, que pedir prestada una cantidad fingiendo la firma de su padre, muerto dos días antes. Krogstand, el poseedor del documento, empleado en el Banco del que es director Helmer, amenaza a Nora con denunciarla si su marido persiste en su propósito de no conservarle en su puesto. Helmer, enterado por una carta de Krogstand, tiene una violenta escena con su esposa; una nueva carta de Krogstand que renuncia a sus propósitos le devuelve la tranquilidad; Nora vuelve a ser para él su «alondrita asustada»; pero Nora se rebela; afirma que hasta entonces su padre y su marido la han considerado como una muñeca y no como una mujer, y abandona a Helmer, al que sólo concede la remota posibilidad de que puedan volver a unirse cuando formen un verdadero matrimonio.

HELMER (*abriendo violentamente la puerta de la habitación, llevando en la mano una carta abierta*).

—¡Nora!

NORA (*dando un grito*).—¡Ah!

H.—¿Qué es esto? ¿Sabes lo que hay en esta carta?

N.—Sí, lo sé. Déjame marchar. Déjame que me vaya.

H. (*reteniéndola*).—¿A dónde vas?

N. (*intentando desasirse*).—¡Tú no me salvarás, Torvaldo!

H. (*retrocediendo*).—¡Cierto lo que ha escrito! Esto es espantoso; no, no, es imposible que esto sea verdad.

N.—¡Es verdad! Te he amado más que a nada de este mundo.

H.—¡Ah! No me des estúpidas excusas.

N. (*dando un paso hacia él*).—¡Torvaldo!

H.—¡Desgraciada! ¿Qué has hecho?

N.—Déjame marchar. Mi falta no recaerá sobre tí, tú no cargarás con ella.

H.—No finjas (*cierra con llave la puerta de la antesala*). Estate ahí y dame cuenta de tus actos. ¿Comprendes lo que has hecho? ¡Contéstame! ¿lo comprendes?

N. (*mirándole fijamente y con un tono glacial*).— Sí, ahora empiezo a comprenderlo todo.

H. (*yendo y viniendo agitadamente por la habitación*).—¡Ah! ¡Qué horrible despertar! Estos ocho años... la que era mi alegría y mi orgullo... una hipócrita, una embustera... ¡peor, peor aún, una criminal!... ¡Ah! ¡Qué abismo de fealdad en su fondo!... ¡Horror!

N. (*sigue callada y mirándole fijamente*).

H. (*parándose ante ella*).—Hubiera debido de presentir que tenía que acontecerme algo por el estilo. Hubiera debido preverlo. Toda la ligereza de principios de tu padre... ¡Tú has heredado toda la ligereza de principios de tu padre! Sin religión, sin moral, sin sentimiento del deber... Cómo me veo castigado por haber sido indulgente con él. Por amor a tí lo hice y ¿es así como me lo recompensas?

N.—Sí, así es.

H.—Has destruído mi dicha. Perdiste mi porvenir. ¡Ah! es espantoso el pensarlo. Estoy en las manos de un hombre sin conciencia. Puede hacer de mí lo que quiera, pedirme cualquier cosa, mandar, ordenar lo que se le antoje... Yo no podré atreverme a decir una palabra, y naufragaré de este modo gracias a la ligereza de una mujer.

N.—Cuando haya dejado este mundo quedarás libre.

H.—¡Ah! Nada de grandes frases. Tu padre también tenía una provisión completa. ¿De qué puede servirme el que tú estuvieses fuera de este mundo, como tú dices? Esto no me ayudaría en nada. Él podría hablar del asunto a pesar de todo, y entonces pensarían que yo he sido cómplice de tu criminal acción. ¡Cree-rían que yo estaba detrás de tí, y que fuí yo quien te empujó! ¿Y es a tí a quien debo semejante cosa? ¿A tí a quien quise y mimé desde que nos hemos casado? ¿Comprendes ahora lo que me has hecho?

N. (*fría y tranquila*).—Sí.

H.—Es hasta tal punto increíble, que me pone fuera de mí. Pero ahora es preciso que sepamos cómo nos vamos a arreglar. Quitate el chal. Quitátele, te digo. Es preciso contentarle de una manera o de otra. Hay que extinguir esto a toda costa. En cuanto a lo que nos concierne, entre tú y yo, nada debe de aparecer cambiado. Esto, bien entendido, para los ojos del mundo. Tú te quedarás aquí, pero no te permitiré que eduques a los niños: no me atrevo a confiártelos... ¡Ah! verse obligado a decir esto a la que tanto amé, y que aún... Vamos, todo esto se acabó. De hoy en adelante ya no se trata de dicha; se trata de salvar los restos, las ruinas, las apariencias... (*Llaman a la puerta de entrada*).

H. (*sobresaltado*).—¿Quién será? ¡Tan tarde! Lo que hay de más espantoso... ¿Será él?... Escóndete, Nora. Dí que estás mala. (*Nora queda inmóvil. Helmer abre la puerta de la antesala*).

LA CRIADA (*a medio vestir en la antesala*).—Una carta para la señora.

H.—Démela usted. (*Toma la carta y cierra la puerta*.) Sí, es suya. No te la daré: quiero leerla yo mismo.

N.—Léela.

H. (*al lado de la lámpara*).—Apenas tengo valor.

Acaso ya estemos perdidos tú y yo. No, tengo que saberlo. (*Abre rápidamente la carta; recorre algunos renglones, mira la hoja de papel que contiene, y da un grito de alegría*). ¡Nora!

N. (*le mira como si le interrogase*).

H.—¡Nora! No, voy a volver a leerlo otra vez... Sí, sí, eso es. Estoy salvado. ¡Nora! ¡estoy salvado!

N.—¿Y yo?

H.—Tú también, naturalmente, nos hemos salvado los dos, yo y tú. Te envía tu recibo, dice que lo siente y le pesa... que un acontecimiento dichoso de su vida... ¡Ah! ¡pero qué importa lo que escribe! Nos hemos salvado. ¡Nora! Nadie puede hacerte nada. ¡Ah! ¡Nora! ¡Nora!... No, primero destruyamos todo esto. Déjame creer... (*lanza una mirada sobre el recibo*). No, no quiero verlo. Esto no será para mí más que un mal ensueño, (*rasga el recibo y las dos cartas, las arroja a la chimenea y mira la llama mientras que arden los papeles*). Mira, ya no queda nada... Te decía que desde la víspera de Noche-Buena... ¡Ah! Qué horribles han debido de ser estos tres días para tí, Nora.

N.—He luchado horriblemente durante estos tres días.

(Traducción de D. R. Balsa de la Vega.)

XII.- RUSA

TOLSTOY.—RESURRECCIÓN

Argumento.—El protagonista de *Resurrección*, Neklindoff, es un gran señor cuya vida se ha deslizado sin que le preocupara ser útil a la sociedad; pero en cierta ocasión contribuye a condenar como jurado, a la Máslova, con quien en otro tiempo intimó y de cuya caída se siente en parte responsable, y la sigue a Siberia solicitando unirse con ella en matrimonio, no por amor sino para cumplir un deber que su conciencia le dicta; pero la Máslova, que le ama, no consiente en ello porque adivina que este matrimonio

sería para Neklindoff la infelicidad y se casa con Simonson, un preso político. Al final, Neklindoff ha evolucionado y, atento a las exigencias del espíritu quiere que triunfe lo humano sobre la animalidad, pues como él mismo afirma «es una cosa horrible la presencia del bruto en el hombre» (cap. XXIX, 2.^a parte). En este sentido, y prescindiendo de doctrinas sociales y religiosas, se puede afirmar, con *Clarín*, que es este un libro edificante.

SEGUNDA PARTE.—CAPÍTULO XLII

Aún antes de bajar de su compartimento, Neklindoff había visto tres o cuatro coches elegantes con caballos de lujo que hacían sonar los cascabeles de sus colleras. Luego, ante un vagón de primera clase, vió un grupo de personas, entre las cuales le llamaron la atención una señora alta y gorda, con un sombrero muy vistoso, y un joven alto y delgado con traje de ciclista, seguido de un perro con un collar muy rico y reluciente. Detrás del grupo había muchos criados y un cochero que casi desaparecía bajo un montón de abrigos de todas formas y colores.

En torno de ellos se había formado el acostumbrado círculo de curiosos y admiradores serviles de la riqueza; el jefe de la estación, un guardabosque, una señora alta y chupada con un collar de perlas falsas, que no perdía ninguna llegada de tren, un telegrafista y varios viajeros.

Neklindoff no tardó en reconocer a los Korchaghin; aquella señora alta y gorda era la que les ofrecía hospitalidad. Entre tanto el jefe de la estación había abierto la portezuela y por ella salieron los otros Korchaghin. Las dos hermanas se saludaron y cruzaron algunas palabras en francés a propósito de si era mejor servirse de un carruaje cerrado que de una calea; luego todos se alejaron, seguidos de la camarera que llevaba las sombrillas.

Neklindoff que quería evitarse nuevos saludos, se paró un momento y luego siguió al viejo Korchaghin que hablaba con su cuñada. Oyó palabras sueltas de la conversación y una le impresionó. La dijo en francés el viejo Korchaghin.

—*¡Oh! ¡il est du vrai grand monde, du vrai grand monde!*

En el momento en que desaparecían los cuñados a través de un grupo de cabezas que se inclinaban a su paso, llegaron a la estación una veintena de obreros, calzados con zuecos y llevando un hato de ropa en la espalda. Con paso firme y resuelto se aproximaron al primer departamento que hallaron libre e iban a subir cuando un conductor les rechazó con malos modos. Sin extrañarse, sin vacilar un momento se dirigieron al departamento cercano. Habían ya empezado a subir cuando otro conductor les hizo volver atrás. Los obreros que ya habían subido se apresuraron a bajar, y siempre con el mismo paso firme y resuelto fueron hacia otro coche. Era el de Neklindoff; el conductor ya les decía que no cogían cuando intervino el príncipe y dijo que en el vagón había sitio y que podían subir. El mismo subió detrás de ellos.

Pero el hombre de mediana edad con la escarapela en el sombrero y los dos señores, al advertir que los obreros iban a quedarse allí, protestaron y les intimaron que se fuesen. Confusos, aterrados, casi sintiéndose culpables, los operarios se apresuraban a salir tropezando por todas partes con los sacos pesados, dispuestos a ir hasta el último coche del tren o hasta el fin del mundo si era preciso, hasta encontrar sitio.

—*¡Eh! ¿A dónde vais torpes? ¿No veis que hay sitio?*—les gritó un conductor saliéndoles al encuentro.

—*Voilà, encore des nouvelles,*—exclamó de repente

la más joven de las dos señoras, pensando en que Neklindoff no podría por menos de fijarse en la fuerza de su acento al hablar en francés. La otra murmuró algunas palabras acerca del placer de estar en compañía de unos campesinos que huelen a estiércol y a tierra.

Los obreros, con la calma y alegría de las personas que han salido victoriosas de un peligro serio, se sentaron al cabo, echando al suelo los sacos que llevaban en hombros. Tres de ellos se sentaron enfrente y al lado de Tarass; pero cuando Neklindoff se acercó, su aspecto señorial les produjo tal confusión que instintivamente se levantaron para marcharse. El príncipe se opuso y quedó de pie a su lado, apoyándose en el brazo de uno de los bancos.

Uno de los obreros, hombre de unos cincuenta años, cambió una mirada de asombro y de espanto con un joven que estaba sentado enfrente de él. Que un caballero como Neklindoff, en vez de insultarles y echarles, como era de esperar, les tratase con amabilidad, y les cediera el sitio, era una cosa que les maravillaba, y les hacía pensar si aquello ocultaba alguna mala intención.

Pero cuando oyeron conversar a Neklindoff con Tarass, se tranquilizaron y haciendo sentar a un muchacho sobre unos sacos, se empeñaron en que el príncipe ocupara de nuevo su sitio.

Primeramente el obrero ya entrado en años estaba respetuosamente distante, alejando cuanto podía sus pies para no tocar a aquel caballero tan afable; luego poco a poco empezó a hablar con Neklindoff y Tarass con tal familiaridad que de cuando en cuando daba golpecitos amistosos en las rodillas del príncipe. Hablaba de sí, de su existencia, de su trabajo que les obligaba a estar a él y a sus compañeros, metidos en

agua hasta las rodillas de sol a sol, para ganar unos diez rublos en dos meses.

—Es una vida pesada y dura para quien no tiene la costumbre; pero una vez acostumbrado, ¡paciencia!—decía.—La cuestión es que los alimentos sean sanos. Al principio eran malos; pero todos protestamos, nos los dieron mejores, y ahora nos parece más fácil el trabajo.

Prosiguió explicando que hacía ya veintiocho años que trabajaba lejos de su casa; que cuando volvía a ella llevaba todo lo que había ganado, que entregaba primero al padre, después a su hermano mayor y ahora al sobrino que cuidaba de la casa. Para él no se quedaba sino dos o tres rublos; lo necesario para comprar tabaco y cerillas.

—Alguna vez,—añadió con el tono del que se considera cogido en falta,—cuando estoy muy cansado, bebo un poco de aguardiente.

Neklindoff miraba entre tanto aquellos miembros secos y musculosos, aquellas caras bronceadas por el sol, aquellos vestidos groseros cosidos en casa y se sentía entre gente nueva, ocupada en intereses realmente serios, animada por la alegría y los dolores que acompañan una vida de verdadero trabajo.

—Sí,—pensaba,—es un mundo distinto de aquel en que he vivido hasta ahora, un mundo nuevo, *le vrai grand monde*.

Y al volver a la memoria la frase oída al viejo Korchaghin, sintió una vez más profundo disgusto hacia aquella sociedad ociosa y frívola, con sus mezquinos intereses. Y experimentó la inmensa alegría del navegante cuando descubre en el horizonte una nueva tierra, ignorada, llena de promesas deliciosas.

(Traducción de D. Augusto Riera.)

XIII. - NORTEAMERICANA

LONGFELLOW.—EVANGELINA

Argumento.—Evangelina es una bella descripción de la Naturaleza de Acadia (Nueva Escocia), enlazada con una interesante historia de amores, a la cual anima un vivo sentimiento de indignación por la crueldad de la dominación inglesa.

En la pequeña aldea de Grand Pré viven sus habitantes felices y contentos beneficiando sus campos y ganados, hasta que llegan unos buques ingleses con orden de quemar sus haciendas y deportar a sus habitantes, lo cual realiza el almirante, originando la separación de Gabriel y Evangelina, jóvenes acadianos, cuyo matrimonio se había verificado pocos días antes. Conducidos a distintas regiones, ambos jóvenes hacen gestiones constantes para reunirse, lo cual sirve de pretexto al poeta para cantar la espléndida naturaleza de Nueva Escocia. Pasados muchos años sin haber conseguido sus propósitos a pesar de la persistencia de su amor, Evangelina se hace hermana de la Caridad, y al socorrer a un enfermo de fiebre amarilla reconoce a Gabriel, el cual muere en sus brazos, sobreviviéndole Evangelina pocos momentos.

Esta es la selva primitiva donde,
la cicutu y los pinos murmurantes,
barbados por el musgo, con sus verdes
vestiduras, informes e indistintos
al sumirse en las sombras del crepúsculo,
ya como ancianos druidas, con sus voces
proféticas y tristes permanecen,
ya como bardos con la luenga barba
reposando en el pecho fatigoso,
desde sus pétreas grutas con airadas
voces pregunta el próximo Océano,
y en aceñtos de triste desconsuelo
respóndele el gemido de los bosques.

Esta es la selva primitiva, pero

¿dónde están los ardientes corazones
que un día palpitaron, como el corzo
cuando oye resonar, siempre temida,
la voz del cazador en la maleza?
¿Dónde yace la aldea y sus techumbres,
hogar de los colonos de la Acadia?
Hombres aquellos fueron cuya vida
se deslizó cual río oscurecido
por las sombras siniestras de la tierra,
mientras refleja el azulado cielo.
¡Cuán dilatados son tan bellos campos,
y sus dueños partieron para siempre!
Desparramados como el polvo sùtil,
y las hojas llevadas por el viento
poderoso de Octubre, que en sus giros
las envuelve tenaz, y las esparce
a lo lejos del mar de igual manera.
Sólo la tradición se ha conservado
de la Aldea feliz de Prado-Grande.
Todos los que creáis en el afecto
del que paciente aguarda y persevera,
todos los que creáis en la pujanza
del bello amor de un corazón virgen,
oid la tradición, triste, siniestra,
cantada por los pinos de aquel bosque;
escuchad la de amor terrible historia
de Acadia, un tiempo hogar de los dichosos.

Gabriel y Evangelina

Gabriel y Evangelina allí nacieron
y allí los dos desde su albor temprano,
triscando en el pensil, juntos crecieron,
cual bajo un techo hermana con hermano:
discípulos amantes ambos fueron

del bondadoso abate Feliciano,
y así el abecedario en su rodilla
aprendieron los dos de una cartilla.

Y cuando terminadas las lecciones
los infantiles himnos entonaban,
con la nota final de sus canciones
a la encendida fragua ambos volaban:
con alegres, festivos corazones,
desde el umbral atónitos miraban
cómo se transformaba el hierro ardiente
a voluntad del arte inteligente.

En las lóbregas noches del invierno,
como dos melodiosos ruisenores
ensayaba aquel par su canto tierno
al compás de los fuelles crujidores:

Manaba de su pecho la ternura
como un raudal de plácida armonía,
y al himno que elevaba la natura
en sus almas un eco respondía:
así la poma bajo el sol madura,
rasga el broche la flor llegando el día,
y así brotan sabrosos y suaves
los no aprendidos cantos de las aves.

Como una fresca y límpida corriente
se deslizó su venturosa infancia,
y hoy esparce la virgen inocente
cual modesta viola su fragancia.
Gabriel exhibe en su serena frente
de varoniles años la arrogancia,
y orgullo son del pueblo candoroso
ella tierna y amante, él vigoroso.

(Traducción de D. Carlos Morla.)

EL ARSENAL DE WOLWICH

¡El arsenal! Del suelo a la techumbre
elévanse las armas,
con un órgano inmenso presentando
horrible semejanza.
Ahora ninguna antifona resuena
en sus tubos, que callan;
más ¡qué salvaje y lúgubre armonía
brotará de sus cajas,
luego que el ángel de la muerte toque
en sus claves extrañas!
¡Qué lamentos! ¡Qué horrible *miserere*
mezclado a sus sonatas!
Oír creo ese coro inmensurable
de agonía y de ansias,
¡cruel gemir, que atraviesa las edades
y hasta la nuestra alcanza!
Bajo del casco y el arnés resuena
el martillo sajón,
y por los bosques cimbrios escucho
del normando la voz;
y aún más estrepitoso, destacándose
del inmenso clamor,
de lejanos desiertos en el fondo
muge el tártaro *yong*.
Con siniestro badajo desde lo alto
de torre palacial,
escucho la campana florentina
al combate llamar,
y veo a los aztecas sacerdotes
en sagrado portal
sus tambores de pieles de serpientes
sanguinarios tocar.

De cada aldea ardiendo y del saqueo
entre el marcial pavor,
oigo los gritos de la muerte ahogando
toda extrema oración,
y en medio del pillaje y la licencia
de soldadesca atroz,
de las hambrientas plazas asediadas
los aullidos de horror.
Oigo mugir los bronces, de sus quicios
las puertas estallar;
el fuego del fusil; de los aceros
el rápido *chis chas*
al cruzarse enconados, y sobre esta
armonía glacial,
el trueno de la ronca artillería
escucho retumbar.
¡Y con esa ¡oh mortall estrepitosa
maldita confusión,
de la madre natura ahogas la dulce
y benévola voz!
¡Y con esos malditos instrumentos
de destemplado son,
el concierto armonioso impío turbas
del divino cantor!
Del infame poder que llena el mundo
de duelo y de pesar
y del oro empleado en los combates,
sólo con la mitad,
hubiérase el espíritu podido
del error rescatar,
haciendo innecesarios en el mundo
murallas y arsenal.
¡Execración al nombre de guerrero
profunda! Y quiera Dios
que el pueblo que su mano fraticida

ponga en otra nación,
de Caín el estigma, que en la frente
le puso el Hacedor,
lleve sobre su frente perdurable,
como eterno baldón!

(Traducción del Sr. Vaquero Almansa.)

POE.—NARRACIONES EXTRAORDINARIAS

El corazón delator

.....
Era llegada la última hora del viejo: profiriendo un alarido, abrí bruscamente la linterna y lancéme en la habitación. El buen hombre solamente dejó escapar un grito: no más uno. En un instante le arrojé en el suelo, echando sobre él todo el peso enorme de la cama; entonces sonreí de contento al ver mi tarea tan adelantada; pero durante algunos minutos, el corazón latió sordamente, aunque esta vez ya no me atormentaba, pues no se podía oír a través de la pared. Al fin cesó la palpitación, porque el viejo había muerto: levanté la cama y examiné el cadáver, estaba rígido, completamente rígido; apoyé mi mano sobre el corazón y la tuve aplicada algunos minutos; no se oía ningún latido; el hombre había dejado de existir, y su ojo desde entonces ya no me atormentaría más.

Si persistís en tomarme por loco, esa creencia se desvanecerá cuando os diga qué sabias precauciones adopté para ocultar el cadáver. La noche avanzaba, y yo comencé a trabajar activamente, aunque en silencio: corté la cabeza, después los brazos, y por último las piernas.

En seguida arranqué tres tablas del suelo de la ha-

bitación, deposité los restos mutilados en los espacios huecos, y volví a colocar las tablas tan hábil y diestramente, que ningún ojo humano, ni aun el suyo, hubiera podido descubrir nada de particular. No era necesario lavar mancha alguna, gracias a la prudencia con que procedí. Un barreño lo había absorbido todo. Jahl Jahl

Terminada la operación, a eso de las cuatro de la madrugada, aún estaba tan oscuro como a media noche. Cuando el reloj dió las horas llamaron a la puerta de la calle, y yo bajé con la mayor calma para abrir, pues ¿qué podía temer ya? Tres hombres entraron anunciándose cortesmente como oficiales de policía; un vecino había oído un grito durante la noche; esto bastó para despertar sospechas; envióse un aviso a las oficinas de policía y los señores oficiales se presentaban para visitar el local.

Yo sonreí, porque nada debía temer, y recibiendo cortesmente a aquellos caballeros, díjeles que yo era quien había gritado en medio de mi sueño; añadí que el viejo estaba de viaje, y conduje a los oficiales por toda la casa, invitándoles a buscar, a registrar perfectamente. Al fin entré en su habitación y mostré sus tesoros, completamente seguros y en el mayor orden. En el entusiasmo de mi confianza ofrecí sillas a los visitantes para que descansaran un poco; mientras que yo, con la loca audacia de un triunfo completo, coloqué la mía en el mismo sitio donde yacía el cadáver de la víctima.

Los oficiales quedaron satisfechos, y convencidos por mis modales; yo estaba muy tranquilo; sentáronse y hablaron de cosas familiares, a las que contesté alegremente; mas al poco tiempo conocí que palidecía y ansí la marcha de aquellos hombres. Me dolía la cabeza; parecíame que los oídos me zumbaban; pero

los oficiales continuaban sentados, hablando sin cesar. El zumbido se pronunció más, persistiendo con mayor fuerza; púseme a charlar sin tregua para librarme de aquella sensación; pero todo fué inútil, y al fin descubrí que el rumor no se producía en mis oídos.

Sin duda palidecí entónces mucho, pero hablaba con más viveza todavía, alzando la voz, lo cual no impedía que el sonido fuera en aumento. ¿Qué podía hacer yo? Era *un rumor sordo, ahogado, frecuente, muy análogo al que produce un reloj envuelto en algodón*. Respiré fatigosamente; los oficiales no oían aún. Entonces hablé más aprisa, con mayor vehemencia; pero el ruido aumentaba sin cesar.—Levantéme al punto y comencé a discutir sobre varias nimiedades, en un diapasón muy alto y gesticulando vivamente; mas el ruido acrecía. ¿Por qué *no querían* irse aquellos hombres? Aparentando que me exasperaban sus observaciones, dí varias vueltas de un lado para otro de la habitación; mas el rumor iba en aumento. ¡Dios mío! ¿qué podría hacer? La cólera me cegaba; comencé a renegar; agité la silla donde me había sentado, haciéndola rechinar sobre el suelo; pero el ruido dominaba siempre de una manera muy marcada... Y los oficiales seguían hablando, bromeaban y sonreían. ¿Sería posible que no oyesen? ¡Dios todo poderoso!

—¡No, no! ¡Oían! ¡Sospechaban; lo *sabían* todo; divertíanse con mi espanto! Lo creí y lo creo aún. Cualquiera cosa era preferible a semejante burla; no podía soportar más tiempo aquellas hipócritas sonrisas. ¡Comprendí que era preciso gritar o morir! Y cada vez más alto, ¿lo oís? ¡Cada vez más alto, *siempre más alto!*

—¡Miserables!—exclamé.—No disimuléis más tiem-

po; confieso el crimen. ¡Arrancad esas tablas; ahí está, ahí está!

¡Es el latido de su espantoso corazón!

(Traducción de E. L. Verneuil.)

BEECKER-STOWE.—LA CHOZA DE TOMÁS

Argumento.—Mr. Shelby, hacendado de los Estados Unidos del Norte, había contraído deudas con Harley, traficante de esclavos. Para pagarlas le vende varios de éstos, entre ellos Tomás, hombre sano y robusto y de excelentes cualidades espirituales. También vende a Guillermo, niño de pocos años, hijo de Jorge y Elisa, esclavos también, los cuales, enterados por una conversación que Elisa sorprende, huyen al Canadá, en donde alcanzan la libertad y la dicha.

Entretanto Tomás, después de una tierna despedida con Jorge, hijo de Mr. Shelby, parte con su nuevo amo, quien lo vende a Mr. Saint-Clare, padre de una niña llamada Evangelina, quien le toma gran cariño y pide a su padre la libertad de Tomás. Enferma Evangelina y muere, y cuando Mr. Saint-Clare iba a cumplir su palabra de liberación, fallece a consecuencia de una puñalada que le da un borracho.

Pasan los bienes a su esposa María, la cual no sólo se niega a cumplir la promesa de su esposo, sino que pone en venta a los esclavos y Tomás es comprado por Legrée, plantador de algodón en las orillas del río Rojo, hombre cruel y sin entrañas. Al recolectar el algodón, Tomás auxilia a la esclava Lucy, y como ésta no recogiera la cantidad que le habían designado, Legrée ordena a Tomás que la castigue, el cual se niega, y entonces es maltratado cruelmente por los criados de Legrée. Invitado por otra esclava—Cassy—a la fuga, se niega, y como no la denunciara es nuevamente martirizado por Legrée, pero antes de morir se presenta Jorge, hijo de su primer amo, quien por ciertos incidentes no ha podido acudir antes a rescatarle y recoge su último suspiro. Legrée es víctima del *delirium tremens* a consecuencia del alcoholismo y de las alucinaciones, y Jorge, al regresar a su patria, liberta a todos los esclavos suyos en memoria del cariño y fidelidad de Tomás.

DEL CAPÍTULO XXX.—El almacén de esclavos

Un momento antes de principiarse la subasta, un hombre de corta estatura pero cuadrado y musculoso, con una camisa de color, desabrochada en el pecho y unos pantalones sucios y muy usados, se abrió camino a través de la multitud, como uno que va a emprender activamente un negocio, y aproximándose al grupo de los esclavos, se puso a examinarlos a modo de hombre que lo entiende...

Este hombre tan extravagante comenzó, pues, un examen minucioso de todos los esclavos; cogió a Tomás por las mandíbulas y le abrió la boca para verle los dientes; después le hizo remangarse los brazos para examinar sus músculos; le volvió de todos lados y le hizo andar y saltar para asegurarse de su agilidad.

—¿Dónde te han criado?—dijo después de estas pruebas.

—En el Kentucky, mi amo,—respondió Tomás buscando en derredor suyo un libertador.

—¿Qué hacías?

—Dirigía la posesión de mi amo,—dijo Tomás.

—Es probable,—contestó el otro separándose.

Detúvose un momento delante de Adolfo, hizo una descarga del zumo del tabaco que tenía en la boca sobre las botas perfectamente lustradas del esclavo y se retiró tosiendo de una manera desdenosa. Hizo una nueva parada delante de Susana y Emmelina, a la cual atrajo brutalmente hacia sí, y sacando de su faltriquera su mano áspera y sucia la paseó por el cuello y el pecho de la joven; examinó sus brazos, miró sus dientes y la arrojó junto a su madre, cuyo resignado semblante expresaba las crueles penas que la hacía

sufrir cada movimiento del inmundo desconocido. La joven asustada empezó a llorar.

—Acaba, pues, remilgada—dijo el vendedor—aquí pocos pucheritos, va a principiár la venta.

En efecto, se dió principio a ella.

Adolfo fué adjudicado a un precio bastante elevado al joven gentlemán, que desde el principio había manifestado la intención de comprarle. Los demás esclavos de la casa de Saint-Clare, fueron adjudicados a diferentes compradores.

—Ahora te toca a tí, ¿lo oyes?—dijo a Tomás el pregonero.

Subió a la grada Tomás y echó en derredor suyo algunas miradas inquietas. Tomás se confundía en un rumor confuso y oscuro; la estentórea voz del pregonero, que enumeraba, en inglés y francés, sus diversas cualidades, y el fuego ardiente de los postores; casi inmediatamente se oyó resonar el golpe final del martillo y la última sílaba de la palabra *dollards*, cuando el pregonero anunció que Tomás había sido adjudicado. ¡Ya tenía amo!

Se le hizo bajar de la grada. El hombre rechoncho, de pescuezo de toro, le asió ásperamente por el hombro, y empujándole a un lado, le dijo con ronca voz:

—Espérame aquí.

Tan turbado se hallaba Tomás, que apenas sabía lo que le pasaba.

DEL CAPÍTULO XXXIII.—Cassy

Pesado y aprobado el de Tomás, quedóse esperando con ansiedad, saber cuál sería la suerte de la pobre mujer a quien había ayudado.

Adelantóse ésta tambaleándose de fatiga. Su canasta pesaba más que el peso. Muy bien lo vió Legrée; pero fingiendo encolerizarse, exclamó:

—¡Qué es esto, perezosa! ¡todavía faltó! ¡Ponte a un lado, que pronto recibirás la paga!

Gimió de desesperación la mujer y se sentó sobre una tabla.

La desconocida, llamada la señorita Cassy, se aproximó entonces, y con aire orgulloso y lleno de desprecio, entregó su canasta. En aquel momento la miró Legrée de una manera burlona y curiosa a la vez; fijando ella sus ojos negros en él, murmuró en francés algunas palabras. Ninguno supo lo que dijo; pero al oírlas Legrée, su rostro tomó una expresión infernal. Levantó la mano como para castigarla; pero ella, sin asustarse, le echó una mirada desdeñosa y se retiró.

—Ahora, Tomás, acércate. Ya sabes, y te lo tengo dicho, que no te compré simplemente para el trabajo ordinario; pienso ascenderte y que seas capataz; así, pues no será malo que comiences esta noche. Toma, coge por tu cuenta a esa miserable Lucy, y siéntala bien el látigo. Supongo que sabrás hacerlo, porque has visto demasiado para eso.

—Dispensadme, mi amo, respondió Tomás, que haga semejante cosa... porque no estoy acostumbrado... no lo he hecho nunca, y no sé como podría hacerlo.

—¡Pues sabrás muchas cosas que no sabes, antes de salir de mis manos!, le dijo Legrée.

Y cogiendo del suelo un tosco zapato, le dió con él a Tomás un violento golpe en la mejilla seguido de otros muchos.

—¡Y bien! me dirás ahora que no puedes hacer eso?

—Sí, mi amo, dijo Tomás llevándose la mano a la cara, que la tenía bañada en sangre: me hallo dispuesto a trabajar día y noche hasta mi último aliento, pero en cuanto a hacer lo que no sea justo, no puedo. ¡Así, mi amo! ¡no lo haré *nunca, nunca!*

La voz del negro era extraordinariamente dulce, y su acento igual, apacible y respetuoso. Legrée creyó que se mostraría cobarde y se sometería fácilmente. Cuando pronunció estas últimas palabras, se estremecieron los que allí estaban; la pobre mujer juntó las manos exclamando: ¡Señor! Todos se miraron involuntariamente y reprimieron en cierto modo su respiración, con el temor de la tempestad que iba a estallar.

Por un instante se quedó Legrée sin palabras. Al fin la cólera venció al asombro.

—¡Cómo! ¡Decirme tú, bestia negra maldita, si es o no justo lo que yo te mando! ¿Qué tienes que pensar, maldito ganado, en que sea justo o no lo sea? Es preciso que esto acabe de una vez. ¿Quién crees tú que eres? ¿Te figuras que eres algún señor para mezclarte a decir a tu amo lo que crees justo o injusto? ¿Dices que es injusto azotar a esa mujer, eh?

—Yo lo creo así, mi amo, dijo Tomás. La pobre criatura está enferma y débil; sería una verdadera crueldad, y no la cometeré jamás... Mi amo, si queréis matarme, matadme; pero en cuanto a pegarle, ni a ella, ni a nadie, no lo haré jamás: moriría de mejor gana.

Hablaba Tomás con voz dulce, pero con un acento de decisión que no dejaba lugar a dudas. Legrée temblaba de rabia; sus ojos verdosos brillaban de un modo terrible, semejante a las bestias feroces que juegan con su víctima antes de devorarla; se contuvo por el momento.

—¡Bien, exclamó en tono de amarga burla: he ahí un perro devoto, enviado del cielo entre nosotros pecadores, un verdadero santo, ni más ni menos, que viene a predicarnos el arrepentimiento. ¡Pero tiene virtud! Escucha un poco, pícaro bribón, ¿no has oído

jamás lo que dice tu Biblia: «*Siervos, obedeced a vuestros amos*». ¿No soy yo tu amo? ¿No he pagado mil doscientos dollards por cuanto encierra tu maldita piel negra? ¿No me perteneces en cuerpo y alma? añadió dando a Tomás una violenta patada, ¿eh? ¡respóndeme!

Aunque se hallaba éste sumido en un grande sufrimiento físico y agobiado bajo el peso de esta brutal tiranía, sintió que recorría su alma una ráfaga de alegría y de triunfo al oír esta pregunta. Se incorporó en seguida, levantó los ojos al cielo, y mientras que las lágrimas, mezcladas con la sangre, corrían por su rostro, exclamó:

—¡No, no, mi alma no os pertenece, mi amo! ¡Vos no la habéis comprado, no podéis comprarla! hay uno que la ha comprado antes, que la tiene pagada y que puede disponer de ella... ¡No importa... ningún mal podéis causarme!

—¡Ah! ¿no puedo? dijo Legrée mofándose, ¡pues vamos a verlo! ¡Hola! ¡Químbo! ¡Sambol administradle a este perro una lección para que no pueda levantarse en un mes.

Los dos negros de hercúleas formas, que con una brutal alegría pintada en el semblante, se apoderaron de Tomás, se hubieran podido tomar por una personificación bastante fiel del poder de las tinieblas. La pobre mujer lanzó gritos de dolor al pensar en la suerte que le esperaba, y todos los demás se alejaron como por instinto, mientras que sin hacer la menor resistencia, se llevaban al pobre Tomás.

SEGUNDA PARTE

Literatura española

I. - HISPANO-ROMANA

LUCANO.—LA FARSALIA

Argumento — César pasa el Rubicón y es nombrado dictador en Roma; tala más adelante el bosque sagrado de Marsella y después de varias alternativas en la lucha, César y Pompeyo se encuentran en Tesalia. Pompeyo consulta a la maga Eritho, la cual, evocando a un muerto da su terrible horóscopo vaticinando el triunfo y la muerte de César. Este vence a su rival en la batalla de Farsalia y Pompeyo huye; busca un refugio en Egipto y recibe allí la muerte por orden del rey Ptolomeo; César, al saberlo, coloca en el trono a la hermana de Ptolomeo, Cleopatra.

La selva mágica de Marsella

No lejos del asedio el suelo cría
selva capaz, donde negó hospedaje
aun al sol mismo la arboleda umbría
con techumbres de rústico follaje;
nunca su verde plano raya el día,
ni un ramio la segur tronca el bosque;
ni admite culto de silvestre mano
Flora, Palas, o Pan, Fauno o Silvano.

Y si digna es de la fe la antigua fama,
jamás allí entonó canto o bramido,
ave, ni fiera; ni en peñasco rama
les dió el bosque favor de albergue o nido:
no vibra el rayo su tremenda llama,
ni algún viento su armónico ruido,
bien que infunde el silencio y soledades
más horror, que tronantes tempestades.

Fiero ministro inalterable ofrece
sacrificio tan impío a deidad vana,
que en toda parte esmalta y humedece
suelos, peñas y troncos sangre humana:
con alta y fresca eternidad florece
del breñal denso la melena anciana:
y de manchado arroyo sus colores
tersos beben adúlteras las flores.

Sobre troncados árboles ocultos
estatuas cargan de labor tan ruda,
que al mustio ceño de sus torpes bultos
se erizan ramas de la selva muda;
los nombres de los ídolos incultos
cierra el secreto: y al espanto ayuda
ignorar siempre, a cual deidad del soto
reverencia el temor, conquista el voto.

A tiempos calma, y de caverna o mina,
hondo el fragor rimbomba en la floresta,
flexible el tejo, y circular se inclina
al suelo, y perezoso el arco enhiesta
tal vez se rasga el centro, se ilumina
el sitio, y nueva confusión le infesta,
vense abrazar entre peñascos broncos
con maridaje fiel sierpes o troncos.

No viandantes, no prácticos pastores
huellan la estancia, habitación del miedo;
de lejos se contemplan sus errores,

el pie la evita, la señala el dedo:
aun los ministros, rígidos cultores
de sus aras, recatan el desnudo;
y al Dios que allí se oculta en monte o valle,
sirviéndole, recelan encontralle.

Este asilo de plantas, donde ociosa
sólo al espanto hospeda su maleza,
porque jamás licencia belicosa
desgajó rama, ni rompió corteza;
César mandó talar; pero dudosa
fué la obediencia en la común flaqueza,
que las breñas mirando en sangre rojas
aun del temblor se asombran de las hojas...

(Traducción de D. Juan de Jáuregui.)

II. - HISPANO-ÁRABE

ABUL BEKA.—ELEGÍA

Cuanto sube hasta la cima
desciende pronto abatido
al profundo,
¡ay de aquel que en algo estima
el bien caduco y mentido
de este mundo!
En todo terreno sér
sólo permanece y dura
el mudar.
Lo que hoy es dicha y placer
será mañana amargura
y pesar.
Es la vida transitoria
un caminar sin reposo
al olvido;
plazo breve a toda gloria

tiene el tiempo presuroso
concedido.
Hasta la fuerte coraza,
que a los aceros se opone
poderosa,
al cabo se despedaza,
o con la herrumbre se pone
ruginosa.
¿Con sus cortes tan lucidas
del Yemen los claros reyes
dónde están?
¿En dónde los Sasanidas,
que dieron tan sabias leyes
al Irán?
¿Los tesoros hacinados
por Harún el orgulloso
dónde han ido?
¿De Ad y Temud afamados
el imperio poderoso
dó se ha hundido?
El hado, que no se inclina,
ni ceja, cual polvo vano
los barrió,
y en espantosa ruina
al pueblo y al soberano
sepultó.
Y los imperios pasaron,
cual una imagen ligera
en el sueño;
de Cosróes se allanaron
los alcázares do era
de Asia dueño.
Desdeñado y sin corona
cayó el soberbio Darío
muerto en tierra.

¿A quién la muerte perdona?
¿Del tiempo el andar impío
 qué no aterra?
¿De Salomón encumbrado
al fin^o no acabó el poder
 estupendo?...
¿Qué es de Valencia y sus huertos?
¿Y Murcia y Játiva hermosa?
 ¿Y Jaén?
¿Qué es de Córdoba en el día,
donde las ciencias hallaban
 noble asiento,
do las artes a porfía
por su gloria se afanaban
 y ornamento?
¿Y Sevilla? Y la ribera
que el Betis fecundo baña
 tan florida?
¡Cada ciudad de éstas era
columna en que estaba España
 sostenidal...
Y vosotros, caballeros,
que en los bridones voláis
 tan valientes,
y cual águilas ligeros,
y entre las armas brilláis
 refulgentes,
que ya lanza poderosa
agitáis en vuestra mano,
 ya, en la obscura
densa nube polvorosa,
cual rayo el alfanje indiano,
 que fulgura;
vosotros que allende el mar
vivís en dulce reposo,

con riquezas
que no podéis disipar,
y señorío glorioso
 y grandezas;
decid los males fieros
que sobre España han caído,
 no os conmueven?
¿Será que los mensajeros
la noticia a vuestro oído
 nunca lleven?
Nos abruman de cadenas;
hartan con sangre su sed
 los cristianos.
¡Doleos de nuestras penas!
¡Nuestra cuita socorred
 como hermanos!
El mismo Dios adoráis;
de la misma estirpe y planta
 procedéis;
¿por qué, pues, no despertáis?
¿Por qué a vengar la ley santa
 no os movéis?

(Traducción de D. Juan Valera.)

III. - HISPANO-JUDAICA

JUDA LEVÍ.—HIMNO DE LA CREACIÓN

Dios

¿A quién, señor, compararé tu alteza,
tu nombre y tu grandeza,
si no hay poder que a tu poder iguale?
¿Qué imagen buscaré, si toda forma
lleva estampado, por divina norma,

tu sello soberano?
¿Qué carro ascenderá donde tú moras,
sublime más que el alto pensamiento?
¿Qué palabra tu nombre ha contenido?
¿Vives de algún mortal en el acento?
¿Qué corazón entre sus alas pudo
aprisionar tu venerada esencia?
¿Quién hasta tí levantará los ojos?
¿Quién te dió su consejo, quién su ciencia?
Inmenso testimonio
de tu unidad pregona el ancho mundo;
no hay otro antes que tú. Claro reflejo
de tu saber do quiera se discierne,
y en misterio profundo
las letras de tu nombre centellean.
Antes que las montañas dominasen,
antes que erguidas en sus bases de oro
las columnas del cielo se elevasen,
tú en la sede divina te gozabas,
do no hay profundidad, do no hay altura.
Llenas al universo y no te llena:
contienes toda cosa,
y a tí ninguna contener te puede.
Quiere la mente ansiosa
el arcano indagar, y rota cede;
cuando la voz en tu alabanza nuevo,
al concepto la lengua se resiste;
y hasta el pensar del sabio y del prudente
y la meditación más diligente
enmudece ante tí. Si el himno se alza,
tan sólo el *Venerando* te apellida;
pero tu ser te ensalza
sobre toda alabanza y toda vida.
¡Oh, sumo en fortaleza!
¿Cómo es tu nombre ignoto,

si en todo cielo y toda tierra brilla?
Es profundo... profundo...
y a su profundidad ninguno llega;
lejos está... muy lejos...
y toda vista ante tu luz se ciega!
Mas no tu ser, tus obras indagamos;
tu fe, cual ascua viva,
que en medio de los santos arde y quema;
por tu ley sacrosanta te adoramos;
por tu justicia, de tu ley emblema;
por tu presencia, al penitente grata,
terrífica al perverso;
porque te ven sin luz y sin antorchas
las almas no manchadas;
y tus palabras oyen, extasiadas,
cuando yace dormido
el corporal sentido
y repiten en coro resonante:
«*Tres veces santo, vencedor y eterno
Señor de los ejércitos triunfantes.*»

(Traducción de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.)

IV.-LITERATURA CASTELLANA EN LA EDAD MEDIA

DEL POEMA DEL CID (11...?)

(Para conocer el argumento de esta composición véase nuestra obra «Elementos de Historia general de la Literatura», pág. 100).

3170 Con aquesta fabla tornaron a la cort;
«Merçed ya rey don Alfonso, sodes nuestro
[sennor,
nolo podemos negar, ca dos espadas nos dió;
quando las demanda e dellas ha sabor,
dar gelas queremos dellant estando uos.»

- 3175 Sacaron las espadas Colada e Tizon,
pusieron la en mano del rey so sennor;
saca las espadas e relumbran toda la cort.
Las maçanas e los arriazes todos doro son.
Marauillan se dellas todos los omnes buenos de
[la cort.
- 3180 Reçibió las espadas, las manos le besó,
tornós al escanno don se leuantó;
en las manos las tiene e amas las cató;
nos le pueden camear, ca el Cid bien las con-
[nosçe;
alegrós lo todel cuerpo, sonrrisos de coraçon,
3185 alçaua la mano a la barba se tomó;
par aquesta barba que nadie non messó.
Assis yran vengando don Eluira e dona Sol.
A so sobrino por nombrel lamó,
tendió el braço, la espada Tizon le dió:
3190 «prendet la, sobrino, ca mejora en sennor.»
A Martin Antolínez, el Burgalés de pro,
tendió el braço, el espada Coladal dió:
«Martín Antolinzz, myo vassalo de pro;
prended a Colada, ganela de buen sennor,
3195 del conde de Remont Verenguel de Basçilona la
[mayo.
Por essos uos la do que la bien curiedes uos.
Se que si uos acaeciére, con ella ganaredes grand
[prez e grand valor»
besó le la mano, el espada tomó e recibió.
Luego se leuanto myo Cid el Campeador;
3200 «gradó al criador e auos, rey señor,
hya pagado so de mis espadas, de Colada e de
[Tizon.
otra rencura he de yfantes de Carrion:
quando sacaron de Valençia mis fijas amas a dos,
en oro e en plata tres mil marcos de plata les dió;

- 3205 hyo faziendo esto, ellos acabaron lo so;
den mis aueres, quando myos yernos non son»
aquí veriedes quexar se yfantes de Carrion!

GONZALO DE BERCEO (12... - 1246)

Milagros de Nuestra Señora

Amigos e vasallos de Dios omnipotent,
si vos me escuchásedes por vuestro consiment,
querríavos contar un buen aveniment:
terrédesho en cabo por bueno verament.

Yo maestro Gonzalvo de Berçeo nomnado,
yendo en romería caeci en un prado
verde e sencido, de flores bien poblado,
logar cobdiçiaduieron para omne cansado.

Daban olor sobeio las flores bien olientes,
refrescaban en omne las caras e las mientes,
manaban cada canto fuentes claras corrientes,
en verano bien frías, en yvierno calientes.

Avie hy grant abondo de buenas arboledas,
milagran e figueras, peros e manzanedas,
e muchas otras fructas de diversas monedas;
mas non avie ningunas podridas nin açedas.

La verdura del prado, la olor de las flores,
las sombras de los arbores de temprados sabores,
refrescáronme todo, e perdí los sudores:
podrie vevir el omne con aquellos olores.

Nunqua trobé en sieglo logar tan deleitoso,
nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso,
descargué mi ropiella para jaçer más viçioso,
poseme a la sombra de un arbor fermoso;
yaçiendo a la sombra perdí todos cuidados.
Odí sonos de aves dulçes meo dulados;
nunqua udieron omnes organos más temprados,
nin que formar pudiessen sonos más acordados...

MILAGRO I

En Toledo la buenna essa villa real
que iace sobre Taio, essa agua cabdal,
ovo un arzobispo coronado leal,
que fue de la Gloriosa amigo natural.

Diçienli Ildefonso, dizlo la escriptura,
pastor que a su grei daba buena pastura:
omne de sancta vida que trasco grant cordura:
que nos mucho digamos so fecho lo mestura.

Siempre con la Gloriosa ovo su atenençia,
nunqua varon en duena metió maior querencia,
en buscarli serviçio methie toda femençia,
façie en ello seso e buena providencia.

Sin los otros servicios muchos e muy granados
dos iacen el escripto, estos son mas notados:
fizo della un libro de dichos colorados
de su virginidat contra tres renegados.

Fizol otro servicio el leal coronado,
fizoli una fiesta en diçiembre mediado,
la que cae en marzo dia muy sennalado
quando Gabriel vino con el rico mandado.

Sennor Sant Ildefonso coronado leal
façie a la Gloriosa festa muy general,
fincaron en Toledo poccas en su ostal,
que non fueron a missa a la sied obispal.

El santo arzobispo un leal coronado
por entrar a la missa estaba aguisado,
en su preçiosa cathedra sedie asentado,
adusso la Gloriosa en present muy onrrado

Apareçiol la madre del Rey de Magestat
con un libro en mano de muy grant claridat,
el que él avie fecho de la virginidat:

plógol a Ildefonso de toda voluntat.

Fizoli otra gracia qual nunca fue oida
dioli una casulla sin agua cosida,
obra era angelica, non de omne texida,
fabloli poccas vierbos, razón buena complida.

La prosa castellana primitiva

DEL FUERO DE CASTROJERIZ (año de 1299)

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que son tres personas y un Dios, é á honra é á servicio de la gloriosa Virgen Santa María su madre, a quien nos tenemos por sennora y abogada en todos nuestros fechos. Porque es natural cosa que todo home que bien fase quiere que ge lo lleben adelante, é que se non olvide ni se pierda, que non quier que cause, é mengue el curso de la vida de este mundo, aquello es lo que finca en remembranza por él al mundo, é este bien es guiador de la su alma ante Dios, et por non caer en olvido lo mandaron los reyes poner en escrito en los privilegios porque los otros que regnassen después de ellos é estuviesen en so lugar fuesen tenudos de guardar aquello é de lo llevar adelante, confirmándolo por privilegios, por ende nos catando esto queremos que sepan por este privilegio nuestro los que agora son y serán de aquí adelante, cómo nos don Fernando, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, de Algavre é sennor de Molina, viemos un privilegio que el conde don García Fernández, dió a los canónigos y a los clérigos de Castro Xeriz...

ENCICLOPEDIA ALFONSINA

I.—Código de las Siete Partidas

PARTIDA PRIMERA.—LEY IV Y SIGUIENTES

Ley tanto quiere decir como leyenda en que yace enseñamiento, e castigo escripto que liga e apremia la vida del home, que no faga mal, e muestra, e enseña el bien que el home debe facer, e usar: e otrosi es dicha ley, porque todos los mandamientos della deben ser leales, e derechos, e cumplidos según Dios e según justicia.

Las virtudes de las leyes son en siete maneras. La primera, es crear. La segunda, ordenar las cosas. La tercera, mandar. La cuarta, ayuntar. La quinta, galar-donar. La sexta, vedar. La setena, escarmentar. Onde conviene, quel que quisiere leer las leyes de este nues-tro libro, que pare en ellas bien mientes: e que las es-codriñe, de guisa que las entienda: ca si las bien en-tendiere, fallará todo esto que diximos; e venirle han ende dos provechos. El uno que será más entendido: et otro que se aprovechará mucho dellas. E según di-xeron los sabios, el que lee las escripturas, e non las entiende, semeja que las desprecia. E otrosi es atal, como el que sueña la cosa, e cuando despierta non la falla en verdad.

II.—Crónica general

DE CUOMO LOS SIET INFFANTES MATARON AL VASALLO DE DONNA LLAMBLA

Pues que esto ouo dicho Diago Gonçalvez, tomaron todos sus espadas et fueronse poral palacio; et ell omne cuando los uio uenir, fuxo pora donna Llambla,

et ella cogiol so el so manto. Essa ora le dixieron los inffantes: «cunnada, non uos embarguedes con ese omne, de nos le querer amparar». Dixoles ella: cue-mo non? ca mio uassallo es; et si uos alguna cosa fizo que non deuiesse emendar uos lo a, et demientre que el fuere en mio poder, conseious quel non fagades ningun mal». Ellos fueron entonçes pora ella, et to-maronle por fuerça ell omne que tenie so el manto et mataron gele y luego delante, assi quel non pudo ella defender, nin otro ninguno por ella; et de las fe-ridas que dauan en ell callo de la sangre sobre las tocas et en los pannos de donna Llambla, de guisa que toda finco ende enssangrentada, pues que esto ouieron fecho aquellos inffantes, caualgaron en sus cauallos et dixieron a su madre donna Sancha que caulgase ella otrosi; et ella fizolo, et fueronse pora Salas, a su casa et su heredad.

D. JUAN MANUEL (1282-13...)

LIBRO DE PATRONIO.—EXEMPLO X

DE LO QUE CONTESCIO A UN OMNE QUE POR POBREZA ET MENGUA DE OTRA VIANDA COMIA ATRAMIZES

Otro día fablava el conde Lucanor con Patronio [su consejero], en esta manera: «Patronio, bien co-nosco a Dios que me ha fecho muchas mercedes, mas quel' yo podria servir, et en todas las otras cosas entiendo que esta la mi hacienda asaz con bien et con onrra, pero algunas vegadas me contesce de estar tan afincado de pobreza que me parece que que[r]ria tanto la muerte commo la vida. Et rruegovos que algun co-norte me dedes para esto».

«Sennor conde Lucanor», dixo Patronio, «para que vos conortedes, quando tal cosa vos acaesciere, seria muy bien que sopiesedes lo que acaescio a dos omnes que fueron muy rricos».

E el conde le rrogo quel' dixiese commo fuera aquello.

«Sennor conde Lucanor», dixo Patronio, «de estos dos omnes el uno dellos llego a tan grand pobreza quel' non finco en el mundo cosa que pudiese comer. Et desque fizo mucho por buscar alguna cosa que comiese, non pudo aver cosa del mundo sinon una escudiella de atramizes. Et acordandose de [quando] rrico solia ser e que agora con fambre era et con mengua avia de comer los atramizes que son tan amargos et de tan mal sabor, conmenço de llorar muy fiera mente, pero con la grant fambre conmenço de comer de los atramizes et en comiendolos estava llorando et echava las cortezas de los atramizes en pos [de] si. Et el estando en este pesar et en esta coyta sintio que estava otro omne en pos del et volvio la cabeza et vio un omne cabo del, que estava comiendo las cortezas de los atramizes que el echava en pos de si, et era aquel de que vos fable desuso. Et quando aquello vio el que comia las atramizes, pregunto a aquel que comia las cortezas que porque fazia aquello. Et el dixo que sopiese que fuera muy mas rrico que el et que agora avia llegado a tan grand pobreza et en tan gran fambre quel' plazia mucho quando fallava aquellas cortezas que el dexava. Et quando esto vio el que comia [los] atramizes conortose, pues entendio que otro avia mas pobre que el, et que avia menos rrazon porque lo devie seer. Et con este conorte esforçose, et ayudol' Dios, et cato manera en commo saliese de aquella pobreza, et salio della et fue muy bien andante.

«Et [vos] sennor conde Lucanor, de vedes saber que el mundo es tal et aun que nuestro sennor Dios lo tiene por bien que ningun omne non aya conplidamente todas las cosas. Mas pues en todo lo al vos faze Dios merced et estades con bien et con onrra, si alguna vez vos menguare[n] dineros o estudiardes en afincamiento, non desmayedes por ello et cred por cierto que otros mas onrrados et mas rricos que vos estaran afincados, que se ternían por pagados si pudiesen dar a sus gentes et les diesen aun muy menos de quanto vos les dades a las vuestras».

E al conde plogo mucho desto que Patronio [le] dixo et conortose et ayudose el, et ayudol' Dios, et salio muy bien de aquella quexa en que estava.

Et entendiendo don Johan que este enxemplo era muy bueno, fizolo poner en este libro et fizo estos viessos que dizen asi:

Por pobreza nunca desmayedes,
Pues otros mas pobres que vos veedes.

ARCHIPRESTE DE HITA (12...-13...)

LIBRO DE CANTARES

AQUÍ DISE DE COMO EL ARCHIPRESTE ROGÓ A DIOS QUE LE
DIESE GRACIA, QUE PODIESSE FAÇER ESTE LIBRO

Dios Padre, Dios Fijo, Dios Spiritu Santo:
el que naçió de la Virgen, esfuerzo nos dé tanto,
que siempre lo loemos en prosa et en canto,
sea de nuestras almas cobertura et manto.
El que fiso el çielo, la tierra et el mar,
el me done su gracia, e me quiera alumbrar,
que pueda de cantares un librete rimar
que los que lo oyeren, puedan solás tomar...

Cántica de serrana

Siempre se me verná miente
desta serrana valiente
Gadea de Río frío.

A la fuera desta aldea la que aquí he nombrado,
encontreme con Gadea, vacas guarda en el prado,
yol dixen: en buena hora sea de vos cuerpo tan guisado.
Ella me repuso: ca la carrera has errado,
et anda como radio.

Radio ando, serrana, en esta grand espesura,
a las veces omen gana, o pierde por aventura;
mas quanto esta mannana del camino non he cura,
pues vos yo tengo hermana aquí en esta verdura
ribera de aqueste río.

Riome como repuso la serrana tan sannuda,
descendió la cuesta ayuso como era atrebuda:
dixo: non sabe el uso, comos' doma la res muda,
quizá el pecado puso esa lengua tan aguda,
si la cayada te envió.

Envióme la cayada aquí tras el pestorejo;
fisome ir la cuestalada, derribóme en el vallejo,
dixo la endiablada: así apilan el conejo:
sobarté, dis, el albarda, si non partes del trebejo:
liévate, vate, sandío.

Ospedóme et diome vianda, mas escotar me la fiso,
porque non fis quando manda, dis: roin, gahc, enver-
[niso,
como fis loca demanda en dexar por ti el vaqueriso,
yot mostraré, si non ablandas, como se pella el eriso,
sin agua et sin rosío.

Batalla de las tropas de Don Carnal con las de Doña Cuaresma

Todos amodorrados fueron a la pelea,
pusieron las sus fases, ninguno non platea,
la campanna del mar las sus armas menea,
vinieronse a ferir desiendo todos: eal

El primero de todos que ferió a don Carnal,
fue el puerro cuello albo, e feriólo muy mal,
físole escupir flema, esta fue grand sennal,
tovo donna Quaresma, que era suyo el real.

Vino luego en ayuda la salada sardina,
ferió muy resiamente a la gruesa gallina,
atravesósele en el pico, afogóla aina,
después de a don Carnal falsól la capellina.

Vinien las grandes mielgas en esta delantera,
los berdeles e gibus guardan la costanera:
vuelta es la pelea de muy mala manera,
caía de cada cabo mucha buena mollera.

De parte de Valencia venien las anguillas,
salpresas e trechadas a grandes manadillas,
daban a don Carnal por medio de las costillas,
las truchas de Alberche dábanle en las mexillas.

Aí andaba el atun como un bravo leon,
fallóse con don Tosino, dixole mucho baldon,
si non por donna Cecina quel desvió el pendón,
diéranl a don Ladron por medio del corazón.

De parte de Bayona venien muchos cazonas,
mataron las perdices, castraron los capones,
del rio de Enares venian los camarones,
fasta en Guadalquivil ponían sus tendejones.

Ensiemplo de la propiedat que el dinero há

Mucho fas el dinero, et mucho es de amar,
al torpe fase bueno, et omen de prestar,
fase correr al cojo, et al mudo fabrar,
el que non tiene manos, dineros quieres tomar.
Sea un ome nesçio, et rudo labrador,
los dineros le fassen fidalgo e sabidor;
quanto más algo tiene, tanto es más de valor,
el que non há de dineros, non es de si sennor.
Si tovieres dineros, habrás consolaçion,
plaser e alegría, del papa raçion,
comprarás paraíso, ganarás salvaçion,
dó son muchos dineros, es mucha bendiçion.
Yo vi en corte de Roma, dó es la santidat,
que todos al dinero fassen grand homilidat,
grand onrra le fasçian con gran solenidat,
todos a él se omillan como a la magestat.
Fasie muchos priores, obispos et abades,
arzobispos, doctores, patriarcas, potestades,
a muchos clérigos nesçios dábales dinidades.
Fasie de verdat mentiras, et de mentiras verdades,
Fasia muchos clerigos e muchos ordenados,
muchos monges e monjas, religiosos sagrados,
el dinero los daba por bien examinados...

El Ave María del Arcipreste

Ave María gloriosa,
Virgen Santa preçiosa
como eres piadosa,
todavía.

Graçia plena sin mansilla
abogada,

por la tu merced, sennora,
fas esta maravilla
sennalada.
Por la tu bondad agora
goárdame toda hora
de muerte vergonnosa,
porque loe a ti, fermosa,
noche e día.

Dominus tecum:
estrella resplandeciente,
melesina de coydados,
catadura muy bella,
reliusiente,
sin mansilla de pecados,
por los tus gosos preçiados
te pido virtuosa,
que me guardes, limpia rosa,
de foylia.

Benedicta tu,
honrada sin egualanza,
siendo virgen conçeibiste,
de los angeles loada
en altesa;
por el fijo que pariste,
por la graçia que hobiste,
o bendicha fror e rosal
tu me guarda, piadosa,
et me guia.

In mulieribus
escogida santa Madre,
de christianos amparanza,
de los santos bien servida;
et tu Padre
es tu fijo sin dubdanza;
o virgen mi fianzal

de gente maliciosa,
cruel, mala, soberbiosa
me desvia...

EL CANCIONERO DE BAENA

MICER FRANCISCO IMPERIAL (13...-14...)

I.—Desyr a las syete virtudes

Cerca la ora que el planeta enclara
al Oriente, que es llamada aurora,
fuéme a una fuente, lavar la cara,
en prado verde que un rrosal enflora.
Et anssy andando, vínome a esa ora
un grave sueño, magüer non dormía;
mas contemplando la mi fantasía
en lo que el alma dulce s'asabora.

Oh, sumo apolo, a tí me acomiendo,
ayúdame con suma sapiencia:
que en este sueño que escribir atiengo
dél ver non sea al desyr diferencia.
Entra en mi pecho, expírame tu ciencia,
como en los pechos de Febo espiraste,
quando a Marsías sus miembros sacaste
de la su vayna por la tu excelencia...

En sueños [yo] veía en el Oriente:
quatro çercos que tres cruces fazían;
et non puede desyr cumplidamente
cómmo las quatro con las tres lusian.
Enpero atanto [sí] que a mí movían,
qual movió Glauco por gustar la yerva,
por aquél fué fecho de una conserva
con los dioses que la mar rregian....

Desque volviera a man[o] diestra el rostro,
vy por la yerva pissadas de omme,
onde alegre fuíme por el rastro,
el qual derecho a un rrosal llevóme.
E commo quando entre árboles asome
alguno, que ante los [sus] ramos mesce,
e poco a poco todo assy paresçe,
tal vyde un omme; muy cortés saluóme.

Era en [la] vista benigno e suave
e en color era la su vestidura
çenisa o tierra, que seca se cave;
barba e cabello albo syn mesura.
Traía un libro de poca escriptura,
escripto todo con oro muy fino,
e comenzaba: *En medio del camino*,
e del laurel corona e çentura.

De grant abtoridat aviá senblante,
de poëta de gran excellencia,
onde [yo] omilde, enclinéme delante,
faciéndole cumplida reverencia.
E díxele con toda obeïencia.

—Afectuosamente a vos me ofresco,
et magüer tanto de vos non meresco,
seya mi guya vuestra alta scyencia.

Dióme rrespuesta en [muy] puro latin:

—«A mí [me] plaze lo que tu deseas.»

El dessy dixo en lengua florentin:

«E porque çierto tú más de mi sseas,
vuelve conmigo do quiera que veas
las syete estrellas, que en el çiel relumbran,
et esto, fijo, çiertamente creas»...

ALVAREZ DE VILLASANDINO (134.-142.)

II.—Cantiga a la Virgen

Generosa, muy fermosa
syn mansilla, Virgen santa,
virtuosa, poderosa,
de quien Lucifer se espanta:
tanta
fué la tu grand omildat,
que toda la Trinidad
en ty se encierra, se canta.
Plasentero fué el primero
goso, señora, que oviste;
quando el vero mensajero
te saluó, tu respondiste.
Troxiste
en tu seno vyrginal
al Padre celestial,
al qual sin dolor pariste.
Quien sabrya nin dyria
quanta fué tu olmidanza.
O María, puerta e vya
de salud e de folganza.
Fyanza
tengo en ty, muy dulce flor
que por ser tu servidor
avré de Dios perdonanza.
Noble rrosa, fija e esposa
de Dios, e su madre dyna,
amorosa es la tu prosa.
Ave, estela matutyna.
Enclyna
tus orejas de dulzor
oyendo a mí pecador,

ad juvandum me festyna.
Quien te apela *maristela*,
flor del angel saludada,
sin cabtella non rrecela
la tenebrosa morada.
Cryada
fuiste limpia, sin error,
porque el alto Emperador
te nos dyó por abogada.
Que parryas al Mesías
dixeron gentes discretas,
Geremías e Isaías:
Daniel e otros profetas.
Profetas
te loan e loarán
e los santos cantarán
por tí en gloria chanzonetas.
O beata ynmaculada,
syn error desde *abenizio*,
byen barata, quien te cata
mansamente syn bollyzio.
Servicio
fase a Dios, nuestro Señor,
quien te syrve por amor
no dando a sus carnes vizio.

EL MARQUÉS DE SANTILLANA (1398-1458)

I.—La comedieta de Ponça

É serás tú, Ponça, jamás memorada
por esta lit fiera, cruel, sanguinosa,
e avrá tu nombre perpetua durada,
e de todas islas serás más famosa.

En tí fué gridada con voz pavorosa
en los dos estoles ¡batalla! ¡batalla!
viril fue la vista que pudo miralla
sin temor de muerte, e mas que animosa.

Non a tan grand yra cierto provocó
la muerte del çiervo al pueblo latino,
nin la de la tigre en saña inflamó
a los subçesores del Agenorino;
nin creo resollo libial viperino
mas contaminasse alguna ferida,
que fiço a la gente la espantosa grida,
por donde el effetto fadado previno.

Aquí las enseñas fueron desplegadas,
asy de los reyes como de barones,
e todas las naves de feço entoldadas
e vistos en punto inmensos pendones;
en unos las cruçes, en otros bastones;
en los otros pommas, lirios e calderas,
en otros las jarras, en otros veneras,
en otros castillos e bravos leones...

II.—Soneto fecho al itálico modo

Oy qué diré de tí, triste emispherio,
o patria mía, que veo del todo
yr todas cosas ultra el recto modo,
donde se espera inmenso laçerio?
¡Tu gloria e laude tornó vituperio
e la tu clara fama en escureçal...
por cierto, España, muerta es tu nobleza,
e tus loores tornados lacerio.

¿Dó es la fée?... ¿dó es la caridat?...
¿Dó la esperança?... Ca por cierto absentes
son de las tus regiones e partidas.

¿Dó es justiçia, templança, egualdat,
prudencia e fortaleça?... Son presentes?...
por çierto non: que lexos son fuydas.

III.—La vaquera de Finojosa

Moza tan fermosa
non vi en la frontera
como una vaquera
de la Finojosa.

Faciendo la vía
de Calatraveño
a Santa María,
vencido del sueño
por tierra fragosa,
perdí la carrera
do ví la vaquera
de la Finojosa.

En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la ví tan fermosa
que apenas creyera

que fuese vaquera
de la Finojosa.

Non creo las rosas
de la primavera,
sean tan fermosas
nin de tal manera,
fablando sin glosa,
si antes supiera,
daquella vaquera
de la Finojosa.

Non tanto mirara
su mucha beldad
porque me dexara
en mí libertad;
mas dixé, donosa,
por saber quien era
aquella vaquera
de la Finojosa.

IV.—Proemio al condestable de Portugal

DIVISIÓN DE LAS OBRAS LITERARIAS

Como pues o por cual manera, Señor muy virtuoso,
estas sciencias ayan primeramente venido en manos
de los romancistas o vulgares, creo que sería difícil
inquisición, e una trabajosa pesquisa. Pero dexadas
agora las regiones, tierras e comarcas mas longicas
e mas separadas de nos, no es de dubdar que univer-

salmente en todas de siempre estas ciencias se hayan acostumbrado e acostumbran, e aun en muchas de las en estos tres grados, es a saber, *Sublime, Mediocre, Infimo*. *Sublime* se podría decir por aquellos que las sus obras escribieron en lengua griega o latina, digo metrificando. *Mediocre* usaron aquellos que en vulgar escribieron, así como Guido Januncello, Boloñes, e Arnaldo Daniel, Proenzal. E como quier que destos yo no he visto obra alguna, pero quieren algunos aver ellos sido los primeros que escribieron tercio rimo, e sonetos en *romance*. E así como dice el Filosofo, de los primeros primera es la especulación. *Infimos* son aquellos que sin ningunt orden, regla, ni cuento, facen estos romances e cantares, de que la gente baja e de servil condición se alegra.

JUAN DE MENA (1411-1454).—EL LABIRYNTHO

Argumento.—El poeta llega al palacio de la Fortuna en el carro de Belona conducido por dragones. Una doncella gentil, la Providencia, que descende de una nube, le guía contemplando la «máquina mundana». El artificio de las tres ruedas,—del pasado, del presente y del porvenir—y de los siete círculos en que está dividida cada una de ellas sirve a Mena para interesantes episodios en los que introduce, a semejanza de Dante, a personajes de la Historia. La luz del nuevo día disipa la visión y termina el poema con alabanzas a don Juan II.

Muerte del conde de Niebla

El conde y los suyos tomaron la tierra,
que estaba entre el agua y el borde del muro.
Lugar que en menguante es seco y seguro,
mas con la creciente del todo se cierra:
quien llega más tarde presume que yerra.
La pavesada ya junta a las alas,

levantan los trozos, crescen las escalas,
crescen las artes mañosas de guerra.

Los moros veyendo crescer los engaños,
y viéndose todos cercados por artes,
y combatidos por tantas de partes,
allí socorrían do vían más daños;
y con necesarios dolores extraños
resisten sus sañas las fuerzas ajenas,
y lanzan los cantos desde las almenas,
y botan los otros que no son tamaños...

Allí disparaban bombardas y truenos,
y los trabucos tiraban ya luego
piedras y dardos y hachas de fuego,
con que los nuestros hacían ser menos:
algunos de moros tenidos por buenos
lanzan temblando las sus azagayas,
pasan las lindes, palenques y rayas,
doblan sus fuerzas con miedos ajenos.

Mientras morían y mientras mataban,
de parte del agua ya crescen las ondas,
y cobran las mares soberbias y hondas
los campos que ante los muros estaban:
tanto, que los que de allí peleaban,
a los navíos si se retraían
las aguas crecidas les ya defendían
tornar a las fustas que dentro dejaban.

Con peligrosa y vana fatiga
pudo una barca tomar a su conde,
la cual le levava seguro, si donde
estaba bondad no le fuera enemiga:
padece tardanza, si quier que lo diga,
de los que quedaban y írlo veían,
y de otros que ir con él no podían,
presume que voz dolorosa les siga.

Entrando tras él por el agua decían:

— Magnífico conde, ¿y cómo nos dejas?
nuestras finales y últimas quejas
en tu presencia favor nos serían:
las aguas las vidas ya nos desañan,
si tu no nos puedes prestar el vivir,
danos linaje mejor de morir,
daremos las manos a más que debían.

O volveremos a ser sometidos
a aquellos Alarbes, magüer no debemos
porque los tuyos muriendo podamos
ser dichosos muertos, más nunca vencidos;
sólo podemos ser redargüidos
de temeraria y loca osadía:
mas tal infamia mejor nos sería
que no so las aguas morir sepelidos.

Hicieron las voces al conde a deshora
volver la su barca contra las saetas
y contra las armas de los mahometas,
ca fué de temor piedad vencedora:
había fortuna dispuesta la hora,
y como los suyos comienzan a entrar,
la barca con todos se ovo de anegar
de peso tamaño no sostenedora.

JORGE MANRIQUE (1440-1473)

Coplas a la muerte del maestro de Santiago

D. Rodrigo Manrique

Recuerde el alma dormida,
abiue el seso y despierte
contemplando
cómo se passa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando:

quán presto se va el plazer,
cómo despues de acordado
da dolor,
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo passado
fué mejor.

Y pues vemos lo presente
como en vn punto es ydo
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por passado.

No se engañe nadie, nó
pensando que ha de durar
lo que espera,
más que duró lo que vió,
porque todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos cabdales,
allí los otros medianos
y más chicos,
allegados, son yguales,
los que biuen por sus manos
y los ricos.

Inuocacion

Dexo las inuocaciones
de los famosos poetas
y oradores;

no curo de sus ficiones,
que traen yerua secreta
sus sabores.
A aquél solo me encomiendo,
aquél solo inuoco yo
de verdad,
que en este mundo biuiendo
el mundo no conoció
su deidad.

Este mundo es el camino
para el otro, qu'es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.

Partimos cuando nacemos,
andamos mientras beuimos;
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
assí que cuando morimos
descansamos.

Este mundo bueno fué
si bien vsassemos d'el
como deuemos,
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquel
que atendemos.

Y aún el Hijo de Dios,
para subirnos al cielo,
descendió
a nacer acá entre nos,
y biuir en este suelo
do murió.

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos

y corremos;
que en este mundo traydor
aun primero que muramos
las perdemos:
d'ellas deshaze la edad,
d'ellas casos desastrados
que acaescen;
d'ellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallecen.

Dezidme: la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color y la blancura,
quando viene la vejez
quál se para?
Las mañas y ligereza
y la fuerça corporal
de juventud,
todo se torna graueza
quando llega al arraual
de senectud...

Pero digo que acompañen
y lleguen hasta la huessa
con su dueño;
por esso no nos engañen,
pues se vá la vida apriessa
como sueño:
y los deleytes de acá
son en que nos deleytamos
temporales,
y los tormentos de allá
que por ellos esperamos,
eternales.

Los plazerres y dulçores

d'esta vida trabajada
que tenemos,
¿que son sino corredores,
y la muerte es la celada
en que caemos?
No mirando a nuestro daño
corremos a rienda suelta
sin parar;
des que vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no ay lugar.

Si fuesse en nuestro poder
tornar la cara fermosa
corporal,
como podemos hazer
el alma tan gloriosa
angelical,
¡que diligencia tan biua
tuviéramos cada hora,
y tan presta,
en componer la catiua,
dexándonos la señora
descompuesta!

Estos reyes poderosos
que vemos por escripturas
ya passadas,
con casos tristes, llorosos,
fueron sus buenas venturas
trastornadas:
assi que no ay cosa fuerte:
que a Papas y Emperadores
y perlados,
assi los trata la muerte
como a los pobres pastores
de ganados.

Dexemos a los Troyanos,
que sus males no los vimos,
ni sus glorias;
dexemos a los Romanos
aunque oymos y leymos
sus historias.
No curemos de saber
lo de aquel siglo passado
qué fué d'ello,
vengamos a lo de ayer,
que tambien es olvidado
como aquello.

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?
Los Infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿qué fué de tanto galán,
qué fué de tanta invención
como truxeron?
Las justas e los torneos,
paramentos, bordaduras
e cimeras,
¿fueron sino de uaneos?
¿qué fueron sino verduras
de las eras?

¿Qué se hizieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿qué se hizieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿qué se hizo aquel trobar,
las músicas acordadas
que tañian?
¿qué se hizo aquel dançar
y aquellas ropas chapadas

que traían?...

Las huestes innumerables,
los pendones y estandartes
y vanderas,
los castillos impunables,
los muros e baluartes
y barreras,
la caua honda chapada,
o cualquier otro reparo
¿qué aprouecha?
quando tu vienes ayrada,
todo lo passas de claro
con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el maestre Don Rodrigo
Manrique, tan famoso
y tan valiente,
sus grandes hechos y claros
no cumple que los alabe,
pues los vieron,
ni los quiero hacer caros,
pues el mundo todo sabe
quáles fueron.

¡Qué amigo de sus amigos,
¡qué señor para criados
y parientes!
¡qué enemigo de enemigos!
¡qué Maestre de esforçados
y valientes!
¡qué seso para discretos!
¡qué gracia para donosos!
¡qué razón!
¡quán benigno a los subjectos,

y a los brauos y dañosos
vn león!...

Despues de puesta la vida
tantas vezes por su ley
al tablero;
despues de tan bien seruida
la corona de su Rey
verdadero;
despues de tanta hazaña
a que no puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la muerte a llamar
a su puerta.

(Habla la muerte)

Diziendo: «Buen cauallero,
dexad el mundo engañoso
y su halago;
muestre su esfuerço famoso
vuestro coraçon de azero
en este trago;
y pues de vida y salud
heziste tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama.

«No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperays,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dexays:
aunque esta vida de honor

tanpoco no es eternal
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal
perecedera.

«El biuir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida deleytable
en que moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros;
los caualleros famosos
con trabajos y afliciones
contra moros.

»Y pues vos, claro varon,
tanta sangre derramastes
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganastes
por las manos;
y con esta confiança
y con la fé tan entera
que teneys,
partid con buena esperança
que esta otra vida tercera
ganareys.»

(Responde el Maestro)

«No gastemos tiempo yá
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está

conforme con la diuina
para todo;
y consiento en mi morir
con voluntad plazentera,
clara, pura,
que querer hombre beuir
quando Dios quiere que muera,
es locura.»

Oración

Tú que por nuestra maldad
tomaste forma ceuil
y baxo nombre,
tú que en tu diuinidad
juntaste cosa tan vil
como el hombre;
tú que tan grandes tormentos
sufriste sin resistencia
en tu persona,
no por mis merecimientos,
mas por tu sola clemencia
me perdona.

Cabo

Assi con tal entender
todos sentidos humanos
conseruados,
cercado de su mujer,
de hijos y [de] hermanos
y criados,
dió el alma a quien gela dió,
(el qual la ponga en el cielo
y en su gloria),
y aunque la vida murió,
nos dexó harto consuelo
su memoria.

LOS ROMANCES EN LA EDAD MEDIA

(ANÓNIMOS)

Romance del Cid Ruidiaz

Por el val de las Estacas—el buen Cid pasado había:
a la mano izquierda deja—la villa de Constantina.
En su caballo Babieca,—muy gruesa lanza traía:
va buscando al moro Abdalla,—que enojado le tenía.
Travesando un antepecho,—y por una cuesta arriba,
dábale el sol en las armas—¡oh cuán bien qué parecía!
Vido ir al moro Abdalla,—por un llano que allí había,
armado de fuertes armas:—muy ricas ropas traía.
Dábale voces el Cid;—de esta manera decía:
—Espérame, moro Abdalla,—no muestres tu cobardía.—
A las voces que el Cid daba,—el moro le respondía:
—Muchos tiempos ha, el Cid,—que esperaba yo este día,
porque no hay hombre nacido—de quien yo me escondería:
porque desde mi niñez—siempre huí de cobardía.
—Alabarte, moro Abdalla,—poco te aprovecharía;
mas si eres cual tú hablas—en esfuerzo y valentía,
a tiempo eres venido,—que menester te sería.—
Estas palabras diciendo,—contra el moro arremetía:
encontróle con la lanza,—y en el suelo lo derriba;
cortárale la cabeza,—sin le hacer cortesía.

Romance del Conde Fernan González

—Buen conde Fernan González,—el rey envía por vos,
que váyades a las cortes—que se hacían en Leon:
que si vos allá vais, conde—daros han buen galardón,
daros ha a Palenzuela—y a Palencia la mayor;
daros ha las nueve villas,—con ellas a Carrion;
daros ha a Torquemada,—la torre de Mormojón;
buen conde, si allá no ides,—daros hán por traidor.
Allí respondiera el conde—y dijera esta razón:
—Mensajero eres, amigo,—no mereces culpa, no;
que yo no he miedo al rey,—ni a cuantos con él son.
Villas y castillos tengo,—todos a mi mandar son;

de ellos me dejó mi padre,—de ellos me ganara yo,
los que me dejó mi padre—poblélos de ricos hombres,
las que yo me hube ganado—poblélas de labradores,
quien no tenía mas de un buey,—dábale otro, que eran dos;
al que casaba su hija—dóle yo muy rico don;
cada día que amanece,—por mí hacen oración;
no la hacían por el rey,—que no la merece, non;
él les puso muchos pechos,—y quitáraselos yo.

Romance viejo de Fonte frida

Fonte frida, Fonte frida,—Fonte frida y con amor,
do todas las avecícas—van tomar consolación,
sino es la tortolica—qu' está viuda y con dolor.
Por ahí fuera á pasar—el traidor del rui señor;
las palabras que le dice—llenas son de traición:
—Si tú quisieres, señora—yo sería tu servidor.
—Véte de ahí enemigo,—malo, falso, engañador,
que ni poso en ramo verde,—ni en prado que tenga flor,
que si el agua hallo clara,—turbia la bebia yo;
que non quiero haber marido,—porque hijos non haya, non:
non quiero placer con ellos,—ni menos consolación.
¡Déjame, triste enemigo,—malo, falso, mal traidor,
que non quiero ser tu amiga—ni casar contigo, non!

Romance de Oh Belerma

¡Oh Belerma! ¡Oh Belerma!—por mi mal fuiste engendada,
que siete años te serví—sin de tí alcanzar nada;
agora que me querías—muero yo en esta batalla.
Non me pesa de mi muerte—aunque temprano me llama;
mas pésame que de verte—y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos!—lo que agora yo os rogaba,
que quando yo fuera muerto—y mi ánima arrancada,
vos llevéis mi corazón—a donde Belerma estaba,
y servilda de mi parte,—como de vos yo esperaba,
y traelde a la memoria—dos veces cada semana,
y diréisle que se acuerde—cuán cara que me costaba,
y dalde todas mis tierras—las que yo señoreaba;
pues que yo a ella pierdo,—todo el bien con ella vaya.

¡Montesinos, Montesinos!—¡mal me aqueja esta lanzada!
 el brazo traigo cansado,—y la mano del espada:
 traigo grandes las heridas,—mucha sangre derramada;
 los extremos tengo fríos,—y el corazón me desmaya;
 los ojos que nos vieron ir —nunca nos verán en Francia.
 Abracéisme, Montesinos—, que ya se me sale el alma.
 De mis ojos ya no veo,—la lengua tengo turbada;
 yo vos doy todos mis cargos,—en vos yo los traspasaba.
 —El Señor en quien creéis—Él oiga vuestra palabra.—
 Muerto yace Durandar—al pie de una alta montaña,
 llorábalo Montesinos,—que a su muerte se hallara:
 quitándole está el almete,—desciñéndole el espada,
 hácele la sepultura—con una pequeña daga;
 sacábale el corazón,—como él se lo jurara,
 para llevar a Belerma,—como él se lo mandara.
 Las palabras que le dice—de allá le salen del alma:
 ¡Oh mi primo Durandarte!—¡primo mío de mi alma!
 ¡espada nunca vencida!—¡esfuerzo do esfuerzo estaba!
 ¡quien a vos mató, mi primo,—no sé por qué me dejara!

Romance de Rico Franco

A caza iban, a caza—los cazadores del rey,
 ni fallaban ellos caza,—ni fallaban que traer.
 Perdido habían los halcones,—¡mal los amenaza el rey!
 Arrimáranse a un castillo—que se llamaba Maynes.
 Dentro estaba una doncella—muy hermosa y muy cortes;
 siete condes la demandan,—y así facían tres reys.
 Robárala Rico Franco,—Rico Franco Aragones:
 llorando iba la doncella—de sus ojos tan cortes.
 Falágala Rico Franco,—Rico Franco Aragones:
 —Si lloras tu padre o madre,—nunca mas vos los veréis;
 si lloras los tus hermanos,—yo los maté todos tres.
 —Ni lloro padre ni madre,—ni hermanos todos tres;
 mas lloro la mi ventura—que no sé cuál ha de ser.
 Prestédesme, Rico Franco,—vuestro cuchillo lugues,
 cortaré fitas al manto,—que no son para traer.—
 Rico Franco de cortese—por las cachas lo fué tender;
 la doncella que era artera—por los pechos se lo fué a meter:
 así vengó padre y madre,—y aun hermanos todos tres.

GARCÍA ORDÓÑEZ DE MONTALVO (SIGLO XV)

AMADÍS DE GAULA

Argumento.—Amadís, hijo del rey de Gaula Perión, abandonado por su madre, es recogido y criado por el caballero escocés Gandalés. En su niñez se enamora de Oriana, hija del rey Lisuar-te, a la que guarda siempre fidelidad y liberta del emperador de Occidente. Con su hermano Galaor lleva a cabo innumerables proezas, en las que no faltan gigantes y encantamientos, y por fin consigue casarse con Oriana.

CAPÍTULO XXVI

COMO RECUENTA LO QUE LE ACAESCIÓ Á AMADÍS YENDO
 EN RECUENTA DE LA DONCELLA QUE EL CABALLERO MAL-
 TRATADA LLEVABA.

É Amadís se aquejó tanto de andar, que alcanzó al caballero que la doncella llevaba, é dijo: «Gran pieza há que fuiste desmesurado, é agora os ruego que no lo seáis.—¿Y qué desmesura hago yo? dijo el caballero.—La mayor que podíades, dijo Amadís; que llevais la doncella forzada, y demás la ferides.—Parece, dijo el caballero, que me quereis castigar.—No vos castigo, dijo él, mas dígoos lo que es vuestra pro.—En-tiendo que lo sería más vuestra en vos tornar por do venistes.—Amadís hobo saña, et fué para el escudero e dijole: «Dejad la doncella; si no muerto sois.» El es-cudero, con miedo, púsola en el suelo; el caballero dijo: «Don caballero, gran locura tomastes.—Agora lo veremos», dijo Amadís; é bajando las lanzas, se firieron de tal guisa, que fueron quebradas, y el caba-llero fué en tierra, é tanto que cayó levantóse ahina, é Amadís fué a él por lo ferir con los pechos del ca-ballo, y el otro le dijo: «Estad, Señor; que por ser yo desmesurado no lo seáis vos, é habed de mí merced.

—Pues jurad, dijo Amadís, que á dueña ni á doncella no forzaréis contra su voluntad en ninguna cosa. —Muy de grado», dijo el caballero. Amadís, que llegó á él para le tomar la jura, y el otro que la espada tenía en la mano, firióle con ella en el vientre del caballo, que le hizo caer con él. Amadís salió luego dél é poniendo mano á la espada, se dejó á él correr tan sañudo, que maravilla era, y el caballero le dijo: «Agora os faré ver que en mal punto aquí venistes.» Amadís, que gran ira llevaba, no le respondió, mas firióle en el yelmo so la visera, é cortóle dél tanto, que la espada llegó al rostro; así que, las narices con la mitad de la cara le cortó, é cayó el caballero; mas él, no contento, tajóle la cabeza, é metiendo su espada en la vaina, se fué á la doncella á tal hora, que ya era noche cerrada é la luna facía clara; ella le dijo: «Señor caballero, Dios os dé honra por el acorro que me fecistes, é más si le diérdes fin, que es llevarme á un castillo donde yo querría ir, que no ha cosa por qué á tal hora cometiese ningún camino». «Doncella, dijo él, yo os llevaré de grado».

FERNANDO DE ROJAS (14...-15...)

LA CELESTINA

(Para conocer el argumento de esta obra véase la pág. 151 de nuestra obra «Elementos de Historia general de la Literatura»).

ACTO X.—CELESTINA, MELIBEA, LUCRECIA

- M. Salte fuera presto.
- L. Ya, ya, todo es perdido; ya me salgo, señora.
- C. También me da osadía tu gran pena, ver cómo

con tu sospecha has ya tragado alguna parte de mi cura; pero todavía es necesario traer más clara melecina y más saludable descanso de casa de aquel caballero Calisto.

- M. Calla, por Dios, madre; no traigas de su casa cosa para su provecho, ni le nombres aquí.
- C. Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto y principal; no se quiebre, si no todo nuestro trabajo es perdido. Tu llaga es grande, tiene necesidad de áspera cura, y lo duro con duro se ablanda más eficazmente. Y dicen los sabios, que la cura del lastimero médico deja mayor señal, y que nunca peligro sin peligro se vence. Ten paciencia, que pocas veces lo molesto sin molestia se cura, y un clavo con otro se espele, y un dolor con otro. No concibas odio ni desamor, ni consentas a tu lengua decir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que si conocido fuese...
- M. ¡Oh, por Dios, que me matas! ¿Y no tengo dicho que no me alabes a este hombre, ni me lo nombres en bueno ni en malo?
- C. Señora, este es otro y segundo punto, el cual si tú con tu mal sufrimiento no consentes, poco aprovechará mi venida; y si como prometistes lo sufres, tú quedarás sana y sin deuda, y Calisto sin deuda y pagado. Primero te avisé de mi cura y desta invisible aguja, que sin llegar a ti sientes en solo mentarlo en mi boca.
- M. Tantas veces me nombras ese caballero, que ni mi promesa basta, ni la fe que te dí a sufrir tus dichos. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le debo yo a él? ¿Qué le soy en cargo? ¿Qué ha hecho por mí? ¿Qué necesario es él aquí para el propósito de mi mal? Más agradable me sería

que rasgases mis carnes y sacases mi corazón, que no traer esas palabras aquí.

- C. Sin te romper las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor, no rasgaré yo tus carnes para lo curar.
- M. ¿Cómo decís que llaman a este mi dolor, que así se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?
- C. Amor dulce.
- M. Eso me declara lo que es, que en solo oírlo me alegra.
- C. Es un fuego escondido, una agradable llama, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.
- M. ¡Ay mezquina de mí! Que si verdad es tu relación, dudosa será mi salud; porque según la contrariedad que esos nombres entre sí muestran lo que al uno fuese provechoso, arrancará al otro más pasión.
- C. No desconfíe, señora, tu noble juventud de salud. Cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envía el remedio; mayormente que sé yo en el mundo nascida una flor, que de todo esto te dé libre.
- M. ¿Cómo se llama?
- C. No te lo oso decir.
- M. Dí, no temas:
- C. Calisto...

Literatura castellana en la Edad Moderna

GARCILASO DE LA VEGA (1503-1536)

I. — CANCIÓN. — A la flor de Gnido

Si de mi baja lira
tanto pudiese el son que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento,
y la furia del mar y el movimiento;
y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese
y al son confusamente los trajese;
no pienses que cantado
sería de mí, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado
a muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido;
ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes,
el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados.
Mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada;
y cómo por tí sola,
y por tu gran valor y hermosura,
convertida en viola,

llora su desventura
el miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cautivo
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.

Por tí, como solía,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,
ni con freno le rige,
ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por tí con diestra mano
no revuelve la espada presurosa,
y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra como siempre ponzoñosa.

Por tí su blanda musa,
en lugar de la citara sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante...

II.—ÉGLOGA PRIMERA

Salicio

...¡Oh mas dura que mármol a mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo,
mas helada que nieve, Galatea,
estoy muriendo, y aun la vida temo:
témola con razón, pues tú me dejas;
que no hay, sin tí, el vivir para que sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,

de tí desamparado:
y de mí mismo yo me corro agora.
¿De una alma te desdeña ser señora
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbré
por montes y por valles despertando
las aves y animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente:
cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio,
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina;
siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando la sombra el mundo va cubriendo
o la luz se avecina.

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
por tí la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba:
por tí la verde yerba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa,
y dulce primavera deseaba.
¡Ay cuánto me engañaba!
¡Ay cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo lágrimas corriendo...

Nemoroso

Corrientes aguas, puras, cristalinas:
árboles que os estais mirando en ellas;
verde prado de fresca sombra lleno;
aves que aquí sembrais vuestras querellas;
yedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno:
yo me ví tan ageno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve yo contento y descansado:
¡oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
que despertando, a Elisa vi a mi lado.
¡Oh, miserable hado!
¡Oh tela delicada
antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte!
Más conveniente fuera aquesta suerte
a los cansados años de mi vida,
que es más que el hierro fuerte;
pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores
que había de ver con largo apartamiento

venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?

El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
sólo, desamparado,
ciego, sin lumbre en cárcel tenebrosa...

III.—Soneto

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíais de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes,
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO (1490-1556)

I.—En una partida fuera de España

¡Oh cruel de mí conmigo!
¿Dónde voy? Dónde me alejo
lastimado?

¿cómo soy tan mi enemigo
que me parto de do dejo
mi cuidado?
¡Oh pies míos! ¿Dónde vais
sin mí por tierras ajenas,
tan extrañas?
Decí, ¿adónde me llevais
dejándome allá en cadenas
las entrañas?

Ojos míos corporales,
que no véis a quien os suele
consolar,
verted lágrimas leales,
porque en algo se consuele
mi pesar.
Ojos del entendimiento,
que llevais siempre presente
mi deseo,
gozad sin impedimento
de la imagen excelente
que no veo.

¡Oh pecho donde se encierra
mi dolor y penas tantas,
tan sangrientas,
pues dentro tienes tal guerra
dí, por qué no te quebrantas
y revientas?
¡Oh pensamiento cuidadoso,
que un momento solamente
no me dejas,
dame un poco de reposo;
no seas tan diligente
con tus quejas!

¡Oh suspiros engendrados
de las ansias y pasión

del sentido!
Salid, salid aquejados;
dad descanso al corazón
afligido.
Tristezas y angustias mías,
que yo de mi voluntad
busco y llamo,
ayudadme en estos días
a sentir la soledad
de quien amo...

II.—Contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos

Pues la Santa Inquisición
suele ser tan diligente
en castigar con razón
cualquier secta y opinión
levantada nuevamente,
resucítese Lucero
a corregir en España
una muy nueva y extraña
como aquella de Lutero
en las partes de Alemania.

Bien se puede castigar
a cuenta de anabaptistas,
pues por ley particular
se tornan a bautizar
y se llaman petrarquistas.
Han renegado la fe
de las trovas castellanas,
y tras las italianas
se pierden, diciendo que
son más ricas y galanas.

El juicio de lo cual

yo lo dejo a quien más sabe,
pero juzgar nadie mal
de su patria natural
en gentileza no cabe;
y aquella cristiana musa
del famoso Juan de Mena,
sintiendo desto gran pena,
por infieles los acusa
y de alevos los condena...

Dios dé su gloria a Boscán
y a Garcilaso, poeta
que con no pequeño afán
y con estilo galán
sostuvieron esta seta,
y la dejaron acá
ya sembrada entre la gente;
por lo cual debidamente
les vino lo que dirá
este soneto siguiente:

Garcilaso y Boscán, siendo llegados
al lugar donde están los trovadores
que en esta nuestra lengua y sus primores,
fueron en este siglo señalados;

los unos a los otros alterados
se miran, demudadas las colores,
temiéndose que fuesen corredores
o espías o enemigos demandados;

y juzgando primero por el traje,
pareciéndoles ser, como debía,
gentiles españoles caballeros,

y oyéndoles hablar nuevo lenguaje,
mezclados de extranjera poesía,
con ojos los miraban de extranjeros.

FRAY LUIS DE LEÓN (1527-1591)

I.—La vida del campo

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspe sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombreregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río,
oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero.
Despiértente las aves

con su cantar sabroso no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un falso leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.
La combatida antena

cruje y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me basta; y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable—
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

II.—La profecía del Tajo

Folgaba el Rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la ribera
del Tajo sin testigo:
el río sacó fuera
el pecho, y le habló de esta manera:

«En mal punto te goces,
injusto forzador, que ya el sonido
oigo ya, y las voces,
las armas y el bramido
de Marte y de furor y ardor ceñido.

¡Ay! esa tu alegría
qué llantos acarrea, y esa hermosa

(que vió el Sol en mal día)
a España ¡ay! cuán llorosa,
y al cetro de los godos cuán costosa!

Llamas, dolores, guerras,
muertes, asolamiento, fieros males,
entre tus brazos cierras;
trabajos inmortales
a tí y a tus vasallos naturales.

A los que en Constantina
rompen el fértil suelo, a los que baña
el Ebro, a la vecina
Sansueña, a Lusitania,
a toda la espaciosa y triste España.

Ya desde Cádiz llama
el injuriado Conde, a la venganza
atento, y no a la fama,
la bárbara pujanza,
en quien para tu daño no hay tardanza.

Oye que al cielo toca
con temeroso son la trompa fiera,
que en África convoca
el moro a la bandera,
que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blande
el árabe cruel, y hiere el viento
llamando a la pelea;
innumerable cuento
de escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
debajo de las velas desaparece
la mar, la voz al cielo
confusa y varia crece,
el polvo roba el día y le oscurece...

El furibundo Marte
cinco veces las haces desordena

igual a cada parte,
la sexta ¡ay! te condena
¡oh, cara patria!... a bárbara cadena.

III.—A Felipe Ruiz

¿Cuándo será que pueda
libre desta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo
contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí, a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
dó estable y firme asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas dó la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que a la mar hinchada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen;
dó sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen.

De dó manan las fuentes;
quién ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes,
de los helados fríos

veré las causas y de los estíos.

Las soberanas aguas,
del aire en la región quién las sostiene,
de los rayos las fraguas;
dó los tesoros fiene
de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano,
el día se ennegrece,
sopla el Gallego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano;

Y entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente;
horrible són conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente;

La lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados,
su trabajo deshecho
los campos anegados
miran los labradores espantados?

Y de allí levantado,
veré los movimientos celestiales,
ansí el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos osas
de bañarse en la mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
fuente de vida y luz, dó se mantiene,
y por qué en el invierno
tan presuroso viene;

quién en las noches largas le detiene.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

IV.—A la Música

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada:

A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo vil adora,
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no precedera
música, que es la fuente y la primera...

Y como está compuesta
de números concordés, luego envía
consonante respuesta,
y entre ambos a porfía
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega

por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye ni siente.

¡Oh, desmayo dichoso!
¡Oh, muerte que das vida! ¡Oh, dulce olvido,
durare en tu reposo,
sin ser restituído
jamás aqueste bajo y vil sentido.

A este bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,
amigo a quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh! suene de contino,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás adormecidos.

V.—LA PERFECTA CASADA

VII.—PONDÉRASE LA OBLIGACIÓN DE MADRUGAR EN LAS CASADAS

No podrá el siervo mirar por la casa si ve que el dueño se descuida della. De manera que ha de madrugar la casada para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo, y que ella es el alma dél, y que como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella y las levanta, y mueve a sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama y no la teniendo

por testigo y por guarda suyo es peor que madruguen, porque entonces la casa por aquel espacio de tiempo es como pueblo sin rey y sin ley, y como comunidad sin cabeza; y no se levantan a servir, sino a robar y destruir, y es al propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos. Por donde, como en el castillo que está en frontera o en lugar que se teme de los enemigos, nunca falta la vela, así en la casa bien gobernada, en tanto que están despiertos los enemigos, que son los criados, siempre ha de velar el señor. Es el que ha de ir al lecho el postrero, y el primero que ha de levantarse del lecho. Y la señora y la casada que esto no hiciere, haga el ánimo ancho a su gran desventura, persuadida y cierta que le han de entrar los enemigos el fuerte, y que un día sentirá el daño y otro verá el robo, y de continuo el enojo y el mal recaudo y servicio, y que al mal de la hacienda acompañará también el mal de la honra. Y como dice Cristo en el Evangelio, que mientras el padre de la familia duerme, siembra el enemigo la zizaña; así ella con su descuido y sueño meterá la libertad y deshonestidad por su casa, que abrirá las puertas y falseará las llaves y quebrantará los candados, y penetrará hasta los postreros secretos, corrompiendo a las criadas, y no parando hasta poner su infición las hijas; con que la señora que no supo entonces ni quiso por la mañana despedir de los ojos el sueño ni dejar de dormir, un poco, lastimada y herida en el corazón, pasará en amargos suspiros muchas noches velando.

VI.—NOMBRES DE CRISTO

La dulce perspectiva de la paz

Cuando la razón no lo demostrara, ni por otro camino si pudiera entender cuán amable cosa sea la paz, esta vista hermosa del cielo, y el concierto que tienen entre sí aquestos resplandores, que lucen en él, nos dan de ello suficiente testimonio... adonde el ejército de las estrellas puesto como de ordenanza, y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y adonde cada una de ellas inviolablemente guarda su puesto, adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina, ni la turba en su oficio, ni menos olvidada del suyo rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia; antes como hermanadas todas, y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas a otras, y todas juntas templan a veces sus rayos y sus virtudes reduciéndolas a una pacífica unidad de virtud de partes y aspectos diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera. Y si así se puede decir, no solo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregón y un loor que con voces manifiestas y encarecidas nos notifica cuán escelentes bienes son los que la paz en sí contiene, y los que hace en todas las cosas. La cual voz y pregón sin ruido se lanzan en nuestras almas, y de lo que en ellas lanzada hace se ve y entiende bien la eficacia suya, y lo mucho que las persuade... Mas ¿qué digo de nosotros que tenemos razón? Esto insensible, y aquesto rudo del mundo, los elementos, y la tierra, y el aire, y los brutos, se ponen todos en orden y se

aquietan, luego que poniéndose el sol se les representa aqueste ejército resplandeciente. ¿No veis el silencio que tienen ahora todas las cosas, y cómo parece que mirándose en este espejo bellissimo se componen todas ellas y hacen paz entre sí, vueltas a sus lugares y oficios, y contentas con ellos? Es sin duda el bien de todas las cosas universalmente la paz, y así donde quiera que la ven, la aman.

FERNANDO DE HERRERA (1534-1597)

CANCIÓN.—Por la pérdida del rey D. Sebastián

Voz de dolor y canto de gemido
y espíritu de miedo envuelto en ira,
hagan principio acerbo a la memoria
de aquel día fatal, aborrecido,
que Lusitania mísera suspira,
desnuda de valor, falta de gloria;
y la llorosa historia
asombre con horror funesto y triste
dende el áfrico Atlante y seno ardiente
hasta do el mar de otro color se viste,
y do el límite rojo de oriente,
y todas sus vencidas gentes fieras
ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
en sus caballos y en la muchedumbre
de sus carros, a tí, Libia desierta,
y en su vigor y fuerzas engañados,
no alzaron su esperanza a aquella cumbre
de eterna luz, mas con soberbia cierta
se ofrecieron la incierta
vitoria, y sin volver a Dios sus ojos,

con yerto cuello y corazón ufano
sólo atendieron siempre a los despojos
y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dejó, y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno
de indignación, de ira y furor, que puso
en soledad y en un profundo llanto,
de gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
el nuevo sol, presago de mal tanto,
y con terrible espanto
el Señor visitó sobre sus males,
para humillar los fuertes arrogantes,
y levantó los bárbaros no iguales,
que con osados pechos y constantes
no busquen oro, mas con hierro airado
la ofensa venguen y el error culpado.

Los ímpíos y robustos, indinados,
las ardientes espadas desnudaron
sobre la claridad y hermosura
de tu gloria y valor, y no cansados
en tu muerte, tu honor todo afearon,
mezquina Lusitania sin ventura;
y con frente segura
rompieron sin temor con fiero estrago
tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
la llanura con muertos aspereza;
cayó en unos vigor, cayó denuedo;
mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos por ventura los famosos,
los fuertes, los belígeros varones
que conturbaron con furor la tierra,
que sacudieron reinos poderosos,

que domaron las hórridas naciones,
que pusieron desierto en cruda guerra
cuanto el mar indo encierra,
y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazón seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
tanto heróico valor en solo un día;
y léjos de su patria derribados,
no fueron justamente sepultados?

Tales fueron ya éstos, cual hermoso
cedro del alto Líbano, vestido
de ramos, hojas, con excelsa alteza;
las aguas lo criaron poderoso,
sobre empinados árboles crecido,
y se multiplicaron en grandeza
sus ramos con belleza;
y extendiendo su sombra, se anidaron
las aves que sustenta el grande cielo,
y en sus hojas las fieras engendraron,
y hizo a mucha gente umbroso velo;
no igualó en celsitud y en hermosura,
jamás árbol ninguno a su figura.

Pero elevóse con su verde cima,
y sublimó la presuncion su pecho,
desvanecido todo y confiado,
haciendo de su alteza solo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho
a los ímpíos y ajenos entregado,
por la raíz cortado;
opreso de los montes arrojados,
sin ramos y sin hojas y desnudo,
huyeron dél los hombres, espantados,
que su sombra tuvieron por escudo;
en su ruina y ramos cuantas fueron
las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
murió el vencido reino lusitano,
y se acabó su generosa gloria,
no estés alegres y de ufanía llena,
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal vitoria,
indina de memoria;
que si el justo dolor mueve a venganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con aguda lanza,
compensarás muriendo el hecho ultraje;
y Luco amedrentado, al mar inmenso
pagarás de africana sangre el censo.

II.—ELEGÍA VIII

¿Cual fiero ardor; cual encendida llama
que duramente me consume el pecho
por estas venas mías se derrama?

Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho,
cese, Amor, el rigor de mi tormento,
basten los males que en mí mal has hecho.

Este dolor, que nuevo siempre siento,
esta llaga mortal, continuo abierta,
este grave y perpetuo sentimiento;

esta corta esperanza y siempre incierta,
este vano deseo peligroso,

esta, fin de mis penas, muerte cierta,

tal me tienen confuso y temeroso,
y sin valor perdido y quebrantado,

que ni aun huir de mis pasiones oso.

No es amor, es furor jamás cansado,
rabia es que despedaza mis entrañas
este eterno dolor de mi cuidado.

¿Qué gran victoria, Amor y qué hazañas,

atravesar un corazón rendido,
un corazón que dulcemente engañas?

Ya que me tienes preso y tan herido,
que en mi pecho no hallas lugar sano,
no me acabes, cruel, en duro olvido.

Mi fe y mi pensamiento soberano,
de mi grande osadía la nobleza
no sufren que me dejes de la mano.

Nací para inflamarme en la pureza
de aquellas vivas luces que el sagrado
cielo ilustran con rayos de belleza;

y de sus flechas todo traspasado,
por gloria estimo mi quejosa pena,
mi dolor por descanso regalado.

Tal es la dulce Luz que me condena
al tormento, y tal es, por suerte mía,
de mi enemiga la beldad serena...

III.—Al invierno

Hórrido invierno, que la luz serena
y agradable color del puro cielo
cubres de oscura sombra y turbio velo
con la mojada faz, de nieblas llena,

vuelve a la fría gruta y la cadena
del nevoso aquilón, y entre aquel hielo
que oprime con rigor el duro suelo,
las furias de tu ímpetu refrena;

que en tanto que en tu ira embravecido,
asaltas el divino hispalio río,
que corre al sacro seno de occidente,

yo, triste, en nube eterna del olvido
(culpa tuya), apartado del sol mio,
no me enciendo en los rayos de su frente.

LUIS DE GÓNGORA (1561-1627)

I.—Letrilla

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viudita y sola
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice
que escucha su mal:
*dejadme llorar
orillas del mar.*

Pues me diste, madre,
en tan tierna edad
tan corto el placer,
tan largo el pesar,
y me cautivastes,
de quien hoy se va
y lleva las llaves
de mi libertad.

Dejadme llorar, etc.

En llorar conviertan
mis ojos de hoy más
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
mejor ocupar,
yéndose a la guerra
quien era mi paz.

Dejadme llorar, etc.

No me pongáis freno
ni queráis culpar;
que lo uno es justo,
lo otro por demás;
si me queréis bien
no me hagáis mal;
harto peor fuera
morir y callar.

Dejadme llorar, etc.

Dulce madre mía,
¿quién no llorará,
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?

Dejadme llorar, etc.

Váyanse las noches,
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar;
váyanse, y no vean
tanta soledad
después que en mi lecho
sobra la mitad.

*Dejadme llorar
orillas del mar.*

II.—Al Guadalquivir

Rey de los otros ríos caudaloso,
que en fama claro, en ondas cristalino,
tosca guirnalda de robusto pino
ciñe tu frente y tu cabello undoso,
pues dejando tu nido cavernoso
de Segura en el monte más vecino,
por el suelo andaluz tu real camino
tuerces soberbio, raudo y espumoso;
a mí que de tus fértiles orillas,
piso, aunque ilustremente enamorado,
la noble arena con humilde planta,
dime si entre las rubias pastorcillas
has visto, que en tus aguas se han mirado,
beldad cual la de Glori, o gracia tanta.

III.—Romance

Servía en Orán al Rey
un español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
a una gallarda africana,
tan noble como hermosa,
tan amante como amada;
con quien estaba una noche,
cuando tocaron al arma.

Trescientos Cenetes eran
deste rebato la causa;
que los rayos de la luna
descubrieron las adargas;
las adargas avisaron
a las mudas atalayas,
las atalayas los fuegos,
los fuegos a las campanas,
y ellas al enamorado,

que en los brazos de su dama
oyó el militar estruendo
de las trompas y las cajas.

Espuelas de honor le pican,
y freno de amor le para;
no salir es cobardía,
ingratitude es dejalla.

Del cuello pendiente ella,
viéndole tomar la espada,
con lágrimas y suspiros
le dice aquestas palabras:

«Salid al campo, Señor,
bañen mis ojos la cama;
que ella me será también,
sin vos, campo de batalla.

«Vestíos, salid apriesa,
que el general os aguarda,
yo os hago a vos mucha sobra
y vos a él mucha falta.

»Bien podéis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda,
que tenéis de acero el pecho,
y no habéis menester armas.»

Viendo el español brioso
cuánto le detiene y habla,
le dice así: «Mi señora,
tan dulce como enojada,

»porque con honra y amor
yo me quede, cumpla y vaya,
vaya a los moros el cuerpo,
y quede con vos el alma.

»Concedme, dueño mío,
licencia para que salga
al rebato en vuestro nombre,
y en vuestro nombre combata.»

IV.—SOLEDADES

Soledad II

Entrase el mar por un arroyo breve
que a recibillo con sediento paso
de su roca natal se precipita,
y mucha sal no solo en poco vaso;
mas su ruina bebe
y su fin, cristalina mariposa,
no alada, sino undosa,
en el farol de Tétis solicita.
Muros desmantelando pues de arena,
Centauro ya espumoso el Océano,
medio mar, medio ría,
dos veces huella la campaña al día,
escalar pretendiendo monte en vano,
de quien es dulce vena
el tardo ya torrente
arrepentido, y aun retrocediente.
Eral lozano así novillo tierno,
de bien nacido cuerno
mal lunada la frente,
retrógado cedió en desigual lucha
a duro toro, aun contra el viento armado,
no pues de otra manera
a la violencia mucha
del padre de las aguas, coronado
de blancas ovas y de espuma verde,
resiste obedeciendo y tierra pierde.
En la incierta ribera,
guarnición desigual a tanto espejo,
descubrió el alba a nuestro peregrino
con todo el villanaje ultramarino,

que a la fiesta nupcial, de verde tejo
toldado, ya capaz tradujo pino.
Los escollos el sol rayaba cuando
con remos gemidores,
dos pobres se aparecen pescadores,
nudos al mar de cáñamo fiando;
ruiseñor en los bosques no mas blando,
el verde roble que es barquillo agora,
saludar vió la aurora,
que al uno en dulces quejas y no pocas
ondas endurecer, liquidar rocas...

FRAY LUIS DE GRANADA (1504-1588)

I.—Introducción del Símbolo de la Fe

CAPÍTULO II

¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino espejo que pusisteis delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Por que es cierto, que así como en el cielo vos seréis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejos, para que conozcamos a vos. Pues según esto, ¿qué es todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro, que vos, Señor, escribistes y ofrecistes a los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos, y conociesen quien vos erades? ¿Qué serán luego todas las criaturas deste mundo, tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas y iluminadas, que declaran bien el primor y sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas, sino pre-

dicadores de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condenadoras de nuestra ingratitude? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así a pedazos, cada una por su parte, nos declarase algo dellas. Desta manera, las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveidas vuestra maravillosa providencia... ¿Quién, Señor, no se fiará de vos, con tantos abonos? ¿Quién no creerá a tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada, de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predicán la grandeza de vuestra gloria?

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es; y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es; y el que vistas todas estas cosas no os alaba, mudo es; y el que con tantos argumentos y testimonios no conoce la nobleza de su criador; loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza, no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la fábrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? Pues ¿cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿Cómo no os alabamos y predicamos? ¿Cómo no tenemos corazón entendido para conocer al maes-

tro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras, ni orejas abiertas para oír lo que nos dice por ellas?...

SAN JUAN DE LA CRUZ (1542-1591)

Noche oscura del alma

Era una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh, dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!
A oscuras, en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche, que guiaste,
oh noche amable más que el alborada.
oh noche, que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él sólo se guardaba,

allí quedó dormido
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Quedeme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)

LAS MORADAS

De la hermosura y dignidad de nuestras almas

Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba cosa qué decir, ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento: que es considerar nuestra alma, como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, a donde hay muchos aposentos; así como en el cielo hay muchas moradas; que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso, a donde dice Él tiene sus deleites. ¿Pues qué tal os parece que será el aposento a donde un rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de su alma y la gran capacidad.

Y verdaderamente, apenas deben llegar nuestros

entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla; así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues Él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza. Pues si esto es, como lo es, no hay para que nos cansar en querer comprender la hermosura de este castillo; porque puesto que hay la diferencia de él a Dios, que del Criador a la criatura, pues es criatura, basta decir Su Majestad, que es hecha a su imagen, para que podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. No es pequeña lástima y confusión, que por nuestra culpa no entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quien somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no conociese ni supiese quién fué su padre; ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto (porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe) sabemos que tenemos alma; mas qué bienes puede haber en esta alma, u quién está dentro en esta alma, u el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos, y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste u cerca de este castillo, que son estos cuerpos.

FRANCISCO DE QUEVEDO (1580-1645)

I.—Letrilla

Que el viejo que con destreza
se ilumina, tiñe y pinta,
eche borrones de tinta
al papel de su cabeza:

que enmiende a naturaleza,
en sus locuras protervo;
que amanezca negro cuervo,
durmiendo blanca paloma:
con su pan se lo coma.

Que campe la muy traída,
de que la ven distraerse,
cuando de ninguno verse
puede, por aborrecida:
que se case envejecida
para concebir cada año,
no concibiendo el engaño
del que por mujer la toma:
con su pan se lo coma.

Que mucha conversación,
que es causa de menosprecio,
en la mujer del que es necio
sea de más ocasión;
que case con bendición
la blanca con el cornado,
sin que venga dispensado
el parentesco de Roma:
con su pan se lo coma.

Que la mujer deslenguada
(que a tantos hartó la gula)
hurte su cara a la bula
el renombre de cruzada,
que ande siempre persinada
de puro buena mujer,
y Calvario quiera ser,
cuando en los vicios Sodoma;
con su pan se lo coma.

Que el sastre que nos desuella,
haga con gran sentimiento
en la uña el testamento

de lo que agarró con ella;
que deba tanto a su estrella
que las faltas en sus obras
sean para su casa sobras
mientras la muerte no asoma,
con su pan se lo coma.

II.—La culta latiniparla

catecismo de vocablos para instruir a las mujeres cultas y hembrilatinas. Lleva un disparatorio como vocabulario, para interpretar y traducir las damas jeringozas que parlan el alcorán macarrónico; con el laberinto de las ocho palabras, compuesto por Aldrobando Anatema Cantacuzano, graduado en tinieblas, docto a oscuras, natural de las soledades de abajo, dirigido a doña Escolástica Poliantea de Calepino, señora de Trilingüe y Babilonia.

Cultigracia

A su marido, por el hastío que causa el tal nombre, llamará «mi *quotidie*, mi siempre; y a él se le deja su *sempiterna* a salvo para cuando nombre su mujer.

Si se ofreciere decir que despabilen las velas, dirá: «Suenan catarro luciente, excita esplendores, pañizuela de corte.»

Cuando llamare a las criadas no diga: hola Gómez, hola Sánchez; sino «*Unda* Gómez, *unda* Sánchez»; que *unda* y hola son lo propio, y ellas, aunque no lo entienden en latín, lo obedecen en romance, pues lo hunden todo.

Si hubiere de mandar que le compren un capón, o que se le asen, o que se le envíen (que es lo más posible), no le nombre, por excusar la compasión de lo

que le acuerda; llámele, «desgallo o tiple de plumas.»

Para decir caldo sustancial, dirá «*licor quiditativo*.»

A las rebanadas de pan llamará *planicies*.

Y porque la palabra *gota* es muy facinerosa, y para los oyentes abunda de cosquillas, si se ofreciere decir: Déme una gota de agua, o déme dos gotas de vino —diga: dénme una *podagra* de agua, o dénme dos *podagras* de vino.»

Al nudo ciego llamará «nudo *rezante*.»

Al queso, «cecina de leche.»

III.—De las epístolas del caballero de la tenaza

I. La limosna es obra pía si se hace de dinero propio: mas si (lo que Dios no quiera) se hiciese de dinero ajeno, sería obra cruel. Yo, señora, con las palabras querría declarar mi voluntad, y no con la bolsa. El tiempo es santo, la demanda justa, yo pecador, mal nos podemos concertar. No hay que dar, Dios lo provea, vaya con Dios, cierto que no tengo (que son todos los modos de despedir picaronas bergantanas). Madrid, todos los meses, y cada día, y cada hora que me hablare.

II. Díceme vuesa merced que me quiere tanto, que querría que no tuviese pesadumbre. Señora mía, déjeme vuesa merced, y sea lo que fuere, que aun no querría que me quitase pesadumbres. Y persuádase vuesa merced que a mí y al rey nos ha dado Dios dos ángeles de guarda: a él para que acierte, y a mí para que no dé. Dios dé a vuesa merced salud y vida.

IV.—EL GRAN TACAÑO

Argumento.—Pablos acompaña a Segovia a su amo Don Diego Coronel, que marcha allí a estudiar y caen en manos del licenciado Cabra, que está a punto de hacerlos perecer de hambre.

Pasan a Alcalá y se refieren escenas de la vida estudiantil. Después Pablos, separado de Don Diego, va a Segovia, Madrid, Toledo y Sevilla; en todas partes es burlador, aunque a veces las burlas caigan sobre sus costillas y no siempre acompañe la buena fortuna a sus hazañas de pícaro, timador, caballero fingido, jugador, cómico y autor de comedias, decidiendo, al fin, pasar a las Indias, en donde no mejoran ni sus costumbres ni su suerte.

La cena del licenciado Cabra

Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición: comieron una comida eterna sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una de ellas peligraba Narciso más que en la fuente: noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra a cada sorbo: cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula. Acabando de decirlo, echóse su escudilla a pechos, diciendo: todo esto es salud, y otro tanto ingenio. ¡Mal ingenio te acabel decía yo, cuando ví un mozo, medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabó aventurero a vueltas, dijo el maestro: ¿nabos hay? no hay para mí perdiz que se le iguale: coman, que me huelgo de verlos comer. Repartió a cada uno tan poco carnero que en lo que se les pegó a las uñas, y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de los participantes. Cabra los miraba, y decía: coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas. Mire usted, qué buen aliño para los que bostezaban de hambre. Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos y unos huesos, y dijo el pupilero: quede esto para los

criados, que también han de comer, no lo queramos todo. ¡Mal te haga Dios, y lo que has comido, lacerao, decía yo, que tal amenaza has hecho a mis tripas! Echó la bendición, y dijo: Ea, demos lugar a los criados, y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio no les haga mal lo que han comido. Entonces ya no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho, díjome que aprendiese modestia, y tres o cuatro sentencias viejas, y fuese. Sentámonos nosotros y yo que ví el negocio mal parado y que mis tripas pedían justicia, como más cano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y enboqueme de tres mendrugos los dos, y el un pellejo. Comenzaron los otros a gruñir; entró Cabra al ruido, diciendo: coman como hermanos, pues Dios les dá con qué, no riñan, que para todos hay. Volvióse al sol y dejónos solos.

V.—Muerte de Fileno

¡Ay, cómo en estos árboles sombríos,
no cantan ya los doctos rui señores!
¡Ay, qué turbios que van los sacros ríos,
qué pobre el prado está de hierba y flores!
Sin duda saben los trabajos míos,
pues en luto convierten los colores,
como que hasta las plantas de una en una
siguen el caducar de la fortuna.

Alegre un tiempo, cuando Dios quería,
pisé la ya enemiga y seca arena;
el curso le entretuve al agua fría
con voz de amores y de quejas llena;
mas ya la clara luz del blanco día
aborrecen mis ojos y mi pena;
lastimada de ver mi poca suerte,

hoy por mucha piedad, llega la muerte.

A manos de su mal Fileno muere,
tened lástima ¡oh montes! de su vida;
si algún rústico amor os toca y hiere
con punta a vuestras penas atrevida,
tal castigo merece quien tal quiere;
a tal vivir tal pena le es debida;
amé ¡quisiera Dios que verdad fuera,
y que sólo que amé, decir pudiera!

No te espantes de verme, fuente clara,
tan pobre de quietud y de sosiego,
que si a quien amo tu corriente amara,
de hielos libre te abrasara el fuego:
también tu tronco ¡oh mirto! se secara,
si en tí, como en mi pecho, ardiera el ciego;
pues si os mirara Lisí, es evidente
que ardieras, mirto, y que abrasaras, fuente...

VI.—Soneto

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, ví que el sol bebía
los arroyos de hielo desatados;
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó la luz del día.

Entré en mi casa, ví que amancillada,
de anciana habitación era despojos,
mi báculo más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada;
y no hallé cosa en qué poner los ojos,
que no fuese recuerdo de la muerte.

VII.—La vida de Marco Bruto

No le faltó estatua a Marco Bruto, que en Milán se la erigieron de bronce; y pasando César Octaviano por aquella ciudad, viéndola dijo a los magistrados: Vosotros no me sois leales, pues honráis a mi enemigo en mi presencia. Ellos turbados por no entenderle, dijeron que dijese quien era su enemigo. Señaló César la estatua de Marco Bruto. Afligiéronse todos, y César riendo, alabó a los insubres, porque aun después de la adversidad honraban los amigos, y mandó no quitasen la estatua de su lugar, dando a entender generosamente que vivía de manera que tampoco le aborreciera vivo. A esta propia estatua de Marco Bruto invocó C. Albutio Silo, como del vengador de las leyes y de la libertad.

La sabiduría romana, que tuvo por maestro a su pobreza para premiar la virtud y la valentía labró moneda con el cuño de la honra: batióla en el aire, y sin empobrecerse del oro y la plata tuvo caudal para satisfacer a los generosos y a los magnánimos. Puso asco para los premios ilustres en los metales, el verlos empleados en hartar ladrones y pagar adulterios y facilitar maldades, falsear leyes y escalar jueces. Por estos, aquellos padres condenaron la plata y oro a precio desautorizado de almas vendibles y de vidas mecánicas. Honraron con unas hojas de laurel una frente; dieron satisfacción con una insignia en el escudo a un linaje: pagaron grandes soberanas victorias con las aclamaciones de un triunfo; recompensaron vidas casi divinas con una estatua; y para que no decaeciesen de prerrogativas de tesoros los ramos y las yerbas y el mármol y las voces no las permitieron a la pretensión sino al mérito. Cobráronlas las hazañas; no las daban ni vendían la codicia ni la pasión.

VIII.—La política de Dios,
gobierno de Cristo, tiranía de Satanás

EL BUEN REY

El buen rey, señor, ha de cuidar, no sólo de su reino y de su familia, mas de su vestido y de su sombra; y no ha de contentarse con tener este cuidado; ha de hacer que los que le sirven y están a su lado, y sus amigos, vean que le tiene. Semejante atención reprime atrevimientos que ocasiona el divertimiento del príncipe en las personas que le asisten y acobarda las insidias de los enemigos que, desvelados, le espían. El ocio y la inclinación no ha de dar parte a otro en sus cuidados; porque el logro de los ambiciosos y su peligro y desprecio, está disimulado en lo que deja de lo que le toca. Quién divierte al rey, le depone, no le sirve. A esta causa, los que por tal camino pueden con los reyes se van fulminando el proceso con sus méritos; su buena dicha es su acusación, y hallan testigos contra si los medios que eligieron, y se ven con tanta culpa como autoridad; y al que puede, en lo que había de respetar y obedecer de lejos, nadie le aconseja por bueno sino aquello que después le sea fácil acusársele por malo; y en la adversidad, la calumnia, que es de bajo linaje y siempre ruines sus pensamientos, califica por fiscales los cómplices y los partícipes. Así lo enseñan siempre a todos, no escarmentando alguno, las historias y los sucesos. Es el caso de este Evangelio tal, que rey o monarca que no abriere los ojos en él y no despertase, da señas de difunto, que tiene la reputación en poder de la muerte.

IX.—La cuna y la sepultura.—CAP. III

¿De dónde viene este miedo de la muerte, que ha crecido tanto arrimado a la ignorancia, que aun oírla nombrar no quiere alguno, como si por el oído secretamente se le entrara? Pues esté cierto el más recatado, que presto padecerá la que ahora no quiere oír; y que en aquel estrecho, la voz nunca oída y la opinión siempre rehusada y la memoria que se despreció, y ella misma, se harán más ásperas; que sin duda, prevenida y imaginada y creída, no lo fuera.

Díme ¿para qué guardas tu memoria, o de qué te puede servir mejor que de acordarte de tí mismo? Si a tí te olvidas, eres como si no fueras, y ninguna memoria sino la de la muerte acuerda el hombre juntamente lo que es y lo que ha de ser. Si tomas mi consejo y el del Sabio, que dice: «Mejor es ir a la casa donde hay lágrimas que a la del convite, y mejor es el día de la muerte que el del nacimiento;» tu oírás de buena gana y buscarás las conversaciones donde se tratare de la muerte; y a solas no te acompañarás de otra cosa que de su memoria: y así verás que la mucha conversación en ella, como en otras cosas, será causa de menosprecio. Dichoso serás y sabio habrás sido, si cuando la muerte venga no te quitare sino la vida solamente; que en los necios no solo quita la vida, sino la confianza necia, el descuido bestial, el amor de las cosas temporales; todo lo cual habrás tú dejado antes, y así aliviarás mucho la postrera hora. ¡Dichoso aquel que en su fin da a la muerte lo que pide, y desdichado del que la defiende a ella, y la niega lo que la debe y ha de cobrar!

Por este modo, pues, debes apartar todas las cosas de las opiniones que las afean y hacen espantables, y

anteponer a todo la paz de tu alma, y no tener por precioso lo que no sirviere a la quietud y libertad de tu espíritu.

CERVANTES SAAVEDRA (1547-1616)

I. — De “Pérsiles y Sigismunda”

Antes que de la mente eterna fuera saliesen los espíritus alados, y antes de que la veloz ó tarda esfera tuviese movimientos señalados, y antes que aquella escuridad primera los cabellos del sol viese dorados, fabricó para sí Dios una casa de santísima, limpia y pura masa.

Los altos y fortísimos cimientos sobre humildad profunda se fundaron, y mientras más á la humildad atentos, más la fábrica Regia levantaron; pasó la tierra, pasó el mar, los vientos atrás, como más bajos, se quedaron; el fuego pasa, y con igual fortuna debajo de sus pies tiene la luna.

De fe son los pilares, de esperanza los muros: esta fábrica bendita ciñe la caridad, por quien se alcanza duración, como Dios, siempre infinita: su recreo se aumenta en su templanza, su prudencia los grados facilita del bien que ha de gozar, por la grandeza de su mucha justicia y fortaleza.

Adornan este alcázar soberano profundos pozos, perenales fuentes, huertos cerrados, cuyo fruto sano

es bendición y gloria de las gentes. Están á la siniestra y diestra mano cipreses altos, palmas eminentes, altos cedros, clarísimos espejos, que dan lumbre de gracia cerca y lejos.

El cinamomo, el plátano y la rosa de Hiericó se halla en sus jardines, con aquella color, y aun más hermosa, de los más abrasados querubines; del pecado la sombra tenebrosa ni llega ni se acerca a sus confines: todo es luz, todo es gloria, todo es cielo, este edificio que hoy se muestra al suelo.

De Salomón el templo se nos muestra hoy con la perfección á Dios posible, donde no se oyó golpe que la diestra mano diese á la obra conveniente: hoy haciendo de sí gloriosa muestra, salió la luz del sol inaccesible; hoy nuevo resplandor ha dado al día la clarísima estrella de María...

II.—Canción segunda de la pérdida de la armada
Invencible

Madre de los valientes de la guerra,
archivo de católicos soldados,
crisol donde el amor de Dios se apura
tierra donde se vee que el cielo entierra
los que han de ser al cielo trasladados
por defensores de la fee más pura:
no te parezca acaso desventura
¡o España, madre nuestra!
ver que tus hijos vuelven a tu seno

dejando el mar de tus desgracias lleno;
pues no los vuelve la contraria diestra,
vuélvelos la borrasca incontrastable
del viento, mar, y el cielo que consiente
que se alce un poco la enemiga frente,
odiosa al cielo, al suelo detestable,
porque entonces es cierta la caída
cuando es soberbia y vana la subida.

Abre tus brazos y recoge en ellos
los que vuelven confusos, no rendidos,
pues no se excusa lo que el cielo ordena
ni puede en ningún tiempo los cabellos
tener alguno con la mano asidos
de la calva ocasión en suerte buena,
ni es de acero o diamante la cadena
con que se enlaza y tiene
el buen suceso en los marciales casos
y los más fuertes bríos quedan lasos
del que a los brazos con el viento viene;
y esta vuelta que vees desordenada
sin duda entiendo que ha de ser la vuelta
del toro, para dar mortal revuelta
a la gente con cuerpo desalmada;
que el cielo aunque se tarda no es amigo,
de dejar las maldades sin castigo...

III.—Viaje del Parnaso.—CAPÍTULO IV

Suele la indignación componer versos;
pero si el indignado es algún tonto,
ellos tendrán su todo de perversos.

De mí yo no sé más sino que pronto
me hallé para decir en tercia rima
lo que no dijo el desterrado al Ponto.

Y así le dije a Delio:—No se estima,

Señor, del vulgo vano el que te sigue
y al árbol sacro del laurel se arrima.

La envidia y la ignorancia le persigue,
y así envidiado siempre y perseguido,
el bien que espera por jamás consigue.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
con que al mundo la hermosa *Galatea*
salió para librarse del olvido.

Soy por quien la *Confusa* nada fea
pareció en los teatros admirable,
si esto a su fama es justo se le crea.

Yo con estilo en parte razonable,
he compuesto *Comedias*, que en su tiempo
tuvieron de lo grave y de lo afile.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
al pecho melancólico y mohino
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invención excede
a muchos, y al que falta en esta parte,
es fuerza que su fama falta quede.

Desde mis tiernos años amé el arte
dulce de la agradable poesía,
y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la humilde pluma mía
por la región satírica, bajeza
que a infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza,
por honra principal de mis escritos:
voto a Dios que me espanta esta grandeza...

IV.—De “La Entretenida”

«Tristes de las mozas su cargada nave
a quien trujo el cielo de malos empleos;
por casas ajenas pero, ya que falte
a servir a dueños; este detrimento,
que entre mil, no salen sobran los del alma,
cuatro apenas buenos; que no tienen cuento.
que los más son torpes «Ven acá, suciona,
y de antojos feos. ¿dónde está el pañuelo?
Pues ¿qué, si la triste La escoba te hurtaron
acierta a dar celos y un plato pequeño.
al ama, que piensa Buen salario ganas,
que le hace tuerto? dél pagarme pienso,
Ajenas ofensas porque despabilen
pagan sus cabellos, los ojos y el seso.
oyen sus oídos Vas, y nunca vuelves,
siempre vituperios, y tienes bureo
parece la casa con Sancho en la calle,
un confuso infierno; con Mingo y con Pedro».
que los celos siempre Otra vez repito
fueron vocingleros, con cansado aliento,
La tierna fregona con lágrimas tristes
con silencio y miedo y suspiros tiernos:
pasa sus desdichas, Triste la moza
malogra requiebros, a quien trujo el cielo
porque jamás llega por casas ajenas...
a felice puerto

V.—Del “Quijote”

«¡Oh, tú que estás en tu lecho
entre sábanas de Holanda,
durmiendo a pierna tendida
de la noche a la mañana,
caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,

más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia!
Oye a una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas;
das las heridas, y niegas
el remedio de sanarlas.
Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia
o en las montañas de Jaca;
si sierpes te dieron leche,
si a dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
a una tigre fiera y brava.
Por esto será famosa
desde Henares a Jarama,
desde el Tajo a Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,
que de oro la adornan franjas.
¡Oh, quién se viera en tus brazos,
o si no, junto a tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna.

de merced tan señalada;
los pies quisiera raerte,
que a una humilde esto le basta.
¡Oh, qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de Damasco,
qué de herreruelos de Holandal
¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que, a no tener compañeras,
las Solas fueran llamadas!
No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Nerón manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, pulcela tierna,
mi edad de quince no pasa:
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca;
los cabellos como lirios,
que, en pie, por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
que a la que es más dulce iguala,
y soy de disposición
algo menos que mediana.
Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba;
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman».

VI.—De “La Entretenida”

Por Tí, Virgen hermosa, esparce ufano,
contra el rigor con que amenaza el cielo,
entre los surcos del labrado suelo,
el pobre labrador el rico grano,

Por Tí, surca las aguas del mar cano
el mercader en débil leño a vuelo:
y en el rigor del sol, como del hielo,
pisa alegre el soldado el risco y llano.

Por Tí, infinitas veces, va perdida
la fuerza del que busca y del que ruega,
se cobra y se promete la victoria.

Por Tí, báculo fuerte de la vida
tal vez se aspira a lo imposible y llega
el deseo a las puertas de la gloria.

¡Oh, esperanza notoria,
amiga de alentar los desmayados,
aunque estén en miserias sepultados!

VII.—De “Pérsiles y Sigismunda”

Huye el rigor de la invencible mano,
advertido, y enciérrese en el arca,
de todo el mundo el general monarca
con las reliquias del linaje humano.

El dilatado asilo, el soberano
lugar rompe los fueros de la Parca,
que entonces fiera y licenciosa abarca
cuando alienta y respira el aire vano.

Vense en la excelsa máquina encerrarse
el león y el cordero, y en segura
paz la paloma al fiero halcón unida,
sin ser milagro lo discorde amarse;
que en el común peligro y desventura
la natural inclinación se olvida.

VIII.—A un valentón metido a pordiosero

Un valentón de espátula y gregüesco,
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica
mas no del ejercicio picaresco;
retorciendo el mostacho soldadesco,
por ver que ya su bolsa le repica,
a un corrillo llegó de gente rica,
y en el nombre de Dios pidió refresco.

Den voacedes, por Dios, a mi pobreza,
les dice: donde no, por ocho santos
que haré lo que hacer suelo sin tardanza.

Mas uno que a sacar la espada empieza,
—¿Con quién habla, le dijo, el tiracantos?
Si limosna no alcanza,
qué es lo que suele hacer en tal querella?—
Respondió el bravonel: Irme sin ella.

IX.—Numancia

Argumento.—El general Cipión arenga a los soldados romanos sitiadores de Numancia deseoso de vencer la resistencia de los numantinos; estos le envían una embajada con proposiciones que rechaza. España se queja de la suerte de Numancia y la consuela el río Duero profetizando la grandeza española en la época de Felipe II. Los numantinos se reúnen en consejo; los agüeros son todos desfavorables, tanto en los sacrificios de los sacerdotes como en la evocación del cuerpo muerto hecha por Marquino; proponen a Cipión dirimir la contienda por un combate singular, y no acepta; los numantinos deciden quemar sus riquezas y morir todos y así lo hacen, acosados por la Guerra, el Hambre y la Enfermedad que aparecen personificadas. En estas escenas de desolación es notable la muerte de Morandro por proporcionar pán a su amada Lira. Termina la obra con los loores de la Fama.

ACTO III.—TEÓGENES, CORABINO, MUJER 1.^a, LIRA

- T. Limpiad los ojos húmedos del llanto,
mujeres tiernas, y tené entendido
que vuestra angustia la sentimos tanto
que responde al amor nuestro subido.
Ora crezca el dolor, ora el quebranto,
sea por nuestro bien disminuído
jamás en vida o muerte os dejaremos,
antes en muerte y vida os serviremos...
Solo se ha de mirar que el enemigo
no alcance de nosotros triunfo y gloria,
antes ha de servir él de testigo
que pruebe y eternice nuestra historia;
y si todos venís en lo que digo
mil siglos durará nuestra memoria;
y es que no quede cosa aquí en Numancia
de do el contrario pueda haber ganancia.
En medio de la plaza se haga un fuego,
en cuya ardiente llama licenciosa
nuestras riquezas todas se echen luego,
desde la pobre a la más rica cosa;
y esto podéis tener a dulce juego,
cuando os declare la intención honrosa
que se ha de efectuar, después que sea
abrasada cualquier rica presea.
y para entretener por alguna hora
la hambre, que ya roe nuestros huesos,
haréis descuartizar luego a la hora
esos viles romanos que están presos,
y sin del chico al grande hacer mejora
repártanse entre todos, que con esos
será nuestra comida celebrada
por extraña, cruel, necesitada.
Amigos, ¿qué os parece? ¿Estais en esto?

- C. Digo que a mí me tiene satisfecho, y que a la ejecución se venga presto de tan terrible mas forzoso hecho.
- T. Pues yo de mi intención os diré el resto. Después que sea lo que digo hecho, vamos a ser ministros todos luego de encender el ardiente y voraz fuego
- M. 1.^a Nosotras desde aquí ya comenzamos a dar con voluntad nuestros arreos, y la vida a las vuestras entregamos, como se han entregado los deseos.
- L. Ea, pues, caminemos; vamos, vamos. Y abrásense en un punto los trofeos, que pudieran hacer ricas las manos y la codicia hartar de los romanos.

X.—El juez de los divorcios

Argumento.—Ante el juez de los divorcios comparecen, un viejo y su mujer Mariana, un soldado y Doña Guiomar, un cirujano y Aldonza, y un ganapán que con pintorescas razones solicitan ser separados. Termina la sencillísima trama con la aparición de unos músicos que vienen a invitar al juez a una fiesta organizada por un matrimonio que él había apaciguado y que cantan unas coplas en que el estribillo es que

más vale el peor concierto
que no el divorcio mejor.

CIRUJANO, JUEZ, PROCURADOR, ALDONZA

Entra uno vestido de médico y es cirujano; y Aldonza de Minjaca, su mujer.

- C. Por cuatro causas bien bastantes vengó a pedir a vuesa merced, señor juez, haga divorcio entre mí y la señora doña Aldonza de Minjaca, mi mujer que está presente.
- J. Resoluto venís: decid las cuatro causas.

- C. La primera, porque no la puedo ver más que a todos los diablos: la segunda, por lo que ella se sabe: la tercera, por lo que yo me callo: la cuarta, porque no me lleven los demonios, cuando de esta vida vaya, si he de durar en su compañía hasta mi muerte.
- P. Bastantísimamente ha probado su intención.
- A. Señor juez: vuestra merced me oiga; y advierta que si mi marido pide por cuatro causas divorcio, yo le pido por cuatrocientas. La primera, porque cada vez que le veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer; la segunda, porque fui engañada cuando con él me casé; porque él dijo que era médico de pulso, y remaneció cirujano, y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades, que va a decir de esto a médico la mitad del justo precio: la tercera, porque tiene celos del sol que me toca: la cuarta, que como no le puedo ver, querría estar apartada de él dos millones de leguas.
- E. ¿Quién diablos acertará a concertar estos relojes, estando las ruedas tan desconcertadas?
- A. La quinta...
- J. Señora, señora, si pensáis decir aquí todas las cuatrocientas causas, yo no estoy para escuchallas, ni hay lugar para ello: vuestro negocio se recibe a prueba, y andad con Dios, que hay otros negocios que despachar.
- C. ¿Qué más pruebas, sino que yo no quiero morir con ella, ni ella gusta de vivir conmigo?
- J. Si eso bastase para descasarse los casados, infinitísimos sacudirían de sus hombros el yugo del matrimonio.

XI.—LA GALATEA

Argumento.—Galatea es una gentil pastora de la que están enamorados Erastro y Elicio; éstos, con otros varios pastores,—Florisa, Teolinda, Tirsi—buscan al ermitaño Silerio, el cual refiere su historia; al final, después de varios incidentes, aparecen Nisida, amada de Silerio, y su amigo Timbrio. Con esto se enlazan las historias de otros pastores, en las que siempre el sentimiento amoroso es el eje de la acción.

El valle de los cipreses

Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron a entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era extraño y maravilloso, que aun a los mismos que muchas veces le habían visto, causaba nueva admiración y gusto. Levántase en una parte de la ribera del famoso Tajo, en cuatro diferentes y compuestas partes, cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida; los cuales mismos collados se estrechan de modo que vienen a formar cuatro largas y apacibles calles, a quien hacen pared de todos lados, altos e infinitos cipreses, puestos por tal orden y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve a pasar ni salir un punto más de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretrejidos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas y puntosas cambroneras. De trecho en trecho de estas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda yerba, claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen

su nacimiento. Es el remate y fin de estas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman, en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente de blanco y de precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tíbuli y las soberbias de la antigua Trinacria no le pueden ser comparadas.

XII.—PÉRSILES Y SIGISMUNDA

Argumento.—Segismunda, hija del rey de Fislândia, está prometida al hijo mayor del rey de Islandia, pero ella, que está enamorada del hermano de su prometido, Persiles, huye con éste con objeto de llegar a Roma para que el Sumo Pontífice autorice su matrimonio. Con los nombres de Periandro y Auristela y haciendo creer a todos que son hermanos recorren los países del Norte de Europa, librándose de numerosos riesgos; llegan a Lisboa, y desde allí, atravesando Portugal, España y parte de Francia e Italia, llegan a Roma, consiguiendo al fin su propósito.

Tempestad

Cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos, dando por mensajeros a los relámpagos tras quien se siguen, comenzaron a turbar los marineros, y a deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así a un mismo tiempo los cogió la turbación y la tormenta: pero no por eso dejó cada uno de acudir a su oficio, y hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para excusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen a gran ventura tan duros abrazos.

Mauricio se abrazó con Transila su hija. Antonio con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sólo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecía su congoja, que era el de la muerte a quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religión, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos y hechos un nudo y por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros, y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos; o por mejor decir, la temían sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga es espantosa, y la que coge a un desapercibido en todas sus fuerzas y salud es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oían voces que mandaban, sino gritos de plegarias y votos que hacían y a los cielos se enviaban. No había allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que afinase el lugar donde estaban: todo era confusión, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias.

XIII.—RINCONETE Y CORTADILLO

Argumento.—Rincón y Cortado, conocidos por los nombres de Rinconete y Cortadillo, se encuentran en la venta del Molinillo y, después de jugar una mala pasada a un arriero, llegan a Sevilla. Allí ingresan en la cofradía de hampones sabiamente regida por

Monipodio, el cual se informa de las habilidades de los nuevos compañeros. Con este motivo hay una animada pintura de la vida del hampa sevillana, apareciendo numerosos tipos, admirables de realidad; entre otros los de Chiquiznaque, Repolido, la Cariharta y la vieja Pipota, que pone caudelas a los santos para que éstos protejan en sus negocios a los amigos de Monipodio. La novela queda interrumpida y pudo muy bien ser continuada.

Volviendo pues a nuestro propósito, dijo Monipodio, querría saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme a vuestra inclinación y habilidad. Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de villano: entiéndeseme el retén: tengo buena vista para el humillo: juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho: no se me va por pies el raspadillo, berrugueta y el colmillo; éntrome en la boca del lobo como por mi casa; y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados. Principios son, dijo Monipodio; pero todas esas son flores de cantueso viejas, y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco, que se deje matar de media noche abajo; pero andará el tiempo y vernos hemos: que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro. Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades, respondió Rinconete. Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis? preguntó Monipodio. Yo, respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento a una faldriquera con mucha puntualidad y destreza. ¿Sabéis más? dijo Monipodio. No, por mis grandes pecados, respondió Cortadillo. No os aflijáis, hijo, replicó Monipodio, que a puerto y escuela habéis llegado donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy

bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. ¿Y en esto del ánimo, cómo os va, hijos? ¿Cómo nos ha de ir, respondió Rinconete, sino muy bien? Animo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren a nuestro arte y ejercicio. Está bien, replicó Monipodio, pero querría yo que también le tuviédeses para sufrir, si fuese menester, media docena de ansias sin desplegar los labios, y sin decir esta boca es mía. Ya sabemos aquí, dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimo: porque no somos tan ignorantes que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja; y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida o su muerte, como si tuviera más letras un no que un sí. Alto, no es menester más, dijo a esta sazón Monipodio: digo que sola esa razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde luego asentéis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año de noviciado. Yo soy dese parecer, dijo uno de los bravos, y a una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habían estado escuchando; y pidieron a Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo. Él respondió, que por dalles contento a todos, desde aquel punto se las concedía.

XIV.—DON QUIJOTE DE LA MANCHA

II PARTE.—Prólogo al lector

¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vi-

tuperios del autor del segundo *Don Quijote*, digo, de aquel qué dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona! Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen a los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido también que me llame envidioso, y que, como a ignorante, me describa qué cosa sea la envidia; que, en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino a la santa, a la noble y bien intencionada; y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura el ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien

parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupación continua y virtuosa. Pero, en efecto, le agradezco a este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas; y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo.

Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares a conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama; y para confirmación desto, quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento.

Había en Sevilla un loco que dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fué, que hizo un cañuto de caña, puntiagudo en el fin, y en cogiendo algún perro en la calle o en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole, le ponía redondo como una pelota; y en teniéndolo desta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo a los circunstantes que siempre eran muchos: «¿Pensarán vuestas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?»—¿Pensará vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?—Y

si este cuento no cuadrare, dirásle lector amigo, éste, que también es de loco y de perro.

Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol o un canto muy liviano; y en topando algún perro descuidado, se le ponía junto, y a plomo dejaba caer sobre él el peso; amohinábase el perro, y dando ladridos y ahullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros que descargó la carga, fué uno un perro de un bonetero, a quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano; y a cada palo que le daba, decía: «¿Perro, ladrón? ¿A mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro?» Y repitiéndose el nombre de *podenco* muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y más de un mes no salió a la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse a descargar la piedra, decía: «Este es podenco; ¡guarda!» En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos o gozques, decía que eran podencos; y así, no soltó más el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer a este historiador: que no se atreverá a soltar más la losa de su ingenio en libros, que en siendo malos, son más duros que las peñas. Dile también que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite; que acomodándome al entremés famoso de *La Perendenga*, le respondo que me viva el Veinticuatro mi señor, y Cristo con todos. Viva el gran Conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad, bien conocida, contra todos los golpes de

mi corta fortuna me tiene en pie; y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas; y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que los solicite adulación mía ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado a su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra, puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anular a la nobleza, pero no escurecerlas del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez, viene a ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida. Y no le digas más ni yo quiero decirte más a tí, sino advertirte que consideres que esta *Segunda parte de Don Quijote* que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera; y que en ella te doy a Don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta también que un hombre honrado haya dado noticias destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, hace que no se estimen y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábase de decirte que esperes el *Persiles*, que ya estoy acabando, y la *Segunda parte de Galatea*.

LOPE DE VEGA (1562-1635)

I.—Himnos.—Stabat Mater Dolorosa

La Madre piadosa estaba
junto a la cruz, y lloraba
mientras el Hijo pendía;
cuya alma triste y llorosa,
traspasada y dolorosa
fiero cuchillo tenía.
¡Oh cuán triste, oh cuán aflita
se vió la Madre bendita,
de tantos tormentos llena,
cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena!
y ¿cuál hombre no llorara
si la madre contemplara
de Cristo en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
piadosa Madre si os viera
sujeta a tanto rigor?
Por los pecados del mundo
vió a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre,
y muriendo el Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su padre.
¡Oh Madre, fuente de amor,
hazme sentir tu dolor
para que lllore contigo!
y que por mi Cristo amado
mi corazón abrasado,
más viva en él que conmigo;
y porque amarle me anime,

en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en sí;
y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora
las que padeció por mí.
Hazme contigo llorar,
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo;
porque acompañar deseo
en la cruz donde le veo,
tu corazón compasivo.
Virgen de vírgenes santas,
llore yo con ansias tantas,
que el llanto dulce me sea;
porque su pasión y muerte
tenga en mi alma de suerte,
que siempre sus penas vea.
Haz que su cruz me enamore,
y que en ella viva y more,
de mi fe y amor indicio;
porque me inflame y me encienda,
y contigo me defienda
en el día del juicio:
haz que me ampare la muerte
de Cristo cuando en tan fuerte
trance vida y alma estén;
porque cuando quede en calma
el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria. *Amén.*

II.—Canción

¡Oh libertad preciosa,
no comparada al oro
ni al bien mayor de la espaciosa tierra;
más rica y más gozosa

que el precioso tesoro
que el mar del sur entre su nácar cierra,
con armas, sangre y guerra,
con las vidas y famas,
conquistado en el mundo;
paz dulce, amor profundo,
que el mal apartas y a tu bien nos llamas;
en tí sola se anida .
oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Cuando de las humanas
tinieblas ví del cielo
la luz, principio de mis dulces días;
aquellas tres hermanas,
que nuestro humano velo
tejiendo, llevan por inciertas vías,
las duras penas mías
trocaron en la gloria
que en libertad poseo
con siempre igual deseo,
donde verá por mi dichosa historia,
quien más leyere en ella,
que es dulce libertad lo menos della.

Yo pues, Señor, exento
desta montaña y prado,
gozo la gloria y libertad que tengo.
Soberbio pensamiento
jamás ha derribado
la vida humilde y pobre que entretengo.
Cuando a las manos vengo
con el muchacho ciego,
haciendo rostro embisto,
venzo, triunfo y resisto
la flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
y con libre albedrío
lloro el ajeno mal y canto el mío...

III.—De “Los tellos de Meneses”

¡Cuán bienaventurado
puede llamarse el hombre
que con oscuro nombre
vive en su casa, honrado
de su familia, atenta
a lo que más le agrada y le contenta!
Sus deseos no buscan
la corte de los reyes,
adonde tantas leyes
la ley primera ofuscan,
y por el nuevo traje
la simple antigüedad padece ultraje...
Yo salgo con la aurora
por estos verdes prados,
aun antes de pisados
del blando pie de Flora,
quebrando algunos hielos
tal vez de los cuajados arroyuelos.
Miro con el cuidado
que salen mis pastores;
los ganados mayores
ir retozando al prado,
y humildes a sus leyes,
a los barbechos conducir los bueyes.
Aquí las yeguas blancas
entre las rubias reses,
las emes de Meneses
impresas en las ancas,
relinchan por los potros,
viéndolos retozar unos con otros.
Vuelvo, y al medio día
la comida abundante

no me pone arrogante;
que no pienso que es mía;
porque mirando al cielo,
el dueño adoro con humilde celo.
Todos los años miro
la limosna que he dado
y lo que me ha quedado,
y diciendo suspiro
viendo lo que se aumenta:
«Siempre me alcanza Dios en esta cuenta».
Voy a ver por la tarde,
ya cuando el sol se humilla,
por esta verde orilla,
el esmaltado alarde
de tantas arboledas,
locos pavones de sus verdes ruedas;
y, como en ellas ojos,
frutas entre sus hojas,
blancas, pálidas, rojas,
del verano despojos,
y en sus ramas suaves,
canciones cultas componer las aves.
Cuando la noche baja
y al claro sol se atreve,
cena me aguarda breve,
de la salud ventaja;
que, aunque con menos sueño,
más alentado se levanta el dueño.
De todo lo que digo
le doy gracias al cielo,
que fertiliza el suelo
tan liberal conmigo;
porque quien no agradece
la deuda al cielo, ni vivir merece.

IV.—Arte nuevo de hacer comedias

No porque yo ignorase los preceptos,
gracias a Dios, que ya Tirón gramático,
pasé los libros que trataban desto,
antes que hubiese visto al sol diez veces
discurrir desde el Aries a los Peces;
mas porque, en fin, hallé que las comedias
estaban en España en aquel tiempo,
no como sus primeros inventores
pensaron que en el mundo se escribieran,
mas como las trataron muchos bárbaros,
que enseñaron el vulgo a sus rudezas;
y así se introdujeron de tal modo,
que quien con arte ahora las escribe,
muere sin fama y galardón; que puede
entre los que carecen de su lumbre,
más que razón y fuerza, la costumbre.

Verdad es que yo he escrito algunas veces
siguiendo el arte que conocen pocos;
mas luego que salir por otra parte
veo los monstruos de apariencias llenos,
adonde acude el vulgo y las mujeres,
que este triste ejercicio canonizan,
a aquel hábito bárbaro me vuelvo;
y cuando he de escribir una comedia,
encierro los preceptos con seis llaves,
saco a Terencio y Plauto de mi estudio,
para que no me den voces; que suele
dar gritos la verdad en libros mudos;
y escribo por el arte que inventaron
los que el vulgar aplauso pretendieron
porque, como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.

V.—La Gatomaquia

SILVA PRIMERA

...Entre esta generosa ilustre gente
Vino un gato valiente,
De hocico agudo y de narices romo,
Blanco de pecho y piés, negro de lomo,
Que Micifuf tenía
Por nombre, en gala, cola y gallardía,
Célebre en toda parte
Por un zapinarciso y gatimarte.
Este, luego que vió la bella gata
Más reluciente que fregada plata,
Tan perdido quedó, que noche y día
Paseaba el tejado en que vivía,
Con pajes y lacayos de librea;
Que nunca sirve mal quien bien desea.
Y sucedióle bien, pues luego quiso
¡Oh gata ingrata! a Micifuf Narciso,
Dando a Marramaquiz celos y enojos.
No sé por cuál razón puso los ojos
En Micifuf, quitándole al primero
Con súbita mudanza,
El antiguo favor y la esperanza.
¡Oh cuánto puede un gato forastero,
Y más siendo galán y bien hablado,
De pelo rizo y garbo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas;
No hay que fiar de gatas melindrosas.
¿Quién pensára que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel y inexorable,
Y que al galán Marramaquiz dejara
Por un gato que vió de buena cara,
Después de haberle dado

Un pié de puerco hurtado,
Pedazos de tocino y de salchichas?
¡Oh cuán poco en las dichas
Está firme el amor y la fortuna!
¿En qué mujer habrá firmeza alguna?
¿Quién tendrá confianza,
Si quien dijo mujer dijo mudanza?
Marramaquiz con ansias y desvelos
Vino a enfermar de celos,
Porque ninguna cosa le alegraba.
Finalmente, Merlin, que le curaba,
Gato de cuyas canas, nombre y ciencia
Era notoria a todos la experiencia,
Mandó que se sangrase,
Y como no bastase,
Vino a verle su dama,
Aunque tenía en un desván la cama,
Adonde la carroza no podía
Subir, por alta y por la estrecha vía;
Pero, en fin, apeada
Entró, de su escudero acompañada.
Mirándose los dos severamente,
Después de sosegado el accidente...

VI.—FUENTE OVEJUNA

Argumento.—El pueblo de Fuente Ovejuna pertenecía a la orden de Calatrava, y su comendador Fernán Gómez de Guzmán cometió todo género de atropellos en los villanos. Regresando Fernán Gómez de defender Ciudad Real por doña Juana contra los Reyes Católicos, impide el matrimonio de Frondoso y Laurencia, a los que prende. El pueblo, indignado, mata al Comendador, y al juez pesquisidor que envían, responden todos en el tormento que le mató Fuente Ovejuna; en la imposibilidad de encontrar al autor del delito, son perdonados y pasa Fuente Ovejuna al dominio real.

ACTO III.—ESCENA XVIII

LIN JUEZ, ESTEBAN, LIN NIÑO, PASCUALA Y MENGÓ; *en la cárcel inmediata*, Dichos.

JUEZ. (*Dentro*) Decid la verdad, buen viejo.
FRONDOSO. Un viejo, Laurencia mía, atormentan.
LAURENCIA. ¡Qué porfial!
ESTEBAN. (*Dentro*) Déjenme un poco.
J. Ya os deajo.
Decid, ¿quién mató a Fernando?
E. Fuente Ovejuna lo hizo.
L. Tu nombre, padre, eternizo.
F. ¡Bravo caso!
.....
J. Ese muchacho aprieta. Perro, yo sé que lo sabes. Dí quién fué.
¿Callas? Aprieta, borracho.
NIÑO. (*Dentro*) Fuente Ovejuna, señor.
J. ¡Por vida del rey, villanos, que os ahorque con mis manos! ¿Quién mató al Comendador?
F. ¡Que a un niño le den tormento, y niegue de aquesta suerte! ¡Bravo pueblo!
L. Bravo y fuerte.
F. Esa mujer al momento en ese potro tened.
Dale esa mancuera luego.
L. Ya está de cólera ciego.
J. Que os he de matar creed, en este potro, villanos. ¿Quién mató al Comendador?

PASCUALA (*Dentro*) Fuente Ovejuna, señor.
J. Dale.
F. Pensamientos vanos.
L. Pascuala niega, Frondoso.
F. Niegan niños: ¿qué te espanta?
J. Parece que los encantas.
Aprieta.
P. ¡Ay cielo piadosol
J. Aprieta, infame. ¿Estás sordo?
P. Fuente Ovejuna lo hizo.
J. Traedme aquel más rollizo,
ese desnudo, ese gordo.
L. ¡Pobre Mengo! El es sin duda.
F. Temo que ha de confesar.
MENGO (*Dentro*) ¡Ay, ay!
J. Comienza a apretar.
M. ¡Ay!
J. ¿Es menester ayuda?
M. ¡Ay, ay!
J. ¿Quién mató, villano,
al señor Comendador?
M. ¡Ay, yo lo diré, señor!
J. Afloja un poco la mano.
F. Él confiesa.
J. Al palo aplica
la espalda.
M. Quedo; que yo
lo diré.
J. ¿Quién lo mató?
M. Señor, Fuente Ovejuna.
J. ¿Hay tan gran bellaquería?
Del dolor se están burlando.
En quien estaba esperando
niega con mayor porfía.
Dejadlos, que estoy cansado

F. ¡Oh, Mengo, bien te haga Dios!
Temor que tuve de dos,
el tuyo me le ha quitado.

ESCENA XXIV

EL JUEZ. — *Dichos*

J. A Fuente Ovejuna fui
de la suerte que has mandado,
y con especial cuidado
y diligencia asistí.
Haciendo averiguación
del cometido delito,
una hoja no se ha escrito
que sea en comprobación;
porque conformes a una,
con un valeroso pecho,
en pidiendo quién lo ha hecho,
responden «Fuente Ovejuna».
Trescientos he atormentado
con no pequeño rigor,
y te prometo, señor,
que más que esto no he sacado,
hasta niños de diez años
al potro arrimé y no ha sido
posible haberlo inquirido
ni por halagos ni engaños.
Y pues tan mal se acomoda
el poderlo averiguar,
o los has de perdonar,
o matar la villa toda.
Todos vienen ante tí
para más certificarte:
dellos podrás informarte.
REY. Que entren, pues vienen, les dí.

VII.—LA MOZA DE CÁNTARO

Argumento.—Doña María de Guzmán, dama de Ronda, da muerte a uno de sus pretendientes, por haber abofeteado a su anciano padre. Huyendo de la justicia, marcha a Madrid, y ocultando su condición entra como moza de cántaro al servicio de un indiano. Tomándola por tal se enamora de ella un caballero, don Juan, que desprecia el amor de otra dama; va a verla a la fuente y llega a ofrecerle su mano. Doña María acepta y declara su verdadera personalidad.

ACTO II.—ESCENA VII

DON JUAN Y DOÑA MARÍA

- D. J. Dicha he tenido, por Dios.—
Isabel, ¿adónde bueno?
- D.^a M. ¿Adónde, bueno, Isabel?
Adonde hallase un requiebro.
¿Pensáis que no tengo yo
mi poco de entendimiento?
- D. J. Bien conozco que no ignoras
tanto; que a veces sospecho
que finges lo que no entiendes.
- D.^a M. Lo que no quiero no entiendo.
Pero a la fe, que me admira
que un caballero tan cuerdo
y tan galán como vos
humille sus pensamientos
a una mujer como yo.
¿Sois pobre?
- D. J. Pues ¿a qué efecto
me preguntas si soy pobre?
- D.^a M. Porque si os falta dinero
para pretensiones altas,
no tengo por mal acuerdo

requebrar lo que, a la cuenta
del entendimiento vuestro,
os costará zapatillas,
ligas, medias y un sombrero
para el río con su banda,
avantal de lienzo grueso,
chinelas ya sin virillas
(que solía en otro tiempo
en los piés de las mujeres
la plata barrer el suelo),
castañetas, cintas, tocas;
que para últimos empleos
de las damas, fondo en ángel,
no hay plata en el alto cerro
del Potosí, perlas ni oro
en los orientales reinos.
Más pienso que os costarían
las randas de un telarejo
que una legión de fregonas.

D. J. No juzgarás mis deseos
por el camino que dices,
si te dijera el espejo
el despejo de tu talle.

D.^a M. ¿Espejo y despejo? ¡Bueno!
Ya con cuidado me habláis,
porque en efecto os parezo
mujer que os puedo entender.
Pues yo os prometo que puedo:
pero el estar enseñada
a oír vocablos groseros
de un indiano miserable,
«Vé por esto, vuelve presto,
Esto guisa, aquello deja,
¿limpiaste aquel ferreruelo?
vé por nieve, trae carbón,

esto está sin sal, aquello
sin agrio, llama a ese esclavo,
este lava, y dame un lienzo,
¿como gasta tanta azúcar?
Para madrugar me acuesto,
despiértame de mañana,
pon la mesa, luego vuelvo;
y otras cosas de este porte
me han quitado el sentimiento
de otras razones más grandes,
no porque no las entiendo.
En efecto ¿qué queréis?

D. J. Que me quieras en efecto.

TIRSO DE MOLINA (1571-1648)

I.—LA PRUDENCIA EN LA MUJER

Argumento.—En la minoría de Fernando IV, Rey de Castilla, los infantes don Juan y don Enrique quieren usurpar sus estados y alborotan el reino; otro de los alborotadores es el señor de Vizcaya don Diego López de Haro, enamorado de la reina viuda doña María de Molina. Esta, buscando apoyo en el pueblo, terminando con los odios de Benavides y Carvajales, que son de sus más decididos partidarios, vendiendo sus joyas y hasta empeñando sus tocás a un mercader logra conservar el trono a su hijo. Este, al llegar a la mayor edad, escucha a don Juan que había sido aprisionado por la Reina por haber intentado envenenar al Rey con la ayuda de un médico judío; pero la prudencia de doña María destruye todas las calumnias y quedan confundidos los traidores.

ACTO I.—ESCENA I

EL INFANTE D. ENRIQUE.—EL INFANTE D. JUAN.—D. DIEGO LÓPEZ DE HARO.

D. E. Vos, caballero pobre, cuyo Estado
cuatro silvestres son, toscos y rudos,
montes de hierro, para el vil arado,

hidalgos por Adán, como él desnudos,
adonde en vez de Baco sazonado,
manzanos llenos de groseros ñudos
dan mosto insulso, siendo silla rica,
en vez de trono, el árbol de Garnica,
¡intentáis de la Reina ser consorte,
sabiendo que pretende don Enrique,
casar con ella, ennoblecer su corte,
y que por Rey España le publique!

D. J. Cuando su intento loco no reporte
y edificios quiméricos fabrique,
mientras el reino gozo y su hermosura,
se podrá desposar con su locura.

D. D. Infantes, de mi Estado la aspereza
conserva limpia la primera gloria
que la dió, en vez del Rey, naturaleza,
sin que sus rayas pase la victoria.
Un nieto de Noé la dió nobleza;
que su hidalguía no es de ejecutoria,
ni mezcla con su sangre, lengua o traje,
mosaica infamia que a la suya ultraje.
Cuatro bárbaros tengo por vasallos,
a quien Roma jamás conquistar pudo,
que sin armas, sin muros, sin caballos,
libres conservan su valor desnudo.
Montes de hierro habitan, que a estimallos,
valiente en obras, y en palabras mudo,
a sus miras guardárades decoro,
pues por su hierro, España goza su oro.
Si su aspereza tosca no cultiva
aranzadas a Baco, hazas a Ceres,
es porque Venus huya, que lasciva
hipoteca en sus frutos sus placeres.
La encina hercúlea, no la blanda oliva,
teje coronas para sus mujeres,

que aunque diversas en el sexo y nombres,
en guerra y paz se igualan a sus hombres.
El árbol de Garnica ha conservado
la antigüedad que ilustra a sus señores,
sin que tiranos le hayan deshojado,
ni haga sombra a confesos ni a traidores.
En su tronco, no en silla real sentado,
nobles, puesto que pobres electores,
tan sólo un señor juran, cuyas leyes
libres conservan de tiranos reyes.
Suyo lo soy agora, y del Rey tío,
leal en defendelle, y pretendiente
de su madre, a quien dar la mano fío,
aunque la deslealtad su ofensa intente.
Infantes, si a la lengua iguala el brío,
intérprete es la espada del valiente;
el hierro es vizcaíno, que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo.

ACTO II.—ESCENA XX

DON NUÑO.—LA REINA.—DON DIEGO.—DON ÁLVARO

- D. N. Nadie, gran señora, ha dado
fe en vuestra ofensa al Infante.
R. Noticia tengo bastante
de quién es o no culpado.
Dos ángeles traigo al lado,
y el cielo a Fernando ayuda,
que ingratos intentos muda.
Pero decid: ¿cuántos son
los que en Castilla y León
reinan hoy?, que estoy en duda.
Responded. ¿De qué os turbáis,
cuando vuestra fe acrisolo?

- D. D. Fernando el cuarto es rey solo,
y vos, que le gobernáis.
R. ¿A él solo, en fin, le dáis
nombre de rey?
D. A. No sabemos
que haya otro, ni le queremos.
D. N. Un Dios nos da nuestra ley,
y en Castilla un solo rey,
por quien fieles moriremos.
R. Pues yo sé que hay en Castilla
tantos reyes, cuantos son
los grandes, cuya ambición
ocupar quiere su silla.
Si esto os causa maravilla
y deseáis que os los nombre,
decid, porque no os asombre:
¿Cuál destes es rey por obra:
quién las rentas reales cobra,
o quién solo tiene el nombre?
¡No os atrevéis a decillo!
Pues no es difícil la cuenta;
que rey sin Estado y renta,
será sólo rey de anillo.
No puedo, grandes, sufrillo.—
¿Qué cuentos a daros viene
el Rey a vos que os mantiene?
D. D. A mí tres.
D. N. Y dos a mí.
D. A. A mí uno.
R. Sacad de aquí
qué reyes Castilla tiene.
Mal podrá mi hijo reinar
sin rentas y sin poder,
pues por daros de comer,
hoy no tiene que cenar.

Un cuerpo no puede estar
con tanto rey y cabeza;
que es contra naturaleza.
Estas me cortad agora,
soldados.

- D. A. Reina...
D. N. Señora...
D. D. No permita vuestra Alteza
tal rigor; yo volveré
lo que al rey le soy en cargo.
D. A. De satisfacer me encargo
lo que a su alteza usurpé.
R. La vida os perdonaré
como me déis en rehenes
vuestros castillos.
D. D. Ya tienes
por tuyos los que señales.
R. Padece el reino mil males,
si al Rey le usurpáis sus bienes.

II.—La villana de Vallecas

Argumento —Doña Violante, dama de Valencia, es abandonada por el capitán Don Gabriel que le ha empeñado palabra de casamiento. Requerida la justicia por la doncella prende a un indiano con el cual ha cambiado la maleta el capitán y éste, en tanto, con los papeles del preso se presenta en Madrid, como Don Pedro de Mendoza a Don Gómez, con cuya hija venía a casarse el indiano. Doña Violante para estar cerca de Don Gabriel marcha a Vallecas sirviendo allí como criada en la casa de un labrador y no atiende las galanterías del hijo de Don Gómez Don Juan consiguiendo al fin que el capitán cumpla la palabra empeñada.

ACTO II.—ESCENA V

D.^a VIOLANTE, de villana con un pan y un palo.—D. JUAN

- J. Escucha,
simple-sabja de mis ojos.
Si palabras aseguran,
si juramentos obligan,
si prendas desatan dudas,
por la luz de esos dos soles
que mis tinieblas alumbran,
por el abril de esa cara
que el enero no destruya,
que si hallo que tu opinión
corresponde a tu hermosura,
sin mirar en calidades,
(que amor no las pide nunca)
rendirte he, siendo tu esposo
la hacienda que me asegura
dos mil ducados de renta.
V. Mire, si limpieza busca,
mas cristiana vieja soy
que Vizcaya y las Asturias.
J. ¿Has cobradome afición?
V. No sé que diabros me hurga
desque le ví, dentro el alma,
que tien más de mil agujas.
Pero en fin ¿se casará
conmigo?
J. Sin falta alguna.
V. ¿Y empalagaráse luego?
J. Amor firme siempre dura.
V. Lo dulce luego empalaga,
y como el amor es fruta,
suele comerse al principio,

- y enfadar después, madura.
- J. No hayas miedo deso. (V.) ¿A fe?
- J. Por tu vida. (V.) ¿Y por la suya?
- J. Todo es uno. (V.) En fin ¿le agrado?
- J. Infinito. (V.) ¿Iré segura?
- J. Noble soy. (V.) ¿Querráme mucho?
- J. Adoraréte. (V.) ¿De burlas?
- J. De veras. (V.) ¿Regalaráme?
- J. Como a reina. (V.) ¿Hará locuras?
- J. En quererte. (V.) ¿Es amorado?
- J. Mas que un portugués. (V.) ¿Arrulla?
- J. Como paloma. (V.) ¿Rezonga?
- J. De ningún modo. (V.) ¿Murmura?
- J. Pocas veces. (V.) ¿Es tahur?
- J. Solo en amarte. (V.) ¿Madruga?
- J. Poco. (V.) ¿Viene tarde a casa?
- J. Vendré con el sol. (V.) ¡Cordura!
- ¿Que me llamará? (J.) Mi cielo.
- V. ¿Y qué más? (J.) Mi sol. (V.) Con uñas.
- J. Mi reina. (V.) ¿Engalanaráme?
- J. Como abril. (V.) ¿Diráme injurias?
- J. En mi vida. (V.) ¿Andaré en coche?
- J. Y en carroza. (V.) ¿Traeré puntas?
- J. De Flandes. (V.) ¿Y azul? (J.) También:
- V. ¿Saldré algunas veces? (J.) Muchas.
- V. ¿A visitas? (J.) Sí. (V.) ¿Y a toros?
- J. Con balcón. (V.) ¿Y confitura?
- J. Cuanta quieras. (V.) Si hay comedias...
- J. No las perderás. (V.) ¿Ninguna?
- J. Ninguna, pues. (V.) ¿Iré al Prado?
- J. Irás al sol. (V.) ¿Y a la luna?
- J. El verano. (V.) ¿Y qué ha de darme?
- J. El alma. (V.) Arre, que echa pulias.

RUIZ DE ALARCÓN (1581?-1639)

EXAMEN DE MARIDOS

Argumento.—Doña Inés, acatando el deseo de su padre que le envía al morir un papel, en el que ha escrito «Antes que te cases mira lo que haces», organiza un examen o información entre sus pretendientes para elegir esposo. Entre ellos están el Marqués don Fadrique, de quien doña Inés está enamorada, y el Conde don Carlos amigo del anterior. Doña Blanca, dama desdeñada por don Fadrique, le acusa de falsos defectos, que prueba por una hábil intriga. Beltrán presenta ante doña Inés los méritos de los pretendientes en una escena admirable de ingenio y de pasión. Doña Inés concede su mano a don Carlos, pero éste que acaba de concertar su matrimonio con doña Blanca, le dice que los defectos de don Fadrique son falsos e inventados por él para vencerle, procurando así la felicidad de su amigo.

ACTO II.—ESCENA XIV

D.^a INÉS.—BELTRÁN

- D.^a I. ¿Tenéis, Beltrán, prevenidos los memoriales?
- B. Dispuestos están, como has ordenado.
- D.^a I. Pues llegad, llegad asientos: sentáos, Beltrán. El examen en nombre de Dios comienzo.
- B. Este billete, señora, es de don Juan de Vivero.
- D.^a I. Breve escribe; dice así:
«*Si os mueven penas, yo muero.*»
Esto de muero, es vulgar; mas por lo breve es discreto.
- B. Hecha tengo la consulta.
- D.^a I. Decid:
- B. Don Juan de Vivero,

- mozo, galán, gentil-hombre,
y en sus acciones compuesto,
seis mil ducados de renta,
Galiciano caballero;
es modesto de costumbres.
Aunque dicen que fué un tiempo
a jugar tan inclinado,
que perdió hasta los arreos
de su casa y su persona;
pero ya vive muy quieto.
- D.^a I. El que jugó, jugará;
que la inclinación al juego
se aplaza, mas se no apaga.
Borradle.
- B. Ya te obedezco.
- D.^a I. Proseguid...
- B. ...El que sigue
es don Gómez de Toledo,
que la cruz de Calatrava
ostenta en el noble pecho;
hombre que anda a lo ministro,
capa larga y corto cuello,
levantando por detrás
el cuello del ferreruelo,
el paso compuesto y corto,
siempre el sombrero derecho,
y un papel en la pretina;
maduro en años y en seso.
- D.^a I. Apruebo el seso maduro,
maduros años no apruebo
para un marido, Beltrán.
- B. Es maduro, mas no es viejo.
- D.^a I. ¿Va la consulta?
- B. Es Hurtado
- D.^a I. De Mendoza.

- D.^a I. ¿De los buenos?
- B. De los buenos.
- D.^a I. Será vano.
- B. Es pobre.
- D.^a I. Serálo menos.
- B. Tiene esperanza de ser
de una gran casa heredero.
- D.^a I. No contéis por caudal propio
el que está en poder ajeno;
y más donde el morir antes
o después es tan incierto.
- B. Pretende oficios.
- D.^a I. ¿Pretende?
¡Triste de él! Tenéis por bueno
para mi marido a quien
ha de andar siempre pidiendo?
- B. Un virreinato pretende.
- D.^a I. ¡Virreinato cuando menos!
Mirad si digo que es vano.
- B. Tiene para merecerlo
innumerables servicios.
- D.^a I. A maravedís los trueco:
que méritos no premiados
son litigiosos derechos.
- B. Sólo, entre sus buenas prendas,
se le conoce un defecto.
- D.^a I. ¿Cuál?
- B. Colérico y adusto.
- D.^a I. ¡Peligroso compañero!
- B. Mas dicen que aquella furia
se le pasa en un momento
y queda apacible y manso.
- D.^a I. Si con el ardor primero
me arroja por un balcón,
decidme, ¿de qué provecho,
después de haber hecho el daño,

- será el arrepentimiento?
B. ¿Borraréle?
D.^a I. Sí, Beltrán;
que elegir esposo quiero
a quien tenga siempre amor,
no a quien tenga siempre miedo...
B. El conde Carlos se sigue.
Este tiene gran derecho:
que es noble, rico y galán,
y de muchas gracias lleno.
D.^a I. Sí; mas tiene una gran falta.
B. ¿Y cuál es?
D.^a I. Que no le quiero.
B. ¿Borrarélo?
D.^a I. No, Beltrán;
Ni le borro, ni le apruebo.
B. Sólo el marqués don Fadrique
resta ya: sus prendas leo.
D.^a I. Decidme: ¿qué información
hallásteis de los defectos
que aquella mujer me dijo?
B. Que son todos verdaderos.
D.^a I. ¡Qué! ¿Son ciertos?
B. Ciertos son.
D.^a I. Pues borrarle..... Mas tenéos:
no le borréis, que es en vano,
entretanto que no puedo,
como su nombre en el libro,
borrar su amor en mi pecho.
B. Con las tablas de la ley,
diste, señora, en el suelo.
No hallaréis perfecto esposo:
que caballo sin defecto,
quien lo busca, desconfíe
de andar jamás caballero.

CALDERÓN DE LA BARCA (1600-1681)

I.—LA VIDA ES SUEÑO

Argumento.—Basilio, rey de Polonia, tiene encarcelado a su hijo Segismundo porque al nacer éste los agüeros pronosticaron que su padre se vería rendido y humillado a sus pies. Queriendo probar su condición le pone en libertad; Segismundo, acostumbrado a la vida solitaria, al despertar en el palacio del rey se deja arrastrar por su impetuosidad arrojando un hombre por el balcón e interviniendo de violento modo en una intriga amorosa con Rosaura, la infanta Estrella y el duque Astolfo, pretendientes a la corona. Basilio vuelve a conducirle a la prisión y Segismundo cree que cuanto ha sucedido fué un sueño. Así, más tarde, cuando es aclamado por el pueblo sublevado en favor suyo trata a su padre con filial respeto y es benigno con todos porque ha llegado a comprender «que toda la dicha humana—en fin pasa como un sueño».

ACTO II.—ESCENA III

Músicos, *cantando* y Criados, dando de vestir a Segismundo, que sale como asombrado.—CLOTALDO, CLARÍN.

- S. ¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
con mucha duda lo creo.
¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
tan lucidos y bríosos?
¿Yo despertar de dormir
en lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
que me sirva de vestir?
Decir que sueño es engaño:
bien sé que despierto estoy.

¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.
Decidme, ¿qué pudo ser
esto que a mi fantasía
sucedió mientras dormía,
que aquí me he llegado a ver?
Pero sea, lo que fuere,
¿quién me mete a discurrir?
Dejarme quiero servir,
y venga lo que viniere.

C. 1.º (Ap. al criado 2.º y a Clarín.)

¡Qué melancólico estás!

C. 2.º ¿Pues a quién le sucediera
esto que no lo estuviera?

CLAR. A mí

C. 2.º Llega a hablarle ya

C. 1.º (A Segismundo) ¿Volverán a cantar?

S. No,

no quiero que canten más.

C. 2.º Como tan suspenso estás,
quise divertiste.

S. Yo

no tengo de divertir
con sus voces mis pesares;
las músicas militares
sólo he gustado de oír.

CLOT. Vuestra Alteza, gran señor,
me dé su mano a besar,
que el primero os ha de dar
esta obediencia mi honor.

S. (Ap.) ¡Clotaldo es!—¿Pues cómo así,
quien en prisión me maltrata,
con tal respeto me trata?

¿Qué es lo que pasa por mí?

CLOT. Con la grande confusión

que el nuevo estado te da,
mil dudas padecerá
el discurso y la razón;
pero ya librarte quiero
de todas (si puede ser),
porque has, señor, de saber
que eres Príncipe heredero
de Polonia. Si has estado
retirado y escondido,
por obedecer ha sido
a la inclemencia del hado,
que mil tragedias consiente
a este Imperio, cuando en él
el soberano laurel
corone tu augusta frente.

Mas, fiando a tu atención
que vencerás las estrellas,
porque es posible vencellas
un magnánimo varón,
a Palacio te han traído,
de la torre en que vivías,
mientras al sueño tenías
el espíritu rendido.

Tu padre, el Rey, mi señor,
vendrá a verte, y del sabrás,
Segismundo lo demás.
S. Pues, vil, infame, traidor,
¿qué tengo más que saber,
después de saber quién soy,
para mostrar desde hoy
mi soberbia y mi poder?
¿Cómo a tu patria le has hecho
tal traición que me ocultaste
a mí, pues que me negaste,
contra razón y derecho,

este estado?

CLOT.

¡Ay de mí triste!

S.

Traidor fuiste con la ley,
lisonjero con el Rey,
y cruel conmigo fuiste;
y así, el Rey, la ley y yo,
entre desdichas tan fieras,
te condenan a que mueras
a mis manos...

ACTO II.—ESCENA VI

BASILIO, SEGISMUNDO, CLARÍN

B.

¿Qué ha sido esto?

S.

Nada ha sido.

A un hombre que me ha cansado,
desde balcón he arrojado.

C.

Que es el Rey está advertido.

B.

¿Tan presto una vida cuesta
tu venida al primer día?

S.

Díjome que no podía
hacerse, y gané la apuesta.

B.

Pésame mucho que cuando,
príncipe a verte he venido,
pensando hallarte advertido,
de hados y estrellas triunfando,
con tanto rigor te vea,
y que la primera acción
que has hecho en esta ocasión,
un grave homicidio sea.

¿Con qué amor llegar podré
a darte ahora mis brazos,
sí de sus soberbios lazos,
que están enseñados sé

a dar muerte? ¿Quién llegó
a ver desnudo el puñal
que dió una herida mortal,
que no temiese? ¿Quién vió
sangriento el lugar, adonde
a otro hombre le dieron muerte
que no sienta que el más fuerte
a su natural responde?

Yo así, que en tus brazos miro
desta muerte el instrumento,
y miro al lugar sangriento,
de tus brazos me retiro;
y aunque en amorosos lazos
ceñir tu cuerpo pensé,
sin ellos me volveré,
que tengo miedo a tus brazos.

S.

Sin ellos me podré estar
como me he estado hasta aquí:
que un padre que contra mí
tanto rigor sabe usar,
que su condición ingrata
de su lado me desvía,
como a una fiera me cría,
y como a un monstruo me trata,
y mi muerte solicita,
de poca importancia fué
que los brazos no me dé,
cuando el ser de hombre me quita.

B.

Al cielo y a Dios pluguiera
que a dártele no llegara;
pues ni tu voz escuchara,
ni tu atrevimiento viera.

S.

Si no me lo hubieras dado,
no me quejara de tí:
pero una vez dado, sí,

por habérmelo quitado;
pues aunque el dar la acción es
más noble y más singular,
es mayor bajeza el dar,
para quitarlo después.

B. ¡Bien me agradeces el verte,
de un humilde y pobre preso,
príncipe ya!

S. Pues en eso
¿qué tengo que agradecerte?
tirano de mi albedrío,
si viejo y caduco estás,
¿muriéndote, qué me das?
¿dasme más de lo que es mío?
Mi padre eres y mi rey;
luego toda esta grandeza
me da la naturaleza
por derecho de su ley.

Luego aunque esté en tal estado,
obligado no te quedo,
y pedirte cuenta puedo
del tiempo que me has quitado
libertad, vida y honor;
y así agradéceme a mí
que yo no cobre de tí,
pues eres tú mi deudor.

B. Bárbaro eres y atrevido:
cumplió su palabra el cielo;
y así, para él mismo apelo,
soberbio y desvanecido.
Y aunque sepa ya quien eres,
y desengañado estés,
y aunque en un lugar te ves
donde a todos te prefieres,
mira bien lo que te advierto;

que seas humilde y blando,
porque quizá estás soñando,
aunque ves que estás despierto.

II.—EL ALCALDE DE ZALAMEA

Argumento.—En la casa del anciano labrador de Zalamea Pedro Crespo es alojado el capitán Don Alvaro al paso de las tropas por el lugar. Don Alvaro rapta a Isabel, hija de Pedro Crespo, el cual la encuentra abandonada en el monte en una escena de patética intensidad. Vuelven ambos a Zalamea y allí conocen la novedad de haber sido nombrado Pedro Crespo alcalde. El capitán, herido por un hijo del anciano labrador ha regresado también; Pedro Crespo le ruega en una escena conmovedora que se case con Isabel, y rehusando el capitán, Crespo le manda prender. La airada intervención del general Don Lope de Figueroa no consigue reducir la obstinación y energía de Pedro Crespo hasta que llegando al lugar Felipe II y pedir que le presenten al capitán para castigarle, le presentan su cadáver tan solo como prueba de la inflexible justicia del labrador, a quien el rey nombra alcalde perpetuo de Zalamea.

ACTO III.—ESCENA IX

LABRADORES.—CRESPO, EL CAPITÁN

L. ¡Señor!

EL C. ¿Qué querrán
estos villanos hacer?

L. ¿Qué es lo que mandas?

C. Prender
mando al señor Capitán.

EL C. ¡Buenos son vuestros extremos!
Con un hombre como yo,
y en servicio del Rey, no
se puede hacer.

C. Probaremos.

De aquí si no es preso o muerto,
no saldréis.

- El C. Yo os apercibo
que soy un capitán vivo.
- C. ¿Soy yo acaso alcalde muerto?
Daos al instante a prisión.
- El C. No me puedo defender:
Fuerza es dejarme prender.
Al Rey desta sinrazón
me quejaré.
- C. Yo también
de esotra:—y aun bien está
cerca de aquí, y nos oirá
a los dos.—Dejar es bien
esa espada.
- El C. No es razón
que...
- C. ¿Cómo no, si vais preso?
- El C. Tratad con respeto...
- C. Eso
está muy puesto en razón.
Con respeto le llevad
a las casas, en efecto,
del concejo; y con respeto
un par de grillos le echad
y una cadena; y tened,
con respeto, gran cuidado
que no hable a ningún soldado;
y a esos dos también poned
en la cárcel: que es razón,
y aparte, porque después,
con respeto, a todos tres
les tomen la confesión.
Y aquí para entre los dos,
si hallo harto paño, en efeto,
con muchísimo respeto
os he de ahorcar, juro a Dios.

ESCENA XV

DON LOPE DE FIGUEROA.—PEDRO CRESPO

- D. L. (*Dentro*). ¡Para, para!
- C. ¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy
se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí?
(*Sale D. Lope y soldados.*)
- D. L. ¡Oh, Pedro Crespo! Yo soy;
que volviendo a este lugar
de la mitad del camino
(donde me trae, imagino,
un grandísimo pesar),
no era bien ir a apearme
a otra parte, siendo vos
tan mi amigo. (C.) Guárdeos Dios;
que siempre tratáis de honrarme.
- D. L. Vuestro hijo no ha parecido
por allá. (C.) Pronto sabréis
la ocasión: la que tenéis,
señor, de haberos venido,
me haced merced de contar;
que venís mortal, señor.
- D. L. La desvergüenza es mayor
que se puede imaginar.
Es el mayor desatino
que hombre ninguno intentó.
Un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino...
—Que estoy perdido, os confieso,
de cólera. (C.) Proseguí.
- D. L. Que un alcaldillo de aquí
al Capitán tiene preso.—
Y ¡vive Dios! no he sentido

- en toda aquesta jornada
esta pierna excomulgada,
si no es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado
donde el castigo le dé.
¡Vive Jesucristo, que
al grande desvergonzado
a palos le he de matar!
- C. Pues habeis venido en balde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.
- D. L. Pues dárselos, sin que deje
dárselos. (C.) Malo lo veo;
ni que haya en el mundo creo
quien tal mal os aconseje.
¿Sabeis por qué le prendió?
- D. L. No; mas sea lo que fuere,
justicia la parte espere
de mí; que también sé yo
degollar, si es necesario.
- C. Vos no debeis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.
- D. L. ¿Será más que un villanote?
- C. Un villanote será
que si cabezudo da
en que ha de darle garrote,
par Dios, se salga con ello.
- D. L. No se saldrá tal, par Dios,
y si por ventura vos,
si sale o no, quereis vello,
decid donde vive o no.
- C. Bien cerca vive de aquí.
- D. L. Pues a decirme vení
quien es el alcalde. (C.) Yo.

- D. L. ¡Vive Dios, que si sospecho!...
- C. ¡Vive Dios! ¡como os lo he dicho!
- D. L. Pues, Crespo, lo dicho, dicho.
- C. Pues, señor, lo hecho, hecho.
- D. L. Yo por el preso he venido,
y a castigar este exceso.
- C. Pues yo acá lo tengo preso
por lo que acá ha sucedido.
- D. L. ¿Vos sabeis que a servir pasa
al Rey, y soy su juez yo?
- C. ¿Vos sabeis que me robó
a mi hija de mi casa?
- D. L. ¿Vos sabeis que mi valor
dueño desta causa ha sido?
- C. ¿Vos sabeis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?
- D. L. ¿Vos sabeis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?
- C. ¿Vos sabeis que le he rogado
con la paz, y no la quiere?
- D. L. Que os entrais es bien se arguya
en otra jurisdicción.
- C. Él se me entró en mi opinión,
sin ser jurisdicción suya.
- D. L. Yo sabré satisfacer,
obligándome a la paga.
- C. Jamás pedí a nadie que haga
lo que yo me puedo hacer.
- D. L. Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.
- C. Yo por acá he sentenciado
el proceso. (D. L.) ¿Qué es proceso?
- C. Unos pliegos de papel
que voy juntando, en razón
de hacer la averiguación

- de la causa. (D. L.) Iré por él
a la cárcel. (C.) No embarazo
que vais: solo se repare,
que hay orden, que al que llegare
le den un arcabuzazo.
- D. L. Como esas balas estoy
enseñado yo a esperar.
Mas no se ha de aventurar
nada en esta acción de hoy.—
Hola, soldado, id volando,
y a todas las compañías
que alojadas estos días
han estado, y van marchando,
decid que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones,
con balas en los cañones
y con las cuerdas caladas.
- UN S. No fué menester llamar
la gente; que habiendo oído
aquesto que ha sucedido,
se han entrado en el lugar.
- D. L. Pues vive Dios que he de ver
si me dan el preso o nó.
- C. Pues vive Dios, que antes yo
haré lo que se ha de hacer.

III.—Casa con dos puertas, mala es de guardar

Argumento.—Lisardo, caballero que llega de Flandes, se hospeda en la casa de su amigo D. Félix, pero no sabe que vive allí la hermana de éste, Marcela. Sin conocer su identidad, Lisardo enamora a Marcela en la calle y en la casa de su amiga Laura, novia de D. Félix. Las dos puertas de la casa que hacen sea ésta «mala de guardar», favorecen la intriga, complicadísima. Marcela, tapada, es creída algunas veces Laura y desata los celos de Lisardo y de D. Félix, hasta que al fin, descubierta todo, se concertan ambas bodas.

ACTO I.—ESCENA I

MARCELA, SILVIA, LISARDO

- M. ¿Vienen tras nosotras?
S. Sí.
M. Pues párate.—Caballeros,
desde aquí habeis de volveros,
no habeis de pasar de aquí;
porque si intentáis así
saber quién soy, intentáis
que no vuelva donde estáis
otra vez; y si esto no
basta, volveos porque yo
os suplico que os volváis.
- L. Difícilmente pudiera
conseguir, señora, el sol
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera;
difícilmente quisiera
el norte, fija luz clara,
que el imán no le mirara;
y el imán difícilmente
intentara que obediente
el acero lo dejara.
Si sol es vuestro esplendor
girasol la dicha mía;
si norte vuestra porfía,
piedra imán es mi dolor;
si es imán vuestro rigor,
acero mi ardor severo;
pues ¿cómo quedarme espero,
cuando veo que se van
mi sol, mi norte y mi imán,
siendo flor, piedra y acero?

- M. A esa flor hermosa y bella
términos el día concede,
bien como a esa piedra puede
concederlos una estrella:
y pues él se ausenta y ella,
no culpéis la ausencia mía;
decid a vuestra porfía,
piedra, acero o girasol,
que es de noche para el sol,
para la estrella de día.
Y quedaos aquí, por qué
si este secreto apuráis,
y a saber quien soy llegáis,
nunca a veros volveré
a aqueste sitio, que fué
campana de nuestro duelo:
y puesto que mi desvelo
me trae a veros aquí,
creed de mí, que importa así.
- L. De vuestro recato apelo,
señora, a mi voluntad;
y supuesto que sería
no seguimos cortesía,
también será necedad.
Necio o descortés, mirad
cual mayor defecto es;
veréis que el de necio, pues
no se enmienda; y así, a precio
de no ser, señora, necio,
tengo de ser descortés...
Seis auroras esta aurora
hace que en este camino
ciego el amor os previno,
para ser más salteadora:
tantas ha que aquella hora

os hallo a la luz primera,
oculto sol de su esfera,
de su campo rebozada
ninfa, deidad ignorada
de su hermosa primavera.
Vos me llamásteis, primero
que a hablaros llegara yo:
que no me atreviera, no,
tan de paso y forastero.
Con estilo lisonjero,
aspid ya de sus verdores,
no deidad de sus primores
desde entonces fuisteis; pues
aspid, que no deidad, es
quien da muerte entre las flores.
Dijísteisme que volviera
otra mañana a este prado,
y puntual mi cuidado
me trajo como a mi esfera.
No adelanté la primera
ocasión: porque bastante
no fué mi ruego constante
a que corriese la fe
(que adora lo que no ve)
ese velo de delante.
Viendo, pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero a mí deberme yo
lo que a vuestra luz no debo;
y así seguimos me atrevo,
que hoy he de veros o ver
quién sois.

- M. Hoy no puede ser,
y así dejadme por hoy;
que yo mi palabra os doy.

de que muy presto saber
podáis mi casa, y entrar
a verme en ella...

IV.—La cena de Baltasar

Argumento.— El Pensamiento quiere seducir a Daniel sin conseguirlo. La Vanidad y la Idolatría son amadas por el rey Baltasar; Daniel les interrumpe confiado en el poder de *la mano de Dios*, pero Baltasar no quiere hacerle daño. Seducido por la Vanidad y la Idolatría olvida las advertencias de la Muerte y de una estatua de la que se sirve Daniel para avisarle y se dispone a celebrar un festín utilizando los vasos del templo. Milagrosamente aparecen escritas las palabras *Mané, Techél, Farés*, que no le pueden explicar la Vanidad, la Idolatría ni el Pensamiento; las explica Daniel y la Muerte se apodera de Baltasar. Daniel dice que ese es el castigo de haber profanado los vasos sagrados y dice que igual delito comete el que comulga en pecado. La Idolatría, afirma «seré Latria, adorando—este inmenso Sacramento» y descubriéndose un símbolo de la Eucaristía termina el auto.

BALTASAR, LA IDOLATRÍA, LA VANIDAD, DANIEL, EL PENSAMIENTO

B. Si tú me aplacas los dioses;
si tú, Vanidad, me ayudas;
si tú, Idolatría, me amparas,
¿quién duda, d'cid, quién duda,
que atrevido, y no postrado,
tan grande promesa cumpla?
Y así quiero; que las dos
reinen en mi pecho juntas;
idólatra a tu belleza,
y vano con tu hermosura,
sacrificando a tus dioses,
mereciendo tus fortunas,
adorando tus altares,

logrando tus aventuras
en láminas de oro y plata,
que caracteres esculpan,
vivirá mi nombre eterno,
a las edades futuras.

I. A tus pies verás que estoy
siempre firme y siempre amante.

V. Siempre Baltasar, constante
luz de tus discursos soy.

I. Y si a los dioses te igualas,
yo por Dios te he de adorar.

V. Yo, porque puedas volar,
daré a tu ambición mis alas.

I. Sobre la deidad más suma
coronaré tu arrebol.

V. Yo, para subir al sol,
te haré una escala de pluma.

I. Estatuas te labraré,
que repitan tu persona.

V. Yo al laurel de tu corona
más hojas añadiré.

B. Dadme las manos las dos.
¿Quién de tan dulces abrazos
podrá las redes y lazos
romper?

D. La mano de Dios.

B. ¿Quién tan atrevido así
a mis voces respondió?

P. Yo no he sido.

B. ¿Pues quién?

D. Yo.

B. Pues, hebreo, ¿cómo así
os atrevéis, vos, que fuisteis
en Jerusalén cautivo?
¿Vos que humilde y fugitivo

en Babilonia vivísteis?
¿Vos mísero y pobre, vos
así me turbáis? ¿Así?
¿Quién ya libraros de mí
podrá? (*Va a sacar la daga.*)

D. La mano de Dios.

P. BALTASAR GRACIÁN (1601-1658)

EL DISCRETO

De la galantería.—Memorial a la discreción

Tienen su bizarria las almas harto más relevante que la de los cuerpos: gallardía del espíritu, con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazón: llévanse los ojos del alma bellezas interiores, así como los del cuerpo la exterior, y son más aplaudidas aquélla del juicio que lisonjeada ésta del gusto.

Soy realce en nada común, y aunque universal en los objetos, en los sujetos soy muy singular. No quepo en todos, porque supongo magnanimidad, y con tener tantos pechos un villano, para la galantería no lo tiene.

Tuve por centro el corazón de Augusto, que excusándose conmigo, venció la vulgar murmuración y triunfó galante de los públicos con vicios, quedando más memorable grandeza de haberlos despreciado, que la romana libertad de haberlos dicho.

Así que mi esfera es la generosidad, blasón de grandes corazones, y grande asunto mío hablar bien del enemigo y aun obrar mejor, máxima de la divina fe, que apoya tan cristiana galantería...

Soy escudo bizarro en los agravios, socorriendo con notable destreza en las burlas y en las veras. Con

un cortesano deslizo, ya de un mote y ya de una sentencia, doy salida muchas veces a muchos graves empeños, y saco airoosamente del más confuso laberinto.

Gran consorte del despejo y muy favorecida de él, adelantando siempre las acciones, porque las espaciosas en sí las realzo más, y las sospechosas las doro a título del despejo y a excusa de bizarria. Desembarázame tal vez de un recato majestuoso a lo humano, de un encogimiento religioso a lo cortés, de un melindre femenino a lo discreto; y lo que se condenara por descuido del decoro, se disimula por galantería de condición; pero siempre con templanza, no deslice a demasía, por estar muy a los confines de la liviandad.

Tengo grandes contrarios para que sean más lucidas mis victorias; atropello muchos vicios para valer por muchas virtudes; de sola la vileza triunfo con algo de afectación, que jamás la supe hacer, y aborrezco de oposición toda poquedad, ya de envidia, ya de miseria. Préciome de muy noble y lo soy, hidalga de condición y corazón. Tengo por empresa al gavilán, el galante de las aves, aquel que perdona por la mañana al pajarillo que le sirvió de calentador toda la noche, si pudo darle calor la sangre helada del miedo; y prosiguiendo con la comenzada gentileza, vuela a la contraria parte que él voló, por no encontrarle y poner otra vez su generosidad en contingencia.

LEANDRO F. DE MORATÍN (1760-1828)

La comedia nueva o El café

Argumento.—La acción se desarrolla en un café próximo a un teatro en el que va a estrenarse la comedia nueva *El cerco de Viena*, cuyo autor, don Eleuterio, espera con su producto termi-

nar de pagar las deudas del pedante don Hermógenes, que va a casarse con su hermana doña Mariquita. Don Pedro censura la comedia, que le parece disparatada, y don Antonio la alaba irónicamente, pero don Hermógenes la defiende con aparato pedantesco. La comedia fracasa; don Hermógenes, ingrato, abandona al infeliz autor, y don Pedro, compadecido de él, le aparta de la literatura para proporcionarle un destino en la administración de sus bienes.

ACTO I.—ESCENA I

DON ANTONIO Y PIPÍ

D. A.—¡Qué me dices! ¿Don Hermógenes se casa?

P.—¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya, porque el novio no tiene cuartos, ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresión, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parecen que son bastantes.

D. A.—¡Sí serán, cáspita! Sí serán... pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

P.—¡Entonces... qué sé yo... pero qué! No, señor: si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

D. A.—¡Ah! pues si don Serapio lo dice, no hay que temer; eso es dinero contante sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena, y cuál es mala.

P.—Eso digo yo; pero a veces... mire usted, no hay paciencia... ayer... ¡qué!... Les hubiera dado con un leño; vinieron ahí tres o cuatro a beber ponch, y empezaron a hablar, hablar de comedias: ¡vaya! yo no

me puedo acordar de lo que decían. Para ellos no había nada bueno, ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro, ¡qué sé yo cuanto dijeron aquellos malditos! Y dale con el arte, la moral y... (deje usted) las... ¿si me acordaré?... Las... válgate Dios, ¿cómo decían? Las reglas. ¿Qué son las reglas?

D. A.—Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los franceses.

P.—Pues, ya decía yo, esto no es cosa de mi tierra.

D. A.—Sí tal: aquí también se gastan; y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán a media docena, por mucho que se estire la cuenta, las que se han compuesto.

P.—Pues ya se ve... Mire usted... ¡reglas! No faltaba más... ¿a que no tiene reglas la comedia de hoy?

D. A.—¡Oh! eso yo te lo fió: bien puedes apostar ciento contra uno a que no las tiene.

P.—Y las demás que van saliendo continuamente tampoco las tendrán, ¿no es verdad, usted?

D. A.—Tampoco ¿para qué?... No faltaba otra cosa, sino que para hacer una comedia se gastaran reglas... no, señor.

ACTO II.—ESCENA I

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO

D. H.—Pues ¿quién ama tan de veras como yo? ¿cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mío?

D.^a A.—¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruta.

DON RAMÓN DE LA CRUZ (1731-1794)

LOS BANDOS DEL AVAPIÉS

Argumento.—Un majo del barrio del Barquillo, el Zurdillo, corteja a la Zaina, maja de Lavapiés. Cierta noche el Zurdillo es maltratado por las gentes de Lavapiés, que no quieren que sus mozas sean galanteadas por los majos de otro barrio. Los del Barquillo, capitaneados por el molido enamorado, van a Lavapiés en son de guerra y consiguen triunfar, aunque al fin el Zurdillo perdona a los que le maltrataron por la intervención de la Zaina, uniéndose todos para cantar la tonadilla con que termina el sainete.

EL ZURDILLO.—LA PELUNDRIS.—CANILLEJAS

- P. Refiérenos tus desgracias.
- Z. Es preciso para hacerlo que alborotemos el barrio, y concurren a este puesto hombres, mujeres y niños, para que todos sabiendo qué a todos toca el agravio, todos se venguen sangrientos.
- C. ¿A todos toca el agravio?
- Z. A todos, si es que tenemos vergüenza.
- C. Yo no lo sé, pero lo preguntaremos.
- P. ¿Aqueso dudas, canalla? Vergüenza, y mucha tenemos, pues que jamás la gastamos. porque no falte a su tiempo.
- C. Pues siendo así, a convocar a todos seré el primero, y el primero que en defensa

- del Barquillo cruel y fiero; como si fuera un Herodes he de tocar a degüello.
- P. Yo, valerosa y altiva, tomando parte en el cuento, en corrales, conventillos, en tabernas, y los puestos, convocaré las matronas, para mostrar que el tremendo barrio del Barquillo, siempre sabe volver por sus fueros.
- Z. Pues llamadlos. ¡Dura suerte!
- C. No te apures, majadero, porque tomar pesadumbres a ninguno hace provecho.
- P. Nobles, heroicas matronas que en este grande hemisferio, ya morcillas rellenando, ya tarángana friyendo, abastecéis a Madrid, suspended por un momento las haciendas en que estáis, sean de honra u de provecho, y venid a este lugar a enderezar un entuerto. Noble Gangosa..., Gallarda, Tiñosilla, Zunga, extremo del valor, y en fin, toítas las que habitáis en su centro.
- C. Grandes, invencibles héroes que en los ejercicios diestros de borrachera, rapíña gatería y vituperio, fatigáis las faltriqueras, las tabernas y los juegos,

venid a escuchar el modo
de vengar nuestro desprecio.
Envidiable Pelachón,
Marrajo temido y fiero,
inimitable Zancudo,
y demás que sois modelo
de virtudes, venid todos
para que escuchéis mis ecos...

Los dos. ¿No venís?
*(Salen por ambos lados las nombradas y
nombrados pobremente vestidos.)*

Todos. ¿Cómo faltar
podían nuestros alientos?...
Sepamos a qué nos llamas.

Z. Escuchadlo sin rodeos.
Fué el caso que cierto día
ví que entró en casa de Pedro
el tabernero, y con ella
Perdulario el zapatero;
detrás de ellos entré yo:
piden de beber, bebieron;
piden pan, piden sardinas,
y para postre pimientos;
y al pagar el Perdulario,
dijo... no tengo dinero;
Zaina, deja tu mantilla
en prenda del gasto hecho.
Yo, porque la Zaina ya
zainamente me había muerto,
me llegué y con majestad
dije: donde hay caballeros
como yo, no se consiente
con las damas tal desprecio.
Y echando mano a la bolsa,
pagué dos reales y medio

que importó todo. Desde este
lance fuime introduciendo
en el amor de la Zaina
con tal fuerza y tal esmero,
que ella me quiere a mí más,
aunque yo mucho la quiero.
Esta noche fui a hablarla,
cuando asaltado me veo
de más de treinta personas
entre grandes y pequeños.
Púseme luego en defensa
con valor y con arresto;
¡y fueron tantos los palos
y patadas que me dieron,
que en un cuerpo tan ruín
yo no sé cómo cupieron!
Me ataron luego las manos
llenándome de improperios,
como a todo nuestro barrio,
diciendo era sacrilegio
que ninguno de nosotros
tratase de galanteos
en Lavapiés, cuando hay tanta
diferencia en los sujetos;
y a moquetes y a empellones,
para más desprecio nuestro,
me trajeron hasta aquí
donde sin honra me veo,
como para restaurarla
no me déis el favor vuestro.
Esta es mi fuerte congoja,
este mi duro tormento,
esta mi cruel fatiga,
este mi gran sentimiento.
A todos toca el agravio

todos vengarlo debemos,
y en Lavapiés con su sangre
hoy nuestras manos lavemos;
para cuya gran empresa
hemos de emplear soberbios
todos los cinco sentidos:
aire, agua, tierra y fuego.

TODOS. ¡Muera Lavapiés!...

DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS (1744-1811)

Del informe sobre el libre ejercicio de las artes

Voy, pues, a examinar primero los perjuicios que producen los gremios, y después haré ver que no se pueden temer iguales de parte de la libertad; y últimamente prescribiré las reglas y precauciones que se deben tomar para que la misma libertad no se oponga ni al buen orden civil, ni al fomento de la industria, ni a la seguridad del público.

Pero antes de exponer los perjuicios que han causado los gremios, volvamos por un instante la vista hacia su origen, y el de las leyes que lo autorizaron.

Hubo entre nosotros un tiempo en que todos los brazos del Estado debían estar prontos para su defensa. El glorioso empeño de reconquistar un reino envilecido bajo el yugo de los árabes, y de arrojar de nuestro continente estos enemigos bárbaros y opresores, armó contra ellos todas las clases, sin que hubiese alguna que se creyese libre de la honrada pensión de restaurar la libertad de su patria. El rico-hombre, el prelado, el caballero, el solariego, seguían el primer toque del tambor que los convocaba a la

guerra, y marchaban en auxilio del estandarte Real a lidiar por la conservación de un estado de que eran miembros defensores.

Entre tanto las pocas artes que conocía una nación sobria, guerrera y enemiga del lujo, quedaban a cargo de los brazos más débiles. Las mujeres trabajaban en el reposo de sus hogares cuanto era necesario para el surtimiento de sus casas y familias. Los demás objetos necesarios al uso de la vida eran fruto también de la industria doméstica, o de la aplicación de aquellas manos flacas, a quienes había separado de la guerra su misma debilidad. Las artes eran entonces rudas, sencillas y groseras como los siglos que las cultivaban, o por mejor decir, no se conocían oficios por entonces a que pudiese aplicarse con propiedad el nombre de artes.

Este era el tiempo en que la libertad renacía en Italia, y se levantaba sobre las ruinas del gobierno feudal. A su sombra florecían la navegación y el comercio, y la industria que los alimentaba hacía los progresos más rápidos. De aquí se derivó el incremento, la perfección y división de las artes, y de aquí también aquel sistema municipal, que reduciendo a corporaciones los individuos de cada una, fué el verdadero origen de los gremios, y la causa primitiva de los males que han causado a la industria en el curso de los tiempos.

Entre tanto habían logrado nuestros príncipes arrojar los moros de la mayor parte de sus conquistas. Toledo, y sucesivamente Jaén, Córdoba, Sevilla y Murcia, arrancadas de sus manos y agregadas a la corona de Castilla, habían establecido un gobierno, ya adoptado en la capital de Cataluña, y cuya imagen se veía con emulación en las florecientes repúblicas de Italia. En él se formó una clase para los artistas,

se les permitió unirse en gremios o asociaciones; se les señalaron barrios o distritos; se les concedieron privilegios y franquicias, y en fin, se les trató con tanta mayor generosidad, cuanto empezaban los reyes a mirarlos como un pueblo enteramente suyo, y libre del señorío particular en que gemían los miserables solariegos.

La clasificación de los artistas, útil sin duda para establecer la policía y el buen orden, se convirtió muy luego en un principio de destrucción para las mismas artes. Reunidos sus profesores en gremios, tardaron poco en promover su interés particular con menoscabo del interés común. Con pretexto de fijar la enseñanza, establecieron las clases de aprendices y oficiales; con el de testificar al público la suficiencia de los que le servían, exigieron las maestrías; y para asegurarle de engaños, inventaron preceptos técnicos, prescribieron reconocimientos y visitas, dictaron leyes económicas y penales, fijaron demarcaciones, y en una palabra, redujeron las artes a esclavitud, estancaron su ejercicio en pocas manos, y separaron de él a un pueblo codicioso que las buscaba con ansia por participar de sus utilidades...

JOSÉ GÓMEZ DE HERMOSILLA (1771-1837)

Arte de hablar en prosa y verso

CAPÍTULO IV

Además de lo dicho, que es común a todas las composiciones elevadas, hay respecto a la epopeya otras razones igualmente poderosas para no escribirlas en romance menor. 1.^a Nadie puede negar que entre

nuestros metros el endecasílabo es el que más se acerca al exámetro de los griegos y latinos; y pues, por confesión de todos, este es el más a propósito para las composiciones épicas, el más grandioso, noble y magnífico de cuantos se conocen, y el heroico por excelencia, es evidente que el octosílabo no puede disputar al endecasílabo la palma para las epopeyas, ni entrar siquiera en competencia con él. 2.^a Siendo necesario que en los poemas épicos continúe en cada *canto* la asonancia de la primera copla, y debiendo ser bastante largos los libros o cantos en que se divide la obra, resultaría, escribiéndolos en romancillo, que por largo rato estaría sonando al oído el cencerreo de una misma terminación asonante, lo cual por sí solo es capaz de ofender y casi despedazar los oídos más bátavos y córneos. Por ejemplo, si se tradujera la Iliada en romance menor, como algunos libros tienen hasta 800 y aun 900 exámetros, y en castellano serían menester para traducir cada uno tres octosílabos a lo menos, tendríamos que el libro segundo constaría de 2.400 versos castellanos, y el quinto de 2.700. Y como en esta larga serie se debería continuar la misma asonancia de *a, a; e, e; o, o; e, a; e, o; í, a; o, a; o* la que fuese, al acabar el canto estaría cualquiera, no digo cansado, sino aburrido, y por poco amante que fuese de la variedad, tiraría el libro y renegaría de su suerte.

Nótese que esta observación sin réplica milita igualmente contra el romance endecasílabo. En éste el verso es heroico, pero la copla le reduce a un período poético demasiado uniforme, y el martilleo de asonancia le hace cansado y empalagoso cuando una misma final se prolonga por espacio de 1.500 versos o más. Así para obras largas no es bueno. Por eso los Príncipes de nuestro Parnaso, Garcilaso, Herrera, León,

Ríoja y los Argensolas, y aun los buenos versificadores, como Lope, o no los usaron jamás, o es raro entre ellos el que hizo muy contados y cortos romances endecasílabos. Los romances mayores y menores son el metro favorito de los copleros y los poetas canijos, que no pudiendo hacer buenas octavas, sonoros terceros, armoniosas liras, y magníficos versos sueltos, se acogen a los fáciles romances de ocho y once sílabas. Es verdad que la Academia exigió romance endecasílabo para el rasgo épico sobre la conquista de Granada: pero además de que ella misma con mejor acuerdo señaló la octava para el otro sobre las naves de Cortés, este ejemplo sólo prueba que la Academia cedió una vez al capricho de la moda romancera.

QUINTANA (1772-1857)

A España, después de la revolución de Marzo

¿Qué era, decidme, la nación que un día
reina del mundo proclamó el destino,
la que a todas las zonas extendía
su cetro de oro y su blasón divino?
Volábase a Occidente,
y el vasto mar Atlántico sembrado
se hallaba de su gloria y su fortuna.
¡Doquiera España! En el preciado seno
de América, en el Asia, en los confines
del África, allí España. El soberano
vuelo de la atrevida fantasía
para abarcarla se cansaba en vano;
la tierra sus mineros le rendía,
sus perlas y coral el Océano,
y donde quier que revolver sus olas

él intentase, a quebrantar su furia
siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,
abandonada a la insolencia ajena,
como esclava en mercado, ya aguardaba
la ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas! ¡Oh Dios! Su aliento impuro,
la pestilente fiebre respirando,
infestó el aire, emponzoñó la vida;
la hambre enflaquecida
tendió sus brazos lívidos, ahogando
cuanto el contagio perdonó; tres veces
de Jano el templo abrimos,
y a la trompa de Marte aliento dimos;
tres veces, ¡ay! los dioses tutelares
su escudo nos negaron, y nos vimos
rotos en tierra y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
por tus inmensos términos, oh Iberia?
¿Qué viste ya sino funesto luto,
honda tristeza, sin igual miseria,
de tu vil servidumbre acerbo fruto?
Así, rota la vela, abierto el lado,
pobre bajel a naufragar camina,
de tormenta en tormenta despeñado,
por los yermos del mar; ya ni en su popa
las guirnaldas se ven que antes le ornaban,
ni en señal de esperanza y de contento
la flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero;
ahogó su vocería
el ronco marinero;
terror de muerte en torno le rodea,
terror de muerte silencioso y frío,
y él va a estrecharse al áspero bajío.

VI. - La literatura castellana en la Edad Contemporánea

JOSÉ DE ESPRONCEDA (1808-1842)

I.—Canción del Pirata

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman
por su bravura el *Temido*,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;

y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Stambul.

«Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza
ni a sujetar tu valor.

»Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones

cien naciones
a mis pies.

»Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad;
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

»Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra:
que tengo yo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
y a quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa
sea cualquiera
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho,
y dé pecho
a mi valor.

»Que es mi barco mi tesoro...

«A la voz de «¡barco viene!»
es de ver

cómo vira y se previene
a todo trapo escapar:
que yo soy el rey del mar
y mi furia es de temer.

»En las presas
yo divido
lo cogido
por igual:
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

»Que es mi barco mi tesoro...
«¡Sentenciado estoy a muerte!

yo me río:

no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena,
quizá en su propio navío.

»Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la dí,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo
sacudí.

»Que es mi barco mi tesoro...

»Son mi música mejor
aquilones:

el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de los cañones.

»Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado
arrullado
por la mar.

»Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.»

II.—EL DIABLO MUNDO

Argumento.—En el prólogo, el poeta finge escuchar el rumor de las pasiones, las luchas, los vicios, las virtudes, las cualidades todas del universo, que ante él desfilan en arrebatada visión alegórica. Esto nos indica la extensión del ambicioso propósito de Espronceda, que no quería llevar a su poema un aspecto parcial de la vida humana. En el Canto I un viejo se abandona a la Muerte, a la que presenta Espronceda sin téticas tintas, pero se le aparece la Inmortalidad y acepta su don. El Canto II, A Teresa, es «un desahogo de mi corazón», como Espronceda dice, y en realidad nada tiene que ver con «El diablo mundo.» En el III el viejo, rejuvenecido su cuerpo ha recobrado la primitiva inocencia y candor; el asombro que produce su aparición le conduce a la cárcel, en donde le denominan Adán, saliendo de ella por empeño de la Salada, que se ha enamorado de él. Adán sale de la cárcel no ya candoroso, sino reflexivo, y se dedica a filosofar entre la gente del hampa de Madrid, en la casa de la Condesa de Alcira, a quien va a robar con varios ladrones y a quien salva, y en presencia de una joven muerta a quien su madre llora. Aquí el poema queda interrumpido.

Coro de demonios

Boguemos, boguemos,
la barca empujad,
que rompa las nubes,
que rompa las nieblas,
los aires, las llamas,
las densas tinieblas,
las olas del mar.

Boguemos, crucemos,
del mundo el confín;
que hoy su triste cárcel quiebran
libres los diablos en fin,
y con música y estruendo
los condenados celebran,
juntos cantando y bebiendo,
un diabólico festín.

El poeta

¿Qué rumor
lejos suena,
que el silencio
en la serena
negra noche interrumpió?
¿Es del caballo la veloz carrera,
tendido en el escape volador,
o el áspero rugir de hambrienta fiera,
o el silbido tal vez del aquilón,
o el eco ronco de lejano trueno
que en las hondas cavernas retumbó,
o el mar que amaga con su hinchado seno,
nuevo Luzbel, al trono de su Dios?

Densa niebla
cubre el cielo,
y de espíritus
se puebla
vagarosos,
que aquí el viento
y allí cruzan
vaporosos
y sin cuento.

Y aquí tornan,
y allí giran,
ya se juntan,
se retiran,
ya se ocultan,
ya aparecen,
vagan, vuelan,
pasan, huyen,
vuelven, crecen,
disminuyen,

se evaporan,
se coloran,
y entre sombras
y reflejos,
cerca y lejos
ya se pierden;
ya me invitan
con temor,
ya se agitan
con furor,
en aérea danza fantástica
a mi alrededor.

Vago enjambre de vanos fantasmas
de formas diversas, de vario color,
en cabras y sierpes montados y en cuervos,
y en palos de escoba, con sordo rumor.

Baladros lanzan y aullidos,
silbos, relinchos, chirridos,
y en desacordado estrépito,
el fantástico escuadrón
mueve horrenda algarabía,
con espantosa armonía
y horripilante confusión.

Del toro ardiente al mugido
responde en ronco graznar
la malhadada corneja,
y al agorero cantar
de alguna hechicera vieja,
el gato bufa y maulla,
el lobo erizado aulla,
ladra furioso el mastín:
y ruidos, voces y acentos
mil se mezclan y confunden
y pavor y miedo infunden
los ladridos de los vientos;

que al mundo amagan su fin
en guerra los elementos.

Relámpago rápido,
del cielo las bóvedas
con luz rasga cárdena,
y encima descúbrese
jinete fantástico,
quizá el genio indómito
de la tempestad.

De cien truenos juntos retumba el fragor
en bosques, montañas, cavernas, torrentes:
quizá son del miedo los genios potentes
que el cántico entonan de espanto y terror...

ÁNGEL DE SAAVEDRA (1791-1865)

Don Álvaro o la fuerza del sino

Argumento.—Don Álvaro, descendiente de los Incas, llega a Sevilla, en donde se enamora de la hija del marqués de Calatrava, doña Leonor. La oposición del padre impulsa a los novios a la fuga; el padre los sorprende y al arrojar don Álvaro su pistola al suelo se dispara hiriendo al marqués, que muere. Doña Leonor se refugia cerca del convento de los Ángeles como penitente. Don Álvaro, que fué herido por los criados del marqués, con nombre supuesto lucha en Italia llegando a ser famoso capitán de las tropas españolas, pero don Carlos, hermano de doña Leonor, le encuentra y desafía y don Álvaro le mata. Ingresa el héroe en el convento de los Ángeles y allí permanece cuatro años, sin conocer la proximidad de su amada, expiando sus pecados en una vida de mortificación; pero le descubre otro hijo del marqués, don Alonso; don Álvaro se niega a batirse, pero aquél le obliga llegando a poner la mano en su rostro y don Álvaro le mata no lejos de la gruta del ermitaño; al salir éste reconocen a doña Leonor, y su hermano, antes de expirar, le da muerte. Don Álvaro, desesperado, se arroja por un precipicio.

JORNADA V.—ESCENA VI

DON ÁLVARO y DON ALONSO, *que entra sin desembozarse, reconoce en un momento la celda, y luego cierra la puerta por dentro y echa el pestillo.*

D. ALO. ¿Me conocéis?

D. ALV. No, señor.

D. ALO. ¿No veis en mis ademanes
rastros que os recuerde
de otro tiempo y de otros males?
¿No palpita vuestro pecho,
no se hiela vuestra sangre,
no se anonada y confunde
vuestro corazón cobarde
con mi presencia?... O, por dicha,
¿es tan sincero, tan grande,
tal vuestro arrepentimiento,
que ya no se acuerda el padre
Rafael, de aquel indiano
Don Álvaro, del constante
azote de una familia
que tanto en el mundo vale?
¿Tembláis y bajáis los ojos?
Alzadlos, pues, y miradme.
(*Descubriéndose el rostro y mostrándosele*).

D. ALV. ¡Oh Dios!... ¡Qué ve!... ¡Dios mío!
¿Pueden mis ojos burlarme?
¡Del marqués de Calatrava
viendo estoy la viva imagen!

D. ALO. Basta, que está dicho todo.
De mi hermano y de mi padre
me está pidiendo venganza
en altas voces la sangre.

Cinco años ha que recorro,
con dilatados viajes,
el mundo para buscaros;
y aunque ha sido todo en balde,
el cielo (que nunca impunes
deja las atrocidades
de un monstruo, de un asesino,
de un seductor, de un infame)
por un imprevisto acaso
quiso por fin indicarme
el asilo donde a salvo
de mi furor os juzgásteis.
Fuera el mataros inermes
indigno de mi linaje;
fuísteis valiente, robusto
aún estais para un combate;
armas no teneis, lo veo;
yo dos espadas iguales
traigo conmigo, son éstas;
(*Se desemboza y saca dos espadas*).
elegid la que os agrade.

D. ALV. Entiendo, joven, entiendo,
(*Con gran calma, pero sin orgullo*).
sin que escucharos me pasme,
porque he vivido en el mundo
y apurado sus afanes:
de los vanos pensamientos
que en este punto en vos arden,
también el juguete he sido;
quiera el Señor perdonarme.
Víctima de mis pasiones,
conozco todo el alcance
de su influjo, y compadezco
al mortal a quien combaten.
Mas ya sus borrascas miro,

como el náufrago que sale
por un milagro a la orilla,
y jamás torna a embarcarse.
Este sayal que me viste,
esta celda miserable,
este yermo, adonde acaso
Dios por vuestro bien os trae,
desengaños os presentan
para calmaros bastantes:
y más os responden mudos
que pueden labios mortales.
Aquí de mis muchas culpas,
que son ¡ay de mí! hartas grandes,
pido a Dios misericordia;
que la consiga dejadme.

D. ALO. ¿Dejaros?... ¿Quién?... ¿Yo dejaros
sin ser vuestra sangre impura
vertida por esta espada
que arde en mi mano desnuda?
Pues esta celda, el desierto,
ese sayo, esa capucha,
ni a un vil hipócrita guardan,
ni a un cobarde infame escudan.

D. ALV. ¿Qué decís?... ¡Ahl... (*Furioso*)
(*Reportándose*) ¡No Dios míol...
En la garganta se anuda
mi lengua... ¡Señor!... esfuerzo
me dé vuestra santa ayuda.

Post-scriptum

En esta segunda edición se ha procurado conseguir una mayor eficacia pedagógica, haciendo que precedan a los trozos incluidos de obras narrativas y dramáticas, breves argumentos de las mismas que ayuden a la comprensión de aquéllos. Al rebuscar entre los tesoros literarios de nuestra patria, nos hemos detenido en los autores que como Espronceda y el Duque de Rivas representan el triunfo del romanticismo. Los escritores de tiempos más inmediatos, a todos son familiares, y sus obras, o al menos algunas de ellas, conocidas por la generalidad íntegramente, aparte de que han servido de modelos para comprobar los estudios de Preceptiva. Su lengua es la que hoy se habla; su estilo, si no es el de hoy, es el de un ayer muy próximo y, por ello, su representación no es tan necesaria como la de los escritores de otras épocas en un libro hecho con criterio histórico y filológico. En cambio, ha sido aumentada la parte referente a los autores dramáticos del siglo XVII, quizás nuestra mayor gloria literaria; se da mayor representación a los escritores del XVIII, cuya rehabilitación está realizando la moderna crítica, y van también numerosos ejemplos de Cervantes como poeta, porque creemos que las mejores razones para demostrar que lo fué, y de los más inspirados, son sus versos mismos.

J. T. R.

INDICE DE AUTORES

Abul Beka	178	Eça de Queirós	122
Alfonso X	188	Espronceda	342
Almeida Garret	117	Esquilo	23
Alvarez de Villasandino	198	Eurípides	27
Amicis.	92		
Anacreonte.	21	Fernández de Moratín.	325
Antiguo Testamento	69	Fuero de Castrojeriz	187
Arcipreste de Hita	191		
Aristófanes.	30	Granada, Fr. Luis de	248
Aristóteles	37	Gómez de Hermosilla	336
		Góngora	244
Balzac	100	Goethe	140
Beecker-Stowe	170	Gracián	324
Berceo	185		
Boccacio.	79	Heine.	152
Boileau	100	Herculano	119
Byron.	133	Herodoto	38
		Herrera	239
Calderón	307	Homero	12
Camoens	114	Horacio	58
Canción de Roldán.	93	Hugo, Víctor	107
Carducci	91		
Castillejo	225	Ibsen	154
Cervantes	262	Imperial.	196
Cicerón	49		
Corneille	95	Jeremías.	73
Cruz, San Juan de la	250	Jesús, Santa Teresa de.	251
Cruz, Ramón de la	330	Jovellanos	334
		Juan Manuel, Don	189
Dante.	74	Judá Leví	181
Daudet	103		
David.	70	León, Fr. Luis de	229
Demóstenes	31	Leopardi	89
Dickens	138	Lessing	150
		Levítico, El.	69

Longfellow	162	<i>Romances</i>	214
Lucano	176	Ruiz de Alarcón	303
Luciano	42		
Lucrecio	48	Saavedra, Angel de	348
		Safo	22
Manrique, Jorge	204	Salustio	65
Manzoni	87	Santillana	199
Maquiavelo	85	Scott, Walter	135
Mena, J. de	202	Shakespeare	125
Milton	130	Schiller	147
Mistral	112	Sófocles	25
Molière	97		
		Tácito	68
Ordóñez de Montalvo	217	Tasso	81
Ovidio	62	Teócrito	40
		Tereucio	46
<i>Panchatantra</i>	10	Tirso de Molina	296
Platón	35	Tirteo	20
Plauto	43	Tito Livio	66
Petrarca	77	Tolstoy	157
Píndaro	22		
Poe	167	Valmiki	7
<i>Poema del Cid</i>	183	Vega, Garcilaso de la	221
		Vega, Lope de	283
Quevedo	252	Verne	105
Quintana	338	Vyasa	3
		Virgilio	53
Rojas, Fernando de	218		

ÍNDICE DE ARGUMENTOS

Alcalde de Zalamea, El	313	Hernani	107
Amadís de Gaula	217	Iliada	12
Aulularia	43	Jerusalén libertada, La.	81
Avaro, El	97	Juez de los divorcios, El	272
		Labirinto, El	202
Bandos del Avapiés, Los	330	Lusiadas, Los	114
		Mahabharata	3
Canción de Roldán	93	María Estuardo	147
Casa con dos puertas	318	Medea	27
Casa de muñeca, Una	154	Mireya	112
Cena de Baltasar, La	322	Miserables, Los	109
Cid, El	95	Moza de cántaro, La	294
Comedia nueva, La	325		
Choza de Tomás, La	171	Novios, Los	87
		Nubes, Las	30
De la tierra a la luna	105	Numancia, La.	270
Diablo Mundo, El	345		
Discurso de la Corona	31	Odisea	16
Divina Comedia, La	74	Oliverio Twist	138
Don Álvaro	348	Otelo	125
		Paraíso perdido, El	130
Edipo rey	25	Pérsiles y Sigismunda	275
Eneida, La	53	Poquita cosa	103
Eugenia Grandet	100	Prometeo encadenado	23
Eurico el presbítero	119	Prudencia en la mujer, La.	296
Evangelina	162		
Examen de maridos	303	Quintín Durward	135
		Ramáyana	7
Farsalia, La	176	Resurrección	157
Fausto	140	Rinconete y Cortadillo	276
Fray Luis de Sousa	117		
Fuente Ovejuna	290	Vida es sueño, La	307
		Villana de Vallecas	300
Galatea, La.	274		
Gran Tacaño, El	255		
Hamlet	128		
Hermanos, Los	46		

INDICE GENERAL

Primera parte

LOS GRANDES LITERATOS EXTRANJEROS

I.—Literatura india	3
II. — griega	12
III. — latina	43
IV. — hebrea	69
V. — italiana	74
VI. — francesa	93
VII. — portuguesa	114
VIII. — inglesa	125
IX. — alemana	140
X. — escandinava	154
XI. — rusa	157
XII. — norteamericana	162

Segunda parte

LITERATURA ESPAÑOLA

I.—Hispano-romana	176
II.—Hispano-árabe	178
III.—Hispano-judaica	181
IV.—Literatura castellana en la Edad Media	183
V.—Literatura castellana en la Edad Moderna	221
VI.—Literatura castellana en la Edad Contemporánea	342